



PUTITA GOLOSA

Por un feminismo del goce

Luciana **Peker**

Galerna

Putita golosa

Putita golosa
por un feminismo del goce

Luciana Peker

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Lenguaje libertario

Introducción

Nos gusta el durazno y no nos bancamos la pelusa

Escribir de noche

Hogar danger hogar

Lo que jode es el deseo

Remo en dulce de leche y chupeteo el viaje

La revolución anti puritana

Deseos diversos, derechos iguales

La fuga del pacto heterosexual

El éxodo de lesbianas, hetero-curiosas y lesbomoda

El lado a del feminismo

Escribir sin cuarto propio

Capítulo 1: Putita golosa

Putita golosa

No sé lo que es empalagarme

Apologista del sí fácil

El sexo sin postre no es sexo

Acá tenes a las pibas para la liberación

La tonti

No largamos los postres

Capitulo 2: Menos visto, más chape

Clavada a la vista

Mas chape, menos visto

Capítulo 3: Chiruzas

Todas somos chiruzas

No seré feliz pero tengo marido

Amor marginal

Bien vestida y con marido

El sexo no está sobrevaluado

Capítulo 4: El amor nuevo

Amor compañero

Amor romántico, peronista y culebrón

Amor revolucionario

Irresponsable exenta

Erotismo compañero

El machinazi me la baja

Maquiavelo amoroso

El dolor sin duelo

Capítulo 5: Varón, decime qué se siente

Bajarse de la cinta

¿La liberación masculina para cuando?

Endurecerse sin perder por ternura

No sos vos, son ellos

¿Y el hombre nuevo?

No nos pueden empujar al putin de la nostalgia

Sacarse la camiseta

Capítulo 6: ¿Por qué no pudimos cambiar el amor?

¿Por qué duele el amor?

Romanticismo práctico

No te enamores de nadie

Garche afectivo

Poliamor

Capítulo 7: Mojarse

El sexo es agua

You're one hot mummy
Tengo la casa libre, mentira
Mi cuerpo es mío, mi felicidad también
Capítulo 8: Amas de cama
Chupate esta mandarina
Ser gauchita
Ser petera
La nueva brigitte francesa
V invasión viagra
La seducción recetada
El gigolo genio y la estafada boluda
Desesperanza mía
Fornicar y pornificar
El sexo y sus cincuenta sombras
Capítulo 9: Match point
¿Qué hace una feminista en tinder? ¡Coger!
Capítulo 10: La mujer incompleta
Guay con no desear ser madre
Liberación o dependencia
Capítulo 11: La intimidad es política
El goce femenino en el paredón
La misoginia al desnudo
La pobreza es negra y femenina
Meritocracia versus culpocracia
La era del post poder
Capítulo 12: La nueva liberación sexual
No nos callamos más
La desconfianza
Capítulo 13: Chicas fiesteras
Una revolución, una revancha

La revancha machista

El cuento de caperucita

¿Por qué los perros buscan cadáveres?

En el sur las chicas están en riesgo

El derecho a la noche

¿Usted sabe dónde está su hija ahora?

Viajar solas

Capítulo 14: Machowood

El abuso no es ficción

Machowood

Esto recién empieza

Buenas tardes, mucho gusto, el feminismo llevo para quedarse

Capítulo 15: Feminismo pop

No te cases nunca

Las chicas también quieren divertirse

Capítulo 16: La rebelión de las tontas

La alfombra boba

Las leonas

Duelo de estilos

La rebelión de las tontas

Capítulo 17: El aborto es legal en silencio

Todo lo que hay que saber sobre el aborto (Y sí nos animamos a preguntar)

Capítulo 18: Poner el cuerpo

El guardapolvo

Es la hora de escuchar, muchachos

Capítulo 19: Gordofobia vade retro

Sacar los rollos

Nunca estarás buena

Amor descartable

Coraje hermosa

Capítulo 20: El cuerpo del goce

A mover el culo

Bombón succulento

Con las tetas al aire

Tetazo (Y si no te gusta no mires)

Hasta las manos

Cenicienta no more

Champagne y body pump

Capítulo 21: Por un feminismo del goce

Mojaditas es mejor

Te la hago corta

Capítulo 22: Manifiesto del deseo

No vamos a zumbar como mosquitas muertas

Notas de la autora

Notas periodísticas

Poemas y textos

Canciones

Libros

Notas académicas

Agradecimientos

Peker, Luciana
Putita golosa / Luciana Peker. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Galerna,
2018.

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-556-723-2

1. Estudios de Género. I. Título.
CDD 305.42

Diseño de tapa: Margarita Monjardin
Diagramación de interior: b de vaca

Todos los derechos reservados

© 2018, Luciana Peker
© 2018, QUELEER S.A.
Lambaré 893, Buenos Aires, Argentina.

Primera edición en formato digital: agosto de 2018
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-556-723-2

*A Uma y Benito, escribo por, para y gracias a ustedes, con amor infinito. Por la
revolución de lxs hijxs y para que la disfruten.*

*A Huayra y León, para que siempre sea domingo y bailemos. Son la alegría y el
orgullo.*

*A Silvana y Daniela, por la hermandad y los colibríes que aletean nuestra
historia y unen nuestro futuro.*

LENGUAJE LIBERTARIO

Este libro intenta contener un lenguaje inclusivo y no sexista. Pero la pretensión es no caer en estereotipos discriminatorios ni en manuales fríos o letras correctas y de laboratorio. La búsqueda es de una libertad dinámica que transpire cambios y pueda ser cambiada. Por eso se intercambian femeninos, masculinos, x , todas y todos o barras de ellos/ellas en la corazonada de letras que convoquen a ser leídas y a abrir fronteras sin corsets ni reglas fijas.

INTRODUCCIÓN

La revolución del deseo

Las mujeres hicieron una revolución. La hacen todos los días. Pero la toma de la Bastilla de la igualdad no equilibró los cambios y se espera de ellas que bajen de su propio Granma, pero que esperen un llamado, como si la bella durmiente no hubiera despertado nunca.

El deseo es el núcleo de la autonomía femenina. El deseo de no aguantar la violencia que no solo no cesa, sino que toma revancha hacia el “no” de las mujeres o hacia sus decisiones: irse con alguien, no irse, empezar a trabajar, salir a bailar, vestirse, desvestirse, ser madres o no serlo. El feminismo crece, avanza, se expande y se hace notar en la calle, en las redes y en los medios.

La represalia es al deseo. La revancha machista de los que tocan el culo en la calle; de los que queman mujeres o matan a sus hijos porque ellas los dejaron o los denunciaron en la justicia; la revancha de los que buscan obligar a las mujeres que no quieren tener sexo con ellos a que lo tengan por la fuerza o las que quieren tener con uno y son violadas anal o colectivamente, porque ante el goce buscan las formas del dolor; la revancha de los abusadores que mandan carta documento como bozales legales contra las chicas a las que les hacían tocar los genitales y ya no se callan más; la revancha de los que exhiben su poder en el set con las manos y las lenguas que no están en otra letra que no sea la letra recrudescida del machismo; la revancha de los que desaparecen chicas como si sus cuerpos no tuvieran presencia; la revancha de los que matan cuerpos feminizados de mujeres, travestis y/o trans o las mutilan, las empalan, las cortan, las tiran en bolsas de basura.

Nos gusta el durazno y no nos bancamos la pelusa

La revancha también es contra los cuerpos y contra las mujeres libres. No importa si deciden ser madres o abortar. “Si te gusta el durazno bancate la pelusa” es la frase por la que me hice periodista feminista. Es la frase que les

decían, una y otra vez, a las madres de cinco, nueve, once hijos, que iban en San Miguel o San Martín a pedir que después de su parto les ligaran las trompas y les decían que no. Es también los que les decían a las mujeres que iban a parir y tenían dolores, gritaban o querían esperar los tiempos de sus bebés y es lo que siguen diciendo quienes se oponen a la conquista del aborto legal, seguro y gratuito con el argumento que por abrirse de piernas pierden sus derechos.

¿Será que la diferencia es abrirse? ¿Será que los varones no se abren?

La gran conquista de las mujeres no es solo que les guste el durazno (los y las que le gustan a cada una, que ya no hay una sola fruta ni una sola forma de ser mujer), sino que ya no hay por qué bancarse la pelusa.

En 2002 se aprobó la Ley de Salud Sexual y Procreación Responsable (25.673) y los anticonceptivos son gratis; en 2006 la Ley que establece el derecho a la ligadura de trompas de Falopio (26.130); La Ley de Parto Humanizado (25.929) se sancionó en 2004 y se promulgó en 2015; la Ley de Educación Sexual Integral (ESI) se aprobó en 2006 (aunque su implementación no es total y efectiva); en 2010 se consiguió el matrimonio igualitario; en 2012 la Ley de Identidad de Género (26.473) legitimó que la autopercepción alcanza y sobra para ver cómo se quiere figurar en el DNI y que el sexo biológico ya no es un destino de por vida: en 2013 se le dio vía libre a la Fertilización Asistida Igualitaria (26.862), entre muchas otras conquistas.

El corazón de todos los avances normativos es que las mujeres, lesbianas, gays, bisexuales, travestis y trans tienen derecho a sus deseos. Y no tienen que pagar costos por obtenerlos. La revolución es la revolución del deseo.

“Mi cuerpo es mío”, “Más orgasmos, menos violencia”, “Me visto como quiero y me desvisto con quien quiero”, son algunos de los lemas, pintados en el cuerpo de las mujeres en marcha o con carteles sobre sus manos que grafican un movimiento político que, de una manera inédita, puso el cuerpo en la lucha y conquistó el cuerpo como placer público.

La revancha contra esa lucha y la gran cantidad de conquistas no es solo el machismo clásico, sino un machismo exacerbado. La violencia tiene una contracara. No igual ni comparable. El maltrato no es equivalente al destrato. Sin embargo, también se levanta como una forma de desaire. Es más difuso. Pero también dispara como un dardo sobre la autoestima: la indiferencia sistemática cargada de desprecio de los vistos celulares, que destojen la independencia femenina en dependencia del varón deseado pero, esencialmente, del propio deseo vuelto (tan contradictoriamente como la época) un enemigo imprevisto para las mujeres heterosexuales. Algo así como que si vos decís que tu deseo es tuyo yo te corro la cara para que sepas que con tu deseo solo no vas a cambiar el mundo.

Por eso, aunque no todas las feministas sean o puedan ser (en momentos de tantos cambios nada es estático sino móvil) bisexuales o lesbianas, la potencia y prepotencia del feminismo lésbico abrió la puerta para sacar la mirada del deseo sobre los varones (en lo privado, público, político y cultural) y, sin dudas, generó un paso adelante en la autonomía pública del movimiento de mujeres.

En ese sentido, contar qué pasa con las mujeres heterosexuales no es dar por hecho que las mujeres son hetero, sino –por el contrario– ver qué dardos se tiran sobre las que están expuestas a un deseo de varones que, en el mejor de los casos, intentan vínculos más equitativos, deconstruirse y construir nuevas formas de pareja; en muchos casos no saben qué hacer frente a la revolución íntima y política de las mujeres y, en los peores, maltratan o, aunque sea menor, destratan como forma de mantener el poder (aunque sea el poder del deseo).

En relación a los varones no se trata de un ataque. Por supuesto que no son aceptables los violentos, acosadores o abusadores. De eso, no hay dudas. La revolución es un sismo que genera –muchas veces como el erotismo o el amor– fricciones, desencuentros, destemporalidades y dolores, pero también habilita nuevas formas de encuentro. El desafío principal es que los varones estén dispuestos a escuchar y a ser parte del cambio. No hay posibilidad de una sociedad *in continuum* que haga como si no pasara nada. Pero el feminismo del goce también es una revolución (que exige, a veces, dar un paso al costado y renunciar a algunos privilegios) y que da más libertad, placer y posibilidad de exploración a los muchachos.

Las formas de resistencia también son una forma de algarabía: la diversidad sexual, las identidades móviles, el erotismo lésbico, la curiosidad como forma de habitar la intemperie, el amor compañero, las nuevas familias, la militancia gordx, el orgullo de los cuerpos plurales, los tetazos, el poliamor, la crítica al amor romántico, la felicidad autogestionada y un feminismo que no pide ser mirado, sino que se mira en marea para reclamar cambios políticos y sociales, en las calles y en las camas. Porque el feminismo del goce se opone a la violencia y al abuso, a los cuerpos delineados en uniforme y al sexo y la comida como pecado. Y, en cambio, rescata probar, comer, escribir, besar, escuchar, bailar y marchar como formas de rebelión y de disfrute. La intimidad es política. Y la revolución también. Incluso para pedir más chape y menos visto.

La revolución es una revolución del deseo. Se opone al abuso, al acoso y a la violencia. Y está a favor de un deseo en donde las mujeres, las jóvenes, las lesbianas, trans, travas y otras identidades sexuales tengan voz, palabra, poder y piel. El freno a la violencia no es puritanismo, sino, por el contrario, una pelea por el placer.

Si en nuestra revolución no hay abrazo, sexo y postre, no es nuestra

revolución.

Escribir de noche

“Las mujeres que más ame / las que me volvieron loca de verdad / las chicas con las que quise todo, escribían”
(Silvina Giaganti, *Las mujeres que me volvieron loca de verdad*).

“Ya nadie escribe cartas, de las verdaderas, de puño y letra, cargadas de vacilaciones y suspiros, cartas apasionadas, cartas de amor maternal, cartas de amiga. Del correo llueven propuestas publicitarias, avisos de bancos y boletas de impuestos. Hablamos por teléfono o mandamos un fax. Los avances de la técnica desbordan nuestra intimidad. ¿Por qué? Porque hay una comunicación intensa, personal e intransferible que la tecnología no sabe traducir. Es el temblor que la mano imprime a la letra”.
(Clara Fontana, *Ya nadie escribe cartas de amor*).

A veces, escribir sobre lo que duele, duele doble. Pero el único camino que conozco es escribir. Para hilvanar sin dedal, coser sin escudo, zurcir el cuerpo sin blindarse y reescribirse de nuevo para volver a amar el texto como cuerpo propio.

No sólo hay que escribir lo que se piensa de día. También hay que escribir por lo que no se duerme de noche. La noche es el tiempo de los desvelos crudos, sin anestesia ni motor para adelante, un golpe sin aspirina o una jauría de aullidos que no pueden esquivarse con la música fuerte que el silencio apaga. La noche es el tiempo de la verdad sin atenuantes, la cama jadeada en espera, en la ficción siempre impostada de la tensa calma, en la búsqueda de ser buscada, en lo que sobra y falta, en el sueño aspirado por noqueo y la fiesta en la que los amantes quedan libres de testigos. La noche es cuando los vecinos apagan las luces, los vigiladores caen rendidos a la vigilia de ojos bien cerrados y el agua caliente es como una tormenta tropical invocada para desatar el cuello quebrado de sostener la mente en defensa propia.

—¿Cuál es tu último pensamiento cuando te acostás?

—Pienso en el último abrazo, en si a mis hijos les gustó la comida y en la gracia de mis sobrinos. Pienso en el amor y en esa sensación efímera –y que la vida me esquivó en proporciones mayoristas– de alguien que te regala ser su elección.

Esa es mi verdad peronista en el sentido político de la visceralidad del cuerpo. Pienso en los brazos que me envuelven. Y también en hacer upa, cosquillas o baile.

No se puede escribir de verdad sin poner la verdad sobre la mesa.

Todas las generalizaciones son idiotas, pero para escribir sobre un fenómeno palpable y con nuevas formas (el destrato) a veces es preferible ser un poco idiota que callar lo que arde o duele por no mancharse de clichés. Un lugar común dice que la única forma de enamorarse es estúpida. Los lugares comunes y la estupidez son también una forma de construcción, de ir hacia un mismo lugar y de bajar la guardia en nombre del amor. Lo sabemos. Estamos alertas. Incluso lo podemos detectar y criticar. Pero se siente bella y horriblemente estúpido igual. Falta cuando no hay amor, o mirada o caricia. Y enciende cuando hay beso y pasión. No hay una sola explicación. Pero las explicaciones no alcanzan. Tampoco subirnos a un banquito a despotricar y bajarnos a llorar en la cama por lo que lloramos en silencio. Aprendimos a no callarnos y no callar también es arriesgar a pensar cuáles son las formas modernas del neo machismo y cuales las deudas del feminismo. Incluso nuestras propias deudas y también y, por sobre todo, nuestros (nunca únicos, sino plurales y diversos) deseos.

Hogar danger hogar

La radiografía de la desigualdad y la violencia es clara, constante y palpable. Una mujer es asesinada cada 29 horas. La idea que vendieron de la protección de las mujeres es la mayor desprotección para las mujeres: 6 de cada 10 asesinatos fueron cometidos por las parejas o ex parejas de las víctimas, según el Registro Nacional de Femicidios relevados a partir del análisis de medios gráficos y digitales de todo el país, entre el 1 de enero y el 28 de mayo de 2017, por Mujeres de la Matria Latinoamericana (Mumalá). El amor no es sinónimo de nido, amparo y hogar dulce hogar. Pero no es nada sweet. El 72 por ciento de los crímenes se lleva adelante en la vivienda compartida entre la víctima y el victimario. El sueño de la casa propia y el amor como propiedad privada hace ¡danger!

Se trata de reconstruir la idea de amor y de romper con un peligro almibarado en la construcción social. Y desamparado por el Estado. En el 25 por ciento de los femicidios las víctimas habían realizado una denuncia previa y, sin embargo, no obtuvieron la protección suficiente, según el Registro Nacional de Femicidios de la Oficina de la Mujer, de la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

En la mayoría de los casos la violencia no llega a matar. Pero lastima de

diversas formas. El 96,4 por ciento de las víctimas que llaman a la Línea 144 describe situaciones de violencia psicológica; el 74,8 por ciento de violencia física; el 7,4 de violencia sexual; el 25,8 de violencia económica y el 26,8 de violencia simbólica. El reto de las madres o las suegras diciendo a las hijas o nueras que aguanten, hace efecto. Apenas el 19,4 por ciento de los llamados son para denunciar maltratos que llevan menos de un año.

Y no, no hay que aguantar por los chicxs, porque los que aguantan son ellos. En el 75 por ciento de los casos de violencia de género hay presencia de niños y niñas durante las agresiones domésticas y el 1,8 por ciento de las víctimas está cursando un embarazo. El 92,6 por ciento de la violencia por la que las mujeres consultan es doméstica; el 0,9 institucional; el 0,9, laboral; el 0,2 contra la libertad reproductiva; el 0,1 obstétrica y no hay ningún llamado por violencia mediática, según datos del Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres del Concejo Nacional de las Mujeres.

La desigualdad de poder es clara. Siete de cada diez denunciados son varones. En las Comisarías de la Mujer bonaerenses, en el 2016, hubo 153.255 (71 por ciento) de varones denunciados y 62.552 (29 por ciento) de mujeres denunciadas. Las que más sufren la violencia son las ciudadanas. Y las mayores perjudicadas por el abuso son las niñas. Pero los niños también padecen el abuso machista. El Programa Las Víctimas contra las Violencias atendió 1092 casos de abuso sexual. Del total de víctimas atendidas, 741 son de género femenino (el 68 por ciento) y el 28 por ciento son niños de género masculino (28 por ciento).

El 3 de junio del 2015, la convocatoria de Ni Una Menos, marcó un antes y un después. En 2017 hubo 591 denuncias por día en las Comisarias de la Mujer y la Familia bonaerenses por violencia familiar. En 2014 el promedio era 445 denuncias diarias. En tres años la revolución de las mujeres generó un incremento de 146 denuncias diarias.

Una de las formas más efectivas para prevenir abusos, deconstruir estereotipos de género, minimizar la discriminación, detectar noviazgos violentos, estimular relaciones sexuales placenteras y no violentas es la implementación de la Ley de Educación Sexual Integral (ESI): la madre de todas las batallas. El 99 por ciento de jóvenes quiere recibir educación sexual integral en sus escuelas. Pero la ley no se cumple (más allá de muchas buenas experiencias) y, hasta ahora, los chicos y chicas reciben apenas dos horas de ESI en el secundario, según una encuesta de Mumalá.

La violencia está a la vista. Es nuestra enemiga pública y privada. No se puede dejar de denunciarla, combatirla y pedir políticas públicas y cambios sociales para erradicarla y frenar la venganza ante el avance de las mujeres. Pero, además de la violencia, existen otras formas de revanchas invisibles contra la

autonomía femenina. Son micromachismos frente a la punta del iceberg de los femicidios.

Hay destratos, planteos, plantones, agujas clavadas sobre muchas chicas y señoras que dan, no dan o quieren dar. El maltrato tiene cifras. El destrato no. Pero no se puede eludir el relato. Hay que dejar de condenarse a insomnios personales para gritarse en un salto colectivo.

Podemos hablar sin levantar la vista. Pero es una decisión personal y colectiva de un feminismo no careta contar que el desamor y el desamparo me atraviesan y atraviesa a muchas de las que escucho (sin generalizar, ni representar, ni masificar, pero tampoco silenciar) y aquí es donde (con miedos, deseo, decisión, catarsis, tristezas y reconstrucciones) decido pintar esa daga, con todo el vértigo con el que camino igual frente al mareo.

Hay que hablar de lo que nos duele, de lo que hablamos en voz baja, de lo que nos hace llorar, de lo que auténticamente nos da rabia o miedo o alegría y ansias. El feminismo se atrevió a atravesar todos los tabúes que estaban silenciados sobre la vida íntima.

Pero hablar de lo que sigue, de lo que pasa, de algunos efectos colaterales, de cambios voraces con varones a los que nadie les cambió el libreto y apenas se acomodan a mujeres nuevas a las que desafían, respetan o destratan y de mujeres que redescubren sus cuerpos, y los cuerpos que desean u olvidan, es una de las formas de hacer del goce una bandera que redobla la propia marcha.

Una de las verdades del periodismo es saber escuchar y la otra confiar en que hay algo que tenemos para decir. A las mujeres nos enseñan a desconfiar de nosotras mismas y de las otras. Si no nombramos que hicimos una revolución no lo nombra nadie, y si no nombramos lo que no nos deja dormir o nos hace felices nadie va a traducir las traspasadas indómitas en que la falta de un mensaje (a nosotras que vamos por todo y conseguimos tanto) nos deja sin aire y con los ojos abiertos frente a una oscuridad inexplicable.

Después de veinte años de periodismo popular, callejero, territorial y sensible siento las voces de las mujeres hilvanadas en mi memoria endeble como una manta que suma sus colores, penas y ambiciones. Las llevo conmigo y las aliento, las consuelo y las miro con orgullo. Las sé y me siento sin impunidad pero sí con derecho y necesidad de tomar el megáfono sentimental para reírme del mote de la Corín Tellado del feminismo y descifrar por qué el desamor o el destrato son dolores tan hondos, tan sistemáticos, tan repetidos como una cuenta matemática que no falla y como una taquicardia que no puede olvidarse porque galopa como una advertencia.

Hay que nombrar lo que duele. Aunque dé pudor o sea chiquito comparado con otras tragedias a las que le vamos de frente. Nombrar lo que nos pasa es una

decisión que no puede bajar de categoría a dolores que parecen faltas no justificadas en un boletín de causas justas y reclamos *perennes*.

Aprendí –como una forma de dominación emergente– a gritar lo público y callar lo íntimo, a retorcer las penas en mi cama, a putear en arameo por la injusticia de ser mujer y ser madre sobre mi cuerpo y mi tiempo y a recuperarme antes de que me vean, a llorar en los baños y dejar de llorar para que no me expulsen, a sacar la palabra sensible de mi currículum de periodista, que es lo que soy, para que no se aprovechen de la falta de armaduras, pero jamás acepté aprender a no escribir en lo que creo. Y creo en lo que siento.

Por eso escribo este libro. No es cuestión de compartir el gusto, sino de poner sobre la mesa lo que sienten, en su cuarto propio, tantas mujeres que escucho: la venganza del cuarto despoblado. Cada cual tiene estrategias personales, fortalezas y debilidades, posibilidades económicas y laborales, potencialidades y restricciones, respaldos amistosos y familiares y ganas o desganos, enfermedades o blindajes. Ninguna es igual a la otra. Pero hay un hilo colectivo que se zurce con el impulso de las mujeres empoderadas y que descose de noche como Penélope el bordado de ilusiones más tibias.

El periodismo tiene un desenfado muchas veces desafortunado para escribir tendencias con algunos datos y una sensación térmica que explota cuando llega el verano e importa más lo que se siente que lo que marca el reloj. Yo creo en un periodismo de precisión, plural y jamás mentiroso. Pero este es un libro de sensación térmica. Hay fenómenos nuevos, voraces, subjetivos que no están registrados en estadísticas. Y hay que contarlos porque el silencio es nuestro enemigo.

No todos los varones son iguales. Las mujeres menos. Y así somos trans, travas, tortas, putos. Y no somos sino lo que podemos ser, seremos, probemos, en una diversidad divina que nos hace distintas entre todes (con una e primorosa que nos saca de la pelea entre la O y la A) y nos abre un arcoiris de posibilidades.

No hay nada que no se pueda decir en voz tan alta como baja, sin caretas, ni poses, ni performances, para hacer trinar todo lo que sólo es discurso y, en verdad, el cuerpo no aguanta.

Decimos lo que nos duele. Lo decimos para que no nos duela más.

Pelemos, siempre, por la revolución del goce.

Lo que jode es el deseo

Las mujeres hicieron una revolución. Pero la toma de la Bastilla de la igualdad

no equilibró los cambios y se espera de ellas que bajen de su propio Gramma, pero que esperen un llamado como si la bella durmiente no hubiera despertado nunca.

La violencia y la indiferencia no son asimilables. Sin embargo, pueden tener la misma raíz: la reacción frente al deseo de las mujeres. Las mujeres que quieren tener novio o amante o, incluso, chongo casi como un erotismo efímero e intangible, no deben escribir, pedir, proponer, hablar o preguntar. O sea: no deben mostrar deseo. Las mujeres que no quieren tener novio, marido, amante, que no soportan que les griten guarradas o que las apoyen en el tren, que no aguantan seguir casadas o ser fieles o bancarse la mirada del jefe entre las tetas no deben quejarse, denunciar, separarse, irse de la casa, echarlos, renunciar, escracharlos. O sea: no deben mostrar su deseo.

Lo que jode es el deseo.

El feminismo avanza. Y la violencia machista, en sus miles de formas, recrudece. La revancha crece como un fantasma. Y muchos, ante el miedo, de no pasar por el ISO de la igualdad de género (casi ningún muchacho nacido y criado por el patriarcado resiste un archivo de lo que hoy ya no parece admisible) se paran como frente a una guerra de ellas versus ellos. “No las defiendan que, después, van a venir por vos”, le dicen a un conductor televisivo que no quiere justificar la violencia. “Quién esté libre de pecado que tire la primera piedra”, justifica un productor mantener a un acosador en la pantalla.

Lo que jode es el deseo.

A mediados de enero, más de cien intelectuales francesas publicaron un manifiesto que cuestiona al movimiento #MeToo (A mí también) que puso en jaque a Hollywood con las denuncias de abusos sexuales a productores, actores y conductores porque lo tilda de puritano y considera que las denuncias de acoso confunden abusos con situaciones de seducción torpes. Dicen, además, que las feministas desataron una caza de brujas contra los varones y critican a las denunciantes por ponerse en un rol de víctimas ejemplificando con la idea de bajar obras de arte de los museos por contener desnudos.

En la Argentina el único cuadro bajado (y bien bajado) es el del ex dictador Rafael Videla. No hay una horda de moralistas mirando desnudos y bombachas con retrospectiva histórica. Sí hay, en cambio, denunciantes de abuso forzadas a ser revinculadas con su progenitor abusador, mujeres golpeadas amenazadas por el golpeador en la puerta de su casa con un papel que flamea en la nada que le impide el contacto, actrices expulsadas de su carrera por no aguantar tragarse la lengua ajena y acorralarse la angustia de silencio, entre otros ejemplos.

Pero, fundamentalmente, el feminismo sub tropical, sudaca, latino, comunitario o anticolonial (feminismos tercermundistas) no puede ser acusado

de conservador o puritano porque, básicamente, exuda cumbia y reguetón, pantalones en culos grandes y tatuajes que destacan las tetas de las tortas y las travas, chicas que piden que los muchachos bajen a hacer downtown en vez de pechearse entre ellos en la esquina al grito de “chupame la pija”.

Las pibas, desde el secundario, plantan bandera en que las erotiza hablar de política. Pero eso no es que no son sexuadas, sino que su sexo habla. El feminismo no vino a matar al sexo. Pero sí vino a cuestionar el sexo mirado, chupado, hablado y consentido solo desde el deseo de la masculinidad hegemónica.

“No se trata de prohibir la seducción, la galantería, el levante. El acoso no tiene nada que ver con eso. El maltrato, tampoco. No vengan ahora a querer meter todo en la misma bolsa. Para volver a silenciarnos. Siempre que rompemos moldes, que empujamos los márgenes arbitrarios que nos imponen, voces reactivas –voceras del patriarcado– pretenden llevarnos de nuevo a la cocina, quieren apaciguar nuestra rebeldía, nuestra desobediencia. Son siglos de sometimiento a los arbitrarios privilegios masculinos. La naturalización de esa opresión fue su mejor arma”, escribió la periodista (y google del género en Argentina) Mariana Carbajal.

Y si, desde la Argentina, hablamos de una revolución de las mujeres, si decimos que vivas nos queremos, incluso divas si se nos canta o a las que se les canta, vivas y libres, vivas y con purpurinas, con pelos fucsias y uñas de garras, vivas y con camisas floreadas, vivas y a los gritos, vivas y en tetas o sin cuerpos estándar o en pose para ser moldeadas, vivas y en llamas, vivas y en cuerpos rojos o ardientes, o sin ganas, esa revolución se extendió desde el sur al norte.

Remo en dulce de leche y chupeteo el viaje

Remo en dulce de leche. Chupeteo el viaje. Chupeteo la cuchara. Voy al gimnasio. Meriendo fuerte. Escribo Putita Golosa. No quiero dejar de escribir por miedo. Tengo miedo. No quiero perder el trabajo. Me juego aunque pierda. En la guerra pierdo. En el deseo gano. En el deseo pierdo. No soy flaca. Me pongo calzas fucsias animal print y una remera fucsia. No tengo vergüenza. Voy entre la bomba tucumana y las mulatas de Dominicana que se calzan de blanco el cuerpo exuberante. Me importa más tener el culo parado que ser flaca. El culo me lleva para adelante y me anima a ir para atrás, a dar la espalda, a moverme en círculos. Me canso, me agito, me cuesta respirar, muchas veces. Son los hematocritos sacándome el oxígeno desde la hambruna Siciliana remando en balsa por mi sangre. No se me nota si no lo digo. Si lo digo me calmo. La

comprensión me sana. Si mi hermana Dani me escucha no me importa nada. No tomo alcohol. No me drogo. Es obvio que le tuve miedo a los abismos. Nunca tuve hogar. Mi hogar fueron mis abuelos. Los cuidé sin miedos. Cuando se murieron tuve miedo de todo. Saber que te esperan fue mi puerto. Ahora no tengo más remos que los míos. Ahora no, hace mucho. Me canso. Me asusto. No bajo los brazos. También me importan los brazos. Prefiero tener tetas a entrar en los jeans de Jazmín Chebar. No tengo pudor. Sonrío. Uso vestidos, me importa más la piel suave que esconder la carnadura. No quiero canas hasta que no sea grande. Uso el pelo largo. Me agarró del agarre. Una vez uno me dijo que la inteligencia era sexy. Me había buscado por diez años por los ascensores de una radio en deconstrucción. Me dejó en mi fiesta. Les hablo de sociología del amor a mis amigas. No les sirve. Creo que Cortázar gana la pulseada desde mi cuaderno adolescente: la idea del amor como un rayo que te deja estaqueado en la mitad del patio. Qué linda la adolescencia. Siempre me dolió si me dejaban, si se iban. Nunca me gustó la pérdida. Pero mis abuelos y mis amigas, en la adolescencia, hacían la diferencia. No estar sola, tener el mar alrededor como un naufragio imposible. Ya nada me salva. Nada de mí misma. Me pruebo en los probadores y si me entra me gusta. No me molesto. Pero me hacen sentir que no encajo. Que no se usa como soy. Que soy grande, o seria o cariñosa o ingenua. No sé cómo no ser como soy. Canté Sandra Mihanovich en el living de la casa de mi amiga donde se festejaba shabat. No me siento judía, pero mi papá me decía que a mí también me hubieran buscado los nazis. No sé cuándo son las fiestas. Soy huérfana. No sé cómo no llamar cuando gusto. Soy lo que soy por no esperar, sino buscar. Sé que no se debe. No deja de dolerme. Doy batallas y me arrepiento. Lloro porque mi cuerpo queda desolado de desplantes. Lloro cuando me lastiman. Toreo y no me gustan los toros. Me pongo la manta roja y voy al frente. No me la banco. No retrocedo. Me quedo cuando arde la Catedral. No puedo quedarme callada. Lloro en los baños. No soy de amianto, no soy blindada, no soy mala, no aprendo. No corro el cuerpo. Lo pongo. No creo en la belleza pero no me gusta que me hagan sentir fea. Las vestuaristas de la televisión me dejan en zapatillas. A veces a las malas les va mejor. Yo ya desistí de esa batalla. No quiero aprenderlo. Tiemblo. Cuando tiemblo quisiera que me abracen. La fuerza de los brazos me tienta porque frena en la fuerza el desamparo. Me quedé con las ganas de que me abracen de espalda. Soy enamoradiza. Pero más apegada. Sé perder. Pero no me gusta que se pierdan.

Me gusta cuidar. Me gusta la propaganda de Roby, el spray que guardaba mi abuela en el baño chiquito, que dice “Elegí lo que heredas”. El fijador de peinados supo encontrar la fórmula por la que yo elijo sus batatas glaceadas, su

mesa de ñoquis y su peceto tiernizado que es un abrazo contra las cocinas gélidas. Me encanta cocinar cuando no cocino por obligación. Me encanta esperar cocinando. Mi primer novio me dijo “ya te podés casar” cuando le cociné. No me gusta que me entreguen. Me desilusiona que lo que doy no tenga valor. No quiero ser más amiga que novia aunque me gusta ser amiga. No quiero que mi deseo me duela. Me duele que mi deseo me duela. Ya no es sexy la conversación o el impulso o ya no soy. O los cuerpos se encuentran para cruzarse y no para potenciarse. No sé. Escribo contra lo que me duele. Escribo como una forma de fe. Escribir me jugó en contra. Y en contra de las contras de no ser llamada escribo.

No quiero rehacer mi vida. Mi vida no está hecha, ni re hecha. Ni la tengo que rehacer. Quiero poder llamar. Quiero un recreo. Quiero que mi cuerpo sea fiesta y no duelo. Quiero sentirme cómoda. Quiero que me quieran. Eso me da miedo del tiempo: perderme del amor o el cariño. No le tengo miedo al tiempo. Le tengo miedo al desamor. Quiero las chispas del fuego en mi jardín. No quiero aprender a hacerlas. Quiero la carne que me revive cuando el jadeo me gana y quiero que no parezca queja. Quiero que me quieran cumbia y me hagan un asado porque me quieran suya. No soy de nadie. Soy querendona.

Envidio de las casadas estar exentas del desprecio o de las blindadas, salvarse del salto al vacío de gustar, de que no te contesten, no te busque, no gusten, no gustar. De buscarte en la anatomía de defectos las razones por las que querés domar al cuerpo. Envidio no pensar en una como en una vidriera expuesta a que no te elijan, sino en los otros. Mejorar la receta de la torta de coco y dulce de leche, hacer la lista semanal, preparar más pijamadas, ir hasta la carnicería en vez de terminar de contestar correos y mandar otra nota. Envidio a las que tienen hasta cucharita para servir el helado aunque el helado me guste en cucurucho. O es en cucurucho o no es helado.

Me gusta viajar con mis hijos más que nada. Me gusta jugar con ellos como nunca jugué. No necesito casi nada más y lo poco que necesito se me esquiva como una venganza que descifro pero que no exorcizo por decodificarla. Me gusta bailar, no sé cómo bailar a los 40, no sé si hacer una fiesta o no. No hice y sentí que me ahogaba de pena, hice y me ahogué de desilusión cuando se fue el DJ de mis sueños. Si bailo soy feliz. Soy cuando bailo. Bailo en la cocina, bailo en las clases de zumba, bailo con mis hijos, bailo con mi sobrina a carcajadas, bailo en las fiestas que me invitan, bailo cuando no quiero salir y salgo. La belleza es bailar. Quiero jugar al tenis. No lo logro. Soy cuando grito y pego el tiro largo y fuerte. Quiero ponerme la pollerita fucsia y correr cuando la lengua se me agita. A veces me cuesta respirar. Sólo quiero que me pongan la mano en el pecho y me comprendan. O que me jueguen. Y me la devuelvan fuerte. Casi

todo lo que espero de la vida. Casi todo lo que espero que no depende de mi autonomía es eso: que el tiro me potencie, que mi brazo siga cuando la pelota cruzó la cancha, que no sea un frontón, sino que los cuerpos no se crucen, se potencien, que los brazos hagan más fuertes los míos, que mis gritos se escuchen y no me la dejen picando sino frente al fuerte de la vida.

Soy intensa, cíclica, vehemente. Soy suave. Pero no sumisa. No hay retorno. Salgo del closet para siempre. Prefiero los vestidos. A veces no me doy cuenta de que yo también juego fuerte. Soy bruja y soy una barrabrava de mis amigos, de mis amigas. Arengo con el amor de la sed de quienes sabemos que el amor a veces falta. A veces me falta. La vehemencia es indispensable cuando el diario, los diarios, justifican desapariciones forzadas. Ante la desaparición se necesita presencia, no más cuerpos esquivos.

La maldad todavía me parece inverosímil. No sé qué es que una mamá te cuide. Todo lo que quiero es que mis hijos sientan que los voy a cuidar siempre. Mi mayor envidia es que mis hijos crean que otras madres son mejores madres que yo. Llega del parque a merendar juntos en nuestro bar en el mundo, pide lo que pedimos siempre. Hasta la Masa y el mejor pan del mundo. Me dice algo lindo. Lloro. Mi hijo me dice que ama que me ponga a llorar. Mi hija me escribe cartas y las abrazo cuando no está. Mi hija cose a puntadas su gracia. Yo escribo en un escritorio que pedaleo sobre el hierro que todavía tiene labrado la marca “Singer”. La historia nunca deja de coserse aunque parezca enterrada. La sangre tampoco. Sos hija aunque te hayas olvidado de esa hechura que vuelve a descoserse. Mi sobrina me compra regalos y espera mis lágrimas como un trofeo que brindo. Nunca el amor me parece obvio. Amo que les guste mi emoción fácil. Y que festejen los que otros me cobran.

La revolución anti puritana

El 21 de enero del 2018 se hizo la segunda *Women’s March* en Estados Unidos. Sin casualidades permanentes, la primera se hizo un día después de la asunción de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos. Natalie Portman contó: “A los 13 años abrí mi primera carta de parte de un fan y lo que leí fue una fantasía que un hombre me había escrito en la que me violaba. En mi radio local empezó una cuenta atrás para la fecha en la que sería legal acostarse conmigo. Las críticas de cine hablaban de mis ‘pechos incipientes’. Entendí muy rápido que si quería expresarme sexualmente me sentiría insegura”. Por eso, se empezó a vestir seria y a rechazar escenas sexuales. “Algunas personas han llamado a este movimiento puritano. A todas esas personas, les quiero decir: el sistema actual es

puritano. Tal vez los hombres puedan decir y hacer lo que quieran, pero las mujeres no pueden. El sistema actual inhibe a las mujeres de expresar nuestros deseos y necesidades, de buscar nuestro placer”.

El feminismo del goce que samba en Río y se viste de blanco junto a las diosas del mar en Bahía, que hace de los cuerpos orgullos y de las Iemanjá una forma de pisar y plantar las caderas; el que deja de alaciarse el pelo afro y muestra los rulos que se desesclavizan para ensortijar la libertad en el Caribe; las chicas que andan en bici y levantan su dedo en fuck you cuando las interrumpe un comentario no pedido sobre sus polleras al viento; las pibas que hacen del short una forma de orgullo; las tortas que se besan en la calle y en todos lados, que se miran y corren en la cancha y en las marchas; las trans y travas que hacen de la elección una libertad sin candados pero sí con derechos, cupo laboral y DNI, y de la risa un escudo contra los formalismos.

El feminismo del goce goza con las gordas que hacen de su cuerpo una expansión de irreverencia contra los moldes encorsetados; los putos sin temor a la masculinidad hincada a los pies de todas las jugadas; las identidades móviles que ya no son binarias, ni son o no son, o son sólo lo que son, sino que cambian y gozan como venga mejor y cuando viene mejor; las familias diversas que no le explican a sus hijxs otra cosa que el amor y las piezas de un deseo sin formol; las dominicanas en pantalones blancos con culotes voluptuosos sobre la chatura lánguida; las chicas y chicos que no son lo que tienen que parecer y hacen de la camisa y el pantalón una marca que no tiene sexo ni rumbo fijo, ni lo quiere tener; lxs chongos que corren en la cancha de la Villa 31 y festejan el mundial de los cuerpos plurales y los gustos múltiples por mostrar o esconderse; los cuerpos feminizados que no encuentran el límite sino el gol en la corrida por sus propios cuerpos y potenciales cambiantes no pueden ser nunca puritanos.

No pueden venir a decir con el dedo levantado que el feminismo tiene gorra. El feminismo transpira su gracia y su goce. No duda en denunciar todas las formas de abuso y de violencia y que golosea con los placeres como resistencia a todos los autoritarismos.

Existe una revancha contra la revolución de las mujeres porque quienes son privilegiados no se rinden con las manos en alto, ni ceden sus lugares.

La revolución de las mujeres es vertiginosa y decidida. No es posible retroceder ni agachar la cabeza, porque contra el machismo el peor de los caminos es la mitad del camino, y si los cambios no van a toda máquina, las mujeres y trans corren más peligro.

Deseos diversos, derechos iguales

“En la madrugada del 15 de julio de 2010, ocurrió en Buenos Aires, un hecho insólito para la historia política del país: a las cuatro de la mañana centenares de personas marcharon por la ciudad vacía y dormida. Cantando, entre cornetas y el acompañamiento de bocinas de los primeros camiones que comenzaban a circular, los manifestantes improvisaron un desfile nocturno desde el Congreso hasta el Obelisco. Festejaban la reciente aprobación de una reforma a la Ley de Matrimonio que contempla a las parejas de gays y a las parejas de lesbianas. Llevaban banderas coloridas, reían, saltaban, coreaban canciones de protesta que hasta la víspera no existían. Argentina fue el primer país en América Latina en reconocer el derecho al matrimonio a gays y lesbianas”, destaca Renata Hiller en su tesis *Regulaciones estatales de la conyugalidad. Apuntes sobre Estado, matrimonio y heteronormatividad*.

La ley de casamiento, adopción y fertilización para personas del mismo sexo (rebautizado como igualitario) subió la apuesta de los proyectos de unión civil con el que se conformaba el problema de las sucesiones de parejas gays o de cómo lograr compartir la obra social para ir al médico. La norma rompió con el lobby de la Iglesia Católica, con voz y voto en la política argentina y frenó el avance de las iglesias evangélicas (que llenaron la Plaza del Congreso de colores naranjas) y que en Brasil derrocaron a Dilma Rousseff y construyeron poder propio.

El amor se mostró diverso, trans, con dos mamás, con dos papás, con un papá y dos mamás, con besazos en cada muestra de lesbofobia, con familias nuevas, diversas, con un amor de grandes y de chicos, de trans varones y mujeres, de personas sin etiquetas y con la torta con cintitas ya sin muñecos que encajen de forma binaria.

También aplacó los ánimos de muchos gays que tocaron el techo de sus derechos y dejaron la militancia por los derechos civiles y sexuales al sentirse parte de una sociedad gay friendly en un país más machista que homofóbico que, a diferencia de todo el globo, pudo romper el molde con la Iglesia para que dos muchachos sean familia pero no impedir que las mujeres se mueran por interrumpir un embarazo de forma clandestina.

El *pink washing*, que intenta colonizar las conquistas de la diversidad sexual para gobiernos o empresas de corte liberal en lo económico, tomó forma y representantes que querían cambiar de novio, pero no de molde social y aplacarse junto con un individualismo diverso.

El matrimonio igualitario fue solo el paso más público de un cambio real y en avalancha. Las formas de amor, de curiosidad, de exploración, de erotismo, de encuentros, se multiplicaron. Y mientras el mundo gay dejó el lugar activo que tuvo en los ochenta y noventa o, al menos, se bajó su perfil público y cantidad de

referentes, el movimiento lésbico se hizo más visible, más potente y con más referentes.

En la televisión se busca que alguien diga que no todas las feministas son lesbianas. Eso es cierto. Tanto que la heterosexualidad ya es una categoría que merece ser abordada. La multiplicidad lésbica empujó el feminismo mucho más lejos en su autonomía de prácticas, en los reclamos, en la estética sin canon, en una libertad sin ataduras. Se reinventó la forma de amar o, al menos, se invitó a un nuevo caos que, como diría el compañero Maluma baby, es sin contrato. Y eso, claro está, es un quilombo sin reglas fijas, que patea las puertas de los baños para señoras en pollerita y señores con pija larga. Eso sí: ya no hay puerta que las chicas no abran.

La fuga del pacto heterosexual

“El movimiento lésbico genera un corrimiento del pacto heterosexual que consagra la división sexual del trabajo, que cristaliza qué debe ser una mujer. Un pacto identitario que, en lo legal, es el matrimonio, y que genera una estabilidad de las identidades, por oposición y por cierto arreglo social, en el que cumplís una función. Eso no ha terminado. No hay un corrimiento tal por el que las mujeres no digan “tenemos que estar flacas, tenemos que tener la comida”. ¿Tenemos? ¿No hemos podido desarticular tener que estar bellas o hacer funcionar una casa como parte del pacto? Nos contamina a todas. Pero las lesbianas, al correrse de ese pacto, al fugarse de todos esos imperios a los que hay que someterse en esa alianza heterosexual cuentan con una ventaja. Son las primeras que, al fugarse, piensan en la necesidad de la manada. El pacto heterosexual aísla a cada mujer con su familia, con su hombre, y las propone como rivales luchando por los mismos varones”, delinea la editora de *Las/12*, escritora y promotora de Ni Una Menos, Marta Dillon.

“Hay una ventaja y, por otro lado, hay una enorme discriminación que también te la cobran. En las marchas está buenísimo ser una gorda, chonga y con la cabeza rapada pero en los trabajos te siguen pidiendo buena presencia. Pero, entre lesbianas, hay otra circulación del deseo. Podés compartir espacios y corrientes eróticas con mujeres de distintas edades donde si tenés celulitis, pelos, no es un valor que te va a dejar fuera del mercado del deseo lésbico”, rescata. Aunque no es que el mundo entre mujeres sea idílico: “Hay cosas que son propias de las relaciones de poder del amor romántico. Entre lesbianas hay violencias, es invisible y es denunciado y no te creen porque se suponen que son dos mujeres con cuerpos equivalentes y, sin embargo, hay muchísimas relaciones

violentas. El poder no cesa y es complejo”.

Sin embargo, Dillon rescata que la ruptura no es sólo quién te gusta, sino cómo se moldea el pacto erótico amoroso y la ruptura con el modelo romántico hegemónico: “El poder se puede dar en relaciones de exclusividad, que copian el modelo del hogar, donde puede estar lo no dicho, la sospecha y el clavado de visto. Las relaciones eróticas entre las lesbianas no tienen la eficiencia del acto sexual. A veces te importa más dormir cucharita que cuántos orgasmos tenés. Las pibas más jóvenes están reivindicando ser promiscuas o el lado más agresivo de la sexualidad. Pero relaciones no permeadas por la efectividad permiten otra circulación del deseo y mayor diversidad corporal”.

Las diferencias son claras y a la vista de mujeres menos mutiladas por la mirada externa y más orgullosas de otras dotes que no sean su peso, su juventud y su piel tersa: “En el pacto heterosexual tienen que mostrar y se flocean con lo que tienen al lado y el prestigio está del lado de los varones.

En lo lésbico juega el estar para nosotras. Si los parámetros de la belleza corporal son más lábiles, convivís con cuerpos más diversos, con las trans, hay una otredad de lo que históricamente era monstruoso. Para mí la fuga del pacto heterosexual, no de la heterosexualidad, que condiciona lo que es una mujer, habilita otras posibilidades para el deseo. Todes estamos condicionados por el patriarcado. Pero hay que fugarse, aunque salga mal, de pensar que la pareja es un sistema de exclusividad con el que tenés una sexualidad para toda la vida. En las parejas heterosexuales eso es un quilombo. Si lo pensás hay falla y error permanente porque los celos los tenés, la autoestima se puede dañar, pero hay una búsqueda de pensar comunidades más compartidas, de pensar las amigas como familias, las personas LGTTB son más circulares, no tienen esa jerarquía. La seducción no es solamente un cuerpo bello. No quiere decir que no haya otros patrones normativos y problemas. Pero seguro que hay un corrimiento de la belleza hegemónica”.

El éxodo de lesbianas, hetero-curiosas y lesbomoda

La trabajadora social Andrea Burgos Faller es lesbiana feminista y abre el mundo que cambió el mundo: “Hoy en el rubro lésbico no nos quejamos de la falta de sexo por más que los recorridos sean transitados de forma muy distinta. No sólo cogemos entre nosotras sino que esta nueva era de no etiquetas dejó a muchas mujeres a la merced de la exploración, se llenó el mundo de hetero-curiosas, algunas solteras, otras cuyos novios no tienen conflictos con que prueben con chicas (porque no somos competencia para sus neuronas

microscópicas, además de que claro, según ellos, las minas no cogemos... nos acariciamos). Hoy no hay límites, toda mujer es una opción, ya no existe la pregunta “¿será lesbiana?”. Las mujeres y lesbianas están empoderadas, nadie les dice lo que tienen que hacer, no responden a los cánones sociales, casi que es un acto de libertad estar con otra chica. La lesbomoda corre el objeto de deseo, ya no se trata de gustarle a un varón, no se chapa otra mina para ratonearlo, lo copado hoy es chapar para el disfrute propio, por exploración, para descubrir y sentir nuevas sensaciones. Chapan para ellas. El disfrute no lo constituye la mirada del otro, sino el cuerpo propio sin condicionamientos de ese otro”

La periodista, DJ y activista Lia Ghara también habla de un mundo de chicas, marchas, noches, giras, fiestas, asambleas, lecturas, desfiles alternativos en donde los brazos se alzan para brindar, bailar, pelear y la mixtura no deja afuera ningún deseo, pero sí, muchos sometimientos: “El orgullo de las tortas, cada vez mayor, cada vez más numeroso proviene quizás en parte como lo decía (Carlos) Jaúregui de la respuesta política que se le da a una sociedad que te educa para la vergüenza. Aunque, por otra parte, admite al menos sospechar de este movimiento que no para de ganar adeptas que encuentran en sus filas la comodidad del éxodo. Las pibas que aman a las pibas, ese es el quid, el climax de la desobediencia patriarcal. Que no habla solamente de la insumisión para la se(n)xualidad sino de la política que más lastima y atrofia el rancio patriarcado: que nos amemos”.

Y se pregunta: “¿Encontraron las lesbianas el tesoro al final del arco iris?” “Definitivamente no –responde–. La violencia patriarcal existe en cualquier ámbito, como una introyección del enemigo. Pero (políticamente) el enorme potencial de llamar(nos)se tortas radica en la posibilidad de construir vínculos por fuera de la lógica patriarcal y capitalista, sin propiedad, sin jerarquías, y sin competencia. Amando diferente en lo individual y colectivamente”.

El deseo amplio, lésbico, móvil, bisexual o libre abre los espacios de miradas y roces. Y, sin dudas, genera una ruptura con padecimientos que continúan en las mujeres con relaciones heterosexuales que saltan a la vista. El deseo se cobra, también, como si en los vestigios de relaciones con los varones quedara la debilidad empantanada del goce del amor o del erotismo, la cuenta imposible de dejar de desear para que la libertad no esté condicionada a la mezcla irreal de ser una señorita cruzada de piernas que espera un cabeceo para salir a la pista y una boxeadora con los brazos en alto en el ring de la vida.

El lado a del feminismo

*“A veces amo la violenta supresión de mí misma que me causa el amor
A veces quiero estar en otra parte”.*
(Marina Mariasch, *No quiero tener nada que ver con el amor*).

El feminismo es conocido por su lado B. Las mujeres luchan por la libertad y en contra de la violencia. Pero la violencia arrebató la libertad, la vida, el aire y todo. Y no hay forma ni dignidad que nos haga darle la espalda a la violencia.

De esa lucha contra la violencia no retrocedo un ápice. No le resto un décimo de aliento. No le saco el cuerpo, el alma, las ganas, la furia y el incendio contra quienes se creen dueños de las chicas y las doñas, las mujeres, y hacen de las desaparecidas una ausencia que nos mantiene en llamas y del miedo un latido que conocemos como el ruido de cada paso y que nos despierta para no retroceder y hacer de la vigilia una valentía cotidiana.

Pero no retroceder no implica no volver al principio. ¿En qué piensas cuando te acostás cada noche? Los ojos se cierran con ese sueño que no llega porque la cama desvela como un jugo que no puede dejarse. Se desea más cuando no es pan cotidiano ni parte del mobiliario.

La cama no es un lugar de abrigo, sino de sueño.

Y ese sueño no quiere dejar la piel afuera, además del cuero.

La libertad nos ha cobrado sus costos. Ahí, ahí donde más se desea, en el ensueño donde el cansancio o las ganas se descontrolan como la oscuridad, en donde los chocolates no miden calorías y los mensajes salen como si no se leyeran. Ahí es donde la noche resetea el feminismo a cero y el deseo es la gran partida.

El deseo es la mayor fortaleza y la mayor debilidad de las mujeres deseantes.

No es cierto que convenga. No es cierto que se gane. Este es un libro de anti ayuda, pero es un libro de espejos porque de la ola brava se sale saltando más alto o al ras de la arena, revolcándose y sufriendo en la orilla.

Convenir conviene no escribir, no desear, ser perra, ser sexy, ponerte tetas, hacer dieta hasta que la panza sea chata y el fuego también y no responder a nada más que a la pregunta de si tragas o escupís y si después sos madre modelo, recuperar la figura antes de que te escupan para buscar a otra que no decaiga con la atención, mamú. No es que convenga. Es que somos inconvenientes. Pero no queremos, aunque no negamos que suceda, pagar el precio de lo inconveniente.

Entonces llega el lado A del feminismo. El deseo, la libertad. La cama y el sueño como un lugar para cerrar los ojos y sonreír porque la revolución es nuestra.

Escribir sin cuarto propio

En geografía le pidieron a mi hijo, Benito, una imagen sobre su mundo. Mi hijo mando una foto mía, de espaldas, escribiendo en mi cuarto. Mi hijo dice que cambio cuando escribo. Y que su mundo es saber que estoy aunque esté en otro lado y decirme a dónde va, de dónde viene, que quiere comer o qué necesita, aunque sea (siempre) cortarse el pelo y pedirme un pearcing. Y que yo le diga que tengo que volar por el cierre, le diga que sí –obvio– aunque sepa que nunca, jamás, mi cuarto fue el cuarto propio, sino una puerta giratoria a la cotidianidad sin tregua y toda, siempre, entera, sobre mi espalda.

Nunca hubiera elegido esa foto. Tengo el pelo recogido como escribo y prefiero el pelo suelto, pero siempre me pongo una colita para escribir como preparada para un oficio que me necesita despejada. Escribo al lado de mi cama y eso ya habla de un trabajo a los pies del deseo, del insomnio y de un trabajo tan deseado como de un deseo tan coartado por el trabajo.

Escribo con papeles desordenados. En un escritorio de los que me gustan, el desorden y el whisky van ensamblados porque el orden está tercerizado y la bohemia encarnada en la necesidad de una creatividad sin límites. Para mí el límite, incluso la opresión de una maternidad full life, sin días libres ni francos, sin monitorear cenas, fiestas, responder que no a pedidos de tatuajes y sí a las demandas de aritos, a ver desfilar por el espejo de mi cuarto, que es mi cama, mi escritorio, por mi pantalla, una enormidad de trabajos (y muchos que hago porque necesito la plata para sostener a mi familia), y preguntas intrépidas que no puedo dejar de responder aunque lo quiera, fue mi propio viaje al deseo de escribir.

Este es el texto-libro más riesgoso de mi vida y creo que no lo hubiera escrito si la libertad estuviera a los pies de la cama o la maternidad servida en una equidad que fuga mi lucha de mi propia vida. Me parezco más a los escritores que reniegan del horno que se rompe o del lavarropa que no anda y que, siempre, necesitan más tiempo porque no soy una periodista ejecutiva de reloj andante, no tengo (a mi pesar) el don de ordenar por cajones y desprenderse de los papeles que inundan mi cuarto de ideas con sentidos que nunca suelto y se retoman aunque parezcan archivadas.

Escribo en bares, en conventos, en la radio, en aeropuertos, en casas en donde duermo por viajes de trabajo, en la casa de mi hermana, en hoteles, en computadoras prestadas, en locutorios (qué maldición que se haya acabado esa buena época de cuartitos propios rentados por hora como telos laborales que valen la pena, como los telos de sexo por hora al desahogo, también coartados

ante la vida sin treguas) escribo donde puedo y donde haya wifi y enchufes y, claro, si es posible, dulce de leche o torta de manzana y, si es más posible, los sábados en *Hasta la Masa* con un menú que pasa de pastrón a queso y dulce, y del queso a la merienda con las tostadas con dulce de leche, y la noche que llega con la computadora celeste pintada de letras pobladas.

Una generación de mujeres periodistas, free lanceras, que malabareamos todo, no solo escribimos, escribimos donde sea, como sea y ese ruido se mezcla en nuestras letras. ¿Tiene que ver con nuestro trabajo? Yo creo que sí porque es el tercer mundo de la escritura amaestrada a no resignar la maternidad ni a tercerizar nuestras vidas, no dejar de pintar las canas de reflejos y no poder estancar el alma a medio sueldo en redacciones en donde todavía no se entiende que las minas ganamos menos y ponemos el doble de tiempo y esfuerzo en lo que hacemos y no podemos no estar ni cuando los pibes son chiquitos ni cuando son grandes porque estar hace la diferencia y nosotras, si de algo sabemos, es de la diferencia.

Me viene como un rayo Maxime Swann, una escritora que admiro, a lo lejos, como una prófuga de los escapes y de los encierros, como una belleza imperecedera que hace un shock a la vista, justamente porque la encontré sin que me mirara en un bar del Palermo añejo, sin más recorrido que una mesa y un café, mirando a la pantalla como se mira cuando hay sed y no hay tiempo que perder. Y me acordé de su post cuando buscaba casa en Tigre para terminar su libro. ¿Hay selva que nos salve de la selva cotidiana como ahogo y como liana para desear escribir más que dormir, aún con la maternidad que quita como primer valor el tiempo y el sueño?

Los escapes son necesarios, al pie de la cama, con el zumbido del agua como río o en un bar en donde la Coca Light te la traen con hielo y el ruido es apenas eso que se cuela en nuestros dedos, que no escriben igual sino que escriben impregnados de nuestras propias huidas, que son el signo del deseo que no se descifra en esta oleada de mujeres al mando de nuestras palabras.

Capítulo 1
PUTITA GOLOSA

Putita golosa

—¿Sólo sexo?

Llegar al cielo del cuerpo enmudecido. Gritar a pesar de las paredes de durlock y de los gritos vedados aún para lxs hijxs, a los que las palabras monocordes les suenan a arameo. Gritar como un permiso que el placer arroga. Gritar como si la garganta no contuviera el verbo indescriptible de la piel rosa encaramándose al colorado. Gritar como si el ardor redescubriera el cuerpo endemoniado. Gritar a pesar de los porteros que custodian la sexualidad de una madre que de día acarrea mochilas y convida la torta de los cumpleaños. Gritar ante el silencio de desear en voz baja para que no se escuche, para que no se note, para que no se dé cuenta ni quién puede desear al cuerpo que desea.

Gemir sin consonantes mientras en la radio Amalia Granata cuenta su sexualidad express de consoladores para usar entre los congestionamientos de autos. Sin que se note. Sin tragarla. Sin olores, ni suciedad, ni miradas dislocadas del cuerpo partido y perdido de su eje, ni gritos que retumban, ni transpiración arrancada de las axilas escépticas de tan asépticas, que ya las narices no sucumben ante el cuerpo invitado como si la idea fuera cuerpos que se tocan sin tocarse.

Hay gustos, elecciones y soledades bienvenidas. Pero la autonomía femenina encuentra, muchas veces, a veces, o miles de veces, el límite de su debilidad en el deseo. Al menos es el deseo (de nuevos trabajos, nuevas familias y nuevas luchas) el que invita a ir más lejos, a poder con más victorias de las que tuvieron un día nuestras abuelas y redoblar la apuesta para nuestras hijas. Y también es el deseo el que, a mí, muchas veces nos redobla la contradicción imperiosamente filosa. Ir para adelante como un huracán al que nada ni nadie detiene sin esperar la carroza, ni el carruaje con príncipe al volante, ni un zapato que nos calce perfecto, ni un beso que nos redima y cargar calabazas, niñxs y oficios por los hombros.

Pero sí se desean dedos que lleguen a la propia espalda o que, más aguerrida y azarosamente, apenas acaricien las rodillas o soplen el cuerpo delineado que gusta entre sus rayas hacer algo más que dividirse. Que desvistan la piel y encuentren en la inhospitalidad presunta del brazo una piel nueva vestida de erizo en el lunar al que los sexólogos no le ponen letra y que, sin embargo, delata la piel en la conjunción de un deseo de visita. Que huelan, que acaricien, que quiten los zapatos, que desabrochen los corpiños —que ya sabemos hacerlo solitas pero que la sexualidad es juego o es aburrida y el convite es a dejarse

hacer lo que ya sabemos y redescubrir siempre el creciente ludo del cuerpo nuevo—, que dejen la ropa puesta, que sepan que arrodillarse es un regalo bendito que no inclina de por vida pero da gracia como cuando se toca el piso en el subibaja porque se sabe que es envi3n hacia un aire bendito, que festejen el hambre y que dejen lo mejor para el postre. Y que haya postre. Y, despu3s, sobrecama, porque el sexo tambi3n se espera en el mejor abrazo, el m3s sabio, el que amortigua la subida infinita.

“Pecho: putita golosa”, le colg3 Rosario Central una bandera a Newell’s en su el cl3sico, del 26 de julio del 2015, atr3s de su arco. Despu3s, ganaron. La met3fora lineal quer3a decirle al rival rojinegro –casualmente adoptado desde que nacieron mis hijos como el club al que prefiero festejar– que le gusta que le metan goles. No me dan urticaria las met3foras futboleras. Pero preferir3a que no sean en contra del placer femenino y convocar a las tortas y al goce, al dulce de leche chorreante y a la manzana acaramelada apenas mordida. No creo que el deseo pueda ponerse en palanca de correcci3n pero s3 que las palabras tambi3n provocan y son parte de un juego en donde el mejor camino es el encuentro. Y contra todos los mares que piden controlar el deseo propongo la irreverencia de apropiarse de la bandera rival y (no esquivo la pelota) planto bandera.

Soy putita golosa.

Y, a veces, no me la banco.

No s3 lo que es empalagarme

Putita Golosa no sabe lo que es empalagarse

La noche que se sale no es igual a la que se entra

—Las amantes no se maquillan —dice Pedro Mairal en “La Uruguaya”.

Los rojos no son para que los labios se pierdan en la carne

La desnudes lenguaraz se desalinea

La sed es insaciable

Escupe pasto

Pide postre

Pide pan

Pide otro m3s.

La torta de manzana se come con helado

Porque lo caliente es fr3o

Porque lo fr3o es caliente.

No hay una frutilla del postre

Putita Golosa quiere m3s cuando le dan

Quieren cerrarle la boca

Y Putita se venga con su propio dulce de leche.

Cómo se desentraña el deseo encarnado en el cuerpo vuelto carne vuelto seda para volver a enroscarse en un caracol andante sin latidos despacientado de su propia impaciencia

Cómo se descabalga el cuerpo montado en su propio abismo, el mar desenvuelto en arena picada como una danza que va de puntas hasta el agua que quita el ardor y trae la sal y la revuelta y la alzada

Cómo se remoja el olvido.

Cómo se doma al cuerpo endemoniado de furia de estar sedado y arremangado ante los pies de la orilla barriendo con las piernas como presas quietas.

Cómo se sienta a la espalda inclinada, impertinente, sin posibilidad de aquietar las sombras estampadas entre los relámpagos de luz que te muestran erguida en la languidez del abrazo que secas con tus lágrimas que mostrás menos que tu cuerpo sin tapujos.

Cómo se hace para desencontrarse.

Cómo se hace para no llamar lo que se busca

Cómo se hace para no mirar al que te gusta

Cómo se hace para no esperar al que se espera

Apagarse

Salir

Soltar es la frase más idiota de la época.

Soltar es ser un globo que se desinfla, ni rojo, ni amarillo, que puede transitar por la pasión como si no fuera un tren descarrilado, sin necesidad no se saca la lengua afuera, se despintan los labios, se hurga la lengua en cuerpos impropios, no solo ajenos, que ni siquiera registran el cuerpo por un rato.

Putita Golosa tiene hambre.

Donde hay una necesidad hay un derecho

Donde hay un deseo hay un goce

Y sin necesidad no se goza igual.

Donde se suelta no hay hambre, ni sed, ni goce, ni tristeza, cuerpos propios erguidos en su satisfacción blindada de autoayuda y autoestimas altas con hashtag en inglés y todo positivo como remedio a no bajársela a pibes que te piden que no les cuentes tus pálidas.

Tus pálidas ni nada, que no cuentes, con ellos, ni con tus palabras.

No solo con las tuyas, que no cuentes con tus propias palabras.

Qué te calles como forma de seducción sellada.

en la dictadura Neruda de guasap que ruega por guasca malherida

*Y tus palabras los hundan.
—No escribas
—Escribí solo si te escriben
—No respondas
—No invites
Las lecciones victorianas se toman revanchas en
las telarañas donde la tinta no mancha.
Vos sos una, una de las muchas.
Ellos tienen muchas.
Vos sos una de las muchas.
Las muchachas se amuchan tras muchachos
Que pueden elegir
Qué te elegirían
Entre un abanico imperturbables de colores y casas
Y bibliotecas para mirar o desnudas
Las leyes de mercado reinan sin Trump, con trampas
En las camas despobladas de demandas
Endemoniadas del desierto de palabras
Escupidas por una confianza que puede desfibrilar
los instintos
Ahora no mienten
Dicen más de lo que quisieras.
Mienten los manuales de feminismo toy
Inescondibles entre los cajones purgados por la mirada
poblada de una casa encarrilada
en donde no podés exhibir la sexualidad en una percha
en donde ponés trabas para agitarte o llorar o apagar tu
propio incendio
mientras apagas los fuegos diarios.
Miente la autonomía pos pos porno
porque es un pudor que aparezca en pantalla
ante el arreglador un virus tan infecto como tu soledad destemplada.
El te dice que para quilombo se hace una paja
Y vos sabes que es la verdad, la única realidad
No te conmueve el feminismo de la impunidad
subido a un banquito de un deseo coordinado.
No te conmueve el feminismo de Tinder
con libertad de jugar a likearse
Y ser la que maneja la correa de la perra*

que hay en vos
Y que a vos te ladra.
En tu propio Afganistán
tu libertad está cercada y desnuda.
Sabes radiografiar con palabras
El talibanismo de la descortesía
Pero no sabes cómo se mutea al propio cuerpo
Sin respirar más aire en el convento.
Cómo se manifiesta sin marchas que el deseo
Te saque los bozales
Te pinte de indeleble las rojas palabras que
rojas salen de las manos
Que jadean
Leyendo
Que gozan escribiendo
Y que no quieren anudarse
Soltar
Olvidarse
Esperar
Cómo se desea al propio deseo sin desear ser deseada
La libertad de empalagar hasta la punta de la lengua
Y desafiar al que quiera venir que venga:
Putita Golosa
No presenta batalla
Pero tiene Nutella.

Apologista del sí fácil

“Es cierto, algunas noches podemos ser fáciles. No requerimos habilidad, esfuerzo, mucho trabajo o inteligencia especiales. No estamos nerviosas, ni disconformes, no lo hacemos complicado. Quizás la palabra más apropiada sería “libres”. Aunque fáciles también, algunas noches, algunos días, no acatamos límites”.

(Marina Mariasch, Yeguas).

Puedo clavar mis rodillas en el piso sin arrodillarme a rezar, suplicar ni agachar la cabeza. Más bien la subo. Clavo la mirada. Desvisto la sed. Naufrago entre los

gustos. Dar para darse no es dar, le das, le doy. Dar no es dar. Coger no es ceder cuando se coge bien. Y ceder no es entregarse. Entregarse no es ceder. Toda la sexualidad está revestida de metáforas de dominación. Y a la vez que capeamos a la dominación buscamos el deseo perdido entre el deber ser.

Las palabras, incluso en el futbol y en la política, desde todos los bajos fondos de las grietas, remiten a un discurso en donde el penetrador castiga y la penetrada es derrotada.

Ser cogida no es ser aplacada. No por remontar la apuesta de la corrección política que puede –y debe– ser desbocada de ganas para escupir la rabia y no tragar la corriente, sino para no perder la victoria de los cuerpos en llamas. Y para dar por impermeable el mayor de los derechos: al ajetreo indomable de las yeguas en vilo con sus cuellos arqueados.

Pero hay un deseo más que no encaja en grietas ni urnas. El deseo a desear. En voz alta. En tiempos de reivindicación a las tareas silenciosas femeninas, a las que escuchan más de lo que hablan, a las que no pierden la cadena y se hacen escuchar a como de lugar, a las que esperan y cuidan y van un paso atrás y – como mucho– al costado del hombre (después de la irreverencia de acomodarse por delante) toca, también, estallar de la pasividad dominante y reivindicar –a cada cual solitas o juntas– la apología del sí fácil.

No hay que volverse esquivas y volver a esperar a que cabecee el deseo para salir a bailar. A ser escrita para escribir. A ser invitada para invitar. A ser deseada para desear. No es necesario –tampoco– apabullar para no dejar escabullirse el climax de la conquista sin mandato cumplido: el derecho a desear.

El sí es fácil.

Y no nos lo quita nadie.

El sexo sin postre no es sexo

—Escribime esta noche —le dijo y la conquistó.

Putita Golosa prefiere los amantes inolvidables a los efímeros. Pueden ser fugaces, pero tener voluntad de indelebles. El que trae helado de maracuyá o dulce de leche con bombones de chocolate y dulce de leche (porque en el sexo la redundancia es sabia) o un chocolate con cajú que invita a relucir el filo para que la textura se muerda entre los labios. Putita Golosa saborea el dulce de leche por castas y quiere que el azúcar gruma entre la piel que hace de la boca territorio permitido para los mordiscos que apenas se rebalsan y la voracidad que hace del deseo puerto libre.

Los labios no necesitan abrirse para texturarse con un placer mordisqueado

sin mapas, derretido al costado de la ruta, como si la lengua se quedara varada y sin remolque o se empecinara en dar giros sobre el pecho a lo ancho de su deseo. La nariz se respinga sobre las axilas que son la tierra prometida de una escalada veloz que no puede inclinarse sin saber que hay aullido entre los recovecos que prometen cobijo instantáneo bajo los brazos que pueden enredarse para que el cuerpo tupido pierda el aire sin medir su temperatura.

El sexo sin postre se atraganta en la garganta de cenicientas app a las que se les pide que encajen en zapatitos de sex shop y coman calabaza hasta clonarse naranjas y percederas, sin dejar rastros ni deseos más que jadeos, a las que se las clava una vez con el cuerpo y otra con el teléfono vuelto segundo cuerpo en la obligación de silencio.

La clavada de visto es azul como la pastillita para que el sexo rinda y es la entonación del silencio como barrida a todos los desplantes a la lengua que el sexo trae y que la obligación de indiferencia enmudece.

A Putita Golosa le gusta el sexo desmedido, no el sexito que contonea sus blindajes como un galardón esquivo. El sexo bien cogido puede ser fugaz, irrepitable, desconocido o perpetuo, pero se deja llevar hasta el rincón más recóndito de la felicité aullada sin francés, ni regulada entre tabulaciones calóricas y distancias prefabricadas.

A Putita Golosa le va el sexo con postre: la fiesta de las golosidades servidas como un banquete donde el mantel de las tentaciones esté dispuesto a las manchas de la copa morada sobre la mesa abierta o de la lengua que sana y salva el goteo de chocolate relamido como precuela de los cuerpos vueltos comensales a sus cartas.

Putita Golosa puede fingir su pelo domado en un racimo prepotente docilizado en una cola de caballo o ensortijado como quien da una sortija en la mano para que la vuelta de la calesita sea un pacto de suerte. No puede, quiere, que le indiquen un camino que conoce (sí, no es que sea Caperucita perdida en el bosque), como un pedido donde la cabeza se vuelve cuero y se arrodilla para erguirse.

Putita Golosa gira la lengua como una carrera sin metas y se apura, en cambio, a deslizarse por el cuerpo dado vuelta sin que la espalda termine con la boca abierta. Se vuelve perpetradora del placer que se asienta cuesta abajo, se hunde entre los dedos vueltos sexo y se deja llevar hacía una profundidad que no esquirla dominios.

Putita Golosa no desprecia los clásicos. Al pan, pan y al vino, vino se pide siempre, como los ritos que permiten a los cuerpos galopados por su propia historia saberse de memoria y relamerse entre los poros erizados de las tetas entronadas en lo alto como cerezas glaceadas de los jugos que hacen cliché con

los sorbos de pajitas para las selfies. Pero también se deja llevar por soplidos que barren lo sabido y la reaprenden nueva sin atisbos de defensa ante el sí fácil de los muslos dispuestos a naufragar entre su propia tormenta.

—Escribime —dijo. Y el exotismo de los dedos libres de escribir y lamer su propio recuerdo la desclavó del visto como crucifijo moderno.

Putita Golosa no está lista cuando todo acaba: el sexo sin postre no es sexo.

Al menos, no es sexo libre.

La piel relame la verdad: acabar nunca es acabar si no se acaba dulce.

Acá tenes a las pibas para la liberación

A mi abuela Tita le vi dos cuadernos: el de poesías de estudiante nocturna que conservaba como una alhaja del paso por el estudio y el de las recetas que anotaba frente a las apariciones de Doña Petrona. En letras cursivas y líneas rayadas hacía apología de no besar por frivolidad y que a Garrik le cambien la receta porque no siempre ríen los que hacen reír. Ese tesoro lo tengo. Las recetas no.

Mi abuela se sentaba a ver la televisión con lápiz y papel. La comida poblaba su mesa amarilla de ñoquis de bienvenida, sus tardes de tele, sus hojas de desafíos y su nombre endiosado por un sabor que no muere. La cocina, sin embargo, no era una lección con la que adoctrinara. Igual que los vaivenes de Doña Petrona entre la vergüenza de ser cocinera y el orgullo de adoctrinar en la economía del hogar, mi abuela sabía que su talento era tan claro como el peceto que no necesitaba cuchillo para enfilar la ternura y la esperanza que —todavía— resplandece en su copa color verde.

Pero también sabía —muy sabia— que saber era mejor y que la cocina de conversaciones en jeringoso, de tangos recitados y de cabellos de ángel no podía ni debía ser el destino de sus nietas con más alas que su cucharón que, gracias a algún cielo, conservo —contra muchos desfalcos— para que la sopa no se escurra y permanezca inoxidable como una armadura humeante.

La batalla de los besos por frivolidad la perdió a medias. Sigo saboreando cada beso azaroso, fugaz o empedernido como un paladar enamorado del dulce suave que no tiene receta para el olvido. Pero hay algo inexplicable. Nunca me sentí tan a salvo de los hechiceros de besos que escatiman, como en la cocina de mesa amarilla de Tita.

El feminismo vehemente en el que creo con el alma, las manos y la boca me alza los pies, pero no logra despejarme el deseo de besos que traigan postre después del apetito apenas cubierto por los platos voraces. En cambio, siento en

su receta la escudería para crearme libre de la dependencia más feroz: la del deseo.

En su casa, en la cocina recetada por Doña Petrona, no había cena sin postre, como hoy sí hay sexo sin libertad de deseo. La boca esperaba sin freno posible el arroz con leche espolvoreado de canela, abocado a mixturarse con el dulce de leche, tiritante con los granos al dente y desafiante de cualquier placer oral de los que dejan sin aliento ni olvido.

Hoy las nuevas Petronas son sexólogas que decoran las vaginas en bragas diminutas y apuntan recetas para llegar adonde no se sabe cómo encontrar, ni cómo volver. “¿Sabías que una cucharadita de semen contiene solo siete calorías? Ya no tienen excusas”, dicta la sexóloga Alessandra Rampolla en una frase repetida como loop en Youtube, tal vez lo más parecido a la simul Petrona moderna que receta a las mujeres como tragar sin escupir y sin engordar, como si el sexo oral fuera un jarabe a embuchar para que tu marido no te deje o la modernidad no te condene por seca o por gorda.

No todo tiempo pasado fue mejor. Con la liberación sexual –y con toda la libertad desenredada que falta– estamos mejor. Pero a la libertad sexual le queremos poner todos los huevos que le ponía Petrona y tirar manteca al techo. El placer desmedido no mide calorías y frunce los labios para que las caderas no defalquen el paraíso delgado de las selfies más fáciles que los orgasmos.

Por eso, queremos comer con la boca abierta, sentir el power de una cocina amorosa, descontar pecados y contar con papel y lápiz besos y ollas y que el amor, la comida y la vida, siempre, pero siempre, tengan postre.

La tonti

El mar como voyeur del descanso.

Estiro las piernas y no puedo parpadear, leer, comer, ir en busca de un bar o una Coca, una playa mejor, una cabalgata, un vestido, nada. Me quedo inmóvil. Pago 100 pesos sin conocer el cambio. La vida por una reposera. El reposo como una vida esquivada. Las piernas estiradas. Ni abiertas, ni dobladas, ni abrazadas al cuerpo. Rectas frente al mar. Los ojos no pueden leer. Se pierden en el agua.

Me pierdo y me reencuentro. Como en el sexo. Me voy y me vuelvo. Me gusta que me lleven y no me gusta solo ser llevada. Me dejo ser otra y vuelvo a mí.

Me cubre el agua templada. Soy solo agua en una orilla extendida en la que me vuelvo parte y también me hamaco casi sin empuje hacía nadar la nada.

Una niña me puede. Siempre. Casi. Sonríe. Extraño a los míos. Ser sola

cuando ya nunca más se va a estar sola. Volver a estar sola. Como en México, como en Cuba. Veinte años después. Sin mochila. Con más mochilas.

La niña ríe. Y brinca en su lengua que reluce como su piel negra y su cuerpo que tiembla en el mar más cálido de República Dominicana.

—¿Cómo te llamas?

—Amada —me dice con una literalidad que envidió.

—¿Por qué los que tienen plata paren tan poco? —me dice su mamá, sin conocerme, sin saber mi nombre, sin verme con ropa. Con nada. Con el agua tapada hasta el cuello. ¿Qué delatan mis ojos y mi piel que le titilen a ella la pregunta sobre escatimar a los hijos?

Le cuento que tengo dos. Un macho y una hembra, me dice. Me choca hembra. Y eso que para chocar me podría chocar que dicen motoconcho a motoqueros que se te tiran al cuerpo para ofrecerte un viaje en taxi en el que aceptar abrir las piernas y abrazar a un desconocido para que te ahorre caminar a otra playa.

Me gustan los hombres que aman a sus hijos. Es sexy la paternidad bien disfrutada. Pero la maternidad también. Es una complicidad del disfrute por sobre la deuda mandataria.

—Lo ideal sería que se puedan tener los hijos que se quieren tener —ensayo.

—¿Cuántos quieres tener? —pregunto.

—Tres —me dice.

—Yo también hubiera querido tener tres —digo.

—¿Cuántos años tenes?

—Veinte —me cuenta.

Amada tiene cuatro. Y le preocupa el frío caribeño. Me hace el favor de reírse conmigo y viene a mi abrigo. Salta conmigo con el Sapo Pepe. Pero dice brinca. Lo dice más lindo.

Le pido una foto a Amada.

En una isla no hay espejos. Y hasta la calma no es chicha si no se comparte.

¿Cómo se vive sin soñar compartir?

¿Cómo se comparte sin que por compartir se desviva?

¿Cómo se comparte lo que más te gusta y se pide que no te compartan?

El amor no es justo. Tampoco puede basarse en la injusticia.

No hay balanza. Sí equilibrio.

El deseo no es un alfajor que se parte en dos.

La calentura no puede ser para todos los mismos departamentitos grises.

Ni aburrimiento sin destellos, ni concentración garca.

Tal vez algo así como Cuba, una isla caída a pedazos —como el amor en donde la gracia y la desgracia son las ruinas de la época colonial— a pulmón de

la caña de azúcar en un mundo edulcorado. Una revolución sexy, fracasada, viva, crítica, lúcida, resistente, fallida.

Al lado, el muchacho fornido del grupo que dieron vueltas carneros en el aire y jugaron toda la tarde en el mar agarra por el culo a la chica de culo fucsia, apostaría que con un culo más grande que yo y eso es arriesgar mucho. Le atraviesa con la mano hasta el fondo y aparece por su concha para alzarla de abajo. Ella grita agudo. Los dos se mojan. El la carga.

El sexo es un juego bien jugado cuando hay sexo y gritos. Me calma la verdad y poder ser tonti cuando deseo.

No largamos los postres

Me gusta la previa. No tanto la de formulario de inscripción al orgasmo seguro. Pim, pum, pam. Me gusta la de quedar en una cita, hora, día, lugar. Y si me decís tus gustos de helado favoritos. Y cuando hablamos de dulce de leche, sin generalidades, plis. Con frutos rojos o con dulce de leche natural, natural only o con bombones. La lengua o los mordiscos; la noche larga o la despedida corta; el hambre con cucharita o las migas del cucurucho en la cocina a medio des/vestir. Prefiero la conjura contra el “nos estamos viendo” o “¿estas en tu casa?” disparado a las 3 de la mañana como un misil del sexo ahora o nunca y si no es ahora es nunca.

El acuerdo es un recuerdo anticipado de esperanza. La formulación del menú como parte del desembarco en el goce. Me gusta pensar en el sexo como en las vacaciones que reman el año hasta llegar el mar y el abrazo puesto como un kayak entre la marea de brazos que acuartelan los estribos en el subte B.

—Carne —me dijiste.

Y que haga un homenaje a Sharon Stone sin cruzarme las piernas. El vestido de la foto en la playa. Sin rouge.

Me gusta perderme con mapa.

Bajarme en Chacarita y esperar en silencio el turno de la carnicería, mientras hablan de si llegan a los jugadores para el fútbol 5 del jueves como si ya supiera, sin decirlo, que mi billete salió cantado en la lotería.

Ir a mi verdulero favorito. Caminar apurada. Quién me quita los pasos agitados, firmes, para adelante, con tal de conseguir el sabor agridulce que combina con la receta de Tita y la adaptación de Cocineros Argentinos que pispeaste un mediodía. Quedate con el que te pele el ananá y lo acomode en rodajas.

Pelar contra la madera contra reloj. Buscar la chiquitez entre el cuchillo al

que le falta filo. Pasar el papel plateado por encima del lomo y por debajo de la mermelada entre los ingredientes como un augurio. Calcular la ducha y el tiempo de cocción en una combinación justa. Sentir el timbre con palpitations.

El éxito está en que el cuchillo sea innecesario. La ternura de la carne requiere un tiempo previo, el fuego lento, mojarse para esquivar la sequía. La receta es simple: las ganas a veces se redoblan cuando los postres no se largan. Se revuelven con una cuchara de madera. Y se lamen cuando entrar se parece a empezar de nuevo. Y la mesa está servida.

Capítulo 2
MENOS VISTO, MÁS CHAPE

Clavada a la vista

“Quiero que me invites a tu casa, quiero que dejemos de chatear, quiero conocer tu terraza y también creo que te quiero besar. Quiero cerrar los ojos, quiero volar, volar, que se detonen tu piel y la mía, pero creo que no va a pasar. Sigo, sigo esperándote que me llames, sigo, sigo esperando y no me llamas. Porque sos un cagón, sé que te gusto y todo esto te aterra. Porque sos un cagón, te da miedo que se desate la guerra. Sigo, sigo esperándote que me llames, hoy te dejé un mensaje para el WhatsApp, pero empecé a pensar que sos un salame, por eso creo, bien en el fondo, que eso nunca me va a pasar. Que el lunes tenés que trabajar a la mañana, y el martes es el cumpleaños de tu hermana y el miércoles no tenes ganas y así van pasando todos los días de la semana.

Y yo no sé si te reís de mí, o si fue que boqueaste y te arrepentiste, entonces pienso que quiero decirte que “mejor andate, dejame así”.

(Miss Bolivia, Cagón).

La duda es una jactancia, qué duda cabe (aunque sí caben todas las dudas) antes de mandar un mensaje amoroso, una señal de gustarse, un unicornio o una perrita caniche que decodifique rasgos de ternura, pasión, alegría o diversión. La duda se enciende ante la posibilidad de quedar en una papelera virtual de ilusiones amorosas o de concretar una noche que no merezca ir a una papelera real.

La duda, a veces, esconde los dedos y los guarda. Y, otras veces, los titila en busca de una coreografía por encima de los 37 grados. El placer, tal vez, nunca estuvo tan fácilmente al alcance de las manos. Y nunca se esfumó tan descortésmente como si el mismo placer no fuera una contradicción con el olvido. La duda se envalentona y se manda con un mensaje de corazones o espadas –da lo mismo y no da nada, darse o no darse–, un “¿qué hacés?” casi de compromiso para mostrarse descomprometida o una foto que muestre la raya donde empieza el escote y se delaten las ganas. Y, a veces, muchas veces la respuesta no es –siquiera– ni si, ni no, ni blanco, ni negro. La respuesta es azul y titila como un flechazo de rechazo con más heridas de las que parece lógico que genere apenas una ojeadita táctil.

El rechazo se vuelve mudo. Y deja muda también a la esperanza de acción, romance, besos, cita postergable o texteo hot. La maldita línea azul se impulsa

desde un cuadradito que lo dice todo, pero no dice nada y va directo al corazón del amor, no solo ajeno, sino propio. A veces, también, puede disfrazarse más discretamente y tener el azul desactivado. Se ponen, entonces, un traje gris, pero el silencio artero es el mismo.

La no respuesta es una respuesta legitimada como una indiferencia válida en tiempos de coqueteo moderno donde todo vale y nada vale mucho. Poner el cuerpo y sacarlo es tan fácil como contarse todo y no contarse nada. Contar cada comida que se le prepara a los hijos, hablar de política o dónde se está a cada hora y lugar, reírse de los mismos memes o recomendarse series, mostrarse la ropa y la piel interior y, de repente, no deberse nada, ni el respeto de estar del otro lado de la línea.

No se trata de sexo furtivo, de relaciones pasajeras, de touch and go, ni de sex toys. No es libertad, ni libertinaje, sino una indiferencia sistemática, repentina y unilateral que puede pasar de contarse hasta las semillas del pan de la mañana hasta la última ducha y, de golpe, desaparecer como si los fantasmas habitaran en la ausencia como golpe fatídico a un corte que no merece explicación o, a lo sumo, algún emoticón de gatitos que maúllan un desprecio sin palabras y eximido de abrazos, o intercambios por despidos forzados sin derecho al pataleo. Ni siquiera un “hasta luego”.

La indiferencia es dueña de la pulseada y genera nuevas sensaciones y zozobras que ya fueron medidas por el estudio “Me clavó el visto: cómo las nuevas tecnologías pueden generar control y violencia o potenciar el amor”, de las y los sociólogos del Instituto de Investigaciones Gino Germani Mariana Palumbo, Maximiliano Marentes y Martín Boy, que fue dirigida por Mario Pecheny, en el que realizaron 25 entrevistas a jóvenes –de entre 18 y 24 años– heterosexuales de clase media del Área Metropolitana de Buenos Aires.

El estudio fue publicado por la revista *Astrolabio*, de la Universidad Nacional de Córdoba. “Se espera en el médico, se espera en la parada del colectivo, se espera en la entrevista laboral para un nuevo trabajo y en un embotellamiento de autos. Y también se espera en el amor: que se repita una cita, que se enamore, que aparezca el amor de la vida. La espera en las relaciones amorosas –ese tiempo suspendido–, nube de expectativa y ansiedad que flota en el universo cotidiano de cada uno sin poder predecir su fecha de vencimiento, pero que además se potencia por el uso de tecnologías como Facebook y WhatsApp”, enmarcan desde el CONICET.

La clavada de visto reactiva una frase tonta y fatídica como la expectativa amorosa: la tensa calma de la espera de un “escribiendo” cuando se ve a la persona de la que se gusta en línea. “Lo que pasa hoy en día –asegura Maximiliano Marentes– es que hay muchas formas de mitigar y derribar esa

espera. Pero a la vez es un engaño: creemos que podemos romper esa espera rápidamente, pero como a la vez no se rompe, si yo puedo ver que el otro no me está respondiendo, se fabrican otras esperas, más dolorosas”.

Él polemiza sobre estos trazos que no aparecen como un golpe pero que también desdibujan los límites entre amor y maltrato: “Hay algo de lo que pasa en el amor, en términos generales, en torno a cómo lo definimos y cómo debería ser –agrega Maximiliano Marentes–. Estamos acostumbrados a decir que si hay violencia no es amor, pero nosotros nos paramos un poquito más atrás, y vemos que si en todos estos vínculos hay escenas o rispideces, tensiones, entonces son parte del amor. Las relaciones son más porosas de lo que acostumbramos a pensar”.

Mariana Palumbo deshoja estas nuevas rispideces a través de las nuevas tecnologías que no son similares a la violencia física pero que tampoco son inocuas: “No son violencias extremas, como los feminicidios, pero sí son primeras violencias, más cotidianas e invisibilizadas, que deben tenerse en cuenta. Como son parte de lo amoroso la gente no se escandaliza, pero al analizarlo y verlo seriado se ve un problema: las redes sociales disparan los celos y control en la espera, con mucha vehemencia y de modo vertiginoso”.

En este sentido, la nueva prueba de amor –que en algún momento fue la entrega de la virginidad y en otro ceder al no uso de preservativo como escala superior, y nociva, de la elección amorosa– ahora es entregar (o no) la contraseña de Facebook entre los y las jóvenes. “Se toma como una prueba de amor. El amor romántico tiene muchos elementos violentos, de control y celos”, advierte Mariana Palumbo.

Casarse y tener hijos como modelo de amor y familia único: tedioso y esclavo, pero claro. Querer cambiar el mundo y empuñar las aventuras y los ideales juntos pero con la palabra compañero y compañera en la boca y en el cuerpo como arma de lucha. Descontrolar y probarse, saberse en la noche y disfrutar sin ataduras, sin riesgos de enamoramientos, pero tampoco de filos de idas y venidas más que encuentros fugaces.

Los modelos clásicos, revolucionarios y liberados perimieron en su estructura cerrada y los mandatos de nuevas mujeres conviven con hombres viejos –aunque sean jóvenes o maduros- que no movieron su chip frente a chicas que van por todo. Así se conjugan ideales de amor de película de Disney donde el beso termina con perdices (a las que, en general, nadie probó con su propia boca) y desaprensiones que implican contactos no solo sexuales, sino textuales, emocionales y cotidianos sin ningún reparo en romper, sin ningún aviso. Frente a este escenario los desencuentros son los más vistos.

Marentes ahonda sobre la diferencia entre mujeres y varones frente al

impacto de la clavada de visto: “La retórica de la espera es más feminizada. Quienes más detalles dan sobre las esperas son las mujeres y los varones gays. Los varones heterosexuales tienden a minimizarlo, al menos en su discurso”.

Una diferencia generacional enorme es que los varones fueron criados para cabecear y sacar a una mujer a bailar y –con muchos vaivenes– la posibilidad de la frustración o el rechazo también forma parte de su educación amorosa. En cambio, a las mujeres se les enseñó que deben ser conquistadas y elegir entre sus pretendientes. Ese esquema que parece de Cenicienta no cambió demasiado en la cultura pop que se trasmite de amiga retadora a amiga retadora al grito de “vos no le escribas”.

Sin embargo, hoy las chicas avanzan más y eso sí es una modificación gigante. No necesitan que les calce el zapatito para ir a buscar baile. “Las mujeres están más dispuestas a empezar el vínculo o insistir”, destaca.

“Ya no me contesta ni un solo mensaje. Me dejó de garpe una vez más. Y hoy no está. Me metió un chamuyo re gigante. Me dejó manija. Y ahora se va. Esto ya no tiene ningún sentido. No quiero vivir esperando un guatsap o que quieras hablar.

Pasaron los días y no volviste. No me llamaste, no me escribiste. Pero en guatsap siempre te conectabas.

¿Y dónde está? No se, no quiere aparecer. Antes mandábamos guatsap hasta el amanecer.

¿Y ahora qué flasheas? Ni un texto contestás. No sé qué hice o qué pasó. Pero me fantasmear.

Ahora abrazate vos solito, hasta la vista baby. No va mas. No quiero vivir esperando un Guatsap”

(Esperando un guatsap / Megath – Leo García).

“Clavar el visto es la expresión contemporánea de un viejo malentendido. La velocidad y facilidad de la comunicación (casi simultánea y universal), sumada, a la distancia hace interpretar como desinterés la dilatación de la respuesta. Pasaba con los mensajes telefónicos y antes aún con las cartas. Lo cierto es que las razones para leer y no responder pueden ser muchas, incluyendo –claro– el estar en lista de espera de otras prioridades. El mito del amor romántico nos hace pensar que ese mismo amor que nos juró que éramos lo más importante de su vida y que iría a alcanzar la luna para ponerla a nuestros pies, bien podría

evitarnos la angustia de las rayitas azules. Pero chicas, a veces lo urgente supera lo importante. En venganza, tal vez, veo muchas parejas que estando físicamente juntas están cada cual absortxs en su teléfono. ¿Qué se está clavando entonces?”, se pregunta la filósofa feminista Diana Maffía.

“Aclaro que no somos nada pero si fuera por mí hubiésemos sido todo... hasta ese minuto que te escribí un mensaje preguntando si te pintaba salir conmigo y la clásica respuesta... “hoy salgo con mis amigos”.

Ah bueno entonces listo, te clavo el visto y nos vemos... Mira si me voy a quedar en casa metida en la cama con el pijama y vos de gira pasándola bien / justo la noche me está llamando, el taxi en la puerta me está esperando / yo puedo jugar ese juego también...”

(La noche no es para dormir / Mano arriba).

La escritora feminista española Coral Herrera Gómez es Doctora en Humanidades y Comunicación y la autora de *La construcción sociocultural del amor romántico*, de Editorial Fundamentos. Ella lleva adelante un Laboratorio del Amor desde su web donde imprime un feminismo práctico en el que el amor, el duelo, la construcción y el enamoramiento tienen un lugar de respiro o sororidad frente a pasiones que, muchas veces, elevan y, muchas otras, destartalan todas las construcciones clásicas y renovadas. Ella reflexiona sobre el padecimiento de la clavada de visto como forma de indiferencia amorosa: “El problema está en que las mujeres nos han educado en la cultura que asocia el amor romántico con el sufrimiento y la renuncia. Esto nos hace mandar mensajes a alguien con quien tienes un coqueteo o un vínculo y que no te contesta. El problema es que la autoestima de las mujeres es muy frágil porque está construida sobre el reconocimiento de los hombres. Si un hombre que te gusta te hace caso, te sientes guapa y que mereces la pena y éstas alta en el ranking y si el hombre no te ofrece el trono de la mujer más increíble te hundes en la miseria. Si la autoestima baja aumentan los celos, la inseguridad y el complejo de inferioridad y hace muchísimo daño”. Pero Coral tiene el don de combinar la mirada de lejos con las palmaditas imprescindibles para salir adelante y regala una frase de su abuela: “Al enemigo que huye, puente de plata” para arengar que “al tipo que no quiere estar contigo que se vaya rápido y se vaya corriendo porque no merece la pena”.

Coral cree que la indiferencia tecnológica en donde la mujer pasa de ocupar un lugar de seducción a no ser nadie –un fantasma sin entidad– también es una

forma de maltrato. “No contestar los mensajes es una forma de maltrato total y absoluto. Es curioso porque muchas mujeres no lo interpretan como violencia. Es tomado como una forma de seducción del juego amoroso. Y no: es una forma de disciplinamiento espantoso”. ¿Cuál es el efecto de la indiferencia? “Ante el desprecio y la indiferencia, que es una forma muy potente de hacer daño, la solución está en el feminismo, en el empoderamiento individual y colectivo, creerse que una vale independientemente de que le gustes a un tío o no. Hay que apuntalar muy fuerte tu autoestima para que no dependa de absolutamente nadie. Se va muchísima energía de las mujeres en obtener ese reconocimiento. Cuando alguien no te contesta los mensajes por mucho tiempo es fundamental darle pasaporte y romper ese vínculo porque cualquier relación de maltrato nos pone tristes y nos quita las energías. No merece la pena perder tiempo en un tipo que no te contesta, te contesta mal, te contesta tarde o se hace el interesante. En la idea machista y patriarcal está que cuanto más le muestras desprecio a una mujer ella más se empeña en ser querida. Y no. Si te encuentras con un tío que te dice que no te enamores de él hay que echarse a correr en dirección contraria. El feminismo es un buen instrumento. Hay que empoderarse y entender que una se merece un tipo que le conteste los mensajes, que sea claro, honesto y constante y no que sea cariñoso solo cuando quiera follar y utiliza esta estrategia para tener a las mujeres de rodillas. Hay que alejarse de la gente que no te trata bien porque si no se cae en el masoquismo romántico”.

Mas chape, menos visto

—No te van a llamar y si van, no te van a abrazar —anuncia, como se anuncia la tormenta, Señorita Bimbo, desde *Futurock*, en la Nochebuena del 2017, mientras mi sobrina salta porque la nombraron en la radio feminista y reta al que no dice chiques y espera la parte del video de “La Tonta” (de Jimena Barón), donde la casa explota porque no quiere un futuro de esperar y cocinar. Pero como la parte de cocinar sí nos gusta, sobre todo, de esperar.

Mi sobrina tiene siete años y el único regalo al que se abraza es uno de cajitas con purpurinas verdes, fucsias y violetas para hacer collares y pulseras. Mientras espera las doce como un cronómetro cantante se pone la pechera para jugar al básquet a un metro menos del piso de sus contrincantes (un detalle del que hace caso omiso) y baila Maluma con más gracia que si desfilara por el carnaval de Río. Ya no cree en Papa Noel. Pero, sobre todo, ya no cree en esperar.

Elegir lo que se hereda es elegir enhebrar adornos para hacer de la identidad un brillo y burlar las tradiciones es desenmascarar la indiferencia. La mayor

revolución de la revolución de las mujeres es que sea de las jóvenes y de las niñas. Y la mayor interpelación es dejar de esperar.

Yo espero lo que ya no se puede esperar. Que mi madre me quiera, como un goteo, que no tiene fondo pero que la Navidad me empuja a esforzar. Mis hermanas se desarman por hacerme el regalo más feliz: un ping pong que adoro como todo lo que implica paletear. No me gusta competir. Si fuera chongo diría que me la baja. Yo digo que juego peor. La tensión no es lo mío. En cambio, si no hay cuentas, devuelvo todo. No dejo que la pelota se caiga. Me acomodo detrás de la cancha. Me concentro. Me descalzo. Me pongo más rápida. Me vuelvo imbatible. Y disfruto, por sobre todo, algo que no me pasa en la vida: que haya alguien del otro lado que devuelva la pelota, al ras, ligera, aún con trampa, corta o larga, pero que haga de su haz una velocidad compartida.

Mi madre no tiene que hacerlo y lo hace. La Navidad tiene sus clichés. Me regala dos individuales que convocan a todo lo que me hace mal. En mi casa no somos dos. Nunca. Somos tres. Tengo dos hijos, una hija y un hijo. Pero parece desconocer hasta eso. Yo soy sola. No hay nada par en mi vida. Y las estatuas que componen el dibujo son flacas y estilizadas. Nada de lo individual me representa.

—Si te clavaron el visto te van a clavar el visto —pregona la sacerdotisa Bimbo, la reina de amor o nada.

Yo hice bastante en tragar saliva, bailar con mis hijos y disfrutar del amor de mis hermanas. Me preservo (que no es mi fuerte) de escribirle al que me gusta como si la Biblia de Bimbo fuera una forma de fe. Esquivo el visto. No hay chape en Navidad aunque me haya disfrazado de Mamá Noel, me gusten las galletitas de clavo de olor y canela que hizo Daniela y Silvana me proteja con sus paletas. Piden helado y busco la cereza, la de verdad, la que se puede morder como una bombita roja en la fe de boca en boca.

En casa la cama da una tregua. Por suerte no hay sábanas individuales para terminar de delatar el desamor y hay peli y más helado. Me doy cuenta de que en las películas el sexo mecánico es con los cuerpos penetrados y distantes y el sexo de verdad es con piel y besos. Es un cliché. Pero que lo explica todo.

Antes se dividía a las mujeres en buenas para la cama y buenas para el amor. Después, a las mujeres que en la cama dan o se les da o dan besos de las que solo se les ofrece un toro mecánico o en una versión de porno inclusivo con sexo oral mixto inclusive (como la gran ofrenda post porno machista). Y ahora a las que se les pide fotos, videos y chats descriptivos de anatomía en actos para un onanismo virtual que sosiega los impulsos y que no necesita, ni siquiera, convidar agua o pedir un taxi. Ya no se abraza de espaldas. Ni siquiera se secan lágrimas, se comparte un bombón, se buscan las medias entre las sábanas o se

pregunta: “¿Te gustó?”.

El sexo explícito ha reemplazado el sexo. A secas.

O a secas al mojado.

Vivimos del lado del mundo donde la Navidad es un cuento al revés. Hace calor para tejer pullovers, ponerle la zanahoria al muñeco de nieve y no hay perros que tiren, ni siquiera, los trineos.

La venganza a las mujeres que se plantan en decir que no es no se parece bastante (aunque no sea igual o equivalente) a que no puedan decir que sí. La clavada de visto no es una tilde, sino una lanza simbólica contra el deseo.

Las mujeres, en cambio, empujan sus propias riendas. Incluso, aunque no haya individuales pares y los manteles se vuelvan colectivos, diversos y plurales o se coma sola frente a la mirada censora de las bocas desafiantes. Las que dan besos contra la pared, las que se silencian cuando eligen cerrar sus bocas y las que levantan sus cuerpos arqueados sin esperar ser muñecas con un inflador en línea y escribiendo.

El gran desafío es no esperar más.

Y el deseo es que haya menos visto y más chape.

Capítulo 3

CHIRUZAS

Todas somos chiruzas

Las negras se embarazan por un plan y las rubias por un viaje a Miami. La clase no quita lo conchuda. Nada lo quita. Las casadas son cornudas y las amantes gatos. Las otras son roba maridos y las oficiales despechadas. Las lenguaraces chanchitas son una foto para los amigos y las embarazadas son vividoras por vientre propio. Las independientes son frustradas por falta de marido y las amas de casa desguazadoras de billeteras ajenas. Las naturales son abandónicas de novios sin seducción. Y las producidas, operadas con extensiones y pestañas postizas desmontables. Las flacas son huesudas sin carne de dónde agarrarse y las pulposas rellenas que tienen que dejar los postres. Las que no son madres son egoístas y las madres son aburridas. Las que no mandan foto son turras y las que se graban son trolas. Las que delatan los watsapp son zorras y las que no echan al que mandó los Whatsapp son zonzas. Las que no están buenas son incogibles y las que están buenas son frívolas. Las que se pusieron tetas son artificiales y las que planchan no dan bien en las fotos. Las que tienen panza no están para darle y las que dan son busconas. Las que pierden el embarazo son fabuladoras o aborteras y las que tienen hijos de casados son asaltantes de cuotas alimentarias. Las que salen con un tipo con hijos son destruye familias y las que critican a sus ex que las engañaron son hervidoras de conejos. Las que se quedan llorando al padre de sus hijas necesitan una pija y las que se van de escapada con un novio son madres abandónicas. Las que están con muchos tienen que rendir prueba de ADN si son madres y las que buscan un hijo por banco de semen son lesbianas o amazonas. Las que están con otras chicas son fiesteras y las que tienen novia son machonas. Las que dejan de trabajar para no mediatizar la violencia de género tienen algo que esconder y las que siguen trabajando usan la violencia de género para hacer caja. Las que aceptan que el novio salga con sus amigos son unas boludas y las que lo retan para que él comparta tareas son unas quema cabezas. Las que dicen que un insulto y un empujoncito es violencia son unas feminazis y las que se quedan después de una tormenta son unas sumisas.

Y así al infinito.

Los dardos envenenados de prejuicios se disparan contra todas las mujeres (y también de mujeres a mujeres) como si la madrastra de Blancanieves renaciera con las redes sociales y preguntara:

—Pantallita, pantallita: ¿Quién tiene la selfie más linda?

La revolución se volvió tsunami de guerra de vedettes con las plumas para atrás y el conchero plagado de blasfemias modernas que son contadas al pajarito

twittero. El barro mediático en el que dos mujeres se pelean por un macho, siempre ileso y altivo (aún en su remordimiento por el mal watsapito) y en el que ellas se enchastran de la mala leche propia y ajena no es solo revoltijo de brujas hincando el diente sobre la carne joven que puede despertar la pasión del varón domado. (Como Sabrina Rojas echando a las bailarinas de Marcelo Tinelli para que entre Luciano Castro a mostrar los abdominales y no sea acarreado por el infierno de culos más lozanos). O de espectáculos de lenguas karatecas viralizados como tema nacional. (Eso sí, como Moria no habrá ninguna igual).

En septiembre del 2016 el escándalo del momento fue la infidelidad de Leonardo Squarzon a Amalia Granata (embarazada de seis meses, en ese momento) con Pau Linda y su evangelización post cuerno en el living de Susana. Las fotos y los mensajes de texto hot condimentaron la historia.

Amalia Granata optó por usar dos espadas, la libertina y la conservadora:

—Yo metí los cuernos, fui cornuda y amante. ¿Qué lo voy a juzgar? He sido traviesa —se autoproclamó en el living de Telefe para que no la tomen por boluda, y asentar que ella da vuelta las sábanas.

Y, a la vez, como a la vieja usanza, que una pareja se dobla, pero no se rompe.

—Nunca se me ocurrió romper mi familia por una infidelidad —dijo.

Pero si Doña Rosa existe estaba en la tribuna de Su y le gritó:

—Amalia, lo va a volver a hacer.

—Si me engaña otra vez lo rajo —contestó ella, rápida para no desilusionar a la tribuna.

“Granata vs Pau Linda” resumió el festín de chicas contra chicas la tapa de “Gente” y focalizó donde siempre: un hombre le es infiel a una mujer y las que se matan son ellas.

Y no es que ellas no se maten.

La pica femenina es real. Pero no inocente. Los medios muestran las malas relaciones y no las buenas. Priorizan y dan roles protagónicos a mujeres más jodidas y menos solidarias que ejercen el rol de modelo de éxito. Las películas clásicas para chicas se basan en el eje amor romántico y guerra con otra contrincante. Se salvaguarda a los varones de sus errores y se demoniza a las diabólicas chicas malas.

Las sociedades sin tensiones (también entre mujeres) serían imposibles, inviábiles y aburridas. Pero la crispada riña entre mujeres desde niñas (con ese tono áspero, canchero y el cadereo que va surgiendo desde la menos tierna infancia, por el peso de la educación por género) es, sin duda, uno de los más asentados y menos cuestionados galardones machistas.

Los medios –agarrados con uñas y dientes de cúpulas masculinas que no se

enteraron de la revolución de las mujeres– gustan de la pica entre minas y ponen en el mismo ring a Margarita Stolbizer vs Cristina Kirchner que, a Pampita con la China Suárez o a Pau Linda con Granata.

Por ejemplo, “La Nación” tituló, el 25 de julio del 2016: “Bronca femenina: la mala relación de Vidal y Magario”, como si entre la intendenta de La Matanza y la Gobernadora de la Provincia de Buenos Aires no existieran diferencias políticas legítimas, sino rencillas para no copiarse un modelito.

Se enseña que la peor enemiga de una mujer es otra mujer, que bien vale llegar a un lugar de poder para ser la única (y no para abrirle la puerta a otras mujeres), que más vale nunca tener a una mujer arriba, que las mujeres son complicadas y es más fácil trabajar con varones. A contrapelo, la sororidad es una de las más bellas y embanderadas banderas que pregona el feminismo. Quiere decir hermandad y solidaridad entre mujeres. Por suerte, la sororidad está haciendo eco.

El feminismo destapó el velo de las violencias enclaustradas y logró decir que la intimidad es política y que la violencia en las parejas no es un hecho privado. El amor no es violencia. La pasión tampoco. Pero ni el amor, ni la pasión, ni el sexo, son sensaciones frías y manejables sin turbulencias.

Todas las formas de amorosidad se construyen. Incluso el poliamor en donde la infidelidad deja de ser un puñal y pasa a ser una opción de intercambios respetuosos y sin propiedad privada. Pero toda opción, por más libre que sea, aún el sexo libre, no está libre de miedos, angustias, rencores, celos, dolores, alegrías, temblores, anhelos y expectativas. Y la que esté libre de deseos que no tire la primera piedra. Un feminismo por la felicidad incluye los remolinos de las mujeres deseantes. La filósofa Diana Maffía enseña que el amor es como la reforma agraria: pertenece a quienes lo trabajan.

Sin embargo, hay versiones de feminismo express que se volvieron en contra y levantan el dedo contra las mujeres en nombre de las mujeres.

“Mientras hayan más mujeres como Amalia Granata, menos nos van a respetar a todas. Muy Bizarro lo que tuve que ver. Triste. #GranataConSG”, fue unos de los tuits anti Granata.

Granata se volvió indigna: una característica que puede agolpar a la que perdona una infidelidad, la que vuelve con el ex que la maltrató o no le paso una cuota de alimentos, la que le escribió un chat al pibe que le gusta y le clavo el visto o la que llora por un tipo que vio dos veces pero que se le volvió un cielo de deseo que le nubla la vista.

Las indignas reciben su merecido. No solo de un hombre que puede partirlas el corazón. También de una nueva categoría (o vieja pero con nuevos argumentos): las amigas retadoras. Antes, una embarazada engañada hubiera

despertado —al menos— lástima, una palabra subestimada en su dimensión solidaria. Ni hablar una mujer como Pampita, que sobrelleva el duelo de una hija y a quien los medios se comieron con cuchillo y tenedor porque hizo un escándalo cuando encontró en un set de filmación a su ex marido con otra mujer. No hay piedad para el dolor. Aún cuando el dolor no lo justifique todo. Ni maltratar ni aceptar maltrato.

Pero el feminismo mal entendido desplazó el espacio para llorar por desamor, abrazarse entre amigas y comprenderse como palabra clave. En cambio se afianzó la palabra soltar, como si soltar lo que duele fuera lo mejor, y soltar fuera tan fácil. La idea de una suegra retando a la nuera porque no comprende que todos los varones son infieles y hay que aguantar o la de una amiga que cree que una pareja o una desilusión no pueden producir tristeza, rabia o perdón, se parecen en la actitud de dedo levantado. Y en mujeres que no pueden ponerse en los zapatos de las otras, stiletos o zapatillas a piacere.

¿Si Leonardo es el novio de Amalia y Leonardo le es infiel a Amalia por qué la culpa la tendría Pau Linda y no Leonardo?

—Cuando me pasó una situación similar yo siempre critiqué a la persona, pero hay que criticar a las dos partes. Quizá ella sí se lo reprocha, pero no a su pareja. En público, obviamente, se la agarra con la chica —resumió Cinthia Fernández sobre el dos más dos de la idea de monogamia traicionada por la tracción femenina, como las sirenas maléficas que producen los temporales en el mar y hunden el barco pirata.

—No discutimos ni peleamos, pero en un momento le dije: “Me hubieses cagado con la China Suárez, no con este mamarracho con extensiones, pestañas postizas y toda operada —disparó Granata.

—¿Te dolió que Amalia te tratara de “chiruzza”? —metió el dedo en la llaga “Gente”.

—No. La entiendo porque es una mujer dolida y engañada. Además no se banca que Leo haya estado siempre enamorado de mí. Respeto su embarazo y no quiero generarle ningún daño —se midió (menos mal) Pau Linda.

Los medios ponen las luces ahí donde las mujeres se destruyen entre ellas, en triángulos donde el varón se salva y las paralelas se tocan para escupirse blasfemias.

El problema no es que la frivolidad sea cadena nacional. El problema es que la disputa de mujeres contra mujeres es casi lo único que se muestra entre mujeres y tiene un público que festeja el ring sin cintureos. Pero que también deshilacha el machismo femenino e, incluso, algunos mal entendidos con el feminismo mal usado para cargar de coronas de espinas, abdicaciones o nuevas demandas de dignidad empoderada a las mujeres que flaquean por amor, pasión

o ganas.

—Quizá no es lo correcto, no es lo ideal. No soy ejemplo de nada ni quiero que lo tomen como natural, pero pasó esto, hay una vida de por medio y estoy feliz. Es muy fuerte venir a un programa y que te hablen de moral. ¿Cómo me van a dar ustedes educación sexual? Tengo 35 años, chicas. Jamás me enfermé de nada, es mi segundo embarazo, no tuve más embarazos promiscuos —se defendió Amalia Granata, ante las preguntas de Analía Franchín y Carmela Bárbaro cuando empezó su romance y reveló que quedó embarazada en la primera cita.

El adoctrinamiento Granata comenzó tan pronto como su embarazo.

El 7 de junio del 2016, en el programa “Los ángeles de la mañana” preguntaron si se cuidó, porqué no se cuidó, cuándo había tenido sexo, el calendario de su ovulación, si conocía los efectos del HPV y si se hacía el test de HIV cada seis meses. No más preguntas su señoría.

¿Quién no coge en la primera cita, como dicen los manuales neoyorquinos, para conseguir novio que siguen poniendo el deseo en el pene y las redes en la vagina? Ok, lo raro no es el sexo. Lo raro es que no se cuide. Pero lo raro raro es que la televisión jamás pregunta ni habla de preservativos salvo para que el latex envuelva para el latigazo a la mediática que quería baby shower de marca de pañales y obtiene un tribunal popular de ginecología.

Los medios no hablan de anticonceptivos, pero vomitan juicios sobre las mujeres. Muchas veces porque no hay mujeres en los medios y, muchas, porque las que hay, las que llegan o las que permanecen cumplen con el rol de mujeres inquisidoras de otras mujeres. Y los varones son los que bajan línea.

“Hay una confusión: la sexualidad y la procreación no se resuelven con una píldora. Todo es afortunadamente más complejo y más profundo que decirles a chicos de 13 y 14 años: ‘hacé lo que quieras y después tomate una pastillita’”, dictaminó Ricardo Roa, desde la editorial de Clarín, del 8 de septiembre del 2016, titulada “Curso de desorientación sexual en el Pellegrini”.

La demonización de una charla sobre legalización del aborto y sobre las adolescentes, porque abortan o porque se embarazan, fue un festín mediático sin fin. Roa escribió de pastillas para chicos cuando las pastillas solo la toman las chicas. Y las más chicas son las que ejercen una sexualidad mucho más prudente

En promedio ocho de cada diez argentinas usa anticonceptivos. Las más jóvenes dan cátedra: nueve de cada diez se cuidan. El uso de anticonceptivos y de preservativos desciende con la edad. Solo siete de cada diez señoras —de entre 40 y 49 años— se cuida de embarazos no buscados y enfermedades de transmisión sexual, según la encuesta realizada por el Programa de Salud Sexual y Procreación Responsable, en todas las localidades del país de más de 2.000

habitantes del país, en junio del 2013.

El fenómeno Granata no es aislado, sino gráfico del mapa del sexo cuidado. Amalia tiene 35 años y contó que especuló con la ovulación. Igual que ella, el 4,1 por ciento de las argentinas de entre 30 a 39 años aplican el método tradicional. En cambio, entre las adolescentes –de 14 a 19 años– solo el 0,1 por ciento se protege de un embarazo contando fechas y suplicando calendarios. El 41,8 por ciento de las chicas usa preservativos como método anticonceptivo. Las mayorcitas, que las doblan en edad, las doblan, también, en riesgos: el uso de métodos de barrera desciende a 23,8 por ciento de los 30 a 39 años.

“La fábrica de hacer hijos: conciben en serie y obtienen una mejor pensión del Estado” fue el título de una nota de *Clarín*, del 5 de septiembre del 2009. El Juzgado de Primera Instancia en lo Civil N° 20 condenó al diario por violencia mediática y consideró que el título era tendencioso e imponía una visión negativa de la elección reproductiva de las mujeres. Es un caso testigo pero no el único.

La revista *Hola* atormentó a Paloma Herrera por ser una bailarina exitosa pero no haber dado palmitas de provechito y la acribilló peor que a una madre embalsamada en el Siglo XIX: ¿Quemaste etapas por apostar todo a tu carrera?; ¿y el amor?; ¿sentís que por tu trabajo resignaste el amor?; ¿fantaseás con casarte algún día? y ¿pensás en ser madre?

En el Granatagate, una vez más, el hombre pareció el potro torturado por la baja sexual del embarazo y desbarrancado por un pelo de rubia. Y padre por una alquimia inmanejable que acepta si es buen hombre o se borra si procede como un cobarde.

—Según él se había mandado una macana con el embarazo porque casi no conoce a Amalia –contó Paula Andrea Snijur, Pau Linda como se hace llamar, amante de Squarzon, definido como pizzero e instructor de tenis (para delicia de los defensores del porno sin vuelos de guión), en la revista “Gente”.

Squarzon, el autor de la frase “toda la lech... para vos”, divulgada por revistas, programas de tele y portales, tenía 43 años al momento de dar todo. Y, contra el mito, no todos los hombres son iguales. El 38,1 por ciento de los varones –de entre 40 y 49 años– se cuidan con métodos de barrera y el 62 por ciento, como el pizzero, no. En cambio, entre los chicos de 14 a 19 años, son mayoría (62,8 por ciento) lo que sí se calzan profiláctico.

La tentación es exaltar a Santa Granata. A veces, como algunos procesos políticos, más por sus enemigas que por sus propias virtudes. Pero las famosas tienen ese yo se qué. Te fallan. O fallás si las exaltás como Maddonas pop en donde su látigo bizarro en algún momento te va a mirar a vos y te va a desnalgár por la espalda.

Yo miro. Todas miramos. Todos miramos cada vez más revistas, que antes bien se llamaban del corazón, y ahora se engañan como revistas de personajes. Pero que ya no son revistas. Antes, los estancieros en sueños de departamentos de dos ambientes sin vacas que defender, ni tener atadas en sus viajes a Europa, ni espacio para desplegar, ostentaban un diario patrio extenso como la pampa. Y sus esposas chismoseaban qué se puso o con quién está ahora mientras el pelo se secaba y la cabeza volaba fantasías y destilaba broncas conyugales en la bendición de la peluquería. Ah, la vieja y ponderada división de roles.

Ahora las peluquería masculinas tienen más cola que ninguna otra para recortar la barba o hacer el afilado despunte al costadito que requiere precisión mensual, el diario se lee en la web y te cuenta todos los chismes todos, incluyendo la seccioncita hot (que para conservador solo quedan las editoriales contra la legalización del aborto pero para el sexo like el cambio sí existe).

Desde siempre, si Flavia Palmiero llegó bien a los cincuenta es un espejo para tener fe en que a los 51 se pueden bajar treinta kilos y decir que, como Catherine Fulop, ahora la sexualidad es mejor que a los veinte. Si Carmen Barbieri se hizo una liposucción con un novio que le curaba las heridas quiere decir –o quiere leerse– que alguien puede pasar una gasa por nuestras propias lástimas. Si Luciano Castro y Sabrina Rojas bailan un cuarteto abrazados y ella lo carga con que le dan celos las bailarinas porque son carne joven y él la mofa porque duerme mucho en los aviones quiere decir que hay gente que todavía se quiere. ¿Por qué no? Y si la dejan a Pampita no es que era tu culpa, por no cambiar el cargamento de bombachas sin elástico y dejar de marcarte las pestañas para ir a la parrilla de la esquina, sino que a ella también, a ella que no necesita un burquini contra el terrorismo de la celulitis y la adiposidad localizada, a ella también la engañan, la dejan, la lastiman.

Las revistas del corazón y las femeninas siempre hablaron y casi solas hablaron –salvo la bellísima experiencia de la mítica revista “Latido”– de sentimientos y sensaciones inhabilitados salvo para Corin Tellado, Sex and The City, los consejos de Alessandra Rampolla y el nuevo romance o la última ruptura descubierta por los paparazzis que desafiaban el lema “no pictures” y mostraban la otra cara del amor al descubierto.

Ahora, en la era selfie, el confesionario ya no sabe, no quiere o no le conviene taparse la cara en busca de una intimidad perdida o colectivizada. No queda la elegancia de Luis Alberto Spinetta colgándose el cartel de “lean libros” para la revista “Gente” en medio de su romance con Carolina Peleritti.

El amor también tiene que volver a leerse.

No seré feliz pero tengo marido

Le lleva las medias a la cama, le corta las uñas de los pies y le pide los turnos de los médicos. Las medias no es lo único que lleva. También lleva el apellido de su esposo. Yanina Latorre hace de esposa a la antigua. Su identidad está conjugada con la de su marido Diego Latorre. Pero ella reinventa –en el reality show de tele y en redes sociales– la pose de Señora moderna: mediática, lúcida, insumisa, despectiva para llamar boludo a su marido y sacarlo del altar patriarcal del Santo Padre. Pero conservadora para llamarse a sí misma señora y reinventarse cornuda como un accesorio más para su don de buena esposa.

En la Europa medieval los señores feudales violaban a las mujeres durante su luna de miel y ponían en la puerta un cuerno de alce. La violación como forma de tributo y desprecio entre varones sigue vigente. La palabra cornudo/a también. Las mujeres como principales víctimas de la violencia sexual mucho más. Yanina Latorre apostó a sacar el cuerno del closet y calzárselo en la cabeza como una corona. Ella hace de la categoría de cornuda, en vez de una vergüenza, un orgullo. No aguanta, elige. No se humilla, retiene. No necesita sexo. Lo minimiza. Ella no tiene la puntita. Tiene el combo entero. La puntita es el sexo. El completo es la familia. La obra ya la vimos, pero sigue en cartel, o es un retorno permanente, se llama “No seré feliz, pero tengo marido”.

En la novela española “Velvet”, ambientada en los años cincuenta, el adinerado Don Francisco acosa a una costurera –Luisa– que no puede denunciarlo en su trabajo porque nadie la defendería y opta por escracharlo con su esposa, Doña Cayetana. Pero, para su sorpresa, ella defiende a Francisco y reprocha a Luisa: “¿Tanto te cuesta darle placer a cambio de sus favores?”.

La esposa en la casa y la puta en la cama era una fórmula clara de la división sexual de todos los trabajos. El gran salto, a partir de la revolución sexual, es que las esposas también pueden gozar. Pero la posibilidad se volvió mandato. Las esposas no pueden, deben hacer gozar. Y si el marido va con otra es su culpa.

“¿Cómo estaban en la cama?”, le preguntó Ángel De Brito a Yanina Latorre en su primera aparición televisiva. Ella se negó a contestar al aire con el affaire de la puntita (en alusión a chats sexuales donde se nombró el goce trasero para sorpresa pública de un mundo macho que simula dar la espalda al goce de cuerpo entero), pisando los talones de un punto G de incontinencia homofóbica contra un varón que había pedido una fantasía que no implicaba solo dominación, sino también exploración. Pero en la revista *Gente* Yanina aclaró: “Teníamos buena cama”.

Yanina es, por sobre todo, una mujer inteligente. Pero no siempre la

inteligencia es sinónimo de liberación. Ella cumple con los mandatos más conservadores sobre las mujeres: ser esposas serviciales y llevar el apellido del marido. Y, después de la infidelidad hecha pública de su marido con Natacha Jaitt, reconstruye el desliz con una astucia impecable. “A los hombres el sexo les da poder, les aumenta la autoestima. No les gusta sentir que su mujer sea la última con la que se van a acostar, necesitan saber que van a poder estar con otras y, cuando se les da la oportunidad, la aprovechan. Como si quisieran seguir vigentes en el mercado”, le dijo a Juliana Ferrini, en *Para Ti*. Yanina no es (solo) una señora de su casa, sino que sale a trabajar, esquivo el rumor de que el affaire de su marido sea una vendetta por todas las personas de las que ella habla como columnista mediática, hace autocrítica de su lugar de esposa–madre (pero cree que ese cuidado sacrificial es el que la amerita a pedir, reprochar o sobrevivir como señora), toma como una de sus obligaciones descoserla en la cama y, a la vez, permite que su esposo pueda tomar el elixir sexual de la vigencia masculina afuera para no tenerlo frustrado o vencido puertas adentro. Yanina es ama y señora del nuevo conservadurismo sexual. Muerto el matrimonio, viva la Reina del Neo Matrimonio. Señora de Latorre. Pero, por sobre todo, su propia invención Señora Y.

Ella se asienta sobre las ruinas de una institución devastada: el matrimonio. Dice que, al menos, por ahora, la crisis no quita a su marido de su cama, ni de su casa. Y que no se tiran por la ventana 23 años de matrimonio para que Ana Rosenfeld –la abogada mediática que pelea cuotas alimentarias VIP con colmillos de encarnizada– saque la mayor tajada. Yanina es una sobreviviente del apocalipsis: Entre 1990 y 2015 los matrimonios se redujeron el 49 por ciento en la Ciudad de Buenos Aires. Y ya hay un divorcio cada dos nuevos matrimonios, según datos de la socióloga Victoria Mazzeo. “Mientras que los varones tienden a volver a unirse o a casarse, las mujeres, en las uniones que han tenido hijos/as son las que, generalmente, se quedan con la tenencia. Esto condiciona su modo de relacionarse eróticamente con otros y de formar nuevas parejas”, escribe la socióloga Mariana Palumbo. Yanina lo sabe: los tuyos, los míos y los nuestros también es un nudo en extinción o en excepción de familias ensambladas que ya no encajan. Una MILF (madre sexy) puede ser atractiva por un rato en el me toca-no me toca, pero, en general, no toca la lotería del amor y prefiere ocupar la tapa de las revistas con su escapada a solas con su marido a Punta. La Punta de Yanina es la reinvencción del estatus de casada.

“El sexo está sobrevaluado”, dice Yanina en *Para Ti*. Un compañero de trabajo también me lo dijo hace dos años. Moví la cabeza y asumí que no. No queda bien ser enfática. Parece una forma de ostentación de un sexo bien valuado que, en realidad, es efímero como las vacaciones o un feriado clavado al

mar. La ostentación sincera es decir que está sobrevaluado. Solo las o los emparejados lo dicen. Quienes pueden levantarse y acostarse teniendo sexo y no lo tienen o lo tienen como una salvajada rutinaria, como cuando clavás Nutella en la alacena y se lo ponés a las tostadas, sin preservarla –siquiera– para un postre especial. El sexo está sobrevaluado para las que desean más dormir que jadear o mirar el celular o la copa balcánica o “La Jaula de la Moda” más que esperar en cuatro para correrse el rimel. El sexo está sobrevaluado para quienes tienen la misma satisfacción cuando acaban que cuando PagoMisCuentas les dice OK al monotributo. Los que contestan un “arreglamos” tan vago como arreglar el mundo a un polvo que implica viajar en colectivo, charlar y enviar emoticones para no decir nada después de un sexo sin festejo.

Amor marginal

Hace un tiempo Yanina Latorre se enfrentó a Julia Mengolini. Julia tiene un pasado amoroso a la vista y un presente de señora casada que es lo más parecido a un amor compañero que se pueda encontrar post ‘70: con su marido, Federico Vásquez, fundaron *Futurock*. Su casamiento fue chiquito, en un club de barrio, con sanguchitos y su marido tocando el bandoneón y sus compañerxs de radio terminando la noche en el mismo bar que le gusta a Julia. Yanina y Julia quedaron enfrentadas públicamente porque Yanina ninguneó a Julia por su outfit floral de casamiento. Un enfrentamiento de la pizza con champagne y el vinito con bondiola. Pero, también, una grieta entre el amor ser, el amor parecer y el exceso de ser para parecer.

Necesito una flor, cantaba Lucía Galán. Julia nunca lo dijo. Le pidió a su mamá el ramo para su casamiento y su mamá, llegada de Bariloche aún de oficio paisajista, no consiguió en una ciudad de visitante. Julia se casó en un CGP de San Cristobal. En el lugar del sí quiero agarró un ramito de violetas del cantero y se armó un tocado silvestre –en Europa le dirían low cost–. Yanina Latorre la imputó en Twitter: “Parece que a Mengolini no le alcanzó para el ramo.... #fotomarginal”, y delataba la raíz del ramo. Los puntos suspensivos se le fueron a cuatro y lo de la foto marginal es una gracia habitual de Yanina bastardeando a gente pobre por usos y costumbres sin *charme*. Su blanco favorita son minas gorditas con minishort en un aeropuerto, con campera y calzas animal print en alguna saladix o en *deshabillé* en el chino. El grito de “¡Qué nivel!” a veces pasa por bizarro. Pero la palabra clasista encaja justito en la idea de no tener clase de Yanina. Y en su clase de mujer encaja la bien casada. Julia Mengolini tiene una belleza que podríamos llamar griega si no fuera porque

griegas nos enseñaron a nombrar las cosas aunque sean de otra manera. Y en la belleza de Julia el sur existe. Julia tiene una belleza mapuche chic, la impermeabilidad del tono tierra; la armonía de su rostro que reluce sin filtros y sin necesidad de decolorarse; los zapatos rojos que taconeán la presencia y la camisa suelta que no necesita destacar nada porque la que se destaca es ella. Julia habla siempre como arengando porque arenga. Sube el tono para que no la bajen y su hit es que llevo a la tele la palabra cosificación, mientras su propio panel (en *Duro de Domar*) la burlaba y en *Crónica* la cámara apuntaba a la cadena nacional del traserismo que era como la señal de ajuste de “Explotó el verano”.

A veces, es cierto, el amor es marginal. Y pasa eso. Empuja proyectos y convierte en realidad algo que desde la soledad no se puede empujar. Y florece, como el feminismo silvestre, que describe la escritora Cecilia Szperling, así, desde un cantero al mundo.

Bien vestida y con marido

“Bien vestida y con marido”, dice el tweet fijado (5 de diciembre del 2016) de Yanina. Tiene la foto de portada de ella y Diego, en un evento similar casamiento, con photoshop, los dos mirando al horizonte (una foto que favorece el antiarrugas). Una imagen impoluta, como señor y señora X/Y arriba de la torta que se corta pero no se come, ni se deshace, por más dedos que pasen por el barro y por más que se desayunen galletas con arroz y él le reproche que no cocine y ella cuente que lo cuida tanto que hasta le corta las uñas de los pies y dan ganas de escupir el propio desayuno de tanto detalle de un matrimonio jardín de infantes.

Pase lo que pase, estar casada es mucho más que estar con alguien. Es, como dicen los formularios, un estado civil. No estar acompañada, estar enamorada, tener sexo, vivir de a dos o cualquier otra forma de denominar el amor. El casamiento no es con el otro, es frente a los otros/as y con una misma. No es solo lo que se tiene, sino de dónde se sale. “Hoy cumpla 48 años. Tengo el mejor marido del mundo, los hijos que siempre soñé y soy plenamente feliz!”, se autoincriminó el 24 de marzo. Ahora, después de revelado el affaire sexual de su marido con Natacha Jaitt, Yanina ya no dice que tiene el mejor marido del mundo, sino que es un boludo, pero que una familia no se rompe y que no cree en la fidelidad. Le reprocha que no la cuidó y que sus amigos debieron aconsejarle que se metiera con otra pero que justo con esa, con esa no. Ser macho es saber dónde ponerla. Y él no supo.

Natacha Jaitt es como una némesis exagerada de sí misma. Sexo explícito y dinero también. ¿Y? Y también. El sobremaquillaje del goce decadente. Una enemiga declarada de la patria Gaturra, tanto que el mismo Nik salió a atacarla. La patria Gaturra es la moral conservadora de La Nación pero con los likes hot para una lavada de cara con un poco de polvo. Nik y Natacha enfrentados son la exacerbación de un ring en donde los hombres creen que el deseo pasa por portarse bien y lucir bien (nunca fue ni será así). Natacha devela que Ágatha no es una gata buena, sumisa y original. “Le hicieron un doping a Natacha Jaitt en Intrusos y dio un dato sorprenderte: había un 1 por ciento de pis”, tuiteó Nik el 3 de julio. Y prosiguió –porque en este país psi el inconsciente ya no tiene que ir a diván para develarse desde que existe Twitter–: “La pregunta es: Qué hacía Latorre con este extraterrestre?????”. Yanina no necesita decir que Natacha es una chiruza para ningunearla porque Natacha pone chiquita la palabra chiruza y hace de la palabra puta una entonación sin cavilaciones. “Sentime LADRON PLAGIADOR SERIAL DE GARFIELD, QUINO, MAFALDA Y DEMÁS. QUIEN SO? Querés la puntita pasiva fea e incogible? CHORRA y SIN HUMOR”, le contestó Natacha a Nik. Yanina no la nombra. El espadeo de lenguas karatecas no regala sexo oral, se lo cobra.

Yanina entrona a la mujer moderna que ve el conejo hirviendo en su cocina, apaga el fuego, muestra fotos con drinks y hasta impone una bebida (el aperitivo Aperol), ningunea al muchacho que se creía que la tenía más larga y sigue con su juego. La dignidad que le cuestionan si regala (por seguir con el infiel) no se pone en juego por otra, sino por no dejar de ser una señora que resuelve los problemas puertas adentro de su casa y con un hombre adentro de sus puertas. Adentro toodo, afuera nada. Una cosa es ser cuerneada y otra cosa es ser dejada. Yanina supone una escala de valores en donde caerse del Himalaya de la familia perfecta no la devuelve al llano de la indecencia de no ser acompañada. Si alguna la crítica en su propia salsa tuitera ella le dedica “Hacete dar”. O sea, dice que el sexo está sobreestimado, pero exagera la idea que una mujer bien cogida es una mujer calmada. Una señora de su clase ahora ya no solo mantiene el anillo, sino su cama. Que no se diga que no le dan. Su juego no es el matrimonio, pero sí estar casada. Antes los trapitos sucios se lavaban en casa. Ahora se lavan a la vista de todos y con aparición en Showmatch. Pero la dignidad femenina supone, siempre, una mirada que no la deje marginada. Y una mujer sin marido es, para el Universo Yanina, una mujer marginal.

No es lo que da el matrimonio, sino todos los imaginarios de los que salva. En la pareja el reproche es presencia. Lo que me hiciste/lo que no me hiciste es una forma de presencia. La señora nunca está sola. El gran fantasma de las mujeres modernas. No seré feliz, pero tengo alguien a quien reprochárselo. Tiene

razón Yanina en que la soledad no siempre es fácil, no siempre es placentera y no siempre es negocio. Nadie puede juzgar sus decisiones y deseos. Ni negar su ambición, fortaleza e inteligencia para defender sus conquistas. El trono de Ama y Señora de la defensa del matrimonio heterosexual (X/Y) es, sobre todo, de la Señora Y.

El sexo no está sobrevaluado

Para mí el sexo no está sobrevaluado. La piel tibia es como un Apple crumble con helado. ¿Cómo podrías no comerlo todos los días, esquivar la carta de postres, no crujir con el arenado dulce, no calentarte con la manzana asada y llevarte a otra temperatura en la mixtura del helado que te traslada de tiempos, estaciones y territorios con el paso de la lengua como transporte de viaje? ¿Qué independencia te bendice deslizada por tu propia incertidumbre y hacía la única certeza de felicidad que te hace desconocerte a vos misma? ¿Qué frena el cuero destemplado de batallones de frentes encarnizados con tu autonomía que todo lo debe y nada lo paga? ¿Quién dijo que la liberación no es también una dependencia y quién no dijo que la dependencia es también una liberación? La comida y el sexo no están sobrevaluados. Pero es como la distribución de la riqueza. A los barrigones les sobra, para las dietantes el éxito está en ser flacas (Yanina le dijo a Ángel De Brito que su mamá está orgullosa de todo lo que ella es y su mamá no pudo ser, a saber: flaca, como una categoría per se, acá sí, me permito el espejito rebotín, sobrevaluada). En cambio, el sexo es para las desnucadas de almohadas dobles como un anhelo de piernas entrecruzadas sin pedir permiso o zambullirse al abismo de “si te he clavado el visto no me acuerdo”.

Capítulo 4
EL AMOR NUEVO

Amor compañero

*“Un aguerrido amor / que combatió hasta el final.
Yo fui tan fiel, tan esperanza que para amarte, amor
me entrelazo con el viento porque en el aire encuentro tu mirada.
Para tomar tu lugar en el camino me atrincho en la vida.
Por eso vuelvo a la vida, vuelvo al amor / que fue la razón de tu combate”.*
(Carta de despedida al compañero desaparecido, Rodolfo Ratti, de Silvia Maezo,
Córdoba, 1987, en el libro “Versopueblo”).

El amor compañero repitió los mandatos románticos de la media naranja (aunque fuese una naranja bajada de los árboles cubanos o una naranja para el pueblo porque es del pueblo) de ensamble perfecto y mítico (los ricos tienen sábanas, nosotros un colchón, pero la pasamos mejor, by Mario Benedetti) y de mujeres desnudas, calladas y ausentes (Pablo Neruda, con su apología a la musa inspiradora, pero calladita). También tuvo una apología del riesgo y un machismo descarnado con la compañera a la que se halagaba por su capacidad de dar la vida por la causa. Pero el ideal perdido deja, igual que los muros caídos aún de modelos de igualdad imperfectos, huérfana la idea de un amor con ideología agregada. O, como lo llamaba la revolucionaria Aleksandra Kollontái, un amor camaradería.

El amor revolucionario ya no encastra en una época sarcástica, de penetraciones cortitas y evasión emocional, de match esquivo y blindaje de muchos y muchas como una bala en el altar sin quitaesmalte que saque el tatuaje del otro o de la otra. No hay siquiera un modelo ochentoso en franca extinción: los tuyos, los míos y los nuestros. Y si hay, hay poquitos. Alguna vez Daniel Filmus presentó un proyecto de ley para que las esposas/esposos de las madres y padres pudieran, por ejemplo, retirar a los hijos de su pareja (la palabra formal de quienes, en verdad, se hacían compañeros) del colegio. Filmus es el último mohicano de la derrota digna en la Ciudad de Buenos Aires, del kirchnerismo y de la familia ensamblada. Ya casi no quedan maridos de la mamá. La frase “rehacer mi vida” suena a coser un saco descosido. Pero hoy ya es una fauna en extinción. Ya no se rehace aunque se haga mucho.

En un breve mapeo por Twitter, Bitá Bachman @bitabachman acusa: “Ensamblar insume mucha energía, no se puede forzar a los hijos para formar una familia. ¡No ensamble!” y la escritora Marina Mariasch reivindica una

madre con amor, pero con el sueño de la familia ya escondido debajo de la cama de los cuadros que se pueden descolgar: “La familia ya fue. Viva el amor”.

Ninguna pretendida revolución ya se yergue como una meca frente a la cual arrodillarse. En Rusia reimpusieron por ley, en el 2016, los golpes como un derecho de la propiedad privada familiar; en Nicaragua el Presidente Daniel Ortega (ex sandinista aunque se arrogue ese nombre) prohibió toda forma de aborto para quedar bien con la Iglesia, esconder sus abusos sexuales y atar las elecciones; en Venezuela la libertad está desabastecida y Cuba permanece como un altar de las mejores mañas, descascarada como La Habana vieja, pero altiva frente a Haití y las islas que se devoran los huracanes y la mortalidad infantil. No es poco, pero no alcanza para espejar ilusiones.

El pasado no puede ser un lugar a dónde caminar para atrás o imitar una mística revolucionaria como un pastiche caído del catre. El amor compañero es el Gramma llegando a expropiar casinos para alfabetizar, con toda su inmensidad idealista y con todos sus fracasos estrellados en la grieta de la fresa y el chocolate. Sin embargo: ¿Qué hay si no hay amor compañero?

El amor compañero no ha muerto o debe renacer, en todo caso, del fuego entre sus cenizas. No igual. Pero sí con la mejor de sus herencias. El amor puede ser una fuerza vital colectiva y personal. Y eso no puede borrarse de la historia. En 1971 a la economista Imelda Daza Cotes le ofrecieron ir a la Sevilla colombiana, la *very real* república bananera, para repartir las tierras que administraba la United Fruits entre los campesinos. ¿Qué más podía pedir una economista enamorada de la reforma agraria? A Flavio Ocampo, que era técnico agrónomo, el que la llevaba a conocer el terreno y bailaba como los dioses.

A Imelda le parecía que el amor era bailar bien. Y, seguramente, no se equivocaba.

—No sé qué me pensaba, que me iba a pasar la vida bailando —se ríe, a los 69 años, de visita en Buenos Aires, en charla cómplice, desde un convento escondido, como una isla, en el microcentro, con su compañero al lado. Ella sabía lo que quería —la reforma agraria y un hombre que sepa bailar— y lo que no quería: un hombre que la quiera mandar.

—Yo quiero una mujer de arriar y tu eres una mujer de atajar —le espetó su primer novio cuando la dejó. Imelda sabía que ella nunca iba a ser ese objeto de deseo que se tironea como un buey. Las riendas estaban en sus manos, pero compartidas, era más liviano. El amor del bueno es eso: enredarse, mirarse, palpase e irse lejos aunque saberse anclado por la mirada y las manos.

—Después de un aguacero, un sábado, entre vallenatos en la pista, hubo una química que algunos llaman amor. Flavio me invitó a bailar y, en el medio de mi aparente sobriedad profesional, me parecía que era la prueba de fuego de una

relación. Él era un extraordinario bailarín y yo fascinada... como si me fuera a pasar el resto de la vida bailando. Esa noche nació el amor y a partir de ahí nunca más nos separamos —dice en un cuento sin final.

El amor nunca se terminó. La ingenuidad sí. Después de seis meses de trabajo en el campo, Imelda se dio cuenta de que el gobierno no iba a entregar las fincas y que estaban engañando a los campesinos. “Los reuní a todos y les dije la verdad. A los ocho días me despidieron”, recuerda. Y no todos los recuerdos son buenos. El momento más duro de su vida fue sacar de la teta a su hija menor, Linda, en el aeropuerto, para irse sola a Lima, Perú, perseguida por las amenazas de muerte (de grupos de ultra derecha) que le cortaron los lazos y la leche. Y también sus deseos. Tuvo tres hijos -Daniel Andrés (34), Ricardo José (32) y Linda María (30)— pero le hubiera gustado tener cinco.

Un largo tiempo después, pudieron reencontrarse todos en Suecia. En el país del norte de Europa vivieron juntos veintiséis años. Fue concejala, durante doce años, por el Partido Socialdemócrata y por el Partido de la Izquierda. Hasta que se jubiló, a los 66 años, y decidió empezar de nuevo.

—A mí que la muerte me sorprenda, yo no la voy a esperar —dijo y decidió volver a Colombia. Y no dio marcha atrás aun cuando, el 6 de mayo de 2016, en un atentado, la muerte le rozó el cuerpo y le pisó los talones.

—¿Cuál es el valor de un amor compañero?

—Ha sido muy cómodo poder desempeñarme como he querido contando con un compañero que comparte conmigo mis pesares, mis sentires, mis preocupaciones y compartiendo ideas, conceptos, propuestas. Él nada me impone. A veces no estamos de acuerdo, pero no pasa nada. Yo decido si lo escucho o no lo escucho. Entre nosotros dos prima la relación de pareja, de hombre y mujer que se quieren y respetan y que compartimos un ideal de vida y, sobre todo, el deseo de construir otro mundo. Yo creo que ese deseo es el lazo fundamental que nos mantiene unidos. Por ejemplo, él no estaba muy de acuerdo con mi regreso a Colombia, por temor a la inseguridad. Pero yo dije que tenía que ir porque mi lugar es Colombia. El tampoco hizo problema. Yo me vine y, finalmente, después reflexionó y vino. Yo tampoco lo presioné. Hemos tenido mucha calma y nos hemos respetado. Por más severa que haya sido una discusión nunca hemos llegado a la ofensa personal, al desprecio o a la agresión de ninguna clase. A pesar de mi carácter tan fuerte nunca he sido agresiva ni él tampoco. El disgusto o la rabia puede llevarnos hasta a hablar con mucha firmeza y, después, viene el silencio. Uno se va a un cuarto y después hay que preparar la comida y tomamos una copa de vino. Ponemos música y todo se queda. Hemos tenido mucha paciencia pero el objetivo de la política siempre está presente. Pensamos que son pequeños tropiezos de la convivencia y

compartimos la idea de la transformación del mundo y de Colombia.

—La filósofa Diana Maffía dice que el amor es como la reforma agraria: es de quienes lo trabajan. ¿El amor se tiene que trabajar, como la tierra, con un sentido político?

(se ríe) —Sí. Yo me casé y tuve que esperar doce años para poder tener hijos. Desarrollé mucha ansiedad y hubiera querido tener cinco. Mi mamá (Rosa Cotens) tuvo diez hijos. Yo tuve el mejor padre del mundo (Rudecindo Daza) que se murió a los 86 años y no supe lo que era un regaño. Es lo propio de una sociedad patriarcal donde ellos se pueden dar esos lujos de disfrutar de los hijos y las mujeres son las que tienen que trabajar y regañar.

El amor compañero no puede ser nostalgia o remix setentista. Pero hay otras posibilidades. “La amenaza que nos acecha a todas las feministas es que nos vamos a quedar solas. La disyuntiva entre ser amadas y defender los derechos es muy cruel porque ser amada es una cosa de supervivencia. Nosotras necesitamos que nos quieran y así es como muchas mujeres caen en aliarse con el patriarcado. Pero eso es mentira. El feminismo da amor, comunidad, amigas”, destaca Catalina Ruiz Navarro, feminista, filósofa, colombiana que se casó de rojo con su novio de blanco (entrenado para autodenominarse como macho en rehabilitación y ser amo de casa) y el propósito de reinventar el amor heterosexual.

A Catalina, en Colombia, sus amigxs le decían que era intimidante, en principio, por ser alta. Pero ella no se achicaba, sino que se iba de fiesta en tacones. “Porque el que se intimidaba por ser alta, rasero de pendejos”, maldice. Pero, mucho más, por ser feminista. “En mi casa me criaron independiente y no había tenido un hombre en la familia hasta mi marido. No tengo la reverencia a los manes que muchas chicas aprendieron en el colegio o en la casa. Yo no estoy acostumbrada a no contradecirlos. Por eso sentía que ya tenía mi vibrador, mis amigos y mi perro y que me iba a quedar sola porque no me llegaba ni un mensaje coqueto. Hasta que tuve un flechazo con Ricardo y me enamoré perdidamente. Es un ejercicio de todos los días tener un matrimonio feminista”, apunta.

Amor romántico, peronista y culebrón

La gran autora sobre amor y feminismo es la autora española Coral Herrera Gómez. Ella critica el amor romántico y apunta contra la idea de flechas, cupidos, corazones rojos y naranjas al medio: “lo romántico es político. Aprendemos a amar a través de la familia, la socialización, y la educación. Nos

meten el romanticismo patriarcal en vena a través de la cultura: con mitos, estereotipos y roles sublimados nos explican qué es lo anormal y qué es lo normal, cómo son las mujeres y cómo son los hombres, y cómo se relacionan entre ellos. Nuestra cultura es patriarcal, nuestra forma de relacionarnos es, pues, patriarcal. La ideología de la construcción social y cultural del amor es patriarcal y capitalista, por eso amamos todos así, y no de otra manera. La buena noticia es que el amor se puede despatriarcalizar, descapitalizar, deconstruir, desmitificar, colectivizar y re-inventar, y además tiene un hermoso y noble potencial revolucionario”.

La lección del amor romántico no es una exageración. Desde *Amo y Señor* dando un cachetazo de la mano de Arnaldo André a Luisa Kuliok (que se niega a quedar rotulada como la mujer que ponía la otra mejilla y defiende la autonomía de sus personajes) y la dócil mucama embobada con el señorito. Aunque no todas las novelas educan ni fueron vistas como una pastillita de sumisión explícita. Por ejemplo, Nancy Dupláa en *La Leona* (escrita por Susana Cardozo y Pablo Lago) es una costurera que toma una fábrica y prioriza a sus compañeros/as antes que a su enamorado o el personaje de Roxy (Mercedes Morán) tomaba el volante de su vida manejando un taxi en *Gasoleros* son ejemplos de un romanticismo power.

Las lecciones románticas, sin embargo, están y ocuparon un lugar de pedagogía explícita. “La sección de correspondencia en las revistas femeninas incluyó en varios casos secciones donde se enseñaba a redactar cartas de amor, que era una faceta de la pedagogía social de la época. En las revistas se impartían consejos sobre cómo comportarse en la calle, en las fiestas, cómo cuidar a los bebés, cómo practicar deportes; la educación sentimental era un capítulo fundamental. Tales secciones tenían su público imaginado en las mujeres solteras y esposas jóvenes de la clase media, pero como revela la lectura de las cartas enviadas, tenían una amplia llegada a las mujeres de las clases populares de las ciudades medianas y grandes de la pampa húmeda. Se ha señalado que las mujeres de estas clases –en agudo contraste con los ideales de mujer representados en las notas e imágenes principales de las revistas– se introducían en las columnas de consulta y planteaban sus propios problemas”, señala Omar Acha en la investigación *Cartas de amor en la Argentina peronista: construcciones epistolares del sí mismo, del sentimiento y del lazo político populista*.

En *Damas y Damitas*, por ejemplo, en 1947, se instauró la sección “Escribe el amor” en el que la ganadora veía publicada su carta y obtenía 10 pesos. El amor era visto y leído como un sinónimo de drama y de premio reencarnación por los padecimientos soportados en carne y vida.

“Siempre mío: Voy a escribirte una carta, una carta que no tendrá destino ni destinatario, pues allí donde te encuentras no reciben correspondencia.

¿Recuerdas? Pasó hace muchos años: mis cabellos eran rubios y mi cara fresca, y tenía ansias de vivir, de gozar aquella juventud que no sabía de penas y era toda primavera.”, escribió Marta que ganó el premio, pero se perdió los 10 pesos, por no poner la dirección postal y la moneda se fue por la canaleta de las Damas de Beneficencia.

Amor revolucionario

“Recibí anoche tu cariñosa cartita, me dices que te perdone tus niñerías. ¡Tonta! Esta cartita tuya al leerla, me hizo pensar en nuestro eterno noviazgo. [...] Los muebles de casa están enojados conmigo, pues no oyen las risas y los llantos de (nuestra hija) Cristina. ¡Ven!”

(Carta de Norberto a Inés, *Cartas de amor en la Argentina peronista: construcciones epistolares del sí mismo, del sentimiento y del lazo político populista*, Omar Acha).

Al contrario del amor clásico, en el amor de novela, el amor de revistas y el desamor está la idea de un nuevo amor revolucionario. En la investigación de Acha aparecen cartas de Norberto, un ferroviario comunista de Lanús, que envía cartas durante sus viajes y su amor/musa es nombrada como “Mi negra carbonera” (Inés, de General Rodríguez) una apropiación entre la cabecita de novio y las cabecitas negras, entre 1938 y 1955. Toda política tiene su amorosidad y toda amorosidad es política.

¿Cómo es el amor revolucionario que se propone en el Siglo XXI? “Un amor en el que cabemos todas y todos, sin exclusiones y sin violencias”, subraya Coral en el artículo “Qué viva el amor compañero y el compañerismo amoroso”. Y en el que tipifica algunas de las proclamas: “El amor compañero es un amor para celebrar, para aprender, para luchar por nuestros derechos, para ayudarnos, para crecer, para organizar nuestros recursos, para construir normas propias, para destrozarnos las antiguas estructuras que nos oprimen... Este amor compañero está basado en el respeto, el buen trato, la ternura, la honestidad, y la generosidad. Es una forma de quererse basada en la solidaridad y el compañerismo”. Coral no esquiva más precisiones: “El amor compañero en pareja consiste en juntarse libremente para compartir la vida el ratito o los ratitos que queramos estar juntos. No se construye como el amor romántico desde el interés o la necesidad, sino

desde la libertad y las ganas de estar juntos. En el amor compañero no se firman contratos esclavizantes ni se hacen promesas irreales de futuro: se disfruta como se disfruta la amistad, en el aquí y el ahora, libre de violencia y de machismo”.

Ella también cuenta su experiencia personal y política junto a su pareja, en Costa Rica: “Lo construyo trabajándome mucho por dentro, sin sentimientos de posesividad, sin celos, sin miedos y sin obsesiones. Se trata de disfrutar, de acompañarse, de pasarlo bien, de darse calorcito humano, de reírse mucho, de conversar rico, de compartir placeres, de crecer juntos, de cuidarse mutuamente”.

Irresponsable exenta

“—¿Usted se va ahora? —dijo sin mirarme. Sí, en una hora sale mi vuelo, le contesté ahogado por una lluvia interna. Pero ni siquiera nos hicimos cariño, murmuró con fracaso. ¿Le parece poco?, para otra vez será, le respondí acariciando su pelo, donde anidaba el recuerdo amarillo de una mariposa triste”.

(Pedro Lemebel, Morir de amor en el Amazonas).

Me hubiera gustado estar exenta, como del IVA, del impuesto al valor agregado de la mirada del otro, del llamado, el chat, el mensaje, el quererte, bah, aunque sea un instante.

De ser un número en un sorteo que no sale aunque te hayas ganado las zapatillas con luces para tu sobrina y ya no digas que nunca ganaste nada.

De ser un ta te ti sin diagonales o sin GPS en la época en el que el exceso de mapas quita las preguntas y el exceso de gente en oferta quita el deseo de encontrarse.

Dejar de retarme y que me reten por ser como soy, escribo, busco, amigo, ayudo, miro, escribo, pido, invito. Una lista de pecados capitales que quisiera no volver a reprocharme.

De esperar. Yo, que no espero, avanzo. Reposo cuando puedo. Camino aunque me agito. Escribo aunque tenga náuseas. Busco aire y sigo. Quisiera desterrar la espera como forma de venganza contra mis propias piernas.

De desilusionarme.

Yo, que todavía, creo.

Erotismo compañero

“Esta gloria que es caminar juntos por la vida, las manos enlazadas, es obra de la voluntad de la clarividencia y de la espontaneidad de los sentimientos. Nos hemos ganado nuestro derecho al amor”.
(Mika Etchebéhére, cartas a Hippo).

“Me dejó mi novio. Eras mi pequeño oasis del patriarcado neoliberal ¿Done voy a encontrar a otro amor compañero como vos? Cuatro hamburguesas, una cerveza y dos pibes más tarde puedo decirte que sigo buscando. Me siento como si hubiera perdido las internas del PJ ¿Y si nos unimos? ¡Te juro que yo también puedo cumplir!”
(Sofi Zibecchi, “Me siento como si hubiera perdido las internas del PJ”).

Si alguien te presenta a su novio, marido, pareja, amante, amigarche como su compañero es setentista, es grande, es politizado y escucha a Serrat. El compañerismo amoroso es un DNI que delata su fecha de nacimiento, su carnet de filiación y su gusto por el vino en pingüino y su disgusto por el turismo all inclusive. Tiene sello en Machu Pichu (cuánto más sacrificado mejor) y no en Miami verde agua.

El amor compañero es una definición de vida, de amor y de política. La liturgia de los ojos negros empantados en rimmel, los fusiles en alto, los recitales en Atlanta. También, claro, machista y, además, binario: un hombre, una mujer, una revolución. Solo un dogma. Solo una posibilidad de rebelión. Solo la revolución de clase iba a solucionar todas las injusticias. Y solo una manera de amar y de elegir. Si algo tuvo la militancia setentista –en su amplio y complejo mapamundi de organizaciones y experiencias– fue el machismo, el verticalismo, la lesbo/trans/homofobia y la entronización del macho nuevo.

Pero, después de la lapidación, llega el rescate: el amor compañero sí tenía una pieza que hoy existe, pero en menor medida y está en un retroceso que se percibe a la vista: En la calle tenían que ser mucho más que dos y el ensamble era codo a codo. No importaba solo uno, ni la pareja, ni la familia. Era un amor colectivo. Pero, compartir ese amor político y cultural implicaba la necesidad y valoración de las mujeres por sus talentos, ideas, militancias y potencias. La revolución no empezaba por casa (donde el machismo seguía) pero, de todas maneras, la atracción tenía como valor los valores, la inteligencia y capacidad femenina.

Y, aunque parezca obvio, o se haya esfumado sin hacer tanto humo, el mercado sexual de pases infinitos; la revancha machista; el amor líquido hasta evaporar la cordialidad o el cariño; la ponderación de los cuerpos por sobre la piel o los guiños; la huida de tiempos compartidos más allá del encastre; el miedo a la mujer sin miedo, a los reproches o al compromiso; la posibilidad de acceder a un click a una nueva compañía y la mochila enorme de frustraciones y piedras en el camino tiraron abajo la seducción ideológica del erotismo cumpa.

Pero, con todas sus contradicciones y derrotas, el amor libre post 60, la pasión intelectual –como la de Madame Curie o el de Diana Maffía–, la pasión política, cultural es una apuesta a reconstruir. Los setenta tienen ese hechizo y, a veces, generan esa nostalgia. Todas las generalizaciones son una causa perdida, pero hoy muchas mujeres sienten que sus causas, ideas, cultivos y culturas son denostados por los varones (no por las mujeres frente a la que la sexualidad bi, lésbica o móvil presenta como uno de sus puntales atractivos que la atracción también se teje sobre cuerpos y causas compartidos) que ya perdieron la necesidad de jugar un juego de pares y ahora hacen una apología de la frivolidad en donde los ideales espantan y las ideas son barbarie.

El amor compañero ya está pasado en su fecha de vencimiento. Y, sin embargo, renace con esas palabras de su entierro para posarse como una esperanza aislada de amores que no huyan, se consuman, se extirpen, se caldeen y mueran antes de intentarse nada. El amor compañero no necesita cumplir el ISO 9000 de equidad de género pero sí centrarse en el respeto y la compañía, el empuje y, al menos, un socialismo de ideas y lazos compartidos.

La Barbie Científica tiene un apodo tan moderno como sus botas blancas a la rodilla que la distinguen en su foto icónica de Twitter o sus uñas con brillos tricolores fungidas como garras en esmalte fijado por lámpara. Es una feminista joven, pop y no concesiva. Nada de morral, ni nostalgia, ni cara lavada. Pero, de todas maneras o de una manera que no es casual, define a su novio como compañero. Lo conoció trabajando mientras ella daba cátedra sobre menstruación -que es su especialidad académica– y su militancia en Economía Feminista para conseguir elementos de higiene menstrual para todas las chicas en la campaña Menstru-Acción que se carga al hombro y al volante. Si los varones no buscan mujeres para compartir es difícil que les interese su trabajo o sus ideas o que sea algo menos volátil que un polvo soplado al viento. Pero, cuando se trata de compartir dendeveras, las mujeres plantadas pisan fuerte. Y el compañerismo no es un azar, sino una apuesta.

Agostina Mileo, alias La Barbie Científica, es Comunicadora Científica, Doctoranda en Historia y Epistemología de la Ciencia y la elección de un varón para el amor ya no es una obviedad, sino una ficha movable, una elección igual

que la del compañero: “La inmensa mayoría de mis intercambios de prácticas sexuales fue con varones. Hoy tengo un compañero varón. Y uso esa palabra, compañero, porque las otras que se usan para nombrar una relación erótico-afectiva como la nuestra me incomodan. Me incomodan en términos de lo que representan y de lo que implican, de la materialidad que configuran. Y a él también. Entonces nos acompañamos en el camino de explorar lo desconocido, de un proceso de ensayo, prueba y error en esta reprogramación vincular que cuestiona lo que supuestamente deberíamos sentir y hacer para hacer lo que queremos. Esto que queremos no es siempre lo que deseamos. A veces hacemos o decimos en función de lo que creemos, de la postura política que queremos aplicar a nuestra vida personal. Aunque añoro intensamente que este momento perdure en el tiempo me pregunto qué más estaré re-armando. Cuáles de estas consideraciones nuevas, de estos modos de actuar permanecerían conmigo, si no estoy más con él. Y empiezo a creer que ya no estaría tanto con varones. Estoy segura de que el placer sexual no tiene que ver con la identidad de género del otro, que con cualquiera la podría pasar bien. Y creo que en ese escenario hipotético hoy preferiría a las mujeres. Los varones me cansan. La mayoría de las veces termino indignada por algo que dicen y eso descarta tener ganas de coger. Pero no siento que pudiera enamorarme de una mujer, creo que podría pasarla bárbaro en la cama pero que en el orden de lo afectivo me haría amiga. Y me gusta mucho esto, porque en ese universo hipotético soy una extraña y qué más le podemos pedir a una relación, aunque sea la que tenemos con nosotras mismas, que seguirnos sorprendiendo”.

La cantante de hip hop feminista Rebeca Lanne vive en Guatemala y también da una pauta de cómo se puede buscar una relación sin violencia, sin estar tampoco de vuelta de enojos o celos, no creerse de vuelta y, a la vez, construir pasión y paciencia: “Enfrentar los distintos tipos de violencia me ayudó a poder construir la relación que ahora tengo con un chico desde un lugar más sano. Hay tensiones y hay que saber negociar como resolver esos enojos: salir a caminar y calmar los ánimos. Hay que aceptar las emociones y los celos. También tuve mi etapa de poliamorosa y de decir “Los celos son una invención de la posesión capitalista”, pero luego te tenés que enfrentar con que vos los sentís y la persona con la que estás los siente y si los negás solo los reprimís y a la larga te hacés daño. El amor se va transformando con una y ahora para mí es muy importante profundizar en la relación que tengo porque es un lugar seguro, es un nido. No quiero involucrar a más personas. Estoy alimentada y alimento algo. El amor va cambiando con las necesidades que una tiene. Pero, para eso, hay que abrir los cajones y conversar. Hubo un momento, cuando tuve que enfrentar asumir un abuso, que mi sexualidad se puso reservada, y mi compañero lo respetó

completamente que sea yo la que tome la iniciativa y que yo dé la pauta si estaba cómoda o no para tener una vida amorosa y erótica mucho más sana”.

El amor es una sorpresa abierta. Pero el compañerismo es una apuesta que puede trascender o volver a resignificar la mal llamada batalla de los sexos –tal vez ahora más dictada por las ausencias, desprecios y silencios– por alguien que no te hace tackles sino que te pone el piecito para crecer o te sostiene cuando te caes. El amor o el erotismo como potencia son una apuesta desaparecida por la idea del amor como ladrón del tiempo, la energía, el deseo, la paz o la autoestima. Y el compañerismo, más que ninguna otra palabra, reconoce la espalda mutua para afrontar la vida.

Pero, es cierto, también que a veces –la mayoría– el amor es una pretensión que queda grande de todas las batallas. En esos casos el erotismo compañero podría andar. O, mejor dicho, está desandado cuerpos esquivos, clavados y enfrentados. Los cuerpos deseantes se potencian, no por compromiso o todo lo que más o menos que no da, pero sí por deseo. El sexo da una potencia para leer al otro o a la otra que es una maravilla. El deseo motiva, piensa, se vuelve generoso. Pero cuando se teme se vuelve esquivo, temeroso, reacio, sospechoso de sus propias cosquillas.

Un erotismo compañero no es perfecto, equitativo, justo porque son ideales que no se reparten por un estalinismo amoroso que se cayó mucho antes que el muro. Pero sí puede no ser mezquino, intentarse, darse placer (sin poner el play del sexo oral como la última novedad en chiches 50/50) y potenciarse. El amor o el erotismo compañeros renacen, sino como realidad extendida, como ilusión de cuerpos dados por el placer de estimularse sin que el goce acabe cuando se acaba el goce.

El machinazi me la baja

“Pero a la noche vuelvo sola a casa. Y a pesar de todo lo que leo sobre el deseo. Sobre un deseo que no es propio. Sobre un deseo capitalista construido en los entramados socio políticos del otro. A pesar de todo eso... Aun me duele que nadie nunca me invite a bailar”
(Ana Larriel, Nunca estarás buena).

—El deseo es nazi, me dijo una vez, en una cena, un amigo y me derrumbó. Pensar la vida sin deseo también es como una función de cine donde te cortan la luz justo cuando venía la hora de descubrir el asesino. Y no saber bien cómo

buscar la salida.

—El deseo es nazi, me dijo. Y quería decir que todas mis dotes no alcanzarían nunca para conquistar si no largaba los postres, los brazos de cargadora de upas y los muslos redondos debajo de la cadera ancha.

Los varones –aún ahora que se cuidan de entrar a pantalones angostos y se emprolijan en barberías y mastican el mix de verdes y se miran el ombligo para tener abdominales– no gustan solo por lo que se ve, sino por lo que piensan, hacen, crean o cultivan. La inteligencia, producción, decisión, dulzura, talento o capacidad tienen una capacidad de seducción que no empañan las canas, las narices anchas, las arrugas o la panza.

La inequidad del deseo se hace una panzada desde que miro como un varón con un quis de talento genera suspiros y multiplica sus chances de citas. En cambio, a las mujeres el talento, la pasión, activismo o profesión o le juega en contra o es como una marea sin caracoles ni peces. O sea, sin la sal en la corona de la ola.

“Un hombre logra acumular saber, o poder, o dinero, o sea algún emblema de poder social, eso lo transforma en algo más atractivo a los ojos de las mujeres. Esto es una cuestión de observación cotidiana. Un hombre que tal vez no sea tan atractivo físicamente pero que es muy inteligente, o muy exitoso, o muy rico, logra que mujeres jóvenes y hermosas lo deseen y quieran estar con él. En cambio, en el caso de las mujeres esto no ocurre así porque una mujer exitosa o poderosa o adinerada puede ser muy respetada, como ser humano, pero no resulta atractiva eróticamente porque el erotismo femenino está históricamente asociado a la juventud, a la frescura, incluso a la dependencia y a la inmadurez”.

La definición no es de una revista de señoronas machistas, sino de la psicoanalista Irene Meler, en una entrevista de Camila Hadad, en *Infobae*. La compiladora del libro sobre “Psicoanálisis y Género” hurga sobre ratones y ratas: “Al tener la diferencia jerarquizada pensando que el hombre siempre tiene que ser un poco más alto, un poco mayor, un poco más inteligente y un poco más rico que la mujer, esto crea la base de las relaciones jerarquizadas y quedan huellas inconscientes y muy profundas de estos arreglos ancestrales. Por supuesto que van a tener que cambiar porque al acceder las mujeres a la condición de ciudadanía plena y tener acceso a los estudios superiores y al trabajo remunerado, la paridad entre saberes y poderes entre mujeres y varones va a ir en aumento, pero lo que todavía los sexólogos llaman los guiones eróticos, es decir, lo que la gente común llamaría los ratones, las fantasías de deseo son muy tradicionales”.

—¿Las mujeres te gustan más bajas, iguales o más altas? —le preguntan tres chicas a un chico, en un feriado de carnaval, que se presta para test en una

merienda de bar.

—Me gustan iguales o más bajas que yo, más altas no me la banco —contesta él, barbita, anteojos negros, como si diera en bandeja un combo mayor que la merienda. La mujer no puede superar al varón. En ninguna altura. El deseo solo existe desde arriba.

—Yo si pierdo con una chica me mato. No vengo al colegio por un mes —desafía un alumno de quinto año, en una charla sobre género. La publicidad de un helado en donde un adolescente skater se baja de la pista con el skate entre las piernas porque perdió a la play con una novia. No solo perder no es una posibilidad para los varones. Además, ganar es una forma de perder para las chicas. Ganar a la play puede ser perder el gusto. O así nos enseñan: a no destacarse para no ser dejadas.

Y así lo sufren también quienes enseñan.

—Mi esposa es pediatra del Hospital Garrahan de chicos oncológicos y gana más que yo —dice un preceptor. Y dice que le pesa. Está casado con la Mujer Maravilla. Llega a fin de mes y se puede ir de vacaciones porque su esposa salva pibes. Pero le pesa.

La pesada herencia no es pava. ¿El deseo no tuvo un proceso similar a una adaptación biológica al feminismo, la autonomía y la independencia de las mujeres? No se trata de erguirse. Pero casi.

Julio Cortazar decía que el amor era como un rayo que te parte en la mitad del patio. Y esa idea química crió a una generación de adolescentes leyendo “Rayuela” en letras salteadas en la rateada de la escuela. Pero, también, fue una forma de creer en la ruleta del amor. Y la ruleta tenía los números cantados.

El investigador del CONICET Daniel Jones busca desentrañar ese imán menos casual de lo que se presenta: “Las relaciones sexo-afectivas son cualquier cosa menos aleatorias. La mera atracción pareciera primar. Sin embargo, estas relaciones se dan en un mercado estructurado por jerarquías donde somos valorados por ciertos atributos (clase social, género, raza-etnia) hasta otros como edad, capital cultural y, *last but not least*, belleza (según los parámetros hegemónicos de cada sociedad, que podemos deliberadamente querer impugnar, pero no por eso dejamos de reconocer). Por lo general las parejas no son demasiado asimétricas. La asimetría en cuanto a un atributo (dinero, por ejemplo), se compensa con otro (belleza, por caso). Así, cada unx se emparejaría con una persona que tiene una valía equivalente en el mercado sexo-afectivo”.

Jones, de todos modos, apuesta a un valor del deseo que va más allá de matrimonios pre establecidos: “El problema de esta mirada es que explica cómo se conforman las parejas sólo mediante lógicas racionales de maximización de auto-intereses individuales egoístas (como las que guían el funcionamiento del

mercado capitalista), atravesados por jerarquías estructurales de valor, sin contemplar el papel del deseo (afectivo y sexual, si es que podemos separarlos), ni otros mecanismos psíquicos (pocas veces conscientes) que operan en ese encuentro –subraya Jones–. No soy ingenuo, no creo que estas dinámicas no tengan ninguna incidencia en cómo armamos y mantenemos relaciones sexo-afectivas, sólo que desconfío de que sean la única lógica que explique con quién decidimos compartir camas y abrazos”.

El deseo no es algo inmóvil ni inamovible. Están las mujeres que no se fijan en los que les pesa. Las que son indiferentes a lo que espantan. Las que no miden. Las que rompen el molde. Las jóvenes que ya crecen con otras reglas y le suman el plus de la juventud a todas sus dotes. Y los varones que no entran en los moldes y mandatos que corren tan de boca en boca. Pero que el deseo es un filo que duele a muchas que buscan levantar la cabeza y se usa para domar a las que toman vuelo no se puede esconder como un elefante que ocupa mucho espacio.

En los reclamos por las políticas públicas se puede denunciar, protestar y votar. ¿La lucha íntima por un deseo más justo, equitativo y menos cruento es una idea sin sentido, una queja sin fondo o una resignación sin salida? ¿Es posible romper con la inequidad del deseo? ¿Se puede luchar contra un deseo que parece sin brújula, azaroso, ingobernable?

Toda mirada tiene sus luces y sombreados y toda regla sus bendiciones y excepciones. Y, especialmente, tiene su forma de escapar. Las mujeres, trans, bisexuales e identidades móviles sí son atraídas por quien escribe, corre, se planta o baila. Tampoco hay reglas fijas para etiquetar las relaciones lésbicas o libres. Pero sí el movimiento LGTTBI, entre otras conquistas y superaciones, saltea la idea de erotismo ninguneante hacia las que juegan de dama.

La seducción torta hace del cuerpo y de la cabeza algo más parecido a una erótica compañera (tampoco con idealizaciones que renuevan prejuicios en vez de extinguirlos), pero buena parte de la algarabía con las piernas en V se debe a que el deseo femenino ya no espera el aplauso de una platea masculina que se quedó en el 45´ y se queja que ya no puede eructar “te rompo el culo” en la calle como método de conquista. El deseo lésbico rompe con la idea de deseo nazi porque, aunque pueda ser igual de caprichoso, no tiene un mapa en donde la belleza uniformada sea la única variable de cortejo y ajeteo.

En cambio, si el deseo heterosexual es nazi somos muchxs las que estamos destinadas a un campo de concentración expulsado del deseo. Un exilio que retuerce, derrumba, desalienta, según el día y la noche y según la columna vertebral, subjetividades y estrategias de cada una. ¿Si a un tipo no se le para la pija frente a una mujer leyendo una poesía embebida de sonrisa, salvando una

vida en un quirófano, sacando fotos en una cárcel, recolectando frutillas o única en un barco pesquero, se puede subir a control remoto el erotismo masculino como un Viagra de género que remodele los puntos de calentura?

El riesgo es que no lo sabemos. La apuesta es a que sí, a que el deseo es, también, una construcción. Una construcción que pelea contra la frase que dice todo de la época:

—Me la baja.

Y lo dice para que con la pija baja haya goce y no presión para ellos. Y para que el estímulo vaya por otros lugares, por otros planteos, por otras pieles y aventuras y por el relajo verdadero —no el que manda a relajarse y gozar con una violación que es solo tortura— por infinitos caminos que el erotismo puede abrir y despejar.

La actriz y cantante Inés Estévez posteo una conversación con un amigo porque tal vez lo más sincero sobre el amor se habla en esas mesas:

—Amigo: Es difícil para un hombre acercarse a una mujer así, independiente, que se autoabastece y no parece necesitar nada.

—Yo: No necesito lo que te enseñaron que nos hace falta, pero complicidad, charla, apoyo, risas, besos y abrazos no son cosas que pueda autoproverme ¿te resulta poco?

No es poco. Y el desprecio es una forma de desaliento. Pero la apuesta es a que el deseo propio —más allá de la respuesta— tenga la última palabra. El saque con el dedo apuntando al cielo, aunque el punto caiga adentro de la línea de jugada.

Maquiavelo amoroso

“Desde que conocí el poder de la lengua estoy maldita”
(Romina Ruffato, Sublingual).

La escritura es, volvió a ser, una forma de comunicación con su propia presencia, con sus propios silencios, con su propia potencia y con su propia extrañeza cuando desaparece como un aire que ahoga por la densidad del ya no estar. La escritura entonces puede tener una presencia envolvente. Incluso sin testigos. Nadie ve el amor que se traduce en letras, que no se da besos frente a ninguna otra cámara que no se la del portero eléctrico (si tiene visor), que jamás se roza la mano en la calle, que no pasa por la hospitalidad (o el mal trago para ir al hospital) del almuerzo familiar, que esquivo las presentaciones de amigxs y las

fiestas en donde mi chica/mi chico pasan a ser una evidencia apta para todo público.

El romance íntimo no es un mal en sí mismo. Hay mujeres que no quieren otra cosa que salir a lucir un caballero como si fueran Quijotescas muchachas queriendo demostrar que sus Dulcineos no son fiebres nocturnas. Otras se conforman o gustan de ese ratito de fugacidad nocturna que funciona como un trampolín para caminar el día con los pies un poquito por arriba de la vereda. Y para muchas (después de la primera, la segunda o la tercera cita se empiezan a sentir vencidas) el *modus operandi* de amantes con la táctica de Ringo Bonavena es una decepción de tanto esquivar ser ellas mismas con el ello de turno.

Es imposible hacer planes sin hijos, sin amigas, sin nadie que vea que no sea solo entre cuatro paredes o algún sanguchito de paso en los que se ruega no encontrarse con nadie que amerite presentación. A veces el sexo solo se vuelve un poco redundante, un poco aburrido, un poco frío o un poco soso. A veces solo se quiere un sorbo y a veces un sorbo es poco. El sexo es plan, pero si es el único plan también es exceso de plan. Un tiempo tan pre establecido pierde la gracia por pecado de obviedad.

A veces, muchas, los muchachos evaden porque sienten que no están para eso y todas las presiones del machismo sobre sus erecciones confabulan con juntarse a tomar un whisky, un helado, ver una de acción, hacer consumo irónico de *TN* o *Intrusos* encontrar un documental con el que dormirse. Y todo lo que confabule o haga temblar la seguridad de las erecciones hace tambalear el deseo de una cita. La idea de rendir hace retroceder pasos atrás a los muchachos que, a veces, se sienten más libres chateando chances que intentando ser Rocco, Grey, Mr Tinder con el epicentro de la gravedad en la idea que sin parada no hay plan.

Los amantes no planeros se vuelven esquivos a algo más que al sexo, pero al sexo explícito también. Esquivarse entonces, se vuelve un arte o una desgracia motorizada por un deseo que muchas veces comulga más con la evasión que con la acción. Y los portales después lo llaman ghosting o fantasmao.

Menos es más es el lema implícito de un minimalismo amoroso que cuelga mujeres como camisas blancas, que tiene gracia de estreno cambiarlas pero que no se diferencian entre sí para una concepción en que la gracia está en el estreno y no en la textura de cada cuerpo y gracia.

A veces la falta de alrededor (no hay que hacer nada más que coger, pero coger se vuelve demasiado) de las parejas esporádicas es tan solitaria y tan al grano que conspira contra el sexo como sugerencia, aterrizaje o desencadenante y no todos y todas quieren clavar sexo sin preámbulos. Y, mucho menos, siempre. Por eso el sexo esporádico (a diferencia del sexo fugaz que puede ser repentino, al paso, inesperado pero luminoso) se vuelve como un turno que tarda

tanto que cuando llega ya no hay dolor o alivio.

A los muchachos, en general (ya nos arrodillamos ante la pérdida de escribir generalidades, pero sacarle la tinta a la época es rapiñar la escritura como arma de comprensión masiva), les da pudor decir que están reacios y, muchas otras, les da pavor cualquier gesto en el que sientan que pierden su soberanía sexual o dan pie a algún mínimo ronroneo al reclamo. Ante la duda, muchas mujeres (aclaro hasta la vergüenza que nunca quiero decir que todas las mujeres somos iguales, pero que no quiero callar lo que le pasa a muchas cruzadas por un dolor profundo y una vergüenza de gritar un dolor que parece idiota) se angustian. Y la angustia parece banal, loca, injustificada, irracional. Y el feminismo del goce entiende el peso del placer. Y, por lo tanto, la angustia de cuando el placer se amarreteo o juega a unas escondidas sin pica.

“La ingratitud de las afectividades”, es la forma de desenmascarar esas formas de desprecio que aparecen más invisibilizadas en la mirada de Lux Moreno, activista gordx y profesora de filosofía. “Dicen y escriben por ahí que deconstruyen sus afectos, pero solo los relativizan hasta perder toda responsabilidad ética. Dicen en ese deconstruir que es la panacea de los males del amor capitalista. Levantan un altar al cuidado pero este se vuelve inaccesible. Hasta parece que duelar a un amor, aunque hayamos mamado la educación socio-afectiva capitalista, es algo menor. Nos decimos amigxs como superación de cualquier riesgo. Mal entendidas estas afectividades nuevas son las lebac de un sistema afectivo que no solo no cambia las condiciones del amor romántico sino que prescindan del riesgo y del cuidado. Ser amigxs es la nueva máscara de un sistema que prescinde del otrx, se individualiza y se transforma en especulación financiera de las afectividades viejas, diciendo que son nuevas. Entonces, ¿Qué hacemos con el dolor, el duelo y el reconocimiento afectivo del otrx? En la nueva wave de las nuevas afectividades, se obvia esto, reconocerlo es un riesgo. Tendríamos que pensar críticamente cuál es el poder del amor, no el que ya conocemos, sino ese al que aspiramos disidentemente, que sigue configurándose en dispositivos cada vez más neoliberales”, dispara. Y propone: “No podemos renunciar al riesgo y al cuidado del otro. Sino que hay que practicarlo efectivamente, porque si no mucho bla bla y todo termina en amor narcisista neoliberal”.

El dolor sin duelo

*“Cuando te pedí que salieras, no sabías por dónde.
Si el esófago era el camino que emprendieras, me destrozabas la garganta y la*

boca.

*Ni pensamos en que me dejarás sin culo con lo que te gustaba agarrármelo,
y ahí te recordé: “nos estamos velando, salí por dónde quieras”*
(Gabriela Borrelli Azara, No es hora todavía de epitafios, para A. J.).

*“Cuento los días en los que no (te) lloro como una alcohólica
en recuperación cuenta los que lleva sobria.
En estos tiempos de desprogramación o reprogramación
quiero dejar de sentirme emocionalmente descartable”.*
(Luciana Barbini, Descartable).

Uno de los efectos más angustiantes de la des-amorosidad en línea es la subestimación de los encuentros virtuales. Pero escribirse, contarse, narrarse el día, el gusto, los disgustos, los amigos, la familia, la ropa, los chistes no es nada, ni ausencia o mero histeriqueo para concretar. El contarse, invitarse, gustarse, compartirse, esperarse, desearse, encenderse, mostrarse, también es una forma de presencia. A veces insulsa, insuficiente, esquiva, tramposa. A veces, hermosa, poética, insinuante, contenedora. Una guía de viaje no es el viaje pero también un recorrido que lleva, invita, descarta y asombra, antes y después y que permite disfrutar del viaje al viaje.

La amorosidad por watsapp también es una forma de amor. Si se queda sin destino es un poco inútil. Pero si no exige relaciones full life y, sin embargo, permite mostrar la salida de viernes por la noche con cada cual taza taza en su casa, es como un juego doble de libertad abrazada que tiene el fruto comestible y la mermelada para saborear de poco. No es poco. A veces, es mucho. Por eso, también cuando se la extraña se la extraña doble. Pero no hay, casi, todavía palabras para decir “Oh, amado, me faltas tú y tus memes y mandarte mi cena y reírme con vos de las ocurrencias de mis niños, oh amado que pensás de las elecciones tramposas, vos que estas a las 4 de la mañana como yo, y de ser cómplices pasamos a ser extraños y de sentarme en tus rodillas y que me contaras tus desavenencias políticas con tus amigos de la infancia, tus meridianos con tu madre y tu ex yo pase a ser una última línea en un watsapp que me sepulta sin velorio para nuestros lazos sin arribo ni partida”.

Un álbum de fotos no lleva a la fiesta de 15 ni a la casa de los abuelos, pero es una postal que traslada a la alegría, la nostalgia, la euforia y la sensación de amparo del pogo amuchado por los amigos.

Hasta que falta.

E vero.

Hasta que falta.

Y cuando falta, la falta es casi indescriptible.

No se llora por la libreta roja, la casa, las copas, los chicos, el auto, la costumbre de cenar los sábados pizza y los domingos hamburguesas o los amigos en común y las vacaciones en Córdoba. Se llora por esa línea intangible que titila como en un electro de humor hilado y de amor declarado, en donde el interés es lo que se conquista y se ahoga de golpe como un naufragio en el Amazonas.

La tragedia amorosa tiene, sin dudas, un tinte exagerado en la ida de que la vida empieza y termina en un amor y en un amor de parte de un hombre. Ya derribamos esa pared. Y, sin embargo, muchas veces, amores u hombres descartables por sexo, cruces, cariños, amoríos, mujeres, trans, identidades móviles, el amor duele como un pinchazo descerebrado de toda lógica.

No alcanza con reconstruir los mandatos de autonomía, amor propio y orgullo. Las tormentas no se frenan aunque se conozca que la deforestación y el calentamiento global hacen su parte. El capitalismo y el patriarcado cortan por lo insano.

Pero, aún con los ojos abiertos, para ver que la lluvia no es el derrame liberal ni de igualdad ni de agua, la lluvia moja o barre o inunda y simplemente hay que aguantar las gotas que dejan al cuerpo denso y al pelo como un trapo chorreante sin nudo por donde se escurra la humedad pegajosa. Con el amor o el deseo pasa algo así. No es una mezcla química de H₂O, enamoramiento o calentura, inocua.

La violencia y el destrato tienen la misma raíz. La venganza de los varones ante mujeres que no pueden controlar y que creen o intentan controlar a través de sus zonas débiles. También el miedo, como dijo Eduardo Galeano, en un recitado, que como *Las Venas Abiertas de América Latina*, se hizo hit: el miedo de los varones a las mujeres sin miedo.

La psicoanalista Irene Meler destaca que la infelicidad que produce el desencuentro amoroso es real y se vuelca en los divanes, pero que es un efecto del machismo amoroso: “Una consulta que vengo escuchando con mucha frecuencia e insistencia últimamente deriva de las mujeres jóvenes de sectores medios, educadas, en general universitarias, independientes que tienen un buen trabajo, en muchos casos que viven en un departamento que es de su propiedad, que están entre los 35 y 45 años y que no logran hacer pareja estable y eso les causa sentimientos de infelicidad. Pese a la liberación sexual que existe en este momento, ellas anhelan tener un compañero, una relación permanente con la que puedan contar y además, desean procrear. Entonces, muchas veces recurren a la consulta pensando que son obstáculos psíquicos los que les impiden concretar este deseo. Después de ver muchas consultas de este tipo llegué a la conclusión

de que más allá de las dificultades psíquicas que alguna de estas mujeres pueda tener como cualquier persona hay una tendencia social”. ¿Qué se hace con esta tendencia?

Dificultad 1: ¿Si el destrato y la violencia tienen la misma raíz son lo mismo? No. No, no y no. NO. Una tilde gris o azul no es equivalente a un disparo, un cuchillazo, un puño, una penetración a la fuerza o una caterva de insultos. Jamás la violencia machista es equiparable a otras conductas que no ponen en riesgo la vida, la salud y la integridad de las mujeres. No hay un atisbo de duda ni de comparación entre la violencia y el desdén amoroso.

En la arena movediza hay que elegir las lianas que nos siguen volviendo personas con la capacidad de trepar más allá del lodo que apesta en las narices y ver el contexto de mujeres sufrientes, pendientes o blindadas para no quedarse pegadas a historias que las minimicen. No es violencia. Es otra cosa. Pero en ese pantano plagado de frustraciones inmóviles hay algo que puede verse no como una individualidad sino como un hechizo de época. Por supuesto, salvo para entronar a Hermione Granger, no estamos hablando de magia.

Las periodistas que peleamos toda una vida, y con todos los sentidos de la vida escuchamos a víctimas de violencia que han perdido hijas, que fueron encerradas en un capot de un auto, que sintieron un gatillo en la oreja, que se escaparon, que fueron arañadas en las tetas, que no acuestan más a sus hijas ni las llevan a las clases de baile. Lloramos con las chicas que lloran a sus propias muertas, sentimos escalofrío ante cualquier posibilidad –propia y ajena– de banalizar la violencia.

No es banalizarla, sin embargo, entender que la revolución de las mujeres tiene como efecto colateral una reacción machista que no es, simplemente, la permanencia del machismo clásico, sino la reacción virulenta de un machismo más cruel y enojado contra el deseo de las mujeres: a llegar a la presidencia, a pedir un aumento de sueldo, a decidir separarse o a irse con un chico de la fiesta y encararlo.

Esa reacción se ve en el aumento de los femicidios y en la mayor crueldad de la violencia ¿Es la misma violencia que siempre existió y que ahora se nota o es más violencia? Es la violencia que antes existía, pero redoblada como venganza frente a las mujeres que deciden y desean.

Frente al avance de las mujeres, a la visibilidad pública del reclamo de Ni Una Menos, desde el 3 de junio del 2015, la salida a la calle y las mujeres que dicen no, la violencia machista recrudeció como revancha del neomachismo en clave brutal frente a la independencia de las mujeres. La diferencia no es solo en cantidad de muertes, golpes, violaciones, maltratos o humillaciones (que sin dudas, sí, se denuncian más que antes), sino en la crueldad de la respuesta hacia

las mujeres, que es el factor que enciende la alarma.

La Doctora en Psicología Eva Giberti que habla contra el machismo desde la década del sesenta y desde hace once años coordina el Programa Las Víctimas Contra las Violencias, del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, enfatiza: “La crueldad masculina se ha incrementado en un nivel pavoroso. Los informes que leo todos los días son terribles. Realmente estamos viendo crueldades que no habíamos visto en el 2006 cuando empezamos. Ya no es la amenaza ‘te voy a quemar viva’, ahora la queman”.

La raíz del problema es que las mujeres hicieron una revolución y los varones no. No hubo hombre nuevo, como decía el Che. Y ni a los más grandes ni a los más chicos les cambiaron el libreto, mientras las mujeres les cambian el piso.

Con una mochila de machismos *all inclusive*, de todas maneras, las madres no educan a sus hijas como sus abuelas las educaban a ellas. En cambio, se modificó mucho menos la educación a los hijos, las aperturas y restricciones. Y nadie –sin que sean santos o víctimas– prepara a los varones para no ser héroes ni valientes o conquistadores. Y tienen enfrente un escenario completamente diferente.

Algunos varones apelan a una familia clásica y a una paternidad híper comprometida con una libido parada en la puerta de la escuela, hace campamentos solo de varones con corderitos asados y carpas de fin de semana, de muchachos con hijos y clases de natación en donde se compite cuerpo a cuerpo por ser el mejor de los Señores Papis (no por nada una novela de galanes en la televisión abierta).

Mientras que otros se acorralan frente a la sensación de exigencias femeninas, se destapan en camas de las que no quieren guardarse las arrugas o prefieren una eterna mudanza de compañía de algunas compañeras. Nunca –nunca jamás por sonar más vehemente– la violencia (de todo tipo y factor) puede compararse con la indiferencia, la falta de deseo, la sobredosis de andanzas sexuales, el destrato o la clavada de visto. No es tampoco bastardear los problemas en mayúsculas hablar de la letra chica de los efectos del machismo.

Pero llego ese momento en que no se pueden obviar las cláusulas de un contrato roto y a la vez vigente en donde el sufrimiento no sabe donde meterse. Y, tal vez, como siempre por el permiso de hablar para las mujeres y la restricción de contar para los varones, son las mujeres las que cuentan un cuento en donde se sienten mendigas de amor y humilladas por el silencio.

En la violencia de género y en el micromachismo amoroso nunca la diferencia es entre mujeres buenas y varones malos, entre santas y villanos, ni en almas generosas y rufianes egoístas. No es la guerra de los sexos. Ni es una guerra santa. La diferencia sí es desigual. Entre mandatos de fracaso si no hay

éxito amoroso y reconocimiento masculino (no está casada o es incogible como respuesta a todo) y mandatos de éxito si se está solo y se tiene la virtud de ser un soltero codiciado. Y entre desigualdades económicas y biológicas, un varón puede ser padre a los 50 o 60 y separarse y ejecutar una paternidad a plazo fijo de dos o tres días por semana con mujeres educadas para acompañarlo y comprenderlo en sus ocupaciones y deseos, y varones que se ponen interesantes con arruguitas a los costados y canas en sus cabezas y barbas que cubren sus líneas de expresión y mujeres a las que se les cobra cada atisbo de madurez.

Tal vez –la ilusión nunca se pierde– es que si se echan las cartas sobre la mesa ningún varón tenga que estar donde no desea, quedarse con quien no quiere, contestar lo que no se le da la gana, editar lo que dice o lo que deja de decir, sostener lo que no está obligado, pero sí que la cordialidad renazca como una virtud que no decapite corazones, aunque se trate de corazones intentando reconstruirse fuera de mandatos.

Capítulo 5
VARÓN, DECIME QUÉ SE SIENTE

Bajarse de la cinta

El sentido común supone que el feminismo está contra los varones y el machismo a favor. No es así en la teoría. Y, mucho menos, en la práctica. El machismo perjudica a las mujeres y, también, perjudica a los varones.

A Tomás lo conocí el 19 de octubre del 2016, en el Paro de Mujeres, en la convocatoria posterior al asesinato de Lucía Pérez y con la consigna “Ni Una Menos, Vivas Nos Queremos” entre la lluvia que empapó nuestro abrazo y una marea de gente que nos movía, entre su madre y su hermano menor. Él tenía 14 años. Y yo lloré como se llora cuando se escribe con el cuerpo mojado y con el miedo y la garra con la que se ampara a los hijos. Yo lo conocía. Pero no lo había visto. Escribí muchos años sobre él sin conocerlo. Su mamá, Andrea, reclamaba porque la policía le había arrebatado a sus hijos en un secuestro y ella no podía verlos. La entrevisté una y diez veces. Un ex candidato a Presidente pidió que no la saquen en una radio del *prime time* y el progenitor mandó cartas amenazantes sobre mi trabajo.

Tomás miraba por encima de la Diagonal, revuelta de mujeres, pintadas, cantos y banderas, al gimnasio, con los oficinistas impolutos, corriendo hacia la nada, con la ñata contra el vidrio, pero sin conmovearse, sin participar, sin escuchar, empujados hacia una carrera sin llegada, pero sin stop.

—¿Qué hacen ahí? ¿Por qué no bajan? —increpó Tomás. Las mujeres estaban en marcha y los hombres en loop en su cinta. Los varones sin mirar, sin bajar, sin poder escuchar, sin animarse a correrse del protagonismo, ni a desafiar su camino y Tomás, desde abajo, pidiendo que bajen, que se conmueven, que lo escuchen, que lo miren. Y –también– que le den otros caminos como varón.

Cada vez que escucho la banalidad de afirmar que el feminismo es una guerra a los varones pienso en Tomás. Y en Gaby, que para los partidos de fútbol donde no dejan jugar a las pibas y en Nicanor, que su padre ex combatiente de Malvinas, mató a su mamá Librada, y en Sebastián, que me contó en González Catán que la justicia era machista y que él tuvo que poner el pecho para sacar de su casa a su papá cuando le pegaba, y en Hugo, que en una charla de colegio, contó cómo le dolía que el dueño del departamento que alquilaban violó a su mamá, y en Luis que calló durante años que a su mamá la mató su ex pareja cuando llegaron de recibir su título de locutor, y en Pepe que lo persiguen en el barrio al grito de puto y lo prepotean en su casa para burlarlo en calzoncillos.

El machismo perjudica más a las mujeres y niñas. Pero también perjudica a los pibes. Y la pelea es por ellos. Y por los varones que estén dispuestos a

bajarse de la cinta: a escuchar, a frenar la violencia machista y a caminar cambiando el sentido de los caminos ya establecidos.

¿La liberación masculina para cuando?

“La diferencia de sexos brilla mucho mejor en la profunda noche amorosa cuando se conocen todos esos secretos que nos mantenían enmascarados y ajenos”.

(Roque Dalton, Para un mejor amor).

De la poesía de Dalton, tal vez, la única palabra sesentista sea *napalm*. La diferencia de sexos –que ya llamamos géneros y retobamos de una grieta binaria a la que redoblamos en atajos o nuevas identidades– no sólo es una categoría política. También es una categoría de mercado. Un mercado que –igual que el divide y reinarás– proclama el segmento y venderás.

“El jabón de mujer te hace pensar como mujer”, chicaneó la propaganda del gel de ducha Axe que intento abrir el mercado de jabón para muchachos (como el de desodorante con olor solo para ellos) en 2007. Pensar como mujer era asimilado a dejar la bombacha colgada en la manijita del baño. Pero lo peor es que si el muchacho no usaba jabón de varón, sino rosita, perseguía a las chicas con una iglesia y un anillo.

Pensar como mujer era querer casarse. Y, en cambio, pensar como varón era estar con dos muchachitas cariñosas en la ducha. Las diferencias eran un buen negocio para las empresas. Y un mal negocio para las mujeres y para los varones (menos dicho, pero igual de real) porque a veces casarse también es un deseo masculino (menoscabado) y a veces dos mujeres son multitud y no fantasía.

Pero, hace una década, el sexismo en la publicidad no tenía, casi, miradas críticas y actuaba con un desparpajo que dejaba la literalidad al palo. Tanto que la publicidad de Pepsi Max se llamaba “Poker de Pechochas”. En un boliche había tres amigos que apostaban cien pesos por debajo de una Pepsi a quién levantaba más mujeres. Eso de que el mandato masculino es a coleccionar mujeres es demasiado real. “Apuesto cien”, decía uno y así todos hasta que mostraban sus cartas.

El primer apostador se sentó con dos chicas, el segundo con tres y el tercer amigo trajo a cinco e hizo escalera. La sorpresa de la noche fue que el primero, calladito, tenía dos cartas más bajo la manga. “¿Dónde estaban chicas, en el baño?”, preguntó a las que llegaban tarde, que –plus– lo hicieron ganar porque

eran tetonas. “Poker de pechochas”, noqueó y cobra la apuesta.

Para la gaseosa número uno, las mujeres eran iguales que cartas o que porotos del truco. Las mujeres no sólo no iban con los chicos por su deseo –ni eran buscadas por ser deseadas– sino que servían para mostrar –y ganarles a los amigos–. Y algo que no se veía en la fiebre publicitaria, las mujeres no son las únicas que pierden en esa apuesta. Después de publicar la crítica sobre esa publicidad, me escribió uno de los actores. Se había sentido mal, filmando esa publicidad empujado a ser un ganador frustrado.

¿La liberación masculina para cuándo?

Endurecerse sin perder por ternura

“Una de las razones por las que el sexo casual me era difícil de asumir era el temor a cómo sobrellevar el no volverlo a ver, si la experiencia era buena. Y eso inevitablemente me sucedió. A los días de estar con él, iba dimensionando lo que me había sucedido y quería volverlo a ver. Aun sabiendo que no había ningún futuro posible y que iba a estar mucho tiempo pensando en él, elegía volver a vivir esa experiencia”

(Carolina Moules, El azar una y otra vez).

Eva Illouz Ben Porath es Profesora en el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Jerusalén, en Israel. Ella subraya: “Habría que lograr un modelo de masculinidad moderno, valioso, que no tenga que ver con tener una acumulación de parejas sexuales”. El médico y psicoanalista Juan Carlos Volnovich ensambla la necesidad de romper con la sobreprotección materna con un desapego masculino sin gotita que apegue a los cuerpos: “El laborioso trabajo de adquirir su identidad de género que comenzó de niños a partir de la ruptura de la simbiosis materno-filial (...) se continuó después como evitación sostenida a cualquier tipo de apego afectivo con una sola mujer. Son hombres que se jactan de su capacidad para conquistar mujeres pero su orgullo de varón se juega en no quedar prisioneros de ninguna. Son varones que hacen virtud de su independencia y autosuficiencia. Son varones sometidos, en fin, a esas convenciones vigentes que suponen a los hombre sin necesidades emocionales propias porque han aprendido, desde muy pequeños, que la enunciación de sus carencias afectivas es un indicio de una debilidad inaceptable para un hombre que se precie”.

El *touch and go* no es un fenómeno que se produce por arte de magia. El sexo

de una vez tampoco. “Son varones a quienes les resulta mucho menos amenazante coger, sin otro tipo de compromiso sentimental, que el coger integrado a un contacto cariñoso que incluya, inevitablemente, una cuota de vulnerabilidad emocional, siempre incompatible con el ideal de masculinidad tradicional”, resalta Volnovich que define a la época como la glorificación del zapping de mujeres. Y también aclara que hay otros varones abocados a una conyugalidad exitosa con una gran libido en la familia y la crianza de sus hijas e hijos.

¿Se puede generar movimientos sociales que interpelen e intervengan sobre conductas que son leídas por las protagonistas como puro deseo? Esa es la pregunta. Illouz cree que los cambios en los paradigmas de masculinidad son imprescindibles para amorosidades menos ficticias y con menos costo para mujeres que –todavía– gusten de varones. “Una respuesta colectiva válida sería reclamar que los hombres y las mujeres no son tan distintos entre sí: los dos tienen necesidad de practicar sexo y lograr amor. Habría que lograr un modelo de masculinidad moderno valioso que no tenga que ver con tener una acumulación de parejas sexuales. Actualmente la acumulación de parejas sexuales juega un papel fundamental en el status masculino. Una manera en la que las mujeres podrían articular un mejor feminismo sería que formulen un modelo de masculinidad poderoso pero que no se base en la cantidad de parejas sexuales del hombre –incentiva– porque eso, de alguna manera, termina devaluando a la mujer heterosexual”.

Si el Che Guevara decía en los posters –aunque sea como mito– “Hay que endurecerse sin perder la ternura” el triunfo del capitalismo total, después de la caída de los muros y los gobiernos populares con esbozos de más igualdad, refuerza el vivir para trabajar que excluye no solo el dinero para pagar un hotel, sino, básicamente, el deseo de estar, por ejemplo, manejando un taxi de noche para perder dinero en los costos invisibles o latentes del placer y, además, en lo que se deja de producir. La falta de tiempo y de dinero atentán contra el placer de tal manera que el Tío Sam no lo hubiera imaginado. “Son varones que le temen a la ternura porque, en realidad, le temen a la dependencia y, si hay algo que saben muy bien, es que tienen que mantenerse enteros para entregarse a las exigencias de trabajo”, delinea Volnovich.

No sos vos, son ellos

“Siempre a las mujeres nos preguntan qué se siente hacer tal cosa / siendo mujer ya pensando que nos cuesta más, como nos cuesta a todos el amor, eso es

algo que nos iguala”.
(Alejandra Benz, Glamour tropical).

“Volver a las pistas es más difícil si sos mujer. Si sos hombre, te separaste y tenés hijos, “Ay, que divino, tiene instinto paternal”. Si sos mujer, venís con un paquete, “¡Tres pibes tiene!”. Si sos hombre, y no tenés hijos, estás a punto caramelo ¡estás para todo! Y si sos mujer, te separaste y no tenés hijos ¡es que estás buscando un padre para tus hijos! Y no...también podés buscar a alguien para coger...y que después sea el padre de tus hijos”.
(Vero Lorca, Divas).

¿Sirve la sociología del amor? Hay psicólogas que dicen que hay que teorizar menos y hacer más; amigas que esperan que el amor soñado aparezca como un rayo dispuesto a contestar todos los guasap y tomar un whisky mientras se espera la cocción lenta del pastrón en una foto de pareja que se deshace en la ilusión; investigadoras hartas de leer papers y dispuestas a reventar Happn hasta encontrar alguien que pueda ir a escucharlas a una charla; compañeras de oficina que no quieren leer que esto les pasa a todos y que los desencuentros no son una casualidad permanente para no deprimirse; tortas que invitan (con toda razón) a pasarse a su cama para dejar de estar pendiente de varones más despechados, tiránicos y poco dispuestos a dar placer.

Todavía es inexplicable porqué duele tanto el amor. Pero, ese terremoto de dolor o falta de autoestima, que quita el hambre y mete en la cama, quita la sonrisa y pulsa una catarata de lágrimas, no puede ser ignorado para solo enmarcar mujeres con los brazos en altos. Hablar, leer o escribir no frota la lámpara de Aladino y concede deseos. Pero sí calma, genera comprensión y –en algún punto– alivio.

Las prácticas de cambio también son más difíciles que los reclamos por la violencia, los derechos sexuales, laborales o económicos. ¿Hacemos una marcha para que nos quieran? Parece menos viable. Pero el análisis de la fractura histórica en la que latimos puede traer menos culpabilización personal y baja autoestima o desvalorización; desahogo; catarsis (¿quién dijo que era mala palabra?) y, en algún punto; manifiestos de deseos que también contribuyan a un mapa nuevo –e indispensable– de vínculos amorosos y sexuales donde el dolor esté amortiguado y el placer potenciado.

¿Y el hombre nuevo?

“Me la baja ser el chongo fijo de la semana, ese que entra y sale del telo, del departamento o de la casa. Y que recibe mensajes justo unos días antes de coger. ¡Oh... que casualidad! Me gusta poder besar en público, y que les incomode a los moralistas. Me la baja, que ser chongo, signifique ser más anónimo que testimonio en off”.
(Gaby Chavez, Me la baja).

—Pioneros por el comunismo, seremos como el Che —dice la frase con la que los niños se crían en Cuba como un grito que se hace remera, se hace pin, foto con estrella, tatuaje en la pierna, canción pegadiza, brazo en alto, película, biografía mil y que, sin embargo, aún en el mito, aún después de cincuenta años de su muerte, retumba como una ilusión de cambio, una mirada que no baja la vista ni ante su asesino y que está dispuesto al cambio. El Che proponía un hombre nuevo y solo le dejó el legado de la revolución cubana a sus hijos (Ernesto y Camilo), pero no a sus hijas (Hilda, Aleida y Celia) en su carta de despedida a Bolivia donde fue asesinado, hace ya medio siglo, el 8 de octubre de 1967.

—El papi era machista —le dijo una de sus hijas a la periodista (ya fallecida) Julia Constenla.

El Che fue machista como su generación y como su época. El Che fue un hijo de su época y fue un hijo del sexo furtivo, robado a las reglas y escondido para nacer sin tapujos, con el aire del goce asfixiado entre las libretas. Y con el borrón y cuenta nueva para renacer libre de esos tapujos. El Che no sabía que el hombre nuevo iba a nacer mujer nueva. Pero sí fue el hijo de una mujer que nadó contra la corriente y que su propio nacimiento explica la gestación de una sexualidad más libre.

El Che nació el 14 de mayo de 1928. Sin embargo, fue anotado un mes después, el 14 de junio, para ser presentado como sietemesino, porque Celia de la Serna le ocultó a su familia que dio el sí, quiero, embarazada. Constenla reveló que el Che fue escondido para esconder el sexo sin permiso en el libro “Celia, la madre del Che”, que publicó en 2005.

—El Che no nace por la opresión sino contra la opresión, porque es hijo de una mujer que se libera y se anima a tener relaciones prematrimoniales. Pero falsea la fecha, porque sus tías se mueren si se enteran. El padre de Celia se suicidó cuando ella tenía cinco años y la madre murió cuando ella tenía trece. De modo que la criaron sus hermanas mayores y unas tías muy beatas, que si se imaginaban que la nena se quería casar, pero ya había tenido relaciones previas,

se morían. Por eso, se fue hasta Rosario para dar a luz lejos de la familia y anotar al hijo un mes después. En definitiva, la fecha del nacimiento del Che corresponde a la opresión y su nacimiento a la liberación —me contó Celia cuando publicó su libro.

La liberación sexual también fue una revolución.

No nos pueden empujar al putin de la nostalgia

Le llevé una rosa después de viajar una hora en el 12. El jugaba a la paleta vasca en un club de Barracas y me desasnó con la mejor fugazetta de la calle Iriarte. Fuimos rock enloquecido y nos seguimos en los camarines de Cemento. Hicimos radio en La Boca y desayunábamos a las 11 sandwiches de salame en una lechería. Viajamos en tren a Necochea cuando el menemismo descuartizaba los trenes. Y a mí el teclado de Bersuit se me partió, literalmente, en la cabeza.

Tenía un top verde en el recital de Babilonia en el que me dio un beso. Y tuvimos un noviazgo compañero o rockero, aunque las dos palabras suenan rancias. Se subió a un bondi después de una discusión y me escuchaba. Creo que son virtudes suficientes. Le gustaba compartir conmigo la escritura como una potencia que se lleva a la boca como la polenta que antes —y ahora— tanto me gustaba. Tocaba la trompeta y yo el saxo. Lo mío fue un fracaso salvo porque él y su hermano se acuerdan que le tocamos a su abuela en un cumpleaños. Y ese recuerdo amerita mi soplado mal avenido.

No se puede volver a los veinte (en mis noventa), ni a los setenta (en los que apenas nacía), no se puede ni quiero volver de adonde fuimos. Y la mejor frase que me heredó mi papá de Trosky (León, el nombre que no sabe pero le heredó a mi sobrino) es que no hagamos de una necesidad (huir de Rusia para ir a México) una virtud y el soviet del amor frío no nos puede empujar al Putin de la nostalgia.

Sacarse la camiseta

Ezequiel Lavezzi se hizo conocido por festejar con cara de desaforado y sacarse la camiseta en el Mundial de Brasil 2014. Sacate Pocho, sacate todo. Cada una de las mujeres se atrevieron a rogarle a San Pocho que les hiciera los hijos que ya no querían, que se les tirara del placard o que las mojara con el agüita con la que tanto jodió al ex DT Alejandro Sabella.

“Ay, las mujeres cosifican” se horrorizaron los que desprenden de la pelea por

la igualdad de género un ceño fruncido y un sexo seco y tupido, ciego de vistas y de goles. No, no cosificamos. Nos calentamos como una reverencia ante San Pocho, que de santo no tiene nada, y si quiere hacer abdominales lo acompañamos a respingar la nariz contra la punta de los dedos, pero su gracia no está en las líneas de su abdomen sino en la picardía prometedora con la que se revolcó en la cancha en la que se jugó la Copa América.

Si el Pocho se ríe no lo para nadie. Ni una valla, ni las publicidades del capitalismo tan cerca de donde el rasguña la pelota, ni el de seguridad apostado a sus espaldas (para que nadie se arrodille ante los jugadores como hizo un fan con Messi y como quisiéramos arrodillarnos ante Pocho) que le lleva diez cabezas y permanece inquebrantable ante la quebradura del jugador que tuitea en francés y le da play a unos pocos peligros sensatos, de Los Redonditos de Ricota.

Es cierto, no hay por qué hacer un relato épico de un triunfo futbolero ante Estados Unidos, ni de una picardía a flor de piel, ni de un salto que terminó en camilla y lo dejó afuera de la Copa. No será la selección del 86 No será el Che entrando en La Habana contra el Imperialismo, sí, no será el hombre nuevo. Es un simple chico morochón, tatuado, con una barba más desconfigurada que hípster, pero con una sonrisa que lo convirtió en el único héroe en este lío.

Capítulo 6
¿POR QUÉ NO PUDIMOS CAMBIAR EL
AMOR?

¿Por qué duele el amor?

“Lo sentí como un amor loco por mis vestidos, por mi perro, por mi amiga, un amor que vivía con tanta felicidad como miedo, miedo de que se rompieran, de perderlos, un amor que me expandía y me hacía reír hasta que me cortaba el aliento y también me contraía el corazón y se volvía una solicitud extrema hacia el cachorro y la mujer y los vestidos, un amor con vigilia de escopeta. Era tan feliz como infeliz y eso era más que lo que nunca había tenido”
(Gabriela Cabezón Cámara, Las Aventuras de la China Iron).

“Y qué sabe uno si se ha enamorado o fue pura ilusión. Qué sabe uno del amor si lo único que conoció fueron sobajeos y manotazos desesperados bajo los puentes”.
(Pedro Lemebel, Qué pena que no me duela tu nombre ahora).

“Desde que nos separamos/ perdí la costumbre de descolgar la ropa cada vez que llueve / dejo que el agua pase con fuerza / Creo que todo lo nuevo oficia de despedida, por eso cada tanto dejo que un chico me agarré de la mano y me bese”.
(Luciana Reif, Entrada en calor).

“Yo quería dejar atrás todo ese tránsito que era la juventud para llegar de una vez a la meseta de la vida. Pero faltaba mucho. Todavía sufría al lado del teléfono por el llamado de un chico o por quedarme afuera de algún programa de mis amigas. Todavía sufría tener el culo, las tetas y la boca demasiado grandes. Por eso tenía novio. Creía en el amor como un refugio”.
(Marina Mariasch, Las artes marciales).

“Para mí enamorarme es mucho más que conocer a una persona y ya, porque no sólo me enamoro de ella. Me enamoro de los paisajes, de los olores, de su mascota, de sus amigos, de los momentos, me enamoro de todo lo que lo rodea. Por eso me gusta amar en vacaciones. Lo efímero y fugaz hace que no me aferre tanto. Que si de repente no nos vemos nunca más, no haya nada de mí día a día que me haga recordarlo.”
(Paloma de la Jara, Revista Palta).

“¿Por qué duele el amor?” es tal vez la pregunta más difícil y latente de todos los tiempos aún para el feminismo que ha cambiado, de modo radical, la manera de pensar y sentir los tiempos. Eva Illouz, con títulos en Literatura y Sociología de la Universidad de París X-Nanterre, se animó a la pregunta y la convirtió en uno de sus libros más emblemáticos: “¿Por qué duele el amor?”.

Ante la angustia de algunas mujeres heterosexuales que se castigan pensando que no son suficientemente atractivas, flacas, divertidas o interesantes para conquistar un corazón masculino ella propone una mirada sociológica que corta con la autoinculpación y describe los efectos de la modernidad sobre los sentimientos que no son puros, sino cruzados por cambios de paradigmas sociales y tecnológicos. “Los encuentros entre hombres y mujeres están crecientemente regidos por una ley de la oferta y la demanda de jerarquía y devaluación. Tinder, con sus cien millones de usuarios, es uno de los vehículos modernos de esa evaluación del cuerpo sexuado”, enmarca Eva Illouz.

—¿Qué tendrían que hacer las mujeres para ser más felices?

—Hay que hacer una distinción entre la respuesta individual y la colectiva. Una de las respuestas individuales que veo es copiar el estilo masculino de desapego. ¿Cuál es el precio que pagan por eso?: involucrarse en una relación donde se sienten humilladas. Se relacionan con hombres que las tratan como objetos sexuales con la esperanza de que van a llegar a una relación con emociones involucradas, pero después se dan cuenta que es una relación donde solo hay sexo y siguen adelante con la consigna “si a él no le importa, a mí tampoco”. Son dos personas solas e independientes que solo se encuentran para tener sexo. Otra estrategia individual que es muy alentada por los psicólogos y los talk shows es que las mujeres tienen que encontrar la manera correcta de acercarse a los hombres: tienen que ser divertidas, agradables, no hablar de sus problemas, de su familia o de lo que les molesta. Es una estrategia que pone la responsabilidad de manera muy fuerte en la mujer para que el hombre se involucre emocionalmente. Las amigas se juntan a pensar estrategias para atrapar al hombre y enamorarlo. Pero esto lleva a pensar que son los hombres los que definen cómo es la relación. Otra solución es que las mujeres se vuelquen a las mujeres. Si los varones no satisfacen la necesidad de amor, las mujeres pueden buscar otras parejas donde haya una relación de amor. Y las mujeres que tienen interés en tener hijos (si los hombres no se deciden a participar de ese esquema) pueden construir comunidades afectivas sólidas y estables donde, en conjunto, se críe a los hijos.

Romanticismo práctico

La pregunta se replica entre periodistas, activistas, investigadoras, escritoras y comediantes. ¿Qué hacer frente a un mapamundi de un desencuentro amoroso que es líquido, sí, pero además es machista? Las respuestas son múltiples, posibles, diversas y cambiantes: Probar con chicas, asumir identidades móviles, explorar experiencias nuevas; dejar la idea de la sexualidad dependiente y hacer de la masturbación una aliada; volverse una sex toy; bajarse Happn y Tinder; cerrarse Happn y Tinder; escribir; el celibato; parar de sufrir; buscar la felicidad en otro lado; autogestionarse la felicidad; hacer un casting de muchachos y/o muchachas para enamorarse; salir con varones más jóvenes; poner requisitos mínimos para una cita (vale para sexo fugaz y no implica compromiso) como un café con leche a la mañana; putear en arameo; llorar; salir con amigas; pensar en el amor; dejar de pensar en el amor; hacer una declaración de principios como amor o nada o abrazo o nada o *down town* o nada; pasarse al poliamor; volver del poliamor; generar formas de familias comunitarias; viajar; vivir como si se viajara; quedarse quieta; ir a fiestas; no salir tanto; hacer casting sábana; cambiar la foto del perfil de Facebook; sacar de la foto de Watsapp al gato o al nene abanderado; no leer este libro; franquear el miedo al sex shop y sumar sex toys a la mesita de luz; husmear en el porno feminista de Erika Lust; ir a San Antonio; quemar iglesias; criticar el amor romántico hegemónico. De allá vamos y allá venimos. A veces es chiste y, a veces, parece. El tema es buscar salidas.

“Una de las cosas que más nos hacen sufrir en el mundo es no ser correspondidas cuando nos enamoramos de alguien. Yo desde el romanticismo práctico lo veo claro: si no hay reciprocidad, lo mejor es dejar la relación – propone Coral Herrera Gómez–. Es muy duro estar con alguien que no te ama con la misma intensidad, el mismo ritmo, la misma entrega con la que tu amas y el sufrimiento romántico pasa factura: tienes que gastar mucha energía para que tu autoestima no baje a niveles espantosos, pasas muy malos ratos, tienes que luchar mucho contra los miedos y los celos, tu salud emocional, mental y física se va deteriorando a medida que pasa el tiempo, y todo va siempre a peor, dentro de ti y con tu pareja. Así que si no te sientes querida, a otra cosa, mariposa”.

Pero Coral admite que *faccile dire* y difícil de apretar el control remoto sentimental. Y lo atribuye a dos causas: el autoengaño y el patriarcado. Y devela el machismo del Cupido: “El patriarcado educa a las mujeres para que pongamos al amor en el centro de nuestras vidas y a los hombres les enseña a colocar el amor al mismo nivel que el trabajo, el éxito en los negocios, las relaciones con sus grupos de amigos y con su familia, el deporte y sus pasiones personales. Por eso nosotras mendigamos o exigimos amor, somos las demandantes de amor, y ellos son los que dan amor, pero evitando los excesos”. Y diferencia: “A nosotras el patriarcado nos quiere necesitadas de amor e hipersensibles, a ellos los mutila

emocionalmente para que aprendan a sobrevivir en un mundo tan violento y competitivo. A nosotras el patriarcado nos engaña con la idea de que el amor nos va a salvar y nos va a hacer felices, a ellos los seduce con la promesa de que si son amados tendrán sexo, cuidados y compañía estable. Ellos aprenden pronto que la monogamia es obligatoria para nosotras, pero no para ellos. Ellos separan el sexo del amor y pueden tener todas las relaciones que quieran porque se sienten seres libres. Ellos defienden con uñas y dientes su autonomía, nosotras le damos nuestro poder al primero que se nos acerque. Renunciamos fácilmente a nuestra libertad porque nos han hecho creer que es una prueba de amor, a ellos les enseñaron a no renunciar a nada”.

Ser calladitas y estar pendientes del amor no es una casualidad permanente. Es un mandato y tal vez uno de los que más tatuado bajo la piel está: “La libertad es cosa de hombres, el sacrificio, la abnegación, la entrega son cosas de mujeres. Creemos que para amar hay que sufrir, así que asumimos como algo natural estar jodidas e infelices en nuestras relaciones. Ellos en cambio para formar pareja quieren mujeres que no les den problemas, que no les monten escenas, que no les coarten su libertad, que no los acosen con reproches, llantos y chantajes. En la tradición patriarcal, hombres y mujeres tienen necesidades diferentes. Ellos necesitan sumisas que no protesten, que asuman su sufrimiento como algo natural, que respeten sus tiempos y espacios, que respeten su libertad y que esperen a que ellos vuelvan. Nosotras necesitamos sentirnos especiales, importantes, imprescindibles, amadas y protegidas. Damos sexo para conseguir amor y nos cuesta desvincular sexo y romanticismo porque no nos han enseñado a disfrutar del sexo como un fin sino como un medio”.

Pero si aprobamos la teoría y en la práctica la angustia no se desata con leer a Simone De Beauvoir hay algunas pistas para que *in mente* feminista *in corpore* feminista: “No basta con quererse mucho, hay que quererse bien. Para querernos bien hay liberar al amor del patriarcado y liberarnos por dentro también. Hay que tratar bien a todos los compañeros y compañeras sexuales y románticas que tengamos. Para querernos bien hay que ser generosos y desinteresados, hay que ser solidarios, hay que saber comunicarse y negociar para llegar a pactos que nos hagan sentir bien a todos”.

No te enamores de nadie

*La conquista es una mentira. Me pongo vieja/ aceptando la media-
independencia
de esa costa que para mí es el límite.*

*Todavía soy imperialmente varón, que te deja a vos el sufrimiento
la entrega de la colonia, el arnés, la bomba que estalla desde adentro
(Marina Mariasch, Paz o amor).*

—No te enamores —me dijo.

*Ya sabía que ya era tarde. O, más bien, que no hay semáforo que ponga luz
roja, ni siquiera amarilla para cuando el cuerpo se enciende.*

*No me dijo que no me enamore sino que él no se iba a enamorar y —peor—
que él no se iba a hacer cargo si yo me enamoraba de la dulce espera de la
histeria ronroneante.*

Nos conocimos en un ascensor. O no.

*Yo trabajaba de madrugada, a una hora en la que la noche es mañana y el
miedo es calle. El edificio municipal tenía todavía ascensorista y a esa hora la
recova de lata que subía al teatro, donde todo tiempo pasado sí fue mejor era
solitaria. Yo me recuerdo apenas lista, remera beige, pollera de jean, botas a
veces, compradas en mi época de revista femenina en el negocio que lleva el
nombre de la que después sería mi hija.*

*Me recuerdo niña y me recuerdo madre. Con una impunidad sin soberbia,
pero que es lo que más extraño del matrimonio —voy a decir que todo el
tormento que vino después en esos primeros años de maternidad fue hermoso— y
es el de no mirar a nadie, ni necesitar ser mirada.*

Garche afectivo

*—Amor o nada, le dijo Señorita Bimbo a un varón. Y la frase se convirtió en
lema, en fiesta, en consigna de una época harta del desamor. Ella ahora la
resignificó y cree que amor o nada es la empatía con el otro o con la otra, tratar
de mirar con amor. No es “sos mi novio o nada”, sino que podemos estar un rato,
pero ese rato tratarnos con respeto como personas. Podemos ser cualquier cosa
pero con amor. Es una manera de querer vibrar en el mundo”, define Señorita
Bimbo, una gran proveedora de nuevas formas de nombrar lo que casi nadie
 nombra. En el programa *Clericó Turno Tarde* también idearon el concepto de
garche afectivo a raíz de todos los miedos a que el sexo parezca otra cosa, a no
tratar bien a la otra persona por miedo a que no se confunda. “Podemos tratar
bien y abrazarnos sin confundirse. Se pueden encontrar un montón de grises
entre sexo con personas que tienen corazón y pueden recibir afecto sin que eso
sea promesa de nada”, delinea. Y en Twitter hacen lema del concepto:*

“Abrazame que no me confundo”.

“Por creer que estábamos siendo libres perdimos ciertos modos que tienen que ver con que somos personas y no solo animalillos que tienen sexo. El sexo casual puede ser con un abrazo y eso es ganarle al sexo capitalista, a la oferta de personas. Hoy hay mucho miedo de mostrarnos vulnerables y que la otra persona sepa que nos gusta porque se ve como un signo de debilidad. Por eso, todo lo que sea hacernos cargo de que soy deseante y soy deseada es importante”, define Bimbo y propone aprovechar ese hermoso universo en donde sentimos miles de cosas. “Es revolucionario apropiarnos de la felicidad y todo lo que nos de placer”, reivindica.

Poliamor

“Durante los últimos dos siglos, el amor tuvo un papel central en la configuración del individuo moderno en Occidente ya que marcó los límites entre lo público y lo íntimo y ha sido base de la cohesión y el sentido de pertenencia, reforzado por la vinculación moderna entre amor y matrimonio. A partir del Siglo XX, y más aún durante la Segunda Ola del movimiento feminista, se produjo un giro en el modo de comprender la intimidad, que desarmó esa dicotomía moderna. “Lo personal es político” se volvió un lema clave para la lucha en los años ‘60 y tuvo como consecuencia que la desigualdad entre hombres y mujeres pudiera empezar a ser vista en el interior de pequeños núcleos tales como la familia o la pareja. Sin embargo, ya desde el siglo XVIII, las primeras feministas desafiaban a la institución del matrimonio y abogaban por su abolición. En nuestro país, el movimiento anarquista fue pionero en problematizar en el siglo XIX al amor y discutirlo a la par de otras cuestiones que ponían en juego relaciones de poder, además de haber sido los primeros en erigir una propuesta concreta y política de amor libre”, reseña la antropóloga Julieta Greco.

El setentismo amoroso no se rinde: “En los años ‘70 tuvieron su auge los movimientos de experimentación sexual y relacional. La idea del amor libre se convirtió en un lema utilizado por los movimientos sociales y contraculturales de esta época. La libertad sexual se convirtió en norma para estos movimientos y algunas feministas cuestionaron al amor libre por considerarlo una nueva forma de sumisión de las mujeres. En paralelo a estos movimientos sociales, comenzó a darse un extenso desarrollo teórico y conceptual sobre la vinculación entre monogamia y sistema capitalista, y los nuevos tipos de vínculos amorosos”.

¿Qué es el poliamor? “Es una forma de relacionarse establemente con más de

una persona a la vez con el consentimiento de quienes participen del vínculo”, define Greco. ¿Y el amor libre? “Es más amplio, incluye al poliamor y a otras prácticas como la anarquía relacional e inclusive al monoamor. Estos modos del amor libre intentan enfrentar a la idea hegemónica del amor romántico, monogámico, heteronormado explorando nuevas formas de (re)inventar lo amoroso”.

¿El poliamor es posible? ¿Y es desafiante? Greco subraya: “Un extenso estudio de New York Times acerca de las parejas abiertas y las nuevas formas de familia afirma que la nueva monogamia pareciera ser una adaptación de esquemas antiguos con modificaciones pero que sin dudas hay un replanteo de las bases de la pareja tal cual la conocemos”.

Capítulo 7

MOJARSE

“Lo dejé que me toque. Lo hizo despacio, me acarició las piernas, me apretó la carne entre las piernas porque entendió que para eso la tengo. Me dejó acostada y él se apoyó en su antebrazo y me miró un rato largo. Las aspas del ventilador salían de su cabeza. Era un jefe de tribu con ese plumaje pesado, un jefe algo joven e inexperto, pero de esos que se respetan. Respeté su momento de mirarme. (...) El tecladista penetra como me gusta, lento. No llega hasta el fondo, se guarda el diamante para el final. Me mira a los ojos. Me envuelve los hombros con un solo brazo y se mueve en círculos. Lo hace por intuición, por arrojo, como si fuera la primera vez que se anima, como si lo desconocido de la noche lo exaltara. Entra un calor seco por la ventana. Abajo el piano bar típico de los resorts. Se escucha el repique de la vajilla y algunos pasos lentos. Estamos en el segundo piso. El mar cerca pero silencioso. Me muevo con él, aprendo su ritmo, subo un poco la pelvis. Me besa con baba, me agarra del cuello, le gusta ir a ciegas. Me siento bien con él adentro, pienso que la vida es una sucesión de garches que definen el paso del tiempo, la espesura”.
(Flor Monfort, Acapulco).

“Redoblaste la apuesta / pusiste jazz para coger / este sexo es pasión cuidado / estamos alerta / sexo intenso / sexo lento / sexo con medias / dos cuerpos volátiles / fuego carne caminos tus dientes”
(Tomas Litta, Ipanema).

El sexo es agua

¿Cómo se construye ese río espeso que es el sexo? Sin metáforas de catalinas, penínsulas y bahías, igual, el sexo es agua. Dulce como un grito inabarcable que busca acabar aullando por que no acabe. Salado como el gusto de los cuerpos que se atreven a volverse empalagosos y a probarse agrios. El sexo es una ola de esas que amenazan y no queda otra que zambullirse: revolcarse.

Así como los cuerpos quedan desnudos, desamparados de brújula cuando la ola y los cuerpos se revuelcan. El sexo es una marea que el roce vuelve tibia y que el tiempo hamaca, que cuando se vuelve ola se enreda en su espuma y cuando se hace orilla nace nuevamente ola.

El sexo es agua. Pero ahora que el sexo es más negocio que tabú, que los diarios dicen que aumentó un 50 por ciento la venta de juguetes sexuales, que se venden como tupper, cuando las Trillizas de Oro se casan de blanco –por segunda vez, pero con el mismo de siempre– y para renovar la pasión se

aletargan con disfraces de enfermera o mucamita, las revistas dicen que te venden la fórmula para no hacer agua en el sexo.

“Encendé el placer de tu intimidad”, se publicita un gel íntimo lubricante como agua bendita del sexo. La empresa que lo vende es una de cosméticos por venta directa y promete: “Protege tu intimidad, llama a tu consejera de belleza”. Que el sexo se venda a domicilio ya dice algo. Que el sexo se venda con rouges y rimmel o en set de belleza, también: el sexo se está envolviendo en paquete de regalo.

Puede ser que la “suave sensación de calor” que promete el gel íntimo sea linda, nueva. Puede ser que el gel íntimo sea un timonazo de esos que vuelven a desbaratar los cabales. Puede ser que el lubricante sea para abrirse a nuevos caminos que ahora también pueden comentarse de vecina a vecina. Puede ser que el sexo sea un buen negocio para todos (y en este caso el todos y todas no es sólo un capricho del feminismo) y entonces todos/as contentos.

Hace años que la industria quiere empalmar el negocio del Viagra masculino con un golazo equivalente en el punto G femenino. Sospecho del remedio para cuando una mujer dice “hoy no, me duele la cabeza” (o no dice nada). Sospecho de la nota: “Anorgasmia femenina: un problema más común de lo que se dice en público”.

No sospecho que haya mujeres sin orgasmo, pero sí de etiquetarlas con una patología en vez de desabrocharles las presiones, domar el apuro y jugar al sexo sin fines de lucro (ahora que lucro y orgasmo pueden terminar siendo lo mismo). Sospecho que si las mujeres sin orgasmo son un buen negocio para emparchar, el problema de las anorgásmicas va a ser cada vez más un problema.

También sospecho de la cara de la mujer de la publicidad del gel íntimo, con ojos tan bellos como los que venden rimmel, pero con el rimmel en sus pestañas y el brillo de labios en sus labios. Sospecho que no cerró los ojos ni mojó la distancia con ellos. Sospecho, sobre todo, que no se mojó.

No es noticia cómo se hace, se acaricia, se lame, se susurra, se roza para que una mujer se moje. Pero sí es noticia que una mujer pueda comprar su mar. Sospecho de las publicidades que ahora venden que una mujer debe estar bellamente lubricada.

Y reniego contra el sexo de los cuerpos perfectos, de los varones que cumplen, de las mujeres que conservan maridos aprendiendo lecciones de sexo oral cuando antes las tomaban sobre cómo preparar un buen *lemmon pie*. No creo que el sexo deba ser deber sino deseo. Eso sí: necesita hurgadores de caricias y pieles dispuestas a dejar la tonicidad al borde de la cama.

Apuesto a que el sexo es agua.

You´re one hot mummy

Tenía 15 años cuando el tren emprendió un viaje que me llevaba mucho más lejos que a Rosario. Aunque, ahí, en esa parada estuviera Pablo. Y aunque en la mochila estuviera el guardapolvo y la odisea de decir que iba a Gualeguaychú, a lo de una amiga. El viaje fue más lejos. A mis 15 el sexo era presión. Ya me habían dicho –en mi primera vez– que el sexo era ese ir y venir en donde no se debía hablar sino era para repetir vocales.

Sin levantar la mano, pero con el miedo de lo indebido en el momento de los enredos, le dije que me estaba haciendo pis. Se lo dije para irme o, justamente, para no irme. Me acuerdo de Pablo diciéndome “meate” –y no ordenándomelo o frenándome– sino abrazándome para ahorrarme las vergüenzas, para levantarme las barreras, para desalinear el cuerpo de los deberes y dejarme suelta, pero apretujada, como cuando en un rock el cuerpo gira con la libertad de fluir y la confianza de la mano agarrada.

Esa fue mi primera vez –no la de los otros– y la metáfora que elijo para definir la sexualidad que me gustaría elegir: enlazada y libre, sin ataduras morales pero tampoco de manuales, que hoy son mucho más penetrantes –en el plano íntimo, no el público, en donde es al revés– que los discursos conservadores.

“You´re one hot mummy”, decía, en inglés, el Festival de Cine Erótico de Buenos Aires que incitaba a las madres a ser calientes (¿vieron que en castellano es más fuerte?). “El taller está dirigido a que puedan redescubrir su sensualidad sin perder de vista su rol de mamá”, describía.

No quiero despreciar de plano el tendal de consejos para mujeres porque, tal vez, a alguien, o algo, sirve. Si el sexo es placer, la mirada abierta, las ganas de aprender, la sed de probar son parte de un camino que puede hacer del cuerpo un paladar deseante. Pero ése es, justamente, el punto G del sexo: el deseo y no – ¡no!– el deber.

Mientras que la maternidad es un huracán que, muchas veces, suele abrazar al nuevo bebé con tanta intensidad que no hay lugar para la arrasadora entrega del sexo y el parto, también, deja al cuerpo partido, ganado, desbordado y con más necesidad de caricias que de vibradoras braguitas para levantar el sex appeal. Por un tiempo. Por eso, también es cierto que estimular una maternidad deseante es un nuevo –e interesante– paradigma. Sin embargo, la necesidad y densidad de clases, posgrados, doctorados y disneylandias sexuales para aprender a dar la vuelta en la montaña rusa del cuerpo me parecen más aterradoras que libertarias.

Bah, me dan ganas de volver a viajar en tren y que el sexo se re-descubra sin

paradas fijas, sin destinos a los que llegar, ni boletos que pagar. Como un viaje en donde la gracia es el viaje y dejarse viajar. Con abrazos y palabras (que, a veces, en castellano, también calientan más). Y sueltan más que vocales.

Tengo la casa libre, mentira

*Tengo un deseo: una remera que dice dormir juntos
(Marina Mariasch, Paz o amor).*

Ahora nos piden que disimulemos

El deseo es ese puente que se cruza aunque el vértigo te ataje los pies y te tiemblen las piernas.

Aunque te tires al vacío y te dé pesadillas el tiempo de vuelo que en tu cabeza se repite antes de la nieve esponjosa recibiendo tu cuerpo.

El deseo es no beber agua para no disolver en ningún polvo el gusto del dulce y la leche como un ADN en sangre.

El deseo es llamarlo aunque no debas más que ninguna otra cosa en que tu abuela, las feministas, las troskas y las películas yankees se hayan puesto de acuerdo. Una bomba nuclear en tu cabeza que toca el botón rojo y dice:

—Tengo la casa libre ¿Querés venir?

La casa libre es una forma de decir. Se dice porque no es una casa libre. Es una casa que nunca es libre, ni tuya, ni propia, aunque sea propia y te creas libre.

El deseo es querer que sea libre.

Y querer, más que esa ínfima partícula en donde la libertad se condensa en un cuerpo de fiesta, querer poder escribir, preguntar, pedir, hablar, dejarle la mudez al marketing callado de Vidal, importunar a Neruda que le parece poético una musa muda y tener la impertinencia de hablar cuando se pide que nos hagamos polvo en el polvo y callemos cada partícula que quiere más.

Dulce

Abismo

Leche

Deseo

Propio

El deseo no es agradar, seducir, aceptar, decir sí

El deseo es querer

No esperar

Arremeter
Invitar
Y eso jode
No es gozar, no solamente, no es poco tampoco
Lo que jode es desear
Preguntar y escribir como un oficio maldito
Como un arrebató que si no callan, no escuchan
Como un impulso que si fracasa se burlan
Y si triunfa se tilda de soberbia inoperante y se desmantela
De piba en piba
De amiga en amiga
Preguntando qué hice, inventando semiología de cada silencio, desvirtuando
cada olvido, maldiciendo su deseo
O creyendo que solo son mandatos patriarcales
La calentura de yegua
Que se vuelve indomable
Y se arrodilla en un espejo
Que no quiere ser visto
Sino respuestas
En épocas en que da paja
Cruzarlo
Porque hay un abismo ahí abajo entre el cielo y el piso
Y hay veces que se camina más fácil
Sin trampas
Cuando nada sacude
Sin ir ni ser llevado
Nosotras, en cambio, somos un colectivo impertinente
Arengadas como nunca
Entre pibas y viejas
Frenadas por la dictadura a no tener más hijos o a tenerlos
No cambiamos el mundo
Para que nos frenen nuestro deseo
Y no sabemos tampoco cómo cambiarlo todo
sin ser libres.
No quiero, no queremos pagar más precios
Furiosas de aranceles al deseo
De impuestos al cuerpo propio
De casas en donde las ollas están paradas
Y las camas vacías

De la tibieza esquivada

Como forma de toreo cuerpo a cuerpo

—¿Es el precio?

Zlotowiazda me entrevista y me pregunta por mis fracasos

Quiere que le diga el costo de ser feminista.

—¿Hay tiempo Marcelo?

Le decimos a la audiencia que todo muy lindo, pero que te quedas sin marido para que callen y paguen las cuentas y manden a los chicos a lo de los abuelos y paguen con polvo de pelo planchado y cine porno familiar un polvo oscuro pero que conserve la nueva familia de náuseas y sexo all inclusive.

Y el tilín tilín de cadenita tilinga de niños en el cuello salvadores de la decapitación social de la palabra sola sacada como una correa a pasear status de yo seré cornuda pero tengo marido.

Yo no tengo marido. Pero sí quiero ser feliz.

Y no me callo nada.

Hombres necios que nos clavan el visto sin razón, nos quieren callados para pedirles lo mismo que buscais.

Sueño con llevar a mis hijos a la nieve y miro cada noche la aerosilla pasar por mi cabeza y siento que no puedo.

Qué me voy a tirar o me voy a caer

Qué me van a burlar y mi cuerpo se va a impulsar al vacío

Fui el año pasado

No subí

Pero me tiré con una bolsita negra y las piernas levantadas por una nieve sucia con mi culo de conductor del cuerpo como siempre.

El culo es la locomotora del cuerpo cuando hay que darle marcha atrás a la vida.

Y del miedo revuelto

Parado

Perplejo

Pringado

Y las pesadillas siguen al subir cada cuesta

Como una Yegua Frozen

Que hace de las hermanas

Un amor

Que pregunta

—¿Me quieres?

Y rompe el hechizo de no poder decir nada.

La primera vez me dijeron que no se habla

*Era demasiado chica y fue demasiado feo
No quería que fuera después, no quería que fuera un extraño
Y el mayor error fue que no me quisieran y que fuera un conocido
Me desvirgo sola cada vez que hablo
Me reinicio en el exorcismo
De que no me digan que hacer
Y ahora
En que no me digan qué callar.*

Mi cuerpo es mío, mi felicidad también

*“Me he casado /me he casado conmigo / me he dado el sí / un sí que tardo años
en llegar / años de sufrimientos indecibles / de llorar con la lluvia / de
encerrarme en la pieza / porque yo –el gran amor de mi existencia- no me
llamaba/ no me escribía / no me visitaba / y a veces / cuando juntaba yo el
coraje de llamarme / para decirme: hola ¿estoy bien? / yo me hacía negar”
(Susana Thénon, Canto nupcial).*

*“Es la primera vez que salgo con una chica de izquierda y a veces no sé que
hacer” me dijo. Era tierna su curiosidad. Los días que no nos veíamos me
llamaba y me pedía que tuviéramos sexo por teléfono, yo no podía más, perdón
pero la masturbación en una pantalla de celular me da más risa que otra cosa y
no logro concentrarme. Una vez, sin la cámara activa por supuesto, logré que el
tipo acabara dos veces con mensajes de texto en el tiempo que yo me comía un
plato de fideos”.
(Alejandra Rovira Ruiz, Anotaciones sobre el amor).*

*“Como o me masturbo. Pero esta presión en el pecho tiene que ceder. Yo sé que
no es para tanto, sé que nadie se murió de amor, pero son años de novelas
venezolanas, de princesas blondas asediando hogares cual epidemia, de escenas
donde a ella le duele el cuerpo porque su amado no la corresponde y se entrega
a la agonía de no ser “de él”. Bueno, me toco. Tampoco es que tengo tanta
hambre y siempre termino más alegre”.
(Tania Rodríguez, Mariposas para la liberación).*

*“No se trata solo de algo sexual; la masturbación es también una meditación
sobre el amor en solitario. Una constelación de sensaciones. Un espacio propio*

en el que refugiarse”, escribió Luna de Miguel, en el libro “El dedo, breves apuntes sobre la masturbación femenina”, de Editorial Capitán Swing. El feminismo del placer muestra el lado A del feminismo.

“El vibrador surge en el siglo XIX y hoy la mujer puede utilizarlo sola o en pareja como un elemento de liberación sexual, pero en su origen fue un elemento de control pensado como respuesta a la histeria femenina. Así muchos dispositivos que se promocionan como liberadores pueden ser vistos como dispositivos de control. En un sistema liberal capitalista la consigna de “Mi cuerpo es mío” es útil en la lucha pero presenta problemas en tanto somos seres sociales y en relación a otros. La propiedad privada del cuerpo es una idea conflictiva”, dispara la historiadora Karina Felitti.

La autoestimulación es una salida y un reparo. Pero no solo de sexo sobreviven las mujeres. La guionista y comedianta Flora Alkorta propone como recurso frente a la desolación de noches compartidas la felicidad autogestionada. “La felicidad no viene sola. Es mentira que un día golpea a tu puerta. No hay que sentarse a esperarla. A la felicidad se la autogestiona. No hay que esperar que llegue, porque no llega. Hay que salir a buscarla”.

Capítulo 8
AMAS DE CAMA

Chupate esta mandarina

En la mesa ratona hay medialunas, alfajorcitos de maicena, galletas de avena, mate amargo y jugo de naranja. También hay pijas de plástico verdes, amarillas y azules, de distintos tamaños, con o sin arneses para sujetar en la pelvis, palmetas de terciopelo con strass, pezoneras en forma de estrella o corazón, aceites corporales con sabor a chocolate y delfines, gusanitos y margaritas de juguete con una vibración parecida a la del celular. Alrededor, ocho mujeres que promedian los 40 años miran, prueban y preguntan cómo se usan mientras comentan sus mejores y también sus más ridículas experiencias sexuales. Sentadas en sillones, banquitos y algunas sillitas infantiles rojas, a la hora en que los chicos de la casa están en el colegio, su mamá y las amigas desparraman otros juguetes en una zona que suele estar minada de rompecabezas, muñecas pálidas y helicópteros a pilas.

En plan de té entre amigas, cumpleaños sin hombres o despedida de soltera, los encuentros de mujeres tienen varias propuestas nuevas para amenizar la charla: cursos de fellatio teórico-prácticos, venta de lencería sexy, kiosco de juguetitos y clases de sexo a cargo de profesionales, todo sin moverse de casa o —como máximo— en el living de alguna amiga, al estilo de las reuniones de tupperware, en las que las amas de casa de antes mataban el ocio doméstico aprendiendo sobre los usos de los envases plásticos. Y, si se quiere avanzar en algún postgrado, hay clases de striptease, de baile del caño, talleres de seducción o de masajes eróticos.

Ella llega con la puntualidad que se les exige a las animadoras infantiles y apoya con determinación los diez centímetros de taco aguja de sus botas rojas con cordones negros sobre la alfombra. Se sienta con las piernas abiertas en una silla reservada al frente de la mesa, con la gracia impropia de esos seres nocturnos que provocan algún tipo de desconcierto en medio de un hábitat ajeno, encandilado de sol, margaritas, hamacas y casitas en un jardín arbolado de San Isidro.

Para romper el hielo, una de las mujeres agarra una raíz de jengibre puesta como decoración en un centro de mesa y, enarbolando el tubérculo, dice:

—¿Para qué sirve esto, chicas?

—Usalo para cocinar, para hacerte un té, lo que quieras, pero no trates de metértelo en el culo porque no sabés cómo arde, hay quienes lo usan pero no deja de picar y arder, si sentís que no estás preparada para una experiencia extrema, mejor no pruebes —contesta Paola Kullock que lleva clases de sexo a

domicilio.

Antes de empezar, la señorita de léxico desatado cuenta con los dedos de la mano en alto cuáles son las tres reglas de su clase de juegos sexuales: 1. No todo es para todas. 2. Hay que tener tiempo, si hay criaturas en la casa hay que buscar el momento y el lugar adecuados. 3. La pareja tiene que querer.

Después pregunta si hay alguna que nunca haya fingido un orgasmo. Hay miradas nerviosas entre las amigas y nadie contesta, hasta que una lanza una violenta carcajada y todas se relajan para empezar a contar cuántas veces fingieron para complacerlos, para dar por terminado un encuentro olvidable o porque estaban cansadas.

El temario de la clase incluye desde cómo manipular un pene con éxito hasta consejos prácticos para recuperar el interés de los maridos con métodos lúdicos como el disfraz de colegiala o el de mucama, claves para tener sexo anal y consejos para mejorar el oral.

Por momentos, la reunión toma el tono de manual de autoayuda sexual en tres pasos: algo así como disfrácese de lo que a él más le guste, si eso no funciona vaya a tomar un café con su pareja sin usar ropa interior y, por último, tómese un fin de semana en un lugar relajado para dedicarle al amor, lejos de la rutina.

“A las mujeres les permite divertirse, liberarse, entretenerse, sacarse dudas y pensar en sexo, cosa que a veces cuesta. Además, ellas quieren aprender, siempre están ávidas de juegos nuevos y mejores maneras de hacer las cosas, no nos olvidemos que la gran fantasía del hombre es estar con dos mujeres y la de la mujer es ser la mejor amante, la inolvidable, la más recordada”, dice Kullock.

“Chicas, chuparla bien tiene dos secretos –dice ella inclinándose hacia delante y poniendo tono de secreto profesional– entusiasmo y respiración. ¿Vieron que se dice que los gays la chupan bien? Bueno, la diferencia es que ellos lo hacen con entusiasmo y nosotras porque es parte del combo. La segunda clave es respirar siempre por la nariz, si inspiramos y exhalamos por la nariz no nos ahogamos. Tampoco tengan miedo de lavársela antes de empezar si es necesario, pero háganlo ustedes, porque ellos a esa altura están ansiosos y no les importa”.

“Me animé a tener un vibrador sólo porque me invitaron a una reunión en la casa de una amiga y vino una chica a mostrarnos y vendernos cosas, pero si hubiera tenido que ir a un sexshop creo que me hubiera dado fiaca. Además tengo la idea de que el material que hay en esos locales es demasiado llamativo, no tendría en casa una pija de dos metros, por ejemplo, pero si es un animalito de color y me lo encuentra alguno de los chicos, es distinto... ¡mientras no se lo lleven a su cuarto!”, admite Bárbara, publicista de 36 años, madre de dos niños

de tres y seis.

Carina, ama de casa y madre por partida triple, empezó a coordinar reuniones para vender lencería y juguetes. “En la mayoría de los casos, las mujeres compran por primera vez, entonces quieren probar y piden indicaciones sobre cómo usarlos, pero además muchas veces me piden consejos puntuales, por ejemplo sobre masturbación femenina, algo de lo que todavía, andá a saber por qué, no se habla”, cuestiona.

Ser gauchita

“Soy gauchita. Cuando no tengo ganas de tener relaciones sexuales, en vez de decir que me duele la cabeza, hago algo rapidito, casi sin darme cuenta”, contó Nazarena Vélez, en diciembre del 2007. Ella era la chica del momento, antes de volverse un cuerpo enfrentado a las tragedias y cuando ya era la que hacía todo por sus hijos.

Antes de todo el aluvión de dolores, una década antes, Nazarena patentó la palabra gauchita, que se acodaba con la gauchada o el favor, que parecen palabras amables. Pero el favor sexual no es solidario, sino sumiso. El sexo de gauchita es un trámite para acabar rapidito.

“¿Sos gauchita?” fue la muletilla de la revista *Hombre*, emblema de la neomisoginia que marcó una época. Llego a poner un instructivo en su tapa de cómo golpear sin que queden las marcas y cómo acostarse con menores. Por suerte –hay suertes de lucha colectiva– hoy sería impensable la apología de la violencia de género y el abuso sexual

El cuestionario *Hombre* tenía los hit: “¿Sos gauchita?”, “¿Tragás o escupís?”, “¿Vas por colectora?” No eran preguntas sobre sexo oral o anal. Las mujeres no besaban: tragan. No gozaban: cumplían. No deseaban: entregaban. O, al menos, no se les preguntaba para saber si gozaban, sino si eran rendidoras.

Las gauchitas como categoría sexual surgieron casi igual que la rebelión del campo contra el cobro de las retenciones y la pulseada para ver si el campo arrodillaba a la (ex) Presidenta o si la (ex) Presidenta se arrodillaba al campo. Las metáforas del lenguaje fueron una desgracia. El campo también. Ni arrodillarse es doblegarse. Ni ser gauchita es virtuoso.

Ser dadoras de placer no es nocivo, sino porque –justamente– se usaron como símbolos despectivos de mujeres dispuestas a dar sin nada a cambio. Ni la quita de impuestos al campo y a la minería se reflejan en mayor empleo o mayores ingresos para la población, ni la exaltación de mujeres gauchitas derraman varones más satisfechos. El liberalismo no derrama. El machismo tampoco.

Frente al deseo de las mujeres, el Siglo XXI trajo la guachada de la gauchita. “Hay veces que no tengo ganas de tener sexo, eso es un bajón para vos y para tu pareja. Entonces ahí aparece la gauchita y, así, no tengo quejas. Los hombres te lo agradecen y cumplís”, proclamó el nazarenismo gauchesco.

El puntapié de la palabra gauchita se parecía al de geisha, pero más a agachadita. Es cierto que la oralidad del sexo es un beso que no siempre es métricamente equitativo. El sexo no es un terreno modulado por los corralitos, incluso, de corrección, porque el sexo es –si es que se puede todavía jugar en el sexo– un recreo. El juego es que pueda ser juego. No deber ser. Ni –menos– deberes. Ni un 69 de igualdad permanente. El cuerpo de un hombre quieto, casi manso pero rabiosamente encosquillado, no agacha a la mujer que se agacha para besar, que decide besar en vertical, jugar a un subibaja en donde la bajada es augurio y el roce de las rodillas un envián.

La explotación gauchesca no es la fellatio –bienvenida seas al reino de los cielos– sino la idea de dar placer sin deseo y de no necesitar gozar para hacer gozar. Sin duda, la gauchita como valor social nace como una exaltación del empleado del mes de Mc Donalds frente al movimiento obrero. O sea, frente a la liberación sexual femenina, aparece la idea de gauchita para enmarcar a la que da sin pedir nada a cambio. Sale con fritas.

El desenfreno y la equidad no siempre van de la mano. Las ganas de gozar y ser gozada/o sí. Y en eso, los varones no deberían sumar las presiones de su propio cuerpo forjado en erección maldita a las de ser proveedores de multiorgasmos sino dejarse llevar y dar sin la verticalidad de la masculinidad que no puede bajar ni que se le baje.

Ser petera

“Me molesta la manito en la cabeza. Ya sé donde queda, ¿o te la pusieron en la rodilla? ¡Dejá que el ritmo lo ponga yo!”

“No estoy de acuerdo en eso que dicen que el pete es un acto de sumisión. ¡Ok, vos estás arrodillada delante de él, pero lo tenés agarrado de los huevos!”

“Es injusto que la palabra pete sea una palabra simpática, porque habla solo del sexo oral hecho al hombre. Y no hay una palabra simpática para el sexo oral a la mujer. tenes que decir: cunnilingus. ¿Quién quiere hacer algo con ese nombre? Parece un invento de Antejito: Intríngulis chíngulis, cunnilingus! Y chucu chucu chucu chucu!”

(Verónica Lorca, Divas).

Tina Serrano ya tenía 60 años y era una actriz prestigiosa cuando integró el elenco de *Resistiré*, la novela de Telefe, en el 2003. Su personaje (Leonarda) sobresalió por mala, conspiradora, insinuante, perversa e intrigante. Pero la escena que la marcó fue cuando protagonizó una escena de sexo oral con Andrés (el actor, ya fallecido, Claudio Quinteros). Esa escena se le ocurrió a Tina y le valió un sobrenombre: la tía petera. Un apodo que se volvió coro, hinchada y resistencia.

“Mis amigos me cargan: sos la reina del pete”, le dijo Tina a la ex revista *Veintitrés*, donde se atrevió a hablar del erotismo en los sesenta, ahí, en ese filo donde la maternidad ya no se cuele entre las sábanas, donde no hay utopía o esclavitud de panza chata y nalgas firmes. ¿Los cuerpos pueden ser libres en la rigidez exigida a los cuerpos sin pliegues, sin bucles, sin líneas, sin rollos, sin llanuras? “Yo he tenido relaciones con hombres jóvenes. No tanto como él (por Quinteros), pero sí de 40. No son relaciones fáciles. Pero la atracción no pasa por la edad. El sexo es misterioso, son cosas muy profundas, que están alojadas muy atrás, uno no sabe exactamente qué es. Te pasa o no te pasa. A veces el otro se engancha por lo intelectual, o simplemente porque es juguetón, quiere jugar un rato. Las relaciones con alguien de más edad pueden ser muy ricas”, propuso.

La nueva brigitte francesa

Brigitte Trogneux, de 64 años, fue la profesora de literatura y es la actual esposa del Presidente de Francia Emmanuel Macron, de 30 años. Ella tiene tres hijos. Brigitte le lleva 24 años y se casaron en el 2007. La noticia fue un escándalo en un mundo en el que ni diez, ni veinte, ni treinta años de diferencia de un mandatario varón hacen mella. Donald Trump y Melania Trump también tienen una pareja con una diferencia de 24 años. Pero no hace ruido que él ostente 70 y Melania 46. Tampoco que Marcela Temer sume 43 años menos que Michel Temer, el Presidente de Brasil. Se casaron en el 2003: ella tenía 20 años y él 63. El ex primer Ministro de Italia, Silvio Berlusconi, de 80 años y en pareja con Francesca Pascale, de 49 años, 30 años menos que él, le hizo *bullying* vip al presidente francés por no tener el reloj a su favor: “El señor Macron es un muchacho de 39 años con una buena experiencia de trabajo y aún más con una apuesta madre que lo ha llevado bajo su brazo cuando él era aún un niño”.

El antropólogo Alejandro Grimson, Investigador del CONICET y del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), de la Universidad de San Martín (UNSAM) propone que uno de los puntapiés a la inequidad de género amorosa en relaciones heterosexuales es que las mujeres puedan fijarse, permitirse y

establecer relaciones con varones más jóvenes. “En la sociedad en la que vivimos los varones heterosexuales buscan mujeres más jóvenes que ellos y las mujeres heterosexuales buscan varones con más años que ellas. Mientras eso se mantenga las mujeres van viendo recortado su campo de vinculación y los hombres lo van viendo ampliado. ¿Qué pasa si las mujeres van mirando hacia abajo?”, pregunta. Y resalta: “Vas a ver más parejas homosexuales en la calle que parejas heterosexuales donde la mujer le lleve diez años al tipo. Es una regla de sentido común que si las mujeres destruyeran, contribuirían a deconstruir la desigualdad”.

V invasión viagra

“Como te explico cuando estoy desnuda simulando ser una sex simbol salida de un cabaret que estoy más seca que bizcochuelo pasado de cocción. Como te hago entender que mis caras son una actuación digna de un Oscar y que mis pensamientos son planes para salir de acá. ¿No preferís que charlemos de algo? ¿Qué pensas del arte? ¿Regulacionismo o abolicionismo? ¿A quién votaste en el 2015? No sirvo para hacer de muñeca inflable y te juro que vos me gustas más con el bóxer puesto”.
(Sofi Zibecchi, ¿A quién votaste en el 2015?).

El deber ser de una esposa ensanchó su banda de obligaciones. Ya no basta con hornear panes y criar hijos. La pastillita para varones más erectos que cautivadores tiene su pareja perfecta en una nueva pastillita rosa (los clichés, bien, gracias) que siempre anuncia (aunque por ahora sigue siendo una amenaza de laboratorio) un Viagra femenino. El turno trasnoche impone –no invita– al compromiso sexual. Y si hay más cansancio que tentación, más aburrimiento que fantasía, más resquemor que pasión, nada mejor que abrir esa boquita, empinar el brazo, levantar los hombros, tragar agua, hacer un buche y solucionar la indisposición. “Mi marido venía a casa, muy cansado a las 10 de la noche, yo me iba a acostar, él venía, pim pum pan y me decía ‘ya está’. Dos minutos y así tuve cinco pibes. Nunca me preguntó si yo tenía ganas y mi mamá me decía que ni se me ocurriera decirle que me dolía la cabeza porque se iba a ir con otra”, contó Moni, en una reunión de Las Doñas, de Adrogué. El deseo, en cambio, no es tragar el sexo pim pam pum ni una curita.

Si los analgésicos afirman que las mujeres no pueden parar, los antigripales, que una madre no tiene descanso ni días francos, los calmantes para la

menstruación (rebautizados con el mote de agente potenciador), que la sangre no se note y que hay que ser fuertes. Las farmacias son expendedoras de blindaje. Ni hablar de los antidepresivos expedidos como si se tratara de bomboncitos para el copetín y en muchos casos indicados en exceso para tapar angustias, calmar crisis de parejas o que la violencia se aguante. ¿Pero ese traje de damas de hierro puede convocar, también, al deseo desnudo?

“La estafa brutal de la cultura represora se compensa con psicofármacos y los modernos afrodisíacos. O sea: agua helada al deseo y luego maniobras de reanimación con alguna fogatita en forma de comprimidos”, radiografía el médico psiquiatra y psicoanalista Alfredo Grande. Por su parte, la psicóloga María Luisa Lerer convoca: “Necesitamos caricias, ternura, tiempo, estímulos auditivos y táctiles que despierten nuestro deseo, no medicaciones. No sentir deseos sexuales no es una enfermedad que necesita de pastillas. Los mimos, caricias, tiempo y palabras pueden producir la magia que esperamos”.

La seducción recetada

Si algo te molesta, callate. Si estás triste, cambiá la cara. Si llorás mucho, secate con un pañuelo en polvo. Y si no te dan ganas de sexo, también empolvate. En Estados Unidos, en el 2015, se presentó una nueva pastillita –bautizada Addy– con la promesa de levantar la libido de un sorbo.

“Cuando era chica, escuchaba algunas conversaciones de mi mamá con sus amigas en las que hablaban de la obligación de tener sexo todas las noches con sus maridos, de no poder negarse después de un día agitado de rutina o simplemente no tener ganas y de las risas cómplices ante el invento del dolor de cabeza. Hablaban de los enojos de algunos hombres que luego las castigaban con no hablarles por un día (y hasta semanas) o que se tenían que tomar una aspirina para darse impulso a la última actividad del día. Con mis amigas hablamos de hombres más comprensivos, que respetan la falta de deseo de una noche o el cansancio y, muchas veces, son ellos los que están agotados. Existe el respeto mutuo de un deseo compartido”, relata la periodista Evangelina Díaz Denis.

El gigolo genio y la estafada boluda

Las mujeres son demonizadas por no desear cuando el marido quiere tener sexo, pero también por desear sexo cuando ellas quieren, sin esperar a ser conquistadas, invitadas, cortejadas o aceptadas para tener sexo. En todas sus

formas el deseo femenino todavía jode.

En el caso de “el gigoló” en el que Adriana, la hermana de Flavio Mendoza, denunció la estafa de Javier Bazterrica, su ex pareja, los medios se ensañaron con ella –por engancharse– y no con el estafador –por estafarla-. “Te agarró con la guardia baja”, le dijeron en *América TV* para comprender por qué había aceptado esa relación. Y Baby Etchecopar le imputó en la cara “Si violaba a tu hija vos tenías la culpa”. Y toda la tele repitió como un mantra de culpa: “¿Por qué lo metiste en tu casa?”.

¿Y por qué otra cosa va a ser que ganas de disfrutar de una vida sexual?

A las de 15 se les exige que derrochen sensualidad, pero se las condena si toman la iniciativa para una cita o se encaran a un pibe. A las de 30 que a los cinco días de parir la panza esté chata y entre mastitis y somnolencia estén dispuestas a atender como se debe (y por deber) a sus maridos en cuarentena. A las mayores de 40 que sean MILF o madres calientes a las que no se les note el batón de la maternidad desgastada por el tironeo con chicos adolescentes. Pero sí, además de apetecibles, quieren apetecer, son condenadas por meter en su casa a alguien que las meta en la sintonía de su propio placer. La condena es a todas las mujeres.

Desesperanza mía

El fenómeno de *Esperanza mía* (la novela protagonizada por Lali Espósito y Mariano Martínez, por Canal 13, en 2015) hizo que los disfraces de monjas desplazaran a los de princesas (volvé Blancanieves, te perdonamos).

El boom realzó un gran juego: las chicas tienen que ser deseables (como Lali), pero no desear (como una monja). La colegiala ya no basta. Ahora las adolescentes avanzan a los muchachitos. Ya no son las que sucumben a dar el sí en el zaguán del reclamo de entrega masculina.

Lo que tapa el traje es las ganas de tapar –por parte de muchos varones– ese deseo que los interpela y frente al que –con machismo, con inhibición, con educación o con miedo a fallar por presiones de tenerla más grande, más dura, más parada y saber más– muchísimas veces se acobardan o, directamente, les quita las ganas de una conquista en donde no tienen el lugar de iniciador.

En 1796 el Marqués de Sade reflejaba los conventos como lugares en donde el roce femenino podía encontrar el goce –sin el ojo social sobre sus cuerpos y sus gustos– que no era permitido a través de la historia de Juliette y Justine. Desde ese momento, el deseo femenino circuló en los conventos como refugio.

Carolina Justo von Lurzer, investigadora del Conicet, agudiza el horizonte del

deseo: “*Esperanza mía* puso en escena esas dos posiciones históricamente habilitadas para nosotras: la santa y la puta. Santas unas, putas otras... madres, todas. Será por eso que el derecho al aborto y el trabajo sexual nos producen mucho más escozor que los relucientes disfraces de monja que venden en la juguetería del barrio”.

Fornicar y pornificar

Tres de cada diez espectadores/as de porno son mujeres y las argentinas son las más gustosas del globo (después de brasileñas y filipinas), según un informe, del sitio *Pornhub*. En 2016, solo ese sitio tuvo 23.000 millones de visitas, se vieron casi 92.000 millones de vídeos durante un tiempo equivalente a 5,2 siglos, según una estimación de la periodista Isabel Valdés. O sea que podríamos pasar a estar en el Siglo XXVI si la cantidad de tiempo dedicada a fellatios y meta y saque se conectaran con una máquina de tiempo.

Ellas miran más tiempo que ellos las escenas eróticas. El periodista Hernán Panessi, autor de “Porno Argentó. Historia del cine nacional Triple X” analiza: “Hubo algo con Internet que otorgó intimidad e higiene. Y así, mediante la omnipotencia del anonimato y su posterior destape, se incorporaron al consumo manifiesto de porno”.

La teoría de Victor Maytland, padre del porno argentino, es que las chicas quieren sexo y a los chicos les da paja, que son los hombres los que no quieren coger, que la modernidad se les mezcla con la comodidad y cierto machismo así que, al final, se la pasan diciendo que están calientes, pero no concretan, según reproducen Alejandra Cukar y Daniela Pasik, en el libro “Porno Nuestro, crónicas de sexo y cine”, en el que cuentan un diálogo de Maytland, en el estreno de *Follando por un sueño*, con un muchacho:

—Fácilmente, hoy en día, podés tener sexo cuando querés. Ya no hay tantos prejuicios, tapujos y moralinas. Podes ir de a dos, de a cuatro, de a cinco. Está muy fácil todo. Entonces te pones mañoso, quisquilloso, te agarra la histeria y te volvéis un boludo. Qué sí, qué no. Te haces la estrella. Los hombres no cogen mucho. Las chicas, ahora, quieren más garche que los tipos, que están en plena histeria. Los hombres están muy raros. Se creen mil. Pero les cuesta coger. No se animan.

El porno, por un lado, hizo todo tan explícito que rompió la ilusión que atraviesa colectivos, chamuyos, fricciones y valentías para lograr tener sexo. Hoy una pantalla te lo trae y alivia el deseo como una heladera con mucha cerveza y al alcance de la mano.

¿A más porno, menos sexo? La imagen es la de gente sedienta. Pero la realidad parece alejar la sal de la mesa. “El porno es analógico. Ahí existe la transpiración. El producto terminado, la película proyectada, clickeada o vista es un Norte que en realidad no importa. Puede ser una paja compartida o en solitario, pero es algo que está vivo como el proceso de hacerlo y cada momento de interacción. En el porno la gente, ante todo, quiere juntarse, verse la cara, estar presente, ir a fiestas y coger”, analizan Cukar y Pasik.

“Sospecho que hoy en día la libertad sexual de los varones es más ostentada que practicada, más declamada que ejercida”, desnuda Volnovich. Y profundiza: “El sexo está más en lo público que en lo privado, más en la pantalla que en la cama, más en la publicidad que en la intimidad. La pornografía se banaliza y se vulgariza, pero los levantes y las tranzas son cada vez menos frecuentes y menos creativos, poco diversificados, nada arriesgados, hacen gala de una imaginación miserable carente de inventiva, rituales previsibles, ceremonias vacías que remiten a una liturgia ausentes”.

Por otro lado, surgió con mucha fuerza el porno feminista, cuya exponente más fuerte es la cineasta sueca Erika Lust, creadora de Erotic Films y de XConfessions. Ella asegura: “El porno tiene más influencia en la sociedad de lo que queremos reconocer, en los últimos diez años la pornografía se ha vuelto efectivamente masiva. Antes era un género más periférico. Ahora es alrededor de un tercio de todo el tráfico de Internet. El tipo de imágenes que ven los jóvenes tiene unos valores que son terribles, muchas veces racistas, muy machistas, homófobos en el cine para adultos heterosexual y muestran bastantes situaciones de violencia contra la mujer, donde el sexo no es algo agradable y divertido, sino más bien donde un hombre está castigando a una mujer. La mujer está ahí para ayudar al hombre. En el sexo son ellos los que le hacen todo a ellas y ellas están ahí para ellos”, critica.

La media naranja (aunque tenga más gajos) del porno clásico ya no es estándar sino analógico. Lust objeta: “Es muy importante cómo representamos los roles de género y la imagen de la mujer, cómo contamos nuestras historias, desde nuestra perspectiva. Cómo es vivir como mujer en este mundo. Faltan y sobran mujeres. Faltan detrás y sobran delante. Cuando vas a cualquier sitio de porno online ves casi siempre lo mismo, mujeres jóvenes por todos los lados, cuerpos plásticos, y casi nunca aparecen ellos, y cuando lo hacen, son una especie de máquinas del sexo”.

Pero no se trata de una grieta entre comedia romántica y ecografías del dunga dunga. “A un lado tenemos lo que hace Hollywood, que es un pim pam pum debajo de las sábanas y de repente ya es la mañana siguiente y están desayunando zumo de naranja. Al otro lado tenemos todas esas otras imágenes

feas: tetas, culos, todo muy extremo, solo se ve penetración y fluidos, con aura de asquerosidad tremenda”, radiografía Lust.

Una actriz emblemática del nuevo porno ético es Amarna Miller que se define como feminista y activista pro sexo. Sin embargo, ella cuestiona: “Siendo sincera y hablando con el corazón en la mano, a veces incluso me pregunto si este porno feminista que ha dado pie a tantas discusiones es siquiera posible dentro del contexto en el cual nos encontramos en estos momentos. Es decir, un sistema capitalista basado en la ley de la oferta y la demanda donde la mayoría de las veces el consumidor no tiene ganas de cuestionarse porqué se siente atraído hacia ciertas cosas, y no otras”. Y cuestiona no solo lo que se ve, sino cómo se filma esa mirada: “¿Es posible crear contenido sin estar supeditado a los requerimientos del mercado? Un negocio donde la falta de regulación hace que las personas que nos dedicamos a ello estemos en unas condiciones laborales absolutamente deplorables. Una industria donde el estigma al que te enfrentas es tan grande que tendrás la etiqueta de ‘he sido actriz porno’ grabada a fuego en tu frente durante el resto de tu vida. Somos muchos y muchas los que clamamos por salir de la precariedad”, proclama.

El sexo y sus cincuenta sombras

“Estoy perdidamente enamorado de vos” es una de las frases con las que los varones cortejan a las mujeres porque el amor es el único momento donde las mujeres tienen la ilusión de que dominan al hombre. Antes existían papeles claramente definidos para hombres y mujeres. Frente al reclamo de igualdad del feminismo nos quedamos sin el ritual de adoración y compromiso de varones hacia las mujeres y de mujeres hacia los varones. Entramos a una modernidad con falta de certezas donde la incertidumbre está en juego permanentemente. En “Cincuenta Sombras de Grey” está claro qué hacen las mujeres y qué hacen los varones. Christian y Anastasia tienen una relación masoquista placentera en donde hay placer y certeza. La igualdad no es placentera porque no hay certeza de cómo establecemos esa igualdad –analiza Eva Illouz en *Erotismo de autoayuda, Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*.

La historiadora Karina Felitti califica a *Cincuenta sombras de Grey* como porno para mami. Y cuestiona a quienes lo cuestionan: “¿Por eso lo voy a descalificar?”. “¿Qué sucede cuando las mujeres deseamos incorrecto?”, interpela Carolina Spataro, investigadora del CONICET. “¿Qué sucede cuando el deseo se dirige a un objeto/práctica/sujeto que no es calificado como progresista? ¿Qué sucede cuando *Cincuenta sombras de Grey*, la novela erótica

de E. L. James, calificada en ciertos núcleos como reproductora de la subordinación de las mujeres, se convierte en un éxito mundial? ¿Las millones de mujeres que gozan en el mundo con su lectura acaso son por ello cómplices del patriarcado? Tal vez no. La configuración de feminidades no ocurre sólo como emancipación o subordinación. El vínculo con la cultura de masas habilita otros procesos más allá de la reproducción de la cultura sexista o su denuncia; procesos que las mujeres experimentan como placer, interrogación, juegos identitarios, procesamientos de emociones y sentidos de emancipación. Aunque, claro, no en los términos que ciertos discursos de lo políticamente correcto instauran como legítimos”.

“El peligro no está en la preferencia sino en subestimar a las mujeres, incluso a las lectoras de *Cincuenta sombras de Grey*. En el siglo XIX se decía que la lectura de *Madame Bovary* fomentaba la infidelidad femenina, y ahora se dijo que *Cincuenta sombras* incitaba la violencia de género. El arte puede incidir en la realidad, pero no de manera tan lineal. Hablar de violencia de género desde las prácticas sadomaso que describe *Cincuenta sombras* es, por un lado, una falta de respeto a las víctimas de este tipo de violencia y, por otro lado, ser bastante pacato”, diferenció la escritora Marina Mariasch en la nota “Fantasías animadas”, de *Las/12*, de *Página/12*.

“Se dijo, con prejuicio, que las mujeres lo leían para compensar la falta de sexo que tenían en sus matrimonios, que la novela cristaliza los deseos de dominación que tienen las mujeres por el poder en la figura del frío millonario Christian Grey. Más allá de que el deseo es un complejo indescifrable, cada uno y una puede hacer lo que quiera con su cuerpo. Pero las prácticas sexuales entre el galán de acero Christian Grey y la inocente Ana Steel, sadomasoquistas y no convencionales, son prácticas consensuadas. En el ámbito del BDSM (bondage; disciplina y dominación; sumisión y sadismo, y masoquismo) todo –violencia incluida– sucede dentro de un sistema de límites conocidos y respetados. Puede haber un coqueteo con la transgresión, pero la ruptura real de las reglas implica quedar fuera de juego. Ana y Grey incluso firman un pacto”, remarcó.

“Lo que buscaron, entonces, las lectoras de *Cincuenta sombras* es una relación estable, con pimienta pero sin riesgo real, consensuada y con un pacto respetado. Probablemente, la certidumbre emocional sea parte de la utopía romántica de muchos y muchas. Pero tanta estabilidad es lo que Illouz llama “la aporía del deseo”: cómo se sostiene el deseo en una relación estrictamente consensuada. Ni en la ficción ni en la vida real parece existir una fórmula secreta como la del líquido negro de la Coca, que asegure el éxito en las relaciones amorosas”, subraya Mariasch.

Felitti y Spataro escribieron juntas “Circulaciones, debates y apropiaciones de

las *Cincuenta Sombras de Grey* en la Argentina” en donde analizan: “En un escenario en el que se entrecruzan las consignas feministas de empoderamiento, derecho al placer sexual y a la salud, con la difusión de valores de superación personal y emprendedorismo, se expande un mercado de bienes y servicios que retroalimenta la sexualización de la cultura y que tiene a las mujeres heterosexuales de clase media como principales destinatarias. La literatura erótica de masas, las películas que les ponen carne, las clases de striptease, las sesiones de fotos eróticas, los talleres que enseñan cómo masturbar a varones hasta la comercialización de lencería sexy y juguetes sexuales, convocan a muchas mujeres que quieren transgredir las normativas que las ubicaron antes en lugares pasivos y alejados del placer. En paralelo a las movilizaciones masivas que reclaman una política concreta y eficaz contra la violencia de género y los femicidios –sintetizada en las demandas del Ni Una Menos en la Argentina–, y una agenda feminista concentrada en ese tema y la legalización del aborto, un número creciente de mujeres busca capacitación sexual en revistas femeninas, blogs en Internet, libros de autoayuda sexual y novelas eróticas como las *Cincuenta Sombras* olvidándose de las obligaciones laborales y familiares, muchas mujeres se toman unas horas para ellas y leen literatura erótica, miran las películas, leen consejos sexuales de las revistas, usan lencería sexy y juegan roles de sumisión sexual. Estos consumos están mediados por los guiones excluyentes que arma el neoliberalismo y el patriarcado que, mientras excluye a las mujeres de los espacios de poder económicos y políticos, se les dice que ser sexy será su poder”.

Capítulo 9
MATCH POINT

“Tinder es una trampa. Tengo que dejar de entrar a Tinder para ver si otra vez me das match. Es inútil, no cancelaste nuestra compatibilidad sigue ahí, como una llamada en espera. Solo dejaste de hablarme. Te fuiste en fade out. Gosteaste, como los chabones de los que se quejan nuestras amigas en tuitter”.
(Charo Márquez, Tinder es una trampa).

“Las app para salir con tipos (tinder, happn), son un poco raras, es como mirar un catálogo de gente, como hacer compras por Internet, parece que vas con el carrito eligiendo qué llevarte. ¡Quiero esta lámpara, esas cortinas, y ese gordito pelado que me hace juego con los sillones!”
(Vero Lorca, Divas).

Tinder fue lanzado, en el 2012, en Estados Unidos. En solo seis años ni el mundo, ni el amor son iguales. Es una aplicación para teléfonos inteligentes que, en la Argentina, genera más de 2,5 millones de usuarios/as. “Es una suerte de book casi infinito de fotos de posibles contactos o parejas sexuales en el rango geográfico que se desee con solo clicar el ícono de un corazón y en la posibilidad de chatear al instante con quien a su vez dio ok a nuestro perfil visual”, define la investigadora del CONICET Silvia Elizalde.

“Así se puede ver desfilan y elegir, en cualquier momento del día y sin mayor esfuerzo físico, fotos de posibles candidatos/as con algo de información a los/as cuales cada usuario/a califica con una cruz o un corazón de acuerdo al interés que se tenga o no en ese perfil. En promedio, las personas utilizarían la aplicación unas once veces al día y las mujeres pasarían algunos minutos diarios más –por sesión– que los varones seleccionando perfiles, mientras que ellos serían tres veces más proclives que las mujeres a poner “me gusta” en las fotos que ven”, informa María Josefina Bianchini, en su trabajo “Tinder a los 30: pudores y poderes. Mujeres, democratización sexo-afectiva y anhelos románticos en la era de las tecnologías de la información y comunicación”, para el Programa de Actualización en Comunicación, Género y Sexualidades (PACGES), en 2015.

“El principal cambio es que se ha generalizado el uso de la tecnología para establecer relaciones, sobre todo, los sitios de citas y el celular. En los últimos siete años Tinder se globalizó con más de cien millones de usuarios en todo el mundo. La tecnología amplifica e intensifica las prácticas y potencia una tendencia que existía previamente a la aplicación. Tinder marca una separación muy clara entre tres mercados: el mercado sexual, el mercado romántico y el mercado del matrimonio. Tinder es un lugar para citas de una sola noche o sexo

casual. Este tipo de citas sexuales ya existía desde hace cuarenta o cincuenta años. Pero, a partir de la tecnología, se legitima como una forma social. Es una aplicación utilizada para el mundo heterosexual donde se establece una libertad sexual que imita lo que la comunidad de varones homosexuales hacía en otra comunidad que es Grindr”, delinea Eva Illouz.

A primera vista la idea de exhibición y descarte como una góndola donde unas papas fritas son sumadas al carro o dejadas en el estante produce escalofrío. Pero no todas son críticas. “Las búsquedas se han vuelto más racionales y fugaces. En lo estático de la imagen decidimos en milésimas de segundo si la otra persona nos resulta deseable o no. Estos cambios son leídos, muchas veces, como ruptura de lazo social, una suerte de hipercomunicación que esconde la soledad en la cual nos encontramos inmersos/as. Sin embargo, si ponemos la lupa desde otro lugar, estos ámbitos virtuales permiten nuevas formas de sociabilizar, erotizar y re-erotizarnos”, destaca la investigadora del CONICET Marina Palumbo.

Otro aspecto positivo es el deseo sin fronteras. La periodista especializada en tecnología Irina Sternik comparó en la nota “Las nuevas tentaciones”, de la Revista *Elle*: “Las aplicaciones hoy hacen matches por geolocalización. En Happn, podemos elegir casi al vecino de al lado. En Tinder, el espacio se amplía hasta poder viajar por el mundo con la opción Plus y adelantarnos a un viaje para mirar qué onda los usuarios o usuarias de Madrid. Antes del siglo XIX, según contó en el coloquio “La psique del amor” Jose-Miguel Fernández-Dols, todas las parejas se formaban en un radio de dos kilómetros en torno al lugar de residencia de la persona que estaba buscando pareja. Algo que cambió ¡con la llegada de la bicicleta! Allí el espectro se aumentó a unos 60 KM porque era lo que, por amor, se estaba dispuesto a pedalear. Hoy, la tecnología nos permite volar, en el espacio y en la imaginación”.

El psicoanalista Santiago Thompson analiza los pro y los contra de tener chances al alcance de la mano. No hay llanura, pero las subidas y las bajadas son muy marcadas: “Es cierto que la movilidad que promueve la tecnología hace que hoy vivamos más expuestos a la angustia que al aburrimiento”.

Por su parte, el filósofo coreano Byung-Chul Han sí considera que el efecto Tinder no es solo una abrumadora sobreoferta, sino, también, una aplanadora sobre el intercambio: “No solo el exceso de oferta de otros conduce a la crisis del amor, sino también la erosión del otro que tiene lugar en todos los ámbitos de la vida y va unida a un excesivo narcisismo”. Él también argumenta que la tecnología es tan explícita que reduce las fantasías pero genera un ideal del amor que es tan positivo e irreproducible que termina generando decepción. “Si hay que buscar un responsable de la creciente decepción en la sociedad actual no

habría que apuntar a la fantasía incrementada, sino a las expectativas más altas. Los nuevos medios de comunicación no dan alas precisamente a la fantasía. Más bien, la gran densidad de información, sobre todo visual, la reprime. La hipervisibilidad no es ventajosa para la imaginación. Así, el porno que, en cierto modo, lleva al máximo la información visual, destruye la fantasía erótica”.

La tecnología parece ser democrática, pero los mandatos de género hacen match point y el machismo también gana la partida. La autora de “¿Por qué duele el amor?” señala: “Una de las cosas que sabemos es que en el mercado del sexo, los hombres controlan lo que sucede. Esto proviene de un doble estándar porque los varones obtienen status por la acumulación de parejas sexuales. Las mujeres también quieren acumular diferentes parejas sexuales y sentirse sexualmente libres, pero hay todavía una ideología, fundamentada en cuestiones religiosas, en donde se considera que una mujer muy involucrada en la actividad sexual es liviana y es uno de los motivos por los cuales los hombres regulan el mercado del sexo. Las mujeres siguen siendo educadas como cuidadoras de sus hijos, de sus padres, son enfermeras en hospitales, son las que se ocupan de la limpieza, son las que cuidan a los ancianos en los geriátricos, son las que compran los regalos de los amigos. Esto les da una tendencia al apego. Entonces, en un encuentro sexual, la mujer quiere transformar el encuentro en un apego emocional. Mientras que, para los varones, el desapego es una manera de reafirmar la masculinidad también en el área laboral. Se establece que el que más apego busca es el más débil en la relación”, escribe en el libro “La agonía del Eros”.

¿Qué hace una feminista en tinder? ¡Coger!

¿La liberación femenina es tener una píldora para tener todo el sexo que se quiera sin querer niños pero no tener quien quiera tener sexo? ¿La liberación es mostrarse en cinco fotos con la boca inflada, el escote marcado y el pelo mojado como si la imagen pudiera descongelar la soledad en las pantallas? ¿La liberación son los gritos rutilantes contra los maltratos que a la vez dejan en voz baja el deseo de encuentros que susurren caricias al oído? ¿La liberación es ir del trabajo al hogar y del hogar al trabajo y blindar el cuerpo al encuentro de desconocidos? ¿La liberación es acogotarse de poleras, repudiar los moldes estéticos, buscar el más large de los talles y pedir el fin de los estereotipos? ¿La liberación es subir los glúteos en el gimnasio, embadurnarse de cremas, enchufarse los electrodos y salir a mover el culo sin reggaeton de fondo?

Desde hace más de medio siglo que las mujeres se desabrocharon el corpiño

en busca de la liberación. Pero ahora ya no hay un camino para descomprimir la pesada herencia del machismo. El goce se puede encontrar a un click o –todo lo contrario– se puede pasar a rifar el cuerpo en la *kermesse* de elegir su propia aventura. Tal vez, lo mejor de la búsqueda de la liberación es que hay libertad para que cada una busque su propia liberación personal.

Felitti investiga los discursos sobre la liberación femenina en mujeres heterosexuales donde el mercado, las creencias y la industria cultural ejercen una presión y una crítica sin igual. Ella pasó –junto a la investigadora Silvia Elizalde– por cursos de burlesque en donde el faro es ser una chica *pin-up* y bailar como en *Moulin Rouge*, dictados de seducción, espacios de venta de lencería erótica y fotografía erótica, entre otras experiencias palpables.

—La nueva imposición parece ser no solo tener sexo sino hacerlo bien, de modo eficiente. El discurso de la empresa y el mercado está tiñendo la vida sexual actual. ¿Cuántas parejas sexuales? ¿Cuántas veces por semana? ¿Cuántos orgasmos por noche? Para algunas mujeres la liberación pasa por la posibilidad cada vez más accesible y aceptable del sexo sin compromiso, que puede escindirse del amor, bajo la premisa de que vivir la sexualidad como tradicionalmente la habían vivido los varones es un paso más hacia la liberación. Si en los años sesenta la virginidad estaba recién dejando de pensarse como un valor intrínseco y había que disimular su pérdida, en la actualidad hay que hacerlo lo más rápido que se pueda y publicarlo en Facebook. Hay una batería de productos y servicios que apoyan este guión: cenas y escapadas románticas, hoteles alojamiento sofisticados, juguetes sexuales, lencería erótica, libros de consejos sexuales, tutoriales en la web para aprender técnicas de sexo oral y los pasos hacia la eyaculación femenina, sitios de encuentro por Internet y aplicaciones como Tinder y Happn para poner en práctica lo aprendido y desplegar lo comprado. Si en los años sesenta el orgasmo femenino comenzaba a ocupar un lugar más visible hoy no se trata solo de alcanzarlo sino de hacerlo reiteradamente. Hay que aprender a ser libres sexualmente y cuánto más, mejor. El capital sexual de una persona pasó a ser muy importante. Antes era ser virgen, hoy es tener mucha experiencia sexual. Está muy bien tener muchos orgasmos, lo que digo es que cuándo eso se vuelve una presión volvemos a estar reguladas —apunta Felitti.

Otro cambio de paradigma es la caída de la perfección por el ascenso de la atracción. “Ser sexy hoy es un valor y es un valor en alguna medida más democrático que la belleza. No importa tanto la foto sino la actitud”, realza Felitti. Y aporta: “Hay una tercera ola, a la que se llama *lipstick feminism*, que piensa que se puede ser feminista y estar en tacos altos, con maquillaje y habiéndose operado las tetas. No reniegan de la heterosexualidad y tampoco de

lo que implica el mercado de la belleza. Y para ellas pueden ser un punto de partida para la autoestima, la seguridad personal, el reconocimiento y el valor de la decisión individual. Por ejemplo, piensan que si yo decido una cirugía no es porque quiero modificar mi cuerpo para el varón sino porque yo tengo un proyecto de cuerpo, yo soy la que construye mi cuerpo igual que como ir al gimnasio porque me gusta gustarme”.

—¿Cuál sería el valor del neo erotismo?

—La posibilidad de concertar una cita en Tinder surge como si replicase la forma de encontrarse en un bar pero a partir de una aplicación. Se critica que solo ves la foto de la persona pero antes entrabas a un bar y también veías el cuerpo de una persona. Antes se seducía también a través de la imagen corporal pero, en todo caso, en movimiento. Ahora la imagen es congelada y más producida. Hay lugares de asesoramiento, “Tinder US”, que te cobran 50 dólares para seleccionarte cinco fotos y decirte una oración para poner en tu perfil. Hace unos meses en *Las/12* se replicó una nota de una joven canadiense que había puesto en su perfil que había recibido agresiones de varones en Tinder por poner “soy feminista”. Muchas feministas argentinas empezaron a discutir “yo nunca lo usé, pero...”. Y una de las preguntas fue: “¿qué hace una feminista en Tinder? Mi respuesta fue “coger”. No es un espacio de discusión política, sino un lugar de encuentro, que puede ser de sexo casual o no, porque más allá del objetivo de la aplicación los usuarios hacen lo que quieren con ella. En algunos casos buscan una amistad y en otros, sexo casual. También hay varones que se sienten discriminados en Tinder. Muchos varones publican en su perfil que no quieren ver a mujeres con la boca sopapita. No es la tecnología el problema, no es que la plataforma sea mala, al contrario, es democratizadora: facilita que mujeres y varones organicen un encuentro en tiempos donde es difícil encontrarse e, incluso, con cruce de clases: vos podés acceder a varones que están fuera de tu nivel de estudios, de tu clase o de tu profesión, no solo en kilómetros o biografía o trayectorias de vida.

—¿La mayor autonomía femenina y la búsqueda del placer genera fobia en muchos varones?

—Para algunos varones una mujer que abiertamente busca sexo casual es una mujer que amenaza un orden y a otros no les genera una reacción violenta sino incertidumbre y, muchas veces, no saben qué contestar o dónde ponerse, no necesariamente reaccionan con violencia o misoginia, sino con incomprensión. Estamos en un momento de muchos cambios entonces nadie sabe bien qué lugar ocupa. En los setenta vos conocías a una persona, te podías enamorar y, después, tenías relaciones sexuales y ahora primero tenes relaciones sexuales, después la conoces y –si es el caso– te enamorás.

Una de las posibilidades es correrse del mandato de la necesidad de estar en pareja o de una sexualidad indispensable. Y otra es todo lo contrario. Si se quiere algo, a buscarlo chicas, que ya sabemos que los deseos no se piden, se toman. Y se producen. “Tenía ganas de enamorarme. Así, medio goma como suena, pero era verdad. Y cuando me lo pude decir a mi me di cuenta de que tenía que poner manos a la obra. Si cuando quiero algo en el trabajo me ocupo, hablo con gente, pido consejos, si cuando necesito resolver algo en mi casa googleo, busco un tutorial, voy a la ferretería aunque el tipo que atiende me mire con desconfianza, compro lo que haga falta, y lo arreglo. ¿Cómo esto, mis ganas de amar, las voy a dejar libradas al azar? Si a todo le meto producción, ¿cómo voy a esperar la vida me sorprenda, que se resuelva solo? Decidí meterle producción al amor. Me baje las apps de encuentros (Tinder, Happn, Badoo) y le pedí a mis amigas que me presenten amigos interesantes, con quienes me podría llevar bien. Estuve dedicada a mis ganas de amar un tiempo, salía con varios chicos por semana, en general, me divertía, a veces no, me lleve algunas desilusiones, pero, por lo menos, estaba más cerca de lo que quería. Hasta que buceando en Tinder matcheé con Pablo, salimos una noche, la pasamos bárbaro, nos vimos de nuevo esa misma semana, y otra vez y otra vez y otra vez. Me había enamorado en la primera hora de la primera cita”, cuenta la periodista feminista Danila Saiegh y productora de *Futurock*.

Silvia Elizalde es licenciada en Comunicación Social, con una Maestría en Sociología y un Doctorado en Antropología. Es investigadora del CONICET con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ella explica:

—La recursividad de la orientación del deseo sexual es algo mucho más frecuente entre las chicas de lo que se cree. La mayoría entra varias veces al día, le da ok a muchas personas y luego evalúa con más calma si efectivamente tiene ganas de entrar en contacto. En ese caso, rápidamente, se pasan al Facebook y siguen por Whatsapp. También, admiten, al tiempo se aburren de “matchear” personas, desinstalan la aplicación y, recurrentemente, vuelven a instalarla, para que la rueda vuelva a girar. “¿Qué buscás?” es una pregunta directísima, que borra de un plumazo la insinuación velada del cortejo, volviéndolo obsoleto. Esto no significa que no se esté buscando, también, aunque no siempre, un encuentro donde la sexualidad tenga alguna base emocional de mayor calado.

Ella también escribió “Mis primeras 48 horas en Tinder. Hacia una sociología del espanto”: “Algunas apreciaciones generales sobre perfiles de hombres, de 40 a 50 años, que buscan mujeres, captados en un radio de 29 km a la redonda desde Belgrano. En un 70% están pelados. Un 50% se presenta en contextos de opulencia material, en lugares exóticos, junto a personas conocidas de la tele o

portando en primer plano marcas ABC1. La versión medio pelo de este perfil los muestra ante opíparos asados, platos gigantes de pastas o hamburguesas y litros de cerveza. También, simulando risueñamente que montarán un Audi o vistiendo chombas con el logo de Polo del tamaño de una araña pollito. Los que tienen ojos claros recortan de tal modo el detalle de esa parte de sus rostros que la foto se convierte en una superficie pixelada al infinito. Los que tienen pectorales y músculos marcados por gimnasio los exhiben sin miramientos. Los tatuados van en alza: un caso recurrente es la foto con un fragmento de brazo decorado y un par de ojos mirando fijo a la cámara. Hacen furor las pashminas alrededor del cuello, como quien no quiere la cosa. Los muy altos y los muy petisos aclaran de entrada cuánto miden. Ser “soltero y sin hijos” se exhibe como un triunfo o como sinónimo de “tipo sin rollos” y “sin ataduras”. Los principales objetos fálicos con que refuerzan su imagen son: 1) mástiles de embarcaciones; 2) motos tipo motocross o alta gama; 3) autos caros con largas trompas; 4) enormes habanos cubanos en la boca. La versión yin de esta virilidad tinderiana son los retratados junto a sus hijos pequeños, bebés en brazos; perros y gatitos chupeteando sus caras. La versión bufonesca la encarnan los fotografiados en pleno baile carioca, con peluca y tetas de plástico, los que deforman cómicamente sus caras y gestos, sacan la lengua, o ponen una imagen desopilante de otra cosa. El erotismo, te lo debo. Las infaltables *toilet-photos* no mejoran: las cortinas de baño, los rollos de papel, los cepillos de dientes y los consabidos azulejos insisten en aparecer en estas selfies en las que no hay modo de salir bien ni de invocar la sutileza. La versión glam de la auto-foto es la del ascensor, con flashes reventados en todos los costados. La estándar es la sacada en el interior del auto con ayuda del espejo retrovisor. Cuando el capital a mostrar es el simbólico los significantes invocados para señalar prestigio son: 1) en traje, en contexto de oficina, o en escena de disertación con micrófono y ante público; 2) anteojos y seriedad en actitud de lectura atenta; 3) con pilas de discos y/o libros atrás, de forma tal que se lean los nombres de las bandas o de los autores”.

Capítulo 10
LA MUJER INCOMPLETA

Guay con no desear ser madre

“No me casé, no tuve hijos, pero igual soy feliz”, dice el título de la entrevista a Paloma Herrera, de la edición del 16 de junio del 2016, de ¡Hola! Argentina del grupo de revistas de *La Nación*. El título ya apunta a todo lo que le falta, como si le faltara algo. Y a que se puede ser feliz a pesar de todo, como si una bailarina brillante tuviera que dar lástima por no ser una mujer de molde y quejas matinales para que lxs chicxs se despierten y nocturnas para que lxs chicxs se acuesten.

En la Argentina parece ser que no es negocio ser primera figura del ballet. A los 15 años Paloma Herrera entró al American Ballet Theatre (ABT) y a los 22 años llegó a ser primera bailarina en el Metropolitan Opera House, un logro que nunca había conseguido ninguna otra figura. Su popularidad en los Estados Unidos la llevó a ser tapa de la revista *The New York Times*. Cuando se presentó en la Argentina, a esa edad, sin embargo, tuvo un solo auspicio: Telecom, hoy tan en desuso como los teléfonos de línea. Pero la invisibilización de una mujer exitosa sigue en boga.

—¿Te intimida esta nueva vida? —la acobardan.

—No, no me gusta achicarme ante nada, soy muy mandada —replica como si el empoderamiento fuera una palabra que en las revistas del corazón no encaja, aún en el descorazonado siglo veintiuno.

Y da cátedra:

—En los momentos más decisivos de mi vida, jamás di un paso al costado por miedo. Tenía 15 años cuando llegué a Estados Unidos sin conocer el idioma y de una me mandé a tomar una clase en la *School of American Ballet*. Yo hice la vida como me pareció a mí y nunca me importó absolutamente nada.

Tanta libertad, autoestima alta, seguridad, confianza, disfrute y amor propio parecen una tentación para aleccionarla en todo lo que le falta.

—¿Quemaste etapas por apostar todo a tu carrera? —se pone maliciosa ¡Hola!

—Para nada, porque amo y amaba lo que hacía, no tenía ni una duda. De chica nunca fui a fiestas de 15 y tampoco tuve viaje de egresados. Y así y todo, nunca viví la danza como un sacrificio sino con un profundo placer. Ni por todo el oro del mundo hubiera renunciado al sueño de bailar —replica ella, como si un vestido blanco, una torta de pisos, una borrachera en Grisú y un sexo corto y esquivo con un coordinador somnoliento fueran escenas imperdibles para toda mujer que merezca llamarse mujer o que le cante una oda María Martha Serra

Lima.

Pero tanta libertad se paga. Al menos, con el precio de ser entrevistada y que te venga el espejito rebotín de tanta libertad de no aceptar pagar el precio de ninguna reunión de padres, ningún reto del pediatra porque el bebé engordó poco o el chico engordó mucho y ni siquiera un whatsapp de mamis para hacer un missing por un buzito verde.

—Casa nueva, vida nueva. ¿Y el amor? —la pregunta viene a ser casi como una mesaza de Mirtha Legrand en donde el tenedor se puede clavar en la yugular de las faltas.

—Todas mis relaciones siempre fueron a distancia: terminaba el ensayo un viernes y viajaba por el fin de semana y el lunes ya estaba de vuelta. Y a mí me encantaba esa vida. Nos encontrábamos en Japón, París, Nueva York y después me acompañaba a la Casablanca o de repente estábamos haciendo nada en Buenos Aires. Nunca me aburrí. Pero también pienso que por esa misma razón también me fue difícil mantener una relación. Tal vez ahora, con una vida más normal y estable, las cosas sean diferentes —tiene que admitir Paloma— que tuvo la gracia de nunca aburrirse, no saber el resoplo de cada mañana, el fastidio de verse sin ganas, el reto por no llamar al plomero o comprar las manzanas en la verdulería de una cuadra y no de la otra esquina.

Un año después, el 16 de abril del 2017, la entrevistaron en la revista *Caras* por su cargo de Directora del Ballet Estable del Teatro Colón. Ella actualizó su estado en enamorada y, también, barrió con los estigmas sobre la soledad: “En el amor muchas veces sentí que me defraudaban. Ahora aposté otra vez, y eso que estaba feliz sola, porque no necesito de otra persona para estar bien. Hay gente que dice: “Pobre, está sola”. No, yo cuando estaba sola lo hacía por elección”.

Sin embargo, el paredón de fusilamiento no se modificó. No es su corazón lo que preocupa, sino su libertad la que inquieta. De rarita a grande nada quedo afuera de la nota.

—¿A la maternidad ya renunció? —le preguntaron como si hubiera tenido que mandar un telegrama de renuncia.

—Tengo 41 años y tranquilamente podría intentarlo. Como nunca planeo nada, aceptaría las cosas tal como se presenten. No ser mamá fue una decisión total, no es que me olvidé, o que fue por el reloj biológico, o que la vida se me pasó volando. Soy consciente de que no tuve hijos por mi carrera, por mi forma de vida, me gusta mi libertad, por algo me llamo Paloma. Si pudiera volver el tiempo atrás, haría exactamente lo mismo. Nunca me imaginé mi carrera y mi vida con un hijo, no hubiese podido. Sé que suena raro para gente que sueña con su vestidito de novia, su día de casamiento, con tener hijos. Jamás fui así. Al contrario, hice todo al revés.

—Muchos la deben considerar “rara”... (empezando por las revistas que consideran que una mujer que no elige ser madre es rara).

—Exactamente, desde muy chiquita era rara, nunca me interesó encajar, ni en la moda, ni en nada. Iba con rodete al colegio y me cargaban. Siempre hice lo que quise, no para ser diferente, sino porque era así. Hubiese sido imposible mi vida con un chiquito.

No es la única. La escritora española Maruja Torres declaró: “No tengo instinto maternal. Me importa pensar que pasé por este mundo y alguien me leyó. Pero no creo en la reproducción”. La escritora y periodista Rosa Montero apunta: “Aunque haya otras mujeres que sí tienen hijos puedo asegurar que éste no será mi caso. El hecho de no tener hijos me permite hacer una vida mucho más libre”.

Una de cada diez argentinas no tiene hijos. Sin embargo, el primer feminismo no le dio lugar a esa transgresión. En el libro *Historia de las mujeres en la Argentina (Siglo XX)*, la historiadora (ya fallecida) Marcela María Alejandra Nari puntualizaba: “Las feministas aceptaron la maternidad como clave de la feminidad. Todas las mujeres, más allá de las diferencias sociales, compartían la capacidad y la experiencia de la maternidad. Era lo que las acercaba y las volvía idénticas. Era la plataforma de la solidaridad. Pero las feministas intentaron reformular la maternidad. No cuestionaron que constituyera una misión natural para las mujeres, pero fundamentalmente la consideraron una función social. Puesto que eran o podían ser madres no podía privarse a las mujeres de derechos civiles, sociales y políticos”.

“Mis recuerdos personales afirman que mi mamá estaba empecinada en el casamiento y el engorde y de las conversaciones de ella con sus amigas yo, aun adolescente, había sacado una conclusión definitiva: todas las mamás quieren ver a sus hijos fuera del ejército y a sus hijas camino al altar”, escribió la escritora (ya fallecida) María Esther de Miguel, en su biografía *Ayer, hoy, todavía*.

Hay muchas argentinas célebres que muestran un modelo de feminidad en donde la realización no está ligada a la maternidad. Por ejemplo, Silvia Quadrelli (integrante de Médicos del Mundo que actuó en la guerra de Irak y en la de Afganistán), Carmen Argibay (ex Jueza, ya fallecida, en el Tribunal Internacional de La Haya y la Corte Suprema de Justicia) o Mariana Weissman (física e investigadora que recibió el premio L’Oréal-Unesco For Women in Science).

La psicóloga Ana María Fernández y autora del libro *La mujer de la ilusión* subraya: “En este país hay un espejismo de igualdad por el ingreso masivo de las mujeres a la universidad y porque hay muchas profesionales de clase media que

hacen una vida independiente, sin embargo, los estereotipos de género siguen siendo muy marcados y no hay lugar en las relaciones amorosas para dos personas con igual protagonismo, por eso, también hay tantas mujeres solas”.

“Es cierto que con un hijo uno pierde libertad para montones de cosas y también que uno se pierde un montón de cosas por no tener un hijo, el problema es que la presión social marcaría que uno es el camino correcto y el otro no. El punto es que no tiene que estar el mandato pro maternidad, ni el no mandato, tiene que estar la posibilidad de elegir”, remarca la psicóloga Lilian Fischer.

Liberación o dependencia

Quiero que me entren para salirme de mí.

El fastidio del matrimonio tiene que ver con la posesión sobre tu tiempo, el reproche al andar, las conductas pecadas.

La liberación del deseo tiene que ver con encontrarte distinta cuando el encuentro te permite desencontrarte de vos misma.

No quiero ser la mujer del aeropuerto gritando delante de las hijas que no se va a comprar un perfume porque él no la deja calculando un permiso que pesa como un fastidio de tormentas en dónde no hay viaje que alcance para irse del encierro.

No quiero ser la que se calla las ganas de ir a comer un lomito frente a Figueroa Alcorta porque no va a llegar a fin de mes. Nunca llegué a fin de mes. Pero voy a comer lomitos a dónde se me canta. Y le doy a mis hijos todos los gustos que puedo. Más de los que puedo también. No hay precio que pague decidir sin ser juzgada.

No quiero ser la esposa que pide reporte, que pone mala cara, que ni siquiera con razón y justicia desordena las ganas por el desorden. No quiero ser la que fastidia.

Los gritos infunden el silencio. Y eso que heredé como una náusea contra la que me rebele no la quiero, no la quise nunca. No me quiero sumisa, pero tampoco mala.

No quiero ser resentida, aunque a veces el resentimiento me gana. No quiero pasar factura aunque me doy permiso de contar los sacrificios y vomitar las angustias, me los doy desde que temblé y prefiero las palabras y las lágrimas – que pasan– a los temblores que te intentan calmar con sedantes que no pasan, se quedan en el cuerpo y solo alimentan un miedo maldito que da hambre y descomponen el cuerpo de ansiedad para calmarte. No me calmo nada.

No quiero ser la que le echa la culpa al otro. Aunque algo de eso envidia.

Tener pareja es una suerte de lotería de no tener la culpa de todo, de repartir la volanteada, los fracasos, los sacrificios, que sino recaen solitos, como dice Vero Lorca, en una cama que solo conserva las propias migas. Y así también las migajas de la vida.

No quiero ser la que le pinchan la pelota para que no pese u ocupe espacio. La vida pesa, ocupa espacio, la vida se carga entre los dedos rojos. No hay viaje sin valija, sin mochila, no hay donde hamacarse si no hay hamaca portada desde Río o Bahía. No hay juego sin pelota, sin paletas, no se juega sin carga, no se viaje sin pasaje, no se descubre el paraíso, se come donde no hay cola, la felicidad a veces es desierta, rara vez, raro hallazgo y –muchas– como la muchedumbre peronista. Yo quiero socializar mi cuerpo con las masas y hacer de la felicidad una entrega en donde vale el peso, el pasaje, la paleta, jugar en el río en donde no se es más vivo sino que se está más vivo, con mi canasta de mimbre a cuestas.

No quiero que no me dejen festejar. Que me digan que es trabajo, que hay que servir a la gente, que me traigan una torta de justo el gusto que no me gusta y que me reprochen el soplido, en un cumpleaños en soledad, que me abruma por su falta de brillo. No quiero que me arrastren a oscurecer mi mirada y después me digan que mi mirada está oscura. No quiero tampoco enamorarme del baile, que me inviten y me lleven a pasear a dónde más me gusta, me paseen en el auto, me besen en el río, me seduzcan en la isla y me lleven a alquilar un parlante, hablen en un código masculino de carnicería que seduce mi ansia de alguien que me hable y yo calle, por un rato, por un juego y me hagan la fiesta más soñada, en donde el vestido azul puede tomar vuelo y yo saltar con las caderas girando a mis propias Yemanjá. No quiero que me abandonen al borde de mi cama y me digan que es mi culpa por preguntar. Vivo de preguntar y escribir. Y siempre me reprochan que escribo y pregunto. Qué curioso que no se den cuenta cómo y de qué vivo. No quiero que el baile sea peor que la Cenicienta en calabaza. Y la música se apague. Y con la música el cuerpo. Y no haya donde refugiarse del silencio de la vendetta de hacerte la fiesta del desprecio.

No quiero extrañar el pasado. Enterré a mis muertos. Al mayor en mis brazos. Qué vengan a buscarme a dónde guardo tu nombre como una reliquia que pronuncio día tras día en tu honor, de Benito a Benito, bendecidos por Dios o, al menos, por mi amor, que no es lo mismo, pero es lo mejor que tengo. Qué te fui a buscar cada día para llevarte a dar la vuelta por el Hospital Naval, con el papel de diario abajo, y te vi a Galán para ver si las novias y los novios tenían propiedades y se podían querer más. Yo te agarré sobre mis brazos en el baño y jamás te sentí frío pero se que te despediste de mí para que yo te despida. Se que

tu sonrisa al verme fue el regalo más grande. Jamás podré volver a sentirme tan útil en mi vida como cuando entraba al hospital y vos te reías. Y nunca hice un viaje tan largo como la cuadra que separaba el balcón del Boulevard Marítimo de la carpa en La Perla. Me necesitabas del brazo y compartíamos tejidos y una cocucha y a la tarde iba sola a comprar medialunas en Sao en una peatonal que deambulaba y escribía cartas a mis amigos y los recibía cuando ellos se iban de camping a Mar Chiquita. Yo los envidiaba como espiando una juventud perdida.

—Estoy muerto Lucianita, me dijiste el día que te agarro miedo de morirme y no hablaste en la cama, no fue un día, fueron dos. Y solo te levantaste para decirme eso, para anunciarme tu miedo, que nunca permitías, mientras la abuela gritaba que se quería morir y otras cosas horribles (que claro que pague caras de escuchar sintiéndome la buena nieta y la mejor enfermera) pero vos lo dijiste para decirme que a mí me lo ibas a contar. Y yo sentí ese privilegio. Sí que te extraño, abuelo. Casi no me dejaron agarrar de tu casa que habite para cuidarte los recuerdos. Vamos a decir que es lo que menos perdono de toda la ingratitud que nadie entiende. Pero a vos sí que te extraño abuelito, decirte “espíritu alto” y que sean palabras mágicas para levantarte y andar.

No quiero que me importe tanto el amor. Pero me importa. No quiero que entonces me reclame, me calme, me imponga, me desprecie, me huya, me venga. No quiero que sea un retorcijón o un espejo de mis demoras, duelos o deudas.

Quiero que el futuro no sea una cuenta pendiente

Y la liberación no se masculle en una tristeza que huye de la dependencia al deseo.

Querer, quiero.

Capítulo 11
LA INTIMIDAD ES POLÍTICA

El goce femenino en el paredón

El orgasmo es una conquista femenina de hace muy pocos años. El poder también. Y, por algo, los dos molestan. En 1952 se conquistó el voto y en la década del sesenta apareció la píldora, que permitió disfrutar sin tener que ser madre ni depender del *coitus interruptus* del varón.

El 7 de septiembre del 2012, la revista *Noticias* mostró a la (entonces) Presidenta Cristina Fernández de Kirchner en una clara posición de exaltación sexual con el cuello levantado y la boca abierta simulando un orgasmo y se interpelaba porque “cada día se muestra más desenfadada y sensual”. La acusación editorial era que su goce se debía a su autoritarismo y abuso de la cadena nacional.

“Históricamente las mujeres hemos sido condenadas por el goce y la tapa seguía condenando y poniendo como valor negativo el goce de las mujeres y el ejercicio del poder de una mujer con goce”, resaltó Juliana Di Tullio, ex diputada y Jefa del bloque del Frente para la Victoria.

El problema no era que se muestre que Cristina gozaba con el poder (si una Presidenta no gozara de ejercer el poder, ¿podría ser Presidenta? Si una maestra no gozara de enseñar, ¿podría ser maestra?) sino que el goce estaba asimilado con la perversión. Por lo tanto, el goce, como el poder femenino –y no sólo de Cristina Fernández de Kirchner sino de todas las mujeres, y de Cristina por su condición de mujer– estaban puesto en jaque.

La tapa fue acusada de violar la ley 26.485 para prevenir y erradicar la violencia contra las mujeres. Fabiana Túñez, entonces integrante de La Casa del Encuentro y actualmente Presidenta del Instituto Nacional de las Mujeres, enmarcó: “Es importante comenzar a entender desde los medios de comunicación que hay mensajes o imágenes que reproducen la violencia y que hacerlo promueve seguir sosteniendo las desigualdades estructurales que persisten entre varones y mujeres y que es la violencia el factor determinante para seguir sosteniendo esta cultura machista y patriarcal, que mata, golpea, viola y trafica mujeres y niñas en nuestro país”. Fabiana Tuñez junto a Perla Prigoshin y Norma Chiapparrone, patrocinadas por Luciana Gagniere, denunciaron, ante el Juzgado N° 65, a cargo de la jueza María Gabriela Fernández Zurita, por violencia mediática, la tapa donde la boca de Cristina se dibujaba abierta para cerrarles la boca a muchas mujeres.

Por otra parte, las entonces diputadas Juliana Di Tullio, Diana Conti y Teresa García presentaron un recurso de amparo que recayó, el 12 de septiembre del

2012, en el Juzgado Civil N° 61, de Adrián Miranda, para que la publicación se retractara y pudiera reparar el daño cometido por ejercer violencia simbólica, psicológica y mediática. Pero, además, la ex legisladora enmarcó: “No encontré antecedentes en el mundo de una situación así. Además hay que tener en cuenta que cuando en Bolivia atacan a Evo Morales por su condición de indígena atacan a los pueblos originarios. Si insultan a Obama por su condición de afrodescendiente, insultan a todos los afrodescendientes y si agreden a Cristina por ser mujer, agreden a todas las mujeres.”

En tanto, la diputada nacional, Victoria Donda, también repudió la tapa y relacionó los agravios a la Presidenta con las críticas que recibió cuando juró como legisladora con un vestido sensual. “Me parece absolutamente repudiable (la tapa de la revista). No solamente por la imagen en sí, sino porque el mensaje cuestiona fuerte el hecho de que una mujer tenga poder. Si una mujer detenta algún poder y encima se atreve a gozar, parece que debemos detenernos a hacer un análisis psicológico de ese goce. La forma en que la (ex) Presidenta ponga en práctica su poder se puede discutir, lo que sí es repudiable es el cuestionamiento misógino que contiene. Es algo que tengo claro, porque he vivido esa experiencia, por ejemplo, con los agravios que recibí en mi jura como diputada. Hay quienes se preocupan demasiado por mi imagen y sacan conclusiones absolutamente prejuiciosas y agraviantes. Y no viene sólo de los medios de comunicación, sino también de sectores políticos. Espero que aprendan a discutir ideas. Los prejuicios nos hacen miopes, sean de género o de cualquier otro tipo”, criticó.

La misoginia al desnudo

Ser mujer jode. Y que una mujer haya sido presidenta molestó. Los ataques fueron mucho más allá de sus políticas, las denuncias sobre ilícitos o las acusaciones legítimas por lo que se hizo o se dejó de hacer. El punto no fue atacar (y no es defender) a la ex Presidenta por su gestión, sino señalar cuando se metieron con lo personal (y lo personal claro que es político). La atacaron porque como mujer tendría que haber sido amable, conciliadora, humilde hasta la sumisión y generosa hasta la inmolación y, sin embargo, le gustaba el poder. Pero también la atacaron cuando se enfermó y –estratégicamente– delegó decisiones y, entonces, era débil por no acumular autoridad.

La doble crítica no fue a ella, sino que puede reconocerse en otras mujeres con poder (en su casa, en una escuela o en una empresa): o es muy autoritaria y entonces no es femenina o es poco autoritaria y entonces no sabe mandar. La

tapa de Noticias del orgasmo ejecutivo fue el climax de la demonización de la sexualidad femenina. Pero otra tapa mostraba otra demonización: la fragilidad. La fortaleza o la debilidad no importan. Lo que muestra la cara y reversa de la publicación es que cualquier lado de la moneda que caiga revela el machismo mediático.

En la tapa de *Noticias*, del 27 de diciembre del 2013, la foto mostraba a la ex Jefa de Estado desnuda, a través de técnicas de fotomontaje, y el foco apuntaba a retratarla vulnerable. El cuerpo de una mujer es suficiente envase para invocar debilitada a la máxima autoridad pública. “La reina está desnuda” fue el título de tapa. En principio, no era una reina. Y la diferencia era tan significativa como que se trata de una mandataria elegida por el voto popular y no por herencia o – como Máxima, la única reina argentina– por haberse casado con un príncipe.

Por lo demás, no estaba desnuda. La revista la tergiversa desnuda, que es bien diferente. Desnuda no, vestida tampoco. ¡Ni hablar cuando se puso calzas! La portación de lycra fue criticada por *La Nación* y *Clarín*, por no estar a la altura del protocolo –a pesar de que las usó en un acto popular en Ezeiza– y a la vez elogiada porque notaban que estaba más flaca. Y, en este país, la delgadez deja caer piropos hasta de los más férreos opositores.

La tapa del 27 de diciembre del 2013 fue exactamente opuesta a “El goce de Cristina”, del 7 de septiembre del 2012. Un año después se apeló a su sexualidad. Ya no para caricaturizarla gozando y todopoderosa (que eso era malo) sino para emparcharla desnuda y sin poder. A Cristina se la parodió por su cuerpo, su imagen, su maquillaje o su figura. No se trata de si ella mostró mucho o poco. O si otras muestran poco o mucho. Se trata de los cuerpos de las mujeres siempre interpelados. O golpeados.

En Brasil, Dilma Rousseff ganó su segundo mandato como Presidenta con 54 millones de votos, en octubre del 2014. No fueron elecciones aisladas. Solo en Sudamérica tres mujeres fueron elegidas por dos períodos (consecutivos en los casos de Cristina y Dilma y salteados en el caso de Michelle Bachelet), en tres países de una misma región y limítrofes con Argentina. En Europa no hay una situación similar. Y en Estados Unidos todavía ninguna mujer –después de la derrota de Hillary Clinton- llegó a la Casa Blanca. En Latinoamérica ya no quedan mandatarias.

Los logros de las Presidentas mujeres para las mujeres no son nulos y tienen peso. También son muchas las críticas y las faltas. Ya se sabe que una mujer no representa a todas las mujeres ni consiguen todos los derechos para las mujeres. La lectura fina es indispensable. Pero la lectura gruesa de la reacción machista continental después de la llegada al poder de tres mujeres es insoslayable.

La pobreza es negra y femenina

A Dilma la derrocaron en un golpe institucional, con el voto de 61 senadores. “El golpe tuvo una gramática misógina y machista”, recalcó la ex mandataria brasileña, el 11 de mayo del 2017, cuando recibió el Premio Rodolfo Walsh, en la Universidad de La Plata. Brasil votó a una mujer para ser presidenta, pero Michael Temer (que no fue votado) formó un gabinete exclusivo de varones como no pasaba desde la dictadura militar y quitó el Ministerio de la Mujer. “Es imposible hacer una política social sin considerar el papel de la mujer. La pobreza en Brasil tiene rostro femenino. Y la pobreza es negra. Es fundamental la igualdad racial y la igualdad de género”, destacó Dilma desde el estrado.

Dilma recordó, por ejemplo, esa pregunta que siempre le hacían desde el principio de su gobierno: “¿Es usted una mujer dura?”. “La mujer que llega al poder es una mujer dura, el hombre es fuerte; la mujer es frágil emocionalmente, el hombre es sensible; la mujer es trabajadora compulsiva, el hombre es un emprendedor creativo”, comparó el tratamiento desigual la ex mandataria que estuvo presa en 1966 y querían que fuera una lady suelta en Brasilia. En Chile, Bachelet deja el poder derrocada por la vuelta de la derecha. Pero, antes de irse, pisó el acelerador de género y logró que el aborto legal por causales (violación, riesgo de vida para la mujer o inviabilidad del embarazo) vuelva a ser un derecho. El dictador Augusto Pinochet había hecho exactamente lo inverso antes de irse: prohibir la interrupción voluntaria del embarazo en todos los casos.

En Argentina, Brasil y Chile, con distintas formas, las mujeres no lograron el aborto legal, la mayor bandera del feminismo para que las mujeres pudieran decidir. Bachelet tomo la causa y la llevo adelante y consiguió un aborto con causales, pero más restrictivo que en Argentina (donde las mujeres también pueden abortar si la continuidad del embarazo puede afectar su salud en un sentido físico o psíquico y eso equivale, entonces, a un aborto legal por causales para todos los casos). En Brasil se estableció un sistema de hospitales amigables en cada Estado donde las mujeres podían ir a interrumpir un embarazo producto de violación. Y en Argentina el Protocolo de Interrupción Voluntaria del Embarazo del Ministerio de Salud y el fallo F.A.L., de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, abrieron el acceso al aborto a todas las mujeres que lo necesiten. Pero sin que el aborto legal, como en Uruguay, sea ley, no pueda tener trabas ni obstáculos y pueda ser difundido a los cuatro vientos. En el resto de los países se avanzó en un aborto legal de letra chica y *sotto voce*. No es suficiente. No es poco. A veces se ve lo que falta. Y no se ve lo que jode todo lo que se avanzó.

Y que en el sur las mujeres llegaron a un poder que en el norte no o, al menos, no masivamente. Por un lado, las mujeres quedaron borradas del mapa del poder en Latinoamérica y, por otro lado, el *girl power* se siente más que nunca como un grito global. En el mismo momento, y contemporáneamente con el auge del feminismo, hay un choque de tiempos históricos al mismo tiempo, como eras geológicas que se superponen en un mismo tiempo y placas de piedras que se tocan y chocan simultáneamente.

¿Cómo se entienden las marchas masivas con el *pussy* en los puños y las primeras damas volviendo a dar lecciones de paso atrás y duelo de estilos? ¿Donald Trump ganó a pesar de su misoginia explícita o gracias a su misoginia explícita? Trump es la muestra, tal vez la más peligrosa, que el avance de las mujeres produce, simultáneamente, reacciones más machistas que nunca.

“El 53 por ciento de las mujeres blancas, en Estados Unidos, votó a (Donald) Trump. Una buena parte del electorado de Trump está compuesto por hombres de clase media y de clase obrera que se vieron amenazados por la cantidad de mujeres en roles que llaman rosas y que perdieron muchos puestos de trabajo. Eso hizo tambalear a la identidad clásica del hombre como proveedor. Ante la globalización y la localización externa de empresas, en muchos casos, el único ingreso de los hogares son las mujeres y eso puso en jaque a los varones. Además, ante la irrupción de los movimientos de mujeres, gays y minorías la izquierda apoyó a estos movimientos y los blancos vieron como las mujeres y los negros obtenían trabajos, de forma ilegítima para ellos, y la izquierda los apoyaba en una decadencia de la clase obrera. Jamás justifico esto, solo relato lo que veo: los hombres de clase media y obrera resucitan una misoginia porque se sienten humillados y buscan volver a sentirse orgullosos”, describe Eva Illouz.

Meritocracia versus culpocracia

La meritocracia es el mayor problema real de este tiempo contra la justicia social (y el feminismo, como dijo Malena Pichot en *Intrusos*, es justicia social). El feminismo no se explica sin justicia social y necesita de la justicia social para entenderse. Las mujeres tienen mérito, pero no pueden llegar solo por su mérito porque las condiciones laborales, económicas, familiares, sociales y subjetivas conspiran contra su ascenso, desarrollo y fidelidad. Los cupos, acciones afirmativas, promociones, políticas públicas son indispensables. O, como cuando se juega a la escondida o se trepa en la patria de la infancia, hacerse piecito: poner las dos manos juntas, entrecruzar el lazo de los dedos y hacer fuerza a la otra (no solo a las otras mujeres, sino, especialmente, a las más pobres, a las más

jóvenes o más viejas, a las negras o morochas, a las presas, a las lesbianas, a las analfabetas, a las madres adolescentes, a las originarias y a las trans) para que pueda subir y alcanzar el cielo de la igualdad. Pero la igualdad no llega sola, ni se trepa sin empujón y manos armando la escalera.

Por eso, aunque hay un feminismo más liberal y un feminismo más comunitario, el feminismo liberal al máximo es una contradicción, porque la igualdad necesita de la intervención social y del Estado y porque las que llegan, aun cuando lleguen con su propio empuje y mérito, nunca llegan solas y no deberían cerrar la puerta en su triunfo, sino abrirle la puerta a las otras.

En cambio, la idea de la exaltación del mérito propio (“Yo tengo lo que merezco y todo lo que tengo me lo gané solo”) que reina como contrapartida al lema del kirchnerismo “La patria es el otro” es una exaltación a un narcisismo exagerado y falaz. El feminismo destruye la idea de meritocracia –como paradigma de exclusión, no como capacidad y virtudes propias– porque ninguna justicia social ni de género se hace sola. Hay que hacer piecito a las mujeres y las trans para que la igualdad sea real. Si no hay acciones y políticas públicas la igualdad no derrama.

Salvo los jugadores de fútbol de Dinamarca o los presentadores millonarios de Reino Unido (que cedieron parte de su sueldo para las jugadoras dinamarquesas) casi nadie va y dice: “vengo a ceder mis privilegios”. Por eso el feminismo no es un manual de Condesas Chikoff contando donde poner el cuchillo y tenedor para que entremos todos. Y todas, sino el movimiento que primero hizo un paro (el 19 de octubre del 2016, con la bandera de “La CGT toma el té, las mujeres la calle”) y que nunca, en ningún gobierno, dejó de reclamar, pelear, pedir y debatir con y contra las políticas públicas.

La meritocracia, además, no solo valora el mérito de tener lo que se tiene, sino de tener lo que otros no tienen. Por eso, la cheta de Nordelta versus la Bristol no es solo una parodia de estética sin reposera. Es el regocijo de acceder a un bienestar visual (la laguna) al que otros no llegan frente al parquet levantado (incomprobable, según investigó Jorge Halperin) pero eficaz en el fuego del asado en la calle, el chori en la marcha y la costa como un paraíso compartido.

El bronceado nació como un modo de ostentar verano y descanso frente los cuerpos pálidos que no podían reposar en ninguna reposera. “A lo largo de la historia estar tostado era un signo de la gente que trabajaba y estaba expuesta al sol. Y, justamente por eso, entre las clases altas no estaba bien visto estar tostado. Al punto que mucha gente se manejaba en la calle con máscaras, como las que vemos en el Carnaval de Venecia, para que el sol no los tocara”, relató Claudio Martínez, diseñador e historiador de la moda.

La blancura era una ostentación de falta de trabajo bruto. Hasta que el bronceado paso a ser el carnet de tiempo libre panza arriba. “En los años ‘20 Coco Chanel pone de moda el color tostado en la piel. A partir de ahí gira la historia y lo que queda bien es estar bronceado. Así como, en un principio, las clases altas se protegían del sol para diferenciarse de las clases bajas, después, empiezan a mostrarse bronceadas también para diferenciarse y mostrar que podían veranear en St. Tropez o en Playa Grande”, enseñó Martínez.

El deseo clasista no está puesto en un objetivo –el sol– sino en que ese objetivo se diferencie del resto, sea esquivo para todo, el placer no es tener, sino que lxs otrxs no tengan. La queja y el voto son contra el otro como amenaza no solo a lo que se tiene, sino a que lo tengan todos. Y todas. El todas es, sin duda, una amenaza en sí misma.

La meritocracia es la ostentación del “porque yo lo valgo” como pregón capitalista. ¿Cuál es el sueño argentino sino ganarle al padre y a la mina?

Y el reverso de la meritocracia es la culpocracia. Y esa, esa sí que la conocemos las mujeres, la conocemos y la combatimos: tenía la pollera corta, el short muy ajustado para ir a buscar trabajo, no era una zona para volver a las cinco de la mañana, para qué fue sola a leer un libro a la playa, se hubiera buscado un tipo con plata, ella lo denunció y él se enloqueció, era una fanática de los boliches, si muestran el culo en Instagram después no se quejan si las violan.

Si te va bien es porque el mérito es solo tuyo, si te va mal es porque tenes la culpa.

El periodismo feminista extinguió el recurso de los crímenes pasionales y la idea de “ella se lo buscó”. Le quito la culpa a las mujeres y se la puso culpables.

El feminismo también abrió un camino que desde las Locas de Plaza de Mayo no permitió que digan que Santiago Maldonado se inmoló en el río, sino que huía de la represión a la protesta social de Gendarmería.

Las víctimas no son culpables. Nunca. Y nunca es Nunca Más.

Y los trabajadores y las trabajadoras despedidos, que no cobran sus sueldos, que se quedaron sin pan o sin su orgullo, sin el trabajo como fuente de vida y de placer, sin voz o que bajan la cabeza por el miedo a perder, no son culpables de sus empleadores ni de sus verdugos. Las víctimas no son culpables. No usaban pollera corta ni otra minifalda que la que quieran ponerse.

El feminismo es la antítesis de la meritocracia elitista y de la culpocracia que cree que se salva de algo cuando no se salva de nada. Para la culpocracia ni cabida.

Las mujeres y trans hicieron una revolución. Las revoluciones tienen tensiones, costos, fricciones, tensiones, retrocesos y embestidas. La línea de la

historia no va siempre hacía adelante e, incluso, las capas geológicas chocan, se alteran, se superponen con pasos de progreso, concientización o reclamos instalados con una revancha conservadora clara y global, de ISIS castigando a las niñas que estudian en Afganistán o Pakistán (como Malala Yousafza que sobrevivió, en el 2012, a un ataque de talibanes porque los atacantes del micro donde iba a la escuela creyeron que estaba muerta y en el 2014, con 17 años, ganó el Premio Nobel de la Paz), Donald Trump recortando el acceso a anticonceptivos dentro y fuera de Estados Unidos y Rusia legalizando la violencia familiar si no se pasa de un cachetazo al año.

Los femicidios en Argentina y Latinoamérica tampoco son cabos sueltos, muertes aisladas, violencias perdidas. Son la ofensiva de la crueldad contra la autonomía de las que ya no bajan la cabeza, ni resignan su propia llama.

Se condena a las mujeres, lesbianas, trans y que desean. Los medios de comunicación siguen repitiendo las estigmatizaciones más básicas: cómo iba vestida la chica, por qué razón fue a la casa de él, si eran novios, si usaba redes sociales, si había salido con un desconocido, si había ido a un departamento o si había comprado preservativos.

La era del post poder

Las mujeres hicieron una revolución durante el Siglo XX y el Siglo XXI. Los varones no. El hombre nuevo no fue nuevo. Las conquistas políticas y las revoluciones quedaron truncas, resisten lo mejor que pueden, perdieron por votos, se volvieron conservadoras o se renuevan.

No hay revolución de género sin revolución de clase y no hay revolución de clase sin revolución de género. Pero tampoco hay revolución si las más chicas tienen que repetir moldes y no pueden abrirse su propio camino. Y si en la revolución no hay baile no es mi revolución, ni la nuestra. El baile es el baile. Es que haya fiesta.

La llegada de las mujeres al poder fue una revolución que se dio, como en ningún otro lado, en Sudamérica. Es cierto que esa revolución mostró que se quedaba chica para revolucionar la vida de todas. No alcanza con que llegue una para democratizar la vida de muchas. Pero, de todas maneras, el efecto post llegada al poder se siente como un cimbronazo: la tierra que cruje, los sueños que vuelven como una pesadilla, la furia que quiere retroceder la historia.

Estos son tiempos post sísmicos: el poder ya no es cosa de varones y, tal vez como nunca, el poder se volvió a teñir de hegemónico, misógino y conservador, no solo en la Argentina, sino en el mundo y los derechos de la diversidad sexual

y el feminismo están intentando atar las conquistas a poder conquistar nuevas demandas. De Donald Trump a Vladimir Putin la ex guerra fría se parece en naturalizar la violencia y legislar a favor de un cachetazo a la esposa por año y cortar los fondos para anticonceptivos y aborto legal en el mundo. Ni el sueño americano, ni la revolución rusa ya sueñan con una igualdad que entierran bajo el mismo muro. La oposición a Occidente se les parece, sin grietas, en una violencia extrema y al volante de atentados constantes contra distintos móviles, pero también, contra todo acto de libertad de las mujeres y la voz de las niñas y adolescentes, como, por ejemplo, el ataque a Ariana Grande o el atentado a la Premio Nobel de la Paz Malala.

La lectura de la llegada a la cúspide del poder no es –ni debe ser– uniforme y homogénea. Críticas, denuncias judiciales, deudas pendientes (de género, de política, de liderazgos o construcciones de poder y corrupción) son parte de lo que se les achaca o del fin, también, de una idea de feminismo verticalista o idealista por el que una sola mujer en la meca más alta del poder cambiaría, como con una varita mágica, la realidad, sería más buena o generaría un domino de derechos para todas.

Aun así, con todas las miradas posibles, hay un dato que no puede ignorarse por mirar con lupa o no ser concesiva con una (o tres) presidentas por ser mujeres. La llegada de las mujeres al poder generó más derechos para las mujeres (aun con todo lo que faltó o no se impulsó) y, por sobre todo, rompió el techo de sueños para las niñas.

La historia –y más todavía la historia latinoamericana– a veces requiere de mirar la letra chica y a veces de no perderse en la lupa e ir a los grandes titulares. En ninguna otra región del mundo se logró que tres mujeres llegaran al máximo lugar de poder y por dos períodos de gobierno (y eso es más que una buena razón para entender el epicentro de un temblor en la estructura de poder machista.

Todavía –o más que nunca– sufrimos las consecuencias. No fueron solo ellas, pero ellas son un símbolo y un arribo al poder que no llegó por casualidad. Y que desbancó no solo a los varones del uso exclusivo del sillón de la presidencia, sino a otros de otros lugares. La igualdad no es solo un gesto amable. Es también, como se pide en el jardín de infantes, una ronda en la que tienen que entrar todos (y ese todos incluye a todas que tanta náusea causa como para ahora haberlo borrado de las palabras oficiales del Estado) e implica que los que estaban en esa ronda chica (el círculo rojo al decir macrista) tengan que correr una cola para atrás. Los privilegios no se ceden amablemente. Ni los privados ni los públicos, ni los de mayor ni los de menor poder. Y esa grieta hace estragos.

Capítulo 12
LA NUEVA LIBERACIÓN SEXUAL

No nos callamos más

El sexo por placer y el sexo por violencia, miedo y obligación no solo no tienen nada que ver. Son frontalmente opuestos. El consenso es la línea clara y divisoria entre el sexo como liberación y el sexo como opresión. El consenso incluye cada práctica (tener sexo con penetración, con preservativo, anal, colectivo, cuándo, cómo y con quienes). El no es no y cada sí es válido para el momento y el lugar. Ningún sí es para todo ni para siempre.

La primera liberación sexual fue en los sesenta con la píldora anticonceptiva que permitió tener sexo sin necesidad de procrear. Ser madre es un deseo muy diferente al deseo de gozar y multiplicar el cuerpo en orgasmos. La liberación sexual política y colectiva fue la anticoncepción gratuita (que en Argentina llegó por ley en 2002 y se implementó en 2003) que permitió que el derecho al goce no tuviera receta, ni selección de billeteras. Y la liberación sexual más acabada fue la que llegó post Ni Una Menos con el grito de las más jóvenes diciendo “No nos callamos más” y poniendo a cualquier situación de acoso, violencia y abuso afuera de sus camas.

La frase “No nos callamos más” la escribió Ariell Carolina Luján, de mirada magnética, un rostro al que el pelo parece sobrarle y por eso suele llevar un turbante y una fuerza imparable. Ariell conoció a Cristian Aldana, cantante de El Otro Yo, a los 13 años en un recital. En abril del 2004 (a sus 14 años) lo empezó a ver y a los 17 años convivió con él. Ella lo denunció en el 2011. Fue a Morón, a una comisaría en Congreso, paseó por oficiales y papeles. Nunca fue escuchada. En el verano del 2016 estaba en San Martín de Los Andes cuando se enteró de que iba a tocar El otro Yo. Tembló, lloró, sintió pánico. Pero agarró una cartulina y un marcador y escribió una frase que se convertiría en emblema de una época: “No nos callamos más”.

Ni Una Menos no fue en vano. Algo cambió que lo mismo que no era escuchado empezó a volverse intolerable y las que hablaban por separado se juntaron para decir basta.

—Me decía que era su esclava sexual. Me pegaba y no me respetaba. Yo era la que estaba adentro de casa y era la mujer. Me cogía como quería cuando quería, me cagaba a trompadas, tenía que tener la casa limpia y decía que las mujeres no podían ser músicas, describe Ariell.

Aldana está procesado por abuso sexual agravado por mediar acceso carnal y gravemente ultrajante, en concurso con corrupción de menores. A Ariell y a muchas de las otras denunciadas (contra él y otros cantantes de rock,

periodistas, militantes y actores) les cae la acusación de ser moralistas. O sea: si denuncian maltratos es porque se quiere poner al rock de sotana y no que el placer sea mutuo y respetuoso.

Si el rock & roll deja de tener camarines salvajes, alaridos de placer y noches de erotismo furtivo el feminismo viene a poner un corset censor al espíritu libertino de una música creada por la cultura de la transgresión. La diferencia es crucial. La violación es la némesis del placer y las mujeres no son un objeto de crueldad para el placer unilateral masculino. No hay rebeldía (sino tradición) contra las mujeres y no hay revolución sin un placer compartido.

No es cierto que el sexo de roce sea igual al sexo forzado.

—No había placer, —sentencia Felicitas Marafioti, otra de las víctimas y denunciantes de Aldana, que lo conoció cuando tenía 14 años.

—Hoy, de grande, con toda esta mierda que empezamos a vivir, recién estoy explorando el sexo, con amor. Lo que pasaba antes no era amor, no era placer. Desde el prejuicio dicen “Estas pendejas calientes que iban a la casa del chabón” y yo no sabía ni siquiera que era mojarme. No tenía ninguna experiencia sexual y no sabía cómo tenía que estar para poder tener relaciones. No llegaba ni a lubricarme y él se pasaba la mano por la lengua para poder realizar la penetración porque solo le importaba su placer. Yo no entendía nada cuando lo veía, creía que era natural y, en realidad, no era así. Eso muestra que no había consentimiento, tampoco físico porque mi cuerpo no reaccionaba. Él sabía que mi cuerpo no estaba preparado para una relación y que no había ningún placer en mi cuerpo. Pero no le importaba. Era mi primera experiencia. No sabía ni cómo era, explícita y lo explícita para que la violencia y el placer no se confundan.

La violencia se da frente a chicas deseantes, a veces vulnerables, pero, fundamentalmente, que van por su deseo. La violencia, en cambio, se vuelve perversión y desecha potenciar el deseo por dos, sino encontrar el lugar en donde el deseo se hunde y se convierte en dolor y humillación, ese lugar en el que la mujer que quiere tener sexo no lo quiere, con quien no lo quiere, cuando no lo quiere o donde no lo quiere. No es la regla. Pero no se trata de fenómenos aislados, sino de una reacción violenta frente a chicas que desean y de un ensañamiento frente a ese deseo.

Otra forma de condenar a las mujeres deseantes son las violaciones masivas que se están produciendo en muchas partes del mundo, desde Brasil, Perú, India y Argentina. En Córdoba, en un barrio popular de Villa María, resonó la historia que se repite una y otra vez. Una chica va a un boliche y se quiere ir con un chico. Ella no se entrega, no concede, no da su cuerpo, no acepta un deseo del otro ni se hace desear. No solo no es la era de la virginidad y de la prueba de amor —el sexo— que se daba a un hombre que la quería como un regalo. Tampoco

es el sexo libre como rebeldía a una sociedad encorsetada y moralista que ponía a las mujeres gozosas en un aura de libertinaje clandestino de todo molde. Ahora el sexo es libre y explícito, canje, mercadería, presión, imposición o norma. Las chicas ya nacieron con su libertad bajo el brazo, no la conquistan. Sin embargo, su libertad tiene precios y no encuentra un lugar que fluya sin costos. Los mandatos son múltiples (ser sexy, no ser ultra sexy, tener novio, no tener muchos novios) y contradictorios. “No es deseable que una adolescente sea virgen y si una mujer cambia mucho de parejas es calificada de puta. En realidad, hay una ausencia de una figura femenina sexualmente positiva. No hay una alternativa positiva a la puta. La imagen positiva del varón es ser ganador, pero no hay ninguna posibilidad de que una mujer sea ganadora. Los mismos comportamientos que vuelven ganador a un varón, vuelven puta a una mujer. Las chicas no pueden construir una imagen sexual positiva”, enmarca Daniel Jones en el libro “Sexualidades adolescentes (amor, placer y control en la Argentina contemporánea)” de ediciones Ciccus y Clacso.

A los chicos en cambio –gran deuda pendiente– les enseñan el mismo manual de la masculinidad que cuando se iniciaban sexualmente en el prostíbulo en donde la transacción habilitaba el goce pagando a cambio un precio pero no dando a cambio ni cuidado ni goce mutuo. Los chicos ahora tienen que responder a chicas que quieren tener sexo y que no solo conceden sexo con ellas. A ellos no se les enseña que también pueden pedir, fallar, experimentar, explorarse, dar y recibir placer, sino que se cachetea su masculinidad en una sexualidad erecta y sin grietas. Sin dudas, la falta de revisión de masculinidades más gozosas y menos presionadas y resultadistas, es una de las grandes (o chicas, para no poner todo en términos de tamaño) deudas pendientes. Desatar la corbata (o el moño) que casi ahorca a los varones (por ejemplo en las fiestas de 15) implica, también, que el sexo para ellos sea una opción y no una carga.

—Las chicas tienen la imagen de que los varones están siempre sexualmente disponibles y con ganas. Y tampoco es cierto. La disponibilidad sexual permanente sigue operando como mandato pero no como realidad —distingue Jones.

Mientras que a las chicas se les muestra un espejo mediático de moldes delgados y exuberantes a los que no les falta ni les sobra nada y que bebotean con el dedo pulgar como si fueran una imitación demodé de maestra jardinera a la que la inocencia la revalida sexy.

El periodismo de género desterró la idea de crimen pasional y la revirtió por femicidio. La pasión es sagrada, la muerte es aberrante. Frente a la violencia pasa lo mismo. El deseo vengativo no es deseo, es anti deseo. Los varones tienen derecho a desear y no desear, las chicas también. La seducción puede arrastrar

fracaso, dolor y fricción. El erotismo no es un trato que se cierra con un choque de manos o una firma. Hay gustos, piel, química, fiascos, malentendidos, fricciones, enamoramientos, distancias. Ni el amor ni el erotismo son acuerdos distantes y equitativos. “El amor no duele” fue un lema que escribí para una campaña de prevención de la violencia de género entre adolescentes. Me retracto. Me retracto porque no es cierto. A veces el amor duele. Y puede doler y ser injusto y clavar un dolor que no tiene lógica como, muchas veces, no la tiene el amor o la piel o el goce o los celos (aunque sí, también, sean fruto de mandatos, desamparos y desamores culturales y familiares más allá de los vínculos amorosos) y dejar sin hambre o despertar el sueño o sentir que se cae el mundo. El amor puede doler y el goce puede ser una fiesta. Pero no pueden ser violentos. No pueden buscar el dolor, ni la posesión, ni el control sobre la otra persona. Ni de varones, ni de mujeres, ni de mujeres sobre mujeres, entre muchos –todos– los cruces posibles.

Pero, por condiciones físicas, sociales, culturales, emocionales y económicas, las mujeres, trans y chicas, son más vulnerables. Y la violencia machista es justamente eso: montarse a la diferencia de poder y hacer valer eso para dominar a las más débiles. Eso, eso *no way*.

El deseo y la pasión son la sangre de la vida, el motor, el horizonte por donde o a dónde se camina. Por eso, los crímenes no son pasionales y la violencia no es deseo. La pasión y el deseo no se manchan. Y si se manchan es solo para pasarla bien. Y pasarla bien *tuttis*.

La desconfianza

Hay que escribir en caliente, digo

Y lo que digo fue mi infierno y mi salvación.

De la maternidad y de dar taller me gusta que se parecen.

Un poco más de autoritarismo del que me permito, un cariño que se parece a aplaudir por un texto vuelto hijx y orgullo, conocer las letras como pasos que avanzan cuando el suelo todavía no se sostiene por los propios pies y una intuición en la que confío como una ráfaga loca que me hizo avanzar ciegamente contra cualquier obstáculo y que me derriba con un brisa que parecería indiferente.

Digo caliente y digo caliente.

Voy diez líneas y ya se que destruí la atención de un tipo. Este puede ser un gran texto y un pésimo correo. Esa tensión me hunde.

Me quieren leer algunas mujeres. Me dejan de leer muchos varones.

Pueden decirme que no me importe. A mí me duele.

—¿Por qué estas nerviosa? —me preguntó.

—Porque me gustas —le dije.

—¿Por qué va a ser? —agregué con la decisión de inmolarme: hacer de lo que no se dice letra dicha que retumbe como un tabú que deja de ser muteado.

No me tiembla el pulso casi nunca. Pero si alguien me gusta quiero gustarle.

La escritura es un acto de fe. Y con esa fe escribo para que algo cambie: para que la liberación del deseo femenino, no sea una condena por desear.

Yo servía la carne en un ritual que adoro y tenía la tensión puesta en la puta bronca de las papas crudas aguándome la fiesta. Solo faltaba un poco más de fuego después de coger sin precalentamientos. Me aburre un poco que ahora se hayan develado los manuales —ciertos— de la sexualidad femenina y del sexo oral elijo el de las palabras calientes. El sexo atropellado es una forma de develarme.

—Esperame —me escribió con el teléfono incendiado.

Y eso, es otra de las cosas que me gustaron: que me hablara de Bahía como una magia en la que me siento viva y en vestido verde de mar salpicada y con el culo fuerte entre la arena picante de música que es calle en todo fondo; que escribas de su madre vieja y la reivindiques por parar la olla porque en esa frase divisé una categoría política: algo más que una cuestión de clase que la izquierda y las encuestas podrían definir por C2 o ABC1 o clase obrera y oligarquía y como concesión una burguesía chanchita. Parar la olla es la razón de las minas que laburamos para llevar la comida y que si no laburamos o cobramos por nuestro laburo —que tantas veces y cada vez más no son lo mismo— no hay morfi aunque sea queso brie (Mariana Nannis capitana) o mortadela. Parar la olla es la razón por la que no escribí libros y llené tantas notas que ya no entran en mi casa. Escribo si eso se transforma en algo que va a la olla. A la olla y al postre.

Hasta ahora.

Al deseo todavía lo estoy pispeando, no le tengo sacada todas las fichas. Tanto desencuentro no genera experiencia, sino una simulación mojígata. Corta el viaje a la primera parada.

El deseo se convierte en mujeres salteadas al paso por sexos esquivos que no llegan ni a amalgamar los cuerpos.

Un sexo nómade que se cambia de cama, se va antes que se estiren las sábanas, pero que no llega a conocer sus propias montañas, mojarse en sus ríos y hartarse de los ojos en el mismo punto fijo. No hice tríos, ni fui a lugares intensos, qué linda la palabra intensos. Esa es una maldad de la época. Cómo me calientan los tipos que chatean al filo. Y es también lo peor de los tipos

esquivos. Cómo pispear el deseo si no te dan la mano cuando te gusta un deseo de una mano que no sea la tuya.

El deseo se construye por mandatos. Pero yo elijo los míos y no quiero domarlos sino descabellarlos. Hacerles honor, como al dulce de leche que heredé de padre, en un trono que cultivo con ínfulas orgullo. Las copas de colores que mi abuelo trajo de un viaje a Praga al que se había ido solo y en barco y que yo me gané piqueteando en la casa de Ángel Gallardo porque se la ponían a los invitados y a mí no y me las quede entre los nietos como única reliquia.

De las autonomías que logré por convicción o que tuve que construir por necesidad (la mayoría, vamos) no quiero renegar la del fuego y la del sexo. El asado, las chispas, la carne son un deseo explícito de cortejo. Son como el olor del quebracho.

Le dejo al varón la posesión de acabarme que no la tomo por mis astas y le dejo al sexo la posesión de enloquecerme que no le doy al vino ni a las drogas.

No se me ocurre ya pensar a un mundo ni a mí misma con celos enfermizos, ser parte de otro, ser o dejar de ser y hacer. No soy sumisa ni devota ni de nadie. Es como ya no ser esclavas. O no depender del Virreynato del Río de la Plata. No lo escribimos ante cada nota que escribimos sobre la democracia y las relaciones con España.

Pero no me gusta que me entreguen. Y me gusta que quieran darme placer, sentirse dueños de esa ilógica posesión sobre mi goce en mi cuerpo, que me quieran suya por eso rato en que complazco y me rindo ante el grito de ser enredada por una fuerza frente a la cual no puedo quedarme muda. Por eso, por eso también escribo.

Quiero que quieran que no esté con otros, y que me digan que soy linda o les gusto o algunas de esas bobadas tan incongruentes como el sexo. Que de débil, nada. A veces la palabra putita es una de esas formas de sentir que está legitimada en el lenguaje censurado de la cama descariñada.

Eso me gustó de él, pero no que desconfiara por ser abstemia.

Es cierto, claro, que las abstemias tenemos miedo a algún abismo frente al que preferimos no mojarnos los labios.

La desconfianza, es una de las claves de esta época.

Ser amantes no es una novedad. El sexo efímero menos.

Para la resaca chota del sexo desconfiado no hace falta vino.

Capítulo 13
CHICAS FIESTERAS

Una revolución, una revancha

“Estamos en la revolución de las mujeres, pero así como nosotras liberamos potencias, hay un reordenamiento de los roles de género. Y hay una crisis de las masculinidades pero las crisis no siempre significan fin de una etapa, muchas veces son un reacomodo de las piezas. Hay masculinidades que se repiensean pero otras se vuelven más agresivas. Y en ese proceso hay una nueva forma de disciplinarnos, una nueva forma de marcarnos cuándo, cómo, de qué manera desear. Hay un neo machismo, un neo patriarcado que busca restablecer esos mandatos sociales de pasividad social que se espera de nosotras. Entre las pibas cuya autonomía pasa por el deseo, por disfrutar de sus propios cuerpos y estas masculinidades que no se repiensean, está la violencia machista en forma de venganza y ahí aparecen la violación cruenta y el femicidio con femicidios cada vez más crueles”, define la periodista Florencia Alcaraz.

Ella escribió la nota “No la buscaron (el femicidio de Araceli Fulles)”, el 28 de abril del 2017, en *Anfibia*, en donde grafica: “Las pibas asesinadas, además de la edad, tienen algo en común: aparecen muertas después de protagonizar escenas de placer, de puro goce mundano como ir a bailar, comer un asado, disfrutar con otros amigos o amigas. Frente a esos cuerpos femeninos empoderados y deseantes y los machos que las matan hay un hiato. Y en ese hueco encuentra lugar el femicidio. Un desfase entre las pibas y las masculinidades prepotentes”.

Florencia tiene 32 años, es periodista e integrante de Ni Una Menos. Es una chica matancera, con calle más allá de la General Paz, kiosco y el padre continental en Malvinas. Es una morocha fuego, lúcida e inclaudicable. Ella es la alma mater de la frase “Todas somos fanáticas de los boliches”, una frase que resume a un periodismo feminista que reivindica el goce de las pibas. Las que van de fiesta, las que salen de gira sin rumbo, las de una generación de un feminismo de mini short, sin reglas ni modales. A ellas, muchas veces, les cobran en cuerpo propio la venganza de la violencia. Una violencia que no es igual en Europa, Estados Unidos o Asia. El #MeToo no es igual para todas. Las latinas, las pobres, las marginadas y las jóvenes sufren más la revancha. A ellas no les pasa también. Les pasa más.

La mirada de género implica saber que les pasa a todas las mujeres, de todas las clases, de todos los lugares, de todos los oficios, de todos los sectores culturales. Pero, también, que hay que tener en cuenta la clase, el territorio, la raza y la edad. El tercer mundo existe. El machismo también. Y el machismo

periférico contra las chicas es más heavy.

La revancha machista

Las chicas son fiesteras y por eso las violan. Si no están rasgadas o se exponen al asesinato no se les cree. Si querían tener sexo, ir a un boliche, irse con el que les gustaba se lo merecen. Si se toman un taxi o un cabify se la buscaron. Así se expresa la revancha machista contra las pibas libres. “Todas somos fanáticas de los boliches”, dice Florencia Alcaraz en una frase que es bandera. De todas. Y ojito que si lxs secundarios toman los colegios porque los quieren mano de obra barata y duermen o cantan, o pasillean y discuten y marchan es porque quieren jugar a la play o rascarse y no freír papas fritas sin derechos laborales y sin ser escuchados. No alcanza con tener visión de clase, no alcanza con tener visión de género. Si no se piensa con perspectiva etárea y se defiende la autonomía de las y los adolescentes para pensar, pelear, divertirse, gozar, equivocarse, decidir, hablar, caminar, elegir su futuro o ser protagonistas no alcanza.

La campaña del miedo es la campaña por la que parece que la culpa siempre es de los pibes y de las pibas.

El cuento de caperucita

A. no tendría que haber ido a un bosquecillo y hacer dibujos en su diario íntimo; M. cambiar de novio; D. ponerse short blanco; M. tener cinco cuentas de Facebook; A. volver de gimnasia por unas cuadas con muchos trabajadores a la vista; M. ser una fanática de los boliches; L. ir a leer un libro a la playa; A. no llegar más temprano a su casa; D. ir a hacer mandados en la moto de su vecino; L. cruzar la vía del tren cuando volvía de lo de su abuela; M.S. salir con un hombre casado; L. ir a la casa de los que conocía de la puerta de la escuela; M. y M. viajar como mochileras y B. salir a dar una vuelta de noche. A las jóvenes asesinadas en la Argentina, los medios y la Justicia, siempre les recargan la muerte con el doble gatillo fácil del prejuicio sobre su muerte. Ellas se lo buscaron. Por caminar, buscar, bailar, viajar, hablar, dibujar, leer, vestirse, desvestirse, amar, probar, estar bien, estar mal, intentar, pasear, experimentar, girar, necesitar, conectarse, pasear, intentar, salir y, por sobre todas las cosas, por desear.

Algo habrán hecho, se repite como lápida de justificación sobre su asesinato. Y no. Son víctimas, no culpables. Son asesinadas, no inmoladas. Las mataron,

no se mataron. La responsabilidad sobre su muerte es de sus asesinos y del Estado, no de ellas. No son obsesivas, traviesas, infieles, drogadictas, putas, borrachas, zarpadas, rebeldes. No son ángeles ni demonios. No importa qué hacen o dejan de hacer, qué gustan o degustan, qué toman o fuman, qué gozan o padecen. No son ni tienen que ser santas para que su muerte duela y su vida valga.

En Argentina tres de cada diez femicidios tiene como víctimas a chicas de entre 11 y 25 años a las que se quita entre sesenta y cincuenta años de expectativa de vida, según el registro de las Mujeres de la Matria Latinoamericana (Mumala). Pero la cobertura mediática las muestra con la tierra o el cemento sobre sus cuerpos, la selfie sobre las bolsas en las que envolvieron su respiro, la saña sobre sus uñas y el lamento sobre su falta. Pero instiga la pala de más tierra sobre sus vidas echando culpa y más culpa sobre las chicas. No era su destino. No era su responsabilidad. No estaba cantado. Había que salvarlas.

En la A están Araceli y Anahí. Sus historias son parte de la primera letra para contar que los femicidios de las jóvenes no son una casualidad permanente. Araceli Fulles tenía 22 años. Salió de su casa, en Villa Ballester, en la Provincia de Buenos Aires, el 1 de abril del 2017, a la madrugada y, a las 7 de la mañana del domingo, le dijo a su mamá que la espere para tomar mate. La encontraron descuartizada y tapada con cal y escombros, el 27 de abril, en la casa de Darío Badaracco. El cemento no era lo único que tapaba el cuerpo de la joven. Badaracco había sido interrogado por la justicia tres veces durante la búsqueda de Araceli y había relatado que tuvo sexo con ella en un camión, pero siempre había quedado libre, a pesar de los rastros de ADN.

Mientras que los policías que debían encontrar viva a Araceli tenían conexión con quienes terminaron imputados por su muerte. El subcomisario Hernán Humbert, el oficial José Gabriel Herlein y Elián Ismael Ávalos fueron desplazados de la fuerza de seguridad cuando se encontró el cadáver de la joven. El policía Ávalos es uno de los que recibió la denuncia de la desaparición de Araceli y, a su vez, es el hermano de Jonathan y Emanuel Ávalos dos de los hombres que participaron en su crimen. Anahí Benítez tenía 16 años. El sábado 29 de julio del 2017, a las 17, salió a dar una vuelta al parque Eva Perón, en Lomas de Zamora, una zona de la periferia sur de la Provincia de Buenos Aires. Nadie la vio. Nunca volvió. El domingo las chicas del Centro de Estudiantes de la Escuela Normal Superior Antonio Mentruyt (ENAM) la empezaron a buscar con carteles en el barrio, en las redes sociales, en la calle y en la televisión. No la encontraron viva, sino bajo tierra. El viernes 4 de agosto un perro olfateó su olor bajo el césped de la Reserva Natural Santa Catalina. Anahí fue la muerta número 173 del 2017, según el relevamiento de la organización Mujeres de la Matria

Latinoamericana (MuMaLá) que contabiliza los asesinatos publicados en los medios de comunicación.

Las jóvenes son las más vulnerables. Seis de cada diez asesinadas son menores a 40 años: el 49 por ciento de las víctimas tiene entre 21 y 40 años el 13 por ciento de 16 a 20 años. El 22 por ciento tiene entre 41 y 60 años. El 7 por ciento de las víctimas tiene más de 60 años. Y el 6 por ciento de las chicas que es asesinada tiene menos de 16 años.

La violencia contra las más jóvenes no es un dardo igual en todo el mundo. En España fueron asesinadas 69 mujeres, según el monitoreo de Femicidio.Net y en Argentina 173, con una población prácticamente similar (de 43,8 millones de habitantes en Argentina y 46,5 millones de habitantes en España). Pero en el país europeo solo 7 víctimas tenían entre 11 y 25 años (menos del diez por ciento) y en la nación sudamericana 52 (treinta por ciento). La diferencia no es sólo geográfica.

En el sur las jóvenes corren más peligro por nacer mujeres. Las razones son complejas pero en la trama del peligro inciden la vulnerabilidad económica y social, la pobreza, la incidencia de códigos machistas del narcotráfico, la corrupción policial, la falta de perspectiva de género de la justicia y la falta de políticas públicas pensadas para las más chicas.

“Los distintos registros estadísticos coinciden en que el femicidio con víctimas menores de 30 años de edad aumentó. Según el registro de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, los caso de víctimas entre 12 a 24 años se duplicó, en algunas jurisdicciones, entre 2013/2015 y 2016/ 2017. Si miramos los datos elaborados por la Corte Suprema de Justicia de la Nación, en su registro en la franja de 11 a 20 años, entre 2014 y 2016, el femicidio se triplicó en la provincia de Buenos Aires, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Mendoza y Córdoba. Finalmente, según la Unidad Fiscal Especializada en Violencia contra las Mujeres (UFEM), en septiembre de 2017, el 54 por ciento de las víctimas de la Ciudad Autónoma tenían entre 18 y 29 años”, señala la abogada feminista Ile Arduino, integrante del Instituto de Estudios comparados en Ciencias Penales y Sociales (INECIP).

“¿Nos está diciendo algo acerca de cómo unas ciertas formas de la masculinidad definida como hegemónica se articulan reactivamente cuando un cierto orden jerárquico se siente amenazado con solo poner luz sobre los privilegios que engendra? ¿Cuánto de la lógica del disciplinamiento frente a las disputas por las libertades más elementales se puede avizorar a partir de la profundización sobre esos datos?”, se pregunta Arduino.

Las jóvenes están más acorraladas en su libertad y en su derecho a vivir, caminar, bailar y gozar. La violencia de género en Argentina es, en la mayoría de

los casos, de parejas o ex parejas contra sus mujeres. Pero no es la única forma de la violencia machista y hay fuertes diferencias por edad: a las más chicas las atacan vecinos, desconocidos u otro tipo de agresores, no solo, ni mayoritariamente, sus novios o ex novios.

¿Por qué los perros buscan cadáveres?

—Si nos hubieran escuchado, Anahí podría haber aparecido con vida. Ya es tarde. Pero tienen que escuchar a los pibes –reclama Sofía Montenegro, Presidenta del Centro de Estudiantes de la Escuela Normal Superior Antonio Mentruyt (ENAM, de Banfield), de 17 años, sobre el femicidio de Anahí Benítez, de 16 años. Sofía habla por ella y por muchxs. Es la voz de las hijas de Ni Una Menos, las que fueron a las marchas a partir del 3 de junio del 2015, foguearon la creación de comisiones de género en cada centro de estudiantes y ya no esperan, sino que reclaman ante la desaparición de sus compañeras.

Anahí Benítez fue encontrada el viernes 4 de agosto del 2017, en la Reserva Natural Santa Catalina, de Lomas de Zamora. Estuvo con vida mientras sus compañerxs de colegio se movilizaron desde que no se supo de ella, el sábado 29 de julio, a las 17 horas. “¿Por qué los perros siempre son buscados para buscar muertos?”, se preguntó la Profesora Verónica Reynoso, de la ENAM, que fue profesora de Anahí en tercer año”.

A partir del hallazgo del cuerpo de Anahí el dolor arrasó con los chicos y chicas y profesores. Pero también la sorpresa. El profesor de Matemática Leonardo Agostino fue detenido la madrugada del sábado y liberado en las primeras horas del martes 8 de agosto. Pero la fiscal –supuestamente especializada en violencia de género, de Lomas de Zamora– Verónica Pérez divulgó datos de cuadernos y el diario íntimo de Anahí sobre sus escritos y dibujos y tildó de “obsesión” la relación de Anahí con su docente. Una fuente judicial informó que hubo presiones del Ministerio de Seguridad de la Nación para que haya un detenido en la causa que llevaron a la detención temprana del docente. Mientras que, el lunes 7 de agosto, se arrestó a Marcos Esteban Bazán (34), que vive en una casilla cercana al lugar donde se encontró el cuerpo de Anahí, por las señas en el olfato de un perro prestado por la Municipalidad de Escobar. La fiscal Pérez divulgó el diario íntimo de Anahí a pesar de que la Convención sobre los Derechos del Niño/a (Ley 23.849) prohíbe que ningún niño/a sea objeto de injerencias arbitrarias o ilegales sobre su correspondencia, su vida privada y su reputación. La misma fiscal afirmó ante cámaras que “la nena tenía una obsesión con el profesor” por datos de sus cuadernos y aseguró a

los medios de comunicación que el lugar donde encontraron asesinada a Anahí “no es una zona para ir a caminar sola, pero el grupo de amigos de Anahí lo hacía, con esa picardía de ‘estoy en el bosque de noche’”. Las declaraciones incumplen con las recomendaciones del *Modelo de Protocolo latinoamericano de investigación de las muertes violentas de mujeres por razones de género*, de Naciones Unidas, que impone la obligación de poner fin a la aplicación de estereotipos de género negativos como que las adolescentes no pueden disponer libremente del espacio público de noche.

La idea que estar en el bosque sola es una picardía no es un invento de una fiscal, sino un cuento clásico, pero clásico porque fue una forma de dominar a las mujeres y dejar quietas y encerradas a las chicas. En el libro *Otra caperucita roja*, de Juan Scaliter y Dalia Iglesias, de la colección Anticlásicos, de la Editorial Chirimbote, se cuestiona que la lección moral de Caperucita era no salir y no hablar con desconocidos, simbolizados en lobo feroz (que siempre era vencido por un hombre rescatador serial). El libro propone una rebelión de Caperucitas valientes que trepan a los árboles y salen a la hora de las estrellas en alianza con sus abuelas (no castradoras). Y resalta: “Las protagonistas son dos mujeres, al comienzo y al final de la vida. Una de ellas se atreve a ir sola por el bosque, la otra vive sola en él. Los hombres que escribieron estos cuentos tenían miedo de ese tipo de mujeres, independientes y atrevidas, y por eso hicieron que algo que causara temor se las comiera a las dos: porque el miedo alimenta el miedo”.

En el sur las chicas están en riesgo

Las jóvenes son el 30 por ciento de las víctimas de femicidios. Pero son las que más sufren falta de políticas públicas. El 80 por ciento del presupuesto del Concejo Nacional de las Mujeres, en el marco del Plan Nacional de Acción contra la Violencia (presentado el 26 de julio del 2016) está destinado a la construcción de refugios para mujeres maltratadas. Los refugios, sin dudas, son necesarios para situaciones límite. Pero no son una política que pueda contener los femicidios de las más jóvenes. Falta implementación de Educación Sexual Integral (actualmente minimizada y cuasi frenada desde el Ministerio de Educación de la Nación) para prevenir la violencia de género entre o hacia las/los jóvenes; atención para noviazgos violentos; campañas para prevenir y ayudar en situaciones de acoso callejero o en el transporte público y políticas de seguridad con perspectiva de género que piensen cómo asegurar la libertad y autonomía de las jóvenes para viajar, salir, disfrutar y poder disponer libremente

de su cuerpo, sus horarios y sus territorios.

El derecho a la noche

*“Viviré más allá de mis años / en tu memoria de mujer nocturna / que mira
desde el lecho
la ventana por donde una ciudad como un cuadro de Richard Estes enciende y
apaga sus luces”.*
(Cristina Peri Rossi, Vivir dos veces).

La ciudad puede ser la misma, pero cambia. Los cuerpos obedientes reposan en sus camas o frente a la computadora que les diagrama series. La seriedad toma el día. En cambio, las chicas desobedientes traman sus juegos en redes sociales y multiplican sus ganas, comen para empezar y comparten el delineador o la risa. Se estiran como sus medias negras a pellizcos o saltan para atrás haciendo de su cuerpo una fuerza sin gravedad. Baján y suben, se van y se buscan, vuelven y son otras, van para ser ellas mismas. La noche no solo es un tiempo de luna, estrellado de faros que no delatan la vista deambulante. Además es un territorio despejado de desaprobaciones y ambulante por naturaleza, a contrareloj del sentido del deber y a tiempo para el deseo.

La noche no puede ser un territorio de peligro porque –justamente– es el territorio del placer, de la investigación, del ocio y el tiempo con pares, sin productividad reclamada. Sin el derecho al placer y a la noche no hay conquista. Pero el miedo se hace carne con cada chica menos, desaparecida, asesinada o acosada en los talones de una sociedad que asusta como el lobo a Caperucitas que no están en un bosque y ya no son indefensas. No quieren ser valientes, sino libres, gritan y exigen en cada marcha del 3 de junio, 8 de marzo o asamblea en Plaza de Mayo, o en Chacarita.

El miedo no se extingue solo como un soplido de furia o de fe. Pero también se detona con lazos sociales, con sororidad y exigencia de políticas públicas. Pero no solamente que saquen a las mujeres que sufren en su hogar la violencia machista, sino que no limite a las jóvenes y adultas en la calle como un adoquín frente al que nada puede hacer volver atrás.

Pero, muy especialmente, de las jóvenes. En la violencia machista, en los modos que se ejerce, existen claras diferencias de clase y, también, diferencias etáreas. Las chicas están más desprotegidas y a ellas se les dedica menos presupuesto y políticas públicas. Paula Rey, Responsable del área de

comunicación del Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA) apunta: “Cuando hablamos de violencia contra las mujeres muchas veces decimos que la casa es el lugar más peligroso, porque es en el ámbito privado en el que ocurren la mayoría de los casos. Sin embargo, durante el monitoreo de medios que realizamos en el marco del proyecto “Adolescentes Mediatizadas” encontramos que esto no siempre es así para las más jóvenes. En el 31 por ciento de los casos los agresores pertenecían al círculo íntimo de la víctima (pariente, pareja, ex pareja) pero en el 56 por ciento de las veces los agresores no pertenecían a su círculo íntimo. Sin embargo, esto no puede justificar que se coarte la libertad de las adolescentes. Las demandas de las mujeres por el derecho a vivir libres de violencias no debiera utilizarse para sostener un viraje a políticas represivas que no dan respuesta a la violencia de género”.

Si las mujeres siempre son señaladas como culpables de lo que, en verdad, son víctimas, las jóvenes son doblemente señaladas. Se les descargan muchos más prejuicios contra sus cuerpos ya sin vida. Y no sólo contra ellas –y sus familias– sino, también, contra las otras, las muchas, las pibas que crecen y se rebelan contra el miedo. Y los femicidios buscan dejarlas quietas. Por eso, hoy y sí, hoy más que nunca, la noche es un derecho.

“En la geografía temporal de la ciudad la oposición día-noche se ha constituido, en frontera entre generaciones”, describía el sociólogo Mario Margulis en el libro *La cultura de la noche, la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, editado por Espasa Hoy, en marzo de 1994. Eran los noventa y Eduardo Duhalde, en su carácter de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, impulsaba una ley para restringir los bailes nocturnos. La noche en sí misma era estrellada como maldición liberadora. “Lo esencial en la significación de la noche para el análisis de la nocturnidad, de la promesa de fiesta que requiere de horas avanzadas, es situarse en el tiempo opuesto, en el tiempo en que los padres duermen, los adultos duermen, duermen los patrones; los poderes que importan, los que controlan desde adentro, están físicamente alejados y con la conciencia menos vigilante, adormecida por el sueño”, resaltaba. Y exaltaba el corazón bendito de las calles apagadas con lucecitas titilantes como en una Navidad para entendidos. “La noche aparece para los jóvenes como ilusión liberadora. La noche comienza cada vez más tarde. Se procura el máximo distanciamiento con el tiempo diurno, con el tiempo de todos, de los adultos, el tiempo reglamentado, la mayor separación entre el tiempo de trabajo y el tiempo de ocio. Este tiempo distanciado, conquistado a contracorriente de las costumbres y los hábitos, este tiempo especial parece propicio para la fiesta”, invita y reivindica: “La noche constituye el territorio de los jóvenes”. Y de ese territorio a las chicas no las saca nadie.

“En la noche el tiempo se inmaterializa, los encuentros pueden prolongarse, las amigas se multiplican, las carcajadas son posibles, las desobediencias ni hablar. Las chicas son sujeto de agencia, de historia y de deseo y algo de eso, de alguna forma, muchas lo saben, o lo intuyen, lo activan y profundizan”, subraya Silvia Elizalde, autora del libro *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder* y resalta las diferencias de género: “La noche también tuvo y tiene división sexual del trabajo y del deseo. En su transcurso las chicas performan una cartografía propia donde reclaman igualdad y respeto, pero muchas van por más: demandan autonomía y justicia erótica, libertad total de movimiento y experiencias plenas. Placer y ciudadanía”.

La lección del miedo se da temprano. A los 9 años las nenas empiezan a sufrir acoso callejero. Es una sombra que se expande en la vida con los pies en la calle. El 47 por ciento de las mujeres fue seguida por un hombre en algún momento de su vida. El 37 por ciento de las chicas estuvo expuesta a la exhibición de partes íntimas de varones en la calle, según una encuesta de Mumalá. El miedo coarta la autonomía.

¿Usted sabe dónde está su hija ahora?

“¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?”, preguntaba la dictadura militar. La pregunta iba directo al corazón de las Madres de Plaza de Mayo que denunciaban la desaparición de sus hijos e hijas y buscaba acusarlas a ellas de la maldición de las madres: ser descuidadas o culpables con los frutos de lo que reclamaban. La pregunta vuelve contra las madres que denuncian la desaparición de sus hijos y reclaman por su búsqueda. “¿Usted sabía dónde estaba su hija?”. La respuesta, entonces, sale del diccionario del terrorismo de Estado y repite como un eructo del sentido común del prejuicio: “Algo habrá hecho”. Y ese algo es la noche. La minifalda no solo deja libre las piernas, también las muestra en la hora de las brujas. Desde Río Grande, una de las mamás se rebela al lema autoritario de tener que tener siempre el control y el GPS de los pasos de su hija. Lorena Uribe tuitea: “Cada día me da más bronca escuchar a mi hija repetirme “te aviso cuándo llego y dónde estoy”. La quiero libre y sin temores”.

“La noche es ese momento que da placer, es ese disfrute ya sea con familia o con amigxs, en donde te relajas, después de un día repleto de rutina. No sólo disfruto de tomarme un cerveza en buena compañía, sino también de caminar por la costa, del mar y la tranquilidad que te transmite la madrugada. La vuelta se torna tensa, pero la mayoría de las veces elijo volverme en colectivo, más allá de que resulta mucho más económico que un taxi y tal vez más seguro. Lo elijo

porque no quiero darles el gusto de que con su machismo me quiten la libertad de andar y tomarme un bondi, a la hora que se me canta, en donde se me antoje”, reivindica Daiana Casas, de 22 años y de Mar del Plata.

En cambio, para Chiche Gelblung una chica –con A– tiene restringido el aire, el viaje, el baile y el gusto. O, sino, su muerte es un boomerang contra su libertad. “Se que es incómodo lo que voy a decir: por un lado este degenerado de (Sebastián) Wagner, y por el otro, una chica que a las 5:20 de la mañana sale sola de un boliche. Se unieron dos cosas que fueron mortales”, afirmó en el programa *Debo Decir*, que conduce Luis Novaresio, sobre el femicidio de Micaela García. Nadie sabe porque se cree que se debe decir que una chica no puede estar a las 5:20 en la calle y que es su culpa y no de sus asesinos el asedio sobre sus pasos.

Pero además en ese deber decir de la televisión se dejan afuera, sistemáticamente, el decir de los deseos de las más chicas a las que sólo se muestra cuando son asesinadas, violadas o hay un escándalo. No es el único pero los que tienen el derecho a decir son, en su mayoría, varones y casi ninguna o muy pocas mujeres. La calle reclama libertad y derechos. La televisión, en cambio, levanta el dedo como en Chechenia se restringen diversidades y derechos.

“Una mujer no puede ir vestida como quiera. Hay muchas que son provocativas”, fustigó el ex Director Técnico Carlos Bilardo, en el programa *La Pura Verdad en América 24*, con un bidón de machismo explícito y censor. El cinturón de castidad nunca en el short o el pantalón, siempre en la bombacha desencajada de rieles. Ni los chicos ni los jóvenes se ensayan frente al espejo como un cuerpo con miedo. En cambio, Baby Etchecopar, dijo, desde Radio Diez, que las niñas son culpables y no víctimas: “Yo veo a una nena de 12 años que puede ser mi nieta pero hay un degenerado que la ve como una mujer. El problema es la provocación. Porque no es casual que de golpe haya aparezcan tantos violadores (...) Antes no había foto, ninguna nena salía mostrando el culo”.

El diario *Clarín* cuestionó a Micaela García por infiel y antes a Melina Romero por ser “Una fanática de los boliches que dejó la secundaria”. La moral mediática es clara: No pueden bailar, divertirse, besarse, tener novio, cambiarlo, sacarse fotos, mirarse, mostrarse, no pueden vestirse, desvestirse, acalorarse o gustar y gustarse, no pueden transitar la noche, probar y probarse. No pueden. O son condenadas a la violencia o al miedo. A esa condena la levanta la voz de las chicas y el derecho a la noche, al goce y al deseo. ¿Qué encierra el cinturón de castidad de los medievales mediáticos?: la noche no es un riesgo, es una química de una libertad que se le escapa de sus llaves.

A las chicas no se les da voz para que griten, también, sus ansias de zapatos

sin frenos. Pero ellas no piden la voz, la tienen. Florencia Luján se sintió marcada por el femicidio de Micaela García porque era una gurisa como ella, que nació en Entre Ríos. Ahora, vive en Buenos Aires. Y la noche es una libertad que se olfatea, aunque se sienta rancia. “Disfruto caminar sola por Corrientes, oliendo libros y tomando miles de cafés. Lejos de caer en la obsesión, no me siento libre cuando salgo por la noche. Pero es un derecho de todas”, destaca. Ayelén tiene 27 años y se guarda su apellido, pero no sus pasos. Ella vive en el mismo territorio que Araceli Fulles, en el Partido de San Martín, en la Provincia de Buenos Aires. Va a un bar a seis cuadras de su casa y sabe que poner el cuerpo es escuchar la palabra “putas” como una escupida desde la impunidad de un auto que pasa. Pero que no las intimida. “La salida al barcito, para nosotras más allá de juntarnos y regalarnos un rato de confianzas y risas, es el lugar donde descomprimos un poquito el peso de la rutina, cerramos nuestra semana y dejamos de lado las responsabilidades. Eso nos regala la noche, la posibilidad de terminar la semana un poco más relajadas, disfrutando de la compañía de quienes queremos. Claramente no es lo mismo cerrar la semana un viernes a las 14 horas que un viernes a las 23.00 horas”, diferencia. Las agujas no son indiferentes.

Evelin Giancristoforo tiene 21 años y vive en Quilmes. Ella proclama orgullosa: “Sí, conurbano” y su DNI bolichero: “Salgo a bailar con mis amigas desde que tengo 16. Por lo general, frecuento bares y boliches de mi ciudad. Siempre que decidimos salir es con la idea de distraernos después de una semana larga de trabajo y estudio. Entonces, sábado de por medio, tomamos algo, bailamos y la pasamos bien. La idea es esa: pasarla bien. Salir a bailar, conocer gente, me hace sentir libre y olvidarme de todos los problemas terrenales por unas horas. Entre canción y canción hay varias birras por lo que siempre terminamos borrachas y es divertido, salvo cuando tenes que volver a casa con miedo de encontrarte con un hombre o tomarte un remis. La noche es un derecho, pero el real derecho que tenemos las mujeres es de divertirnos al igual que hacen los hombres, cuando queremos y como queremos”, proclama. Juana García Berro, de 22 años y de Palermo, también reivindica: “La noche es un derecho fundamental como espacio de dispersión. Las mujeres tenemos derecho a divertirnos, a usar nuestro tiempo y cuerpo como más nos guste. En compañía de gente o de nosotras mismas. Disfrutar de la reflexión y de la soledad de la ciudad oscura. Cuidarnos, siempre. Limitarnos, nunca”.

Lucía Sablich tiene 18 años y vive en Córdoba. Va al punto G de su nocturnidad placentera: “Me gusta tomar birra mientras escucho Los Redondos. O vino en caja con Damas Gratis. Me gustan los antros y que pasen un temazo para cantarlo a los gritos abrazada a mis amigas. Me encanta hacer previa

cuando estamos por salir y la noche está hermosa para hacer algo. Y los carnavales cuando ya los termos circularon mucho y bailamos en la calle desentonando con los bombos. Me encanta todo eso y me encantaría no estar condenada por hacer todo eso. Me encantaría no tener miedo y poder disfrutar como disfruta cualquier chabón. Me encantaría no enviar la patente de todos los taxis a los que subo a la madrugada. Ni que sea necesario avisar que llegué. Me encantaría caminar sola a las 5 de la mañana y pensar en boludeces. Las pibas tenemos derecho a volver escabiadas a cualquier hora. Y las pibas lo vamos a conseguir”.

Con diez años más que Lucía, Florencia Tundis (integrante de Economía Feminista), de Parque Chas, se suma al ajeteo que produce irse cuando todos vuelven y volver cuando todos van: “Poder salir a la noche no es solo el derecho que tenemos de salir a divertirnos, sino elegir con quién o quiénes, en dónde, por cuánto tiempo; descubrir qué ámbitos o lugares te gustan más, cuando quizás la mayor parte del día te la pasás trabajando o estudiando. Es un poco encontrarte con vos misma”.

Sol tiene 35 años y vive en Villa Crespo. “Desde que somos chicas nos crían con muchísimos mandatos. Uno de ellos es que las mujeres no podemos salir solas de noche: somos débiles y no estamos hechas para tolerar sus peligros. Tampoco nuestro “espíritu casto” (socialmente una mujer es pura y casta) está programado para abordar los peligros de la noche. La noche, según la cultura patriarcal, es algo de hombres. Al menos, eso es lo que nos repiten cada vez que perdemos a una de nosotras. Es nuestra culpa por salir de noche. Las mujeres buenas, hipotéticamente, no lo hacen. El 1º de mayo escuché en un asado decir: “Si las matan y las violan es porque algo habrán hecho. A las chicas buenas no les sucede eso”. Las chicas buenas están vedadas del mundo nocturno y del goce en general. Pero yo no le voy a regalar la calle ni la noche a nadie. La noche tiene un encanto lujurioso que el decoro del día carece: conocer gente, charlas infinitas, bajonear comida basura en establecimientos gastronómicos que dudosamente pasarían un examen bromatológico, son situaciones bizarras y grotescas. Es seducción. Es conquista”.

Guillermina tiene 31 años y defiende el derecho al rancheo: “Es lo más ranchar en un esquinas: te cagás de risa tomás unas birras baratas de algún kiosquito clandestino que esté abierto hasta tarde y filosofás, debatís con tus pares y te pensás. Después, si salís, te vas a mover la burra y si saliste pilla hasta culiás, te divertís hasta equivocándote porque en pedo le mandaste un texto a tu ex o te quedaste dormida en el 86 y terminaste en Ezeiza”. Laura Gotfryd tiene 25 años y realza: “Lo que más me gusta de la noche es el cambio del clima, la intimidad que se genera con quien estás o cuando estás sola. Es el hecho de salir

de noche y pensar en arreglarte y disfrutar del trayecto al plan que vas a disfrutar y, sobre todo, la complicidad que se genera entre una y la noche”.

Viajar solas

“Abrazo de espaldas a mujeres que me tienen miedo cuando la oscuridad sonrío su amenaza de crimen sin portadas en los diarios”.
(Sebastián Basualdo, “La intimidad del fracaso”).

—Yo soy mamá. Y a estas chicas seguro que les iba a pasar eso en cualquier lado porque de ahí se iban a ir jalando (haciendo) dedo hasta Argentina (...) les iba a pasar algo tarde o temprano. Pero bueno, desafortunadamente fue ahí —dijo María Cristina Rivadeneira, ex Subsecretaria de Turismo de Ecuador del gobierno de Rafael Correa, en Alemania, para que la gringada no tuviera miedo de dejar euros en su patria. A Rivadeneira le costó el puesto. Marina Menegazzo y María José Coni fueron asesinadas, el 22 de febrero del 2016, en Montañita, Ecuador.

La palabra turista está subvaluada por la idea de un viaje concebido herméticamente para flashear a lo japonés y hacer del exotismo un souvenir en papel de regalo. Marina y María José eran más que turistas –viajeras, mochileras, estudiantes, amigas– pero no menos en el valor de traspasar las fronteras.

—¿Ustedes son fiesteras? —nos dijo el camionero a mi hermana y a mí.

Una y mil veces me pregunté cómo no sabía qué era ser fiestera. Y una y mil veces como supe, sin más herramientas que ese conocimiento, que no me tenía que volver a subir al camión que nos llevaba desde San Juan Capital a Ischigualasto par llegar al Valle de la Luna. La primera parada, rumbo a la Difunta Correa, fue una estación de servicio. No tuve miedo. Solo incomodidad. Muchos años después de quedarme a pata entre las chapas abultadas de ruegos rutereros y de leche derramada por las tetas post-mortem entendí que permitir la intuición como modo de defensa es parte del camino.

Hablar como madre para dar miedo es un lugar común al que no le tengo miedo. Una vez, en Retiro, mi hija Uma me dijo espejándose en jóvenes de mochila:

—Cuando sea grande quiero ser mochilera.

Yo tengo miedo de que sea grande, de que sea mochilera, de que viaje, de que baje al chino y de que se suba al colectivo. Tengo más miedo que el que tengo

por mi hijo. Y la libertad no se da en una bandeja ciega. Se da con protección y con rabia por la diferencia.

Pero no se logra crucificando a Marina y María José por vender ensalada de fruta, justificando que eran solidarias, aclarando que no tomaban alcohol y que charlaban una hora sentaditas en el hostel con su familia. No necesitaban ser heroínas para vivir. Necesitaban ser mujeres no les costara la vida.

El tren a Tucumán fue como un museo rodante de pastelitos en las ventanas. El viaje empezó al bajar. Al subir al Norte en los dedos. Dieciocho años, dos amigas, una hermana menor, la del medio. El final del secundario. Festejamos el pan como si la lotería hubiera resoplado de harina. Valeria se subió adelante y Carla, Silvana y yo nos acomodamos atrás. En la caja cerrada del camión. No hay forma, veinte y cuatro años después, de no pensar en el peligro de ir a la deriva, sin ver ni ser vistas. No hay recuerdo más triunfal que los muchachos dando vuelta su jornada, volanteando el camión de reparto hasta la ruta, hasta Tafí del Valle y decretando San Fargo. Y nosotras apunadas de llovizna épica. Con pan y el triunfo de principiantes. El primer dedo. El primer destino. No hacían falta ventanillas para ver.

El femicidio mata a las mujeres más adentro que afuera. Pero el femicidio mediatizado asusta a todas las mujeres no para que se cuiden, sino para que se acobarden. A Melina Romero la mataron por ir a un boliche y dejar el colegio, a Lola Chomnalez por ir de vacaciones sin su mamá y su papá, e ir sola a leer a un libro a la playa y a Marina y María José por viajar, vender fruta, conocer, confiar, no tener plata, hacer dedo.

Los rostros sonrientes de Lola, de Melina, de Marina, de María José —en la panacea del duelo sin luto— son un golpe a la yugular. Pero culpabilizarlas —por la moda de viajar, por el furor del alcohol en Montañita, por estar solas aunque estén juntas y aunque hubieran estado solas, por hacer dedo— no es solo tirarle tierra a chicas que no están ni en su tumba. Además, es decirle a todas las chicas que no salgan de sus casas, de su país o de su corralito de gente a las que le conocen el nombre y se les asemeja la piel o el acento. Lo rico de viajar es todo lo contrario. Aprenderse entre lo desconocido. Reinventarse frente el asombro.

Les dije que me iba a Gulegaychu. No se como pensé que no me dejaban ir a una fiesta y que no iban a verificar que estuviera en Guleguaychu. La omnipotencia de la falta de celulares. Supe cuando me bañaba que iban a saber. Temblé. Temblé. Temblé. En la ducha. En lo de mi amiga Valeria que tenía que decir que me iba. En el colegio. En el tren con el guardapolvo blanco. Pero me fui. Del Manuel Belgrano a Rosario. Una chica evangélica me dio una miniatura de metal simil guitarrita en el tren. Me pareció un buen signo. Pablo me esperaba en el andén. También. Era mucho más alto que yo. No mucho más

grande. Pero a los casi dieciséis los más de veinte eran tanta diferencia como su espalda y sus piernas imponentes que llegaban a clavarme el cartel de Clapton en el techo. También temblé en su colchón. Era donde quería estar. Pero no sabía llegar.

—Meate, me dijo.

Y me deslizó por una libertad que desconocía en el deber ser de perder la virginidad.

Mi mamá se dio cuenta.

—¿Te gustó el monumento a la bandera? —ironizó. El reproche fálico todavía me arquea. Ella también sabía que mi papá pegaba. No me escapaba de nada. Eso no la llamaba. Guay.

Cada año se denuncian, aproximadamente, 2300 desapariciones de menores de edad. Pero el 70 por ciento son mujeres y el 30 por ciento varones, según datos del Registro Nacional de Información de Personas Menores Extraviadas. No son más traviesas, aventureras, ni alocadas. Las chicas se van de su casa porque sufren más violencia en carne propia, sufren más restricciones que sus hermanos y huyen del abuso a sus cuerpos o frente a sus ojos.

—¿French?

—¿Turkey?

No sé cómo se pronuncia ni se escribe. Sé que pensé en mis cejas. No sé de dónde viene el Peker. Mi papá me decía que los nazis me hubieran matado sin preguntarme por mis mezclas italianas y españolas. Pero las cejas que me emparentan con él y me destienden los dedos cuando las arremolino pueden ser turcas, judías, españolas. Mis medias de colores. Mi pelo corto de juventud. Eso les habrá parecido de francesa. El subte me escupía mi ignorancia de inglés, de alemán, de francés. Ni le hice caso a mi papá con ir a Icana ni sé su árbol genealógico. No supe, ni siquiera, que tenía un hijo que ocultó y que me buscó a mis 43 años, 49 de él. No supe tanto y supe que hacer cuando me llamó. Darle, de mí, la identidad que mi papá no supo darle. Él —mi papá— ocultó todo lo que pudo. Su hermana se llamaba Diana. Murió en la adolescencia. Le daba miedo que yo fuera adolescente y que me fuera.

En el subte no había nadie más que yo y los que me increpaban. Me bajé sin sentir la cortesía del “where are you from?” con el que alguna vez me habré llevado inglés. Caminé por la Europa perdida. Completamente ajena. La interpelación no es a mi nacionalidad. Ni a mis cejas. Es al remolino entre mis piernas. El soplido de la intemperie. Debajo de un puente conseguí un teléfono en el arroyo de saberme sin piolín, sin barrilete. Quién carajo te mandó a Berlín y de donde salió ese pánico que desconocés. El corazón no decodifica que unas calles vacías son temerarias y otras, escenografía de una postal segura. El pulso

clava adrenalina en los talones. Lo único que aprendí a decir fue applekuhen. La manzana tira. La sangre dulce también. La merienda es una buena razón para desvanecer los pulsos y encarar el atardecer. O el amanecer del otro lado del mundo. Que no es poco.

Ser madre es, también, aprenderse y asumirse en el fracaso del lugar común: el miedo. Casi ninguna madre tiene miedo de que su hija se case.

Sin embargo, el Registro Nacional de Femicidios, creado por la Oficina de la Mujer de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, advierte: “El peligro acecha en el entorno cercano a la víctima. Sólo un 7 por ciento de los femicidios fueron cometidos por extraños. El máximo peligro lo representan las personas con quienes se mantiene, o ha mantenido, un vínculo sentimental (parejas, ex-parejas, novios, maridos, convivientes). De este círculo íntimo proviene el 57 por ciento de los femicidios, que sumado a familiares y conocidos indica que al 75 por ciento de las mujeres las mató algún allegado”.

Lo más probable es que, si una mujer es asesinada, muera conociendo la cara de su asesino en un lugar que no la ve dormirse y levantarse todos los días. Probables o improbables, solas o acompañadas, cada femicidio estaquea, como en un domino derrumbado de lutos, la libertad de una y la de todas.

No tengo auto. La última vez que me llevaron me enamoré. No se si más de él o de que me llevara. De él que me llevó sin rodeos. Lloré lágrimas en francés como la brisita de la música cuando se fue. Me abrió la puerta. Un pasito el gesto cortés. No ir atrás. No agazapar la mirada a que el taxista cambie el camino. No cerrarme el cierre de la campera. La incomodidad cae como las fichas. Abrirle la mano en su entrepierna. El sexo instantáneo se hace desear. Bailar con el cuello descangayado como los perritos tooneros. Resoplar en la oreja como un secreto traccionado por el rojo y refrenado por el verde. Llevarme. Hasta el río. Mil veces me pregunté porque no fui sola.

Hay lugares adonde no tiene sentido ir sola. Adonde elijo que no lo tenga. Hay autonomías rebalsadas de sin sentido. Llevarme. Al río. A contar sin un viaje, un barco, las luces de Río, el balcón, el agua. El beso se lo pedí, se lo dí, se lo moje en los labios que el agua salpicaba. Hay autonomías que no pido. Los besos. Los palabras. Los viajes. Elegir qué contar. Hay autonomías que ya no necesitan permiso. Y, sin embargo, se vuelven tan elegantes cuando se conjugan como el viento, la noche, la mano en la entrepierna, el vestido plegado. Saber viajar sola es embelesarme de ser llevada.

Una mujer con otra mujer no está sola, está junta. Una mujer sola no está sólo sola, está suelta, como bendijo la revista chilena *Paula*. Una madre que cría sin un marido al lado o un padre compañero es singular. Una mujer sola no peca y no debería estar expuesta ni al peligro, ni al miedo que a veces se distancia y a

veces se asemejan. Pero también hay otro revés a la libertad. El gran precio moderno a las mujeres que pelean para ser libres de violencias y miedo, de rejas frente a las pestañas o de correas para poder levantar las piernas donde los otros quieran es, también, la soledad. Sin dejar de nombrarla. Sin bendecir, solamente, la autonomía sin camas dobles ni hombres manejando en la ruta. A veces, bastantes, la indiferencia es la otra cara de la violencia.

México me cambió la vida. Sola, sin padres que me echaban a gritos de las escaleras exiliadas de amor. Sola, sin novios que se quedaran a leer el diario el domingo, sin amantes que quisieran posarse sin repeler los mimos furtivos. Sola, sin abuelos que el tiempo enterró en mis brazos. Sola sentí que la soledad se curaba de espanto y que viajar sola era el mejor remedio para no sentirme sola. Crucé la selva en micro sin nadie que acampara al lado de la butaca en un país donde las manos –no sólo los ricos– no piden permiso. Me enfermé en la playa y destrencé mi voz y mis trenzas en el mar verde de hamacas sin sábanas. Enmudecí la lengua y encendí el cuerpo con un habitante de otra habla que habitó mi cuerpo. Traje semillas de Palenque y miré la selva organizada a los pies para vibrar una palabra que barrió el desprecio de la soledad deshabitada de deseos. No era sola, era valiente.

Capítulo 14
MACHOWOOD

El abuso no es ficción

Una actriz filma una novela y el galán la toca, la besa y la incomoda sin que su lengua entre en la letra. Una conductora se sienta a la mesa de Mirtha Legrand y en el corte le hablan al oído para decirle un volcán de propuestas desagradables sin que ella pueda levantarse ni decir las a cámara. Una periodista trabaja en un diario y un jefe le insinúa favores sexuales que implican mirar para abajo o a la puerta de salida. Una bailarina entra a su trabajo y la danza parece excusa para que tenga que escuchar comentarios que la descomponen, pero sonreír, siempre, a cámara. Una locutora dice la hora, la humedad y en el combo viene el comentario sobre su escote. Una mujer se sube al escenario y el actor con el que comparte una escena le toca la pierna sin que ella pueda defenderse frente al público. Todas estas escenas sucedieron. La diferencia es que lo que pasaba antes ya no se aguanta. Y las mujeres –o las que pueden y se animan y son acompañadas o son fuertes– ya no se callan más. El abuso ya no es un sapo que se traga, sino que se frena.

“Yo no me callo más”, escribió la actriz Calu Rivero en una carta publicada en sus redes sociales, el 12 de diciembre del 2017. En Estados Unidos *Time* decidió que los personajes del año eran las mujeres que se habían animado a denunciar abusos en Hollywood y en Uber, de todas las clases sociales y escalafones culturales, en base a una revolución vertiginosa y sin vuelta atrás. En cambio, *La Nación* habló de “supuesto” abuso, a las palabras de Calu las descalificó como “catarsis” y la puso en la sección “famosos en crisis”. Ni catarsis, ni supuesto, ni crisis. El No es No para quienes tocan, abusan o besan a una mujer sin su consentimiento y también para quienes editan intentando tildar de desquiciada, parcial, vengativa o descontrolada. En *Infoabe* directamente pusieron las escenas de sexo de “Dulce amor” como si el morbo hiciera excitante el dolor. En *Clarín* pusieron una foto de Calu con la cabeza gacha. No más pruebas, su señoría.

En su carta Calu escribió: “Cinco años de silencio al ser tomada por la chica problemática en el contexto que más amo: el actoral. Cinco años de silencio por no estar preparada para enfrentar la catarata de agravios que recibe quien pone en evidencia la conducta inapropiada de un galán, padre de familia, felizmente casado. Cinco años viendo cómo algunos medios confundían a Calu persona con Natasha personaje, esa impulsiva, buscona, jugada, que no le importaba nada, que me tocó interpretar. Cinco años sin poder decir lo que sentí, ni cuánto me dolió y marcó, y eso que tuve y tengo a un excelente terapeuta. A veces no

necesitás una mano tapándote la boca o una pistola en la cabeza amenazándote para sentir que se acaba tu mundo. Más aún, cuando dicha persona pide en los medios que me retracte y que le pida disculpas públicas porque sino me demandará por daños y perjuicios”.

La violencia existe en todas las clases sociales. Pero cuando los denunciados tienen poder mediático y adquisitivo las amenazas son parte de un amedrentamiento judicial y de un show televisivo que anuncia nuevas novelas. Si la palabra influencer es usada para contar marcas, paisajes o atardeceres también es una influencia que las chicas que son más vistas o leídas digan basta. “La verdad es poderosa porque sana. La verdad aparece solo si nos atrevemos a decirla. Ya lo hice. Ya no me callo más”, definió Calu.

Jimena Barón, Griselda Siciliani, Florencia Bas y Carla Peterson compartieron, entre otras, la carta de Calu en Twitter bajo la consigna No es no. Y otras actrices, como Julieta Ortega, Dolores Fonzi, Malena Pichot, María Carámbula, Srta Bimbo, María Valenzuela, Mercedes Morán, Verónica Lorca, Julieta Díaz, Muriel Santa Ana y las conductoras Julia Mengolini y Carla Conte hicieron de la sororidad una red.

“Me siento inspirada y orgullosa por las mujeres que se han sentido fuertes como para compartir sus experiencias”, dijo con un premio en la mano Oprah Winfrey, el domingo 7 de enero en la 75° entrega de los premios Globos de Oro, en Estados Unidos. Y agregó: “Quiero que todas las niñas que ven esto sepan que tenemos por delante un nuevo día”.

El 94 por ciento de las mujeres en Hollywood sufrieron algún tipo de acoso sexual en el ámbito laboral, según una encuesta entre 1843 trabajadoras de la industria del entretenimiento, publicada en *USA Today*. El 87 por ciento de los incidentes fueron por bromas o gestos inapropiados, el 75 por ciento por comentarios sexuales no deseados, el 69 por ciento por caricias sexuales no consentidas y el 64 por ciento por propuestas sexuales en espacios de trabajo. Además, el 39 por ciento aseguró que se les mostraron imágenes sexuales contra su voluntad; el 29 por ciento relató que fueron forzadas a ver escenas de exhibicionismo sexual, el 21 por ciento a realizar actos sexuales y al 10 por ciento se les ordenó aparecer desnudas en una audición sin previo aviso.

El tiempo es ahora.

El 8 de marzo Calu Rivero fue parte de la marea feminista de miles de mujeres que marcharon, en el Paro Internacional de Mujeres, desde Plaza de Mayo hasta el Congreso de la Nación. Sus pasos se multiplicaron en fotos, abrazos, sonrisas y gritos. “Te bancamos”, “Las pibas estamos con vos”, “No te dejes pisotear”, le dijeron entre selfies con pañuelos verdes y mujeres en brillantina verde para pedir por el derecho a decidir el aborto legal, seguro y

gratuito y a desear sin que nadie las pase o decida sobre sus deseos.

“No es no y eso no me hace una chica complicada”, levantó Calu el cartel, pintado a mano, en una cartulina blanca, que le hizo su papá Guillermo y que se convirtió en un emblema contra los que intentaron hacer pasar por frivolidad ser víctima de excesos inapropiados en el set. “El feminismo es un hogar”, definió Calu. Un hogar en el que ya no tener miedo y estar hermandas.

“Nos quitaron tanto que nos terminaron quitando el miedo”, profanaba una consigna la cultura de la violación.

A las jóvenes ya nada las detiene.

Y el feminismo también paso de tener que vestirse de luto para poder legitimar su existencia a estar pintado en piel y brillantina porque ya no pide permiso, ni está dispuesto a pasar inadvertido. En los noventa la respuesta al femicidio de María Soledad Morales fueron las marchas del silencio. El 3 de junio de 2015, el primer Ni Una Menos, se convirtió, en cambio, en la marcha de la palabra. Dejar de cerrar la boca y abrirla para decirlo todo y entre todas en conversaciones colectivas frente al Congreso. El grito de las jóvenes contra los abusos en el rock tuvieron como lema “No nos callamos más”, un cartel pintado, a mano, por primera vez, por Ariell Luján, y una metáfora y una realidad que se impuso como consigna y práctica. Dejar de callar lo que se había callado. Poder hablar lo que antes no se podía. El tiempo de decir es ahora.

“Yo te creo hermana” como lema transportado en el brazo una de las manifestantes que llevaba en sus hombros la consigna de la sororidad y de una escucha que rompe el silencio como amenaza de los abusadores y como cápsula para detener los prejuicios de “por algo habrá sido”.

El 8 de marzo, en el Paro Internacional de Mujeres, el verde de los pañuelos de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito brotó de los cuerpos como purpurina en los pómulos de las manifestantes que hicieron de la marcha un carnaval feminista. El 8M fue de las jóvenes brillando. Las sub 21 tomaron un protagonismo en las lentejuelas sobre la piel: se maquilló una bandera impresa como fervor: no hay que pasar más inadvertidas, tener miedo, acorralarse, pedir perdón o permiso, no levantar polvareda, sino plantarse en el brillo de los ojos y de los cuerpos del orgullo.

El feminismo del goce está en marcha. Y no lo para nadie.

Machowood

En Hollywood se suspende el rodaje de la serie. La revista que eligió al Presidente como tapa del 2016 lleva a las mujeres que denuncian como

protagonistas del 2017. Las actrices juntan fondos para que las víctimas puedan hablar. Los conductores salen de pantalla y escriben cartas de disculpas. Las estrellas cuentan que también fueron discriminadas por su género y alzan la voz. Los actores se arrepienten de no hablar antes y hacer más y las series y películas tienen protagonistas femeninas empoderadas. ¿Cómo se llama la obra? No va más.

En Machowood, el actor acusado se convierte en protagonista de la nueva tira para adolescentes. Una ganadora de un show de baile lo defiende porque si fuera acosador no tendría trabajo. Un galán justifica que la denunciante creyó ser acosada pero que el acosador no acosó, como si se tratara de una fantasía nocturna. Un diario titula que las declaraciones del acosador son contundentes y que la denunciante sufre una crisis y otro que hace catarsis. Una actriz se solidariza con la víctima y recibe agresiones que califica de *heavies*. Un portal pone las fotos de las escenas sexuales por las que la actriz no podía dormir para calentar las redes. Una reina madre televisiva propone que vayan a una conciliación para hacer las paces y darse las manos. Una actriz critica al actor que minimiza el abuso y termina demonizada en las redes y los programas de la tarde. ¿Cómo se llama la obra? El show debe continuar.

La diferencia entre Hollywood y Machowood no es solo el colchón verde sobrevaluado de Palermo sin factura, el cachet y el parate de producción por las novelas turcas con la polera al cuello o las latas que reemplazan los guiones donde los protagonistas sorben un mate o toman una fábrica sin acento neutro. La diferencia ante el terremoto de denuncias por abuso sexual frente y detrás de cámaras no es lo que sucede. La violencia machista no es la novedad, la novedad es que la violencia machista ya no se trague, no se calle y no se aguante, sino lo que se hace con lo que sucede. Y no todo lo que sucede conviene. *New age, vade retro*. Bienvenida la nueva era. El show ya no debe continuar. Así no. Y no es no.

Primer acto. Y a nosotras también: El 5 de octubre del 2017 The New York Times publicó una investigación con denuncias de abuso contra el productor de Hollywood Harvey Weinstein con treinta testimonios de acoso y violación. Las redes sociales estallaron con el hashtag #MeToo que convirtió a Weinstein en una pieza de domino que hizo caer todo un sistema de piezas basado en el abuso sexual, el machismo, la extorsión y el silencio forzado.

Segundo acto. Todo tiempo pasado fue peor: “Esto será un parteaguas”, auguró la productora Gail Berman. Y lo fue. En Hollywood. No en la versión palermitana de cerveza artesanal y concentración de poder machista en la que el abrazo protector de la industria a un galán no se justifica *per se* o por él, sino para que no caiga uno y empiecen a hablar todas. “Nada va a poder volver a ser

como era antes”, anunció Gail. “Los señores defienden un mundo que se acabó. #MeToo es una ruptura, no hay vuelta atrás. Pero el discurso macho de las jóvenes aún es más ofensivo”, definió la escritora francesa Virginie Despentes.

Tercer acto. Ya no hay tiempo: Un grupete de trescientas mujeres de Hollywood, integrado por actrices como Cate Blanchett, Reese Witherspoon, Kerry Washington, Emma Stone, Eva Longoria, Natalie Portman, Gwyneth Paltrow, Julianne Moore, Salma Hayek y Uma Thurman crearon el grupo *Time's Up* y sacaron de su bolsillo 13 millones de dólares para las mujeres que sufren acoso y no puedan llevar la defensa del agresor.

La mayoría apaga la televisión por una cultura de nuevas pantallas. Pero no es solo una cuestión de *smartphone* vs televisión familiar o Netflix vs televisión abierta. La cultura del abuso es machista y, además, es analógica.

En Estados Unidos, hace ya más de veinte años, surgió una palabra para graficar el fenómeno de la reacción machista ante la denuncia de la violencia machista: el *backlash*. No es un juego de cartas. Es la necesidad de barajar y dar de nuevo. El *backlash* es la palabra que mejor resume la venganza contra las mujeres que denuncian violencia y abuso y que son enjuiciadas, amenazadas, embargadas, separadas de sus hijos e hijas, aisladas, perseguidas o silenciadas.

Todo avance tiene su intento de retroceso. Un empujón para quienes intentan avanzar. María la Paz, la Paz, la Paz, ya lo sabía (Ricky Martin también): un pasito pa' lante y un pasito pa' atrás. El *backlash* es la empleada pública del sketch de Antonio Gasalla gritando “se van para atrás” a quienes denuncian la violencia sexual. Y cuánto más fuerte es el grito contra la violencia más fuerte es el *backlash*. Un huracán que toma fuerza de su propio impulso. Y que retroalimenta la necesidad de avanzar.

Esto recién empieza

*“Siestera le dicen / de fiesta vive / primero se deja
mbién toma / se deja y toma / despierta y esa parte del día
la que queda / es otra”
(Carolina Balderrama).*

La gran mentira de los programas de sexo es que se ensañaron en resaltar la previa y el verdadero salto es el final. No acabar. Acabar se acaba. Se acaba sola. Se acaba pensando en Maluma. Se acaba con la almohada o un juguetito como un huevito rosa, celeste o verde que se sabe rozar (y seguro que es más

fácil que armar los de verdad). Acabar se acaba. Con un GIFT en twitter.

Es casi como un duelo sin velorio, sin llorar, sin temblar, sin chistes, sin decir barbaridades, arrepentirse, tomar un café sin sed, intentar sin entrar y desterrarse de la tristeza.

Se acaba cuando se empieza sin acabar.

Se acaba sin acabarse cuando acabar es apenas un giro en el soplo, como un aire que vuelve llovizna al sol y trueno a la llovizna.

Se acaba el sexo sin vida cuando tiene los segundos jugados y acabar es el peor final.

El sexo, en cambio, empieza con el que sabe hacerte subir porque te espera a la salida. Te alza en el vértigo de la bajada empinada.

Te deshace de frenos para que la subida no sea vacía, te suelta de arnés el cuerpo sin hilos.

Te sabe mirar en la lluvia mojada de pestañas agitadas hasta su propia agua.

Te hace quedarte en el viento sin truenos.

Te muerde de chocolate la luna despistada de miércoles, sin ventanas abiertas más que de amantes.

Te besa como si el galope no tuviera tregua ni patas.

Y hasta el reguetón pudiera bailarse lento.

Pero, como diría Leona, esto recién empieza

El feminismo escarnaval.

Buenas tardes, mucho gusto, el feminismo llevo para quedarse

La piel, los gritos, los tatuajes, los pañuelos verdes, la cola en el baño para tomar agua o pintarse los labios, los cantos, las preguntas, las fotos, la purpurina, los cuerpos en tetas o en saltos, las jóvenes, las trans, las tortas, las todas, las grandes, los bastones, las niñas, la marcha inmensa, en Resistencia, Chaco, en octubre del 2017, fue más festiva que nunca. Pero también la menos mirada. En Rosario, en el 2016, la marcha fue multitudinaria. Con 100.000 mujeres en cuadras y colas, como nunca se había visto, llegando al Monumento a la Bandera. Las cámaras, fuera de la comprometida cobertura feminista, ausentes. Salvo para el momento de señalar los grafitis y una represión feroz incluso contra las pocas fotografías cubriendo un hito mundial y sin precedentes. En Resistencia, fuera de la facilidad turística de Mar del Plata o Rosario (los últimos encuentros) el camino fue trajinado y compartido con Corrientes para dormir u hospedarse. A mayor dificultad, mayor muestra de voluntad de participar. Y la

marcha fue, más que nunca, desojada de ojos que pudieran mirarla. Así, casi en la desnudez de un movimiento social y político potente por pisada y organización propia, en medio de un carnaval deslumbrante y de una sensualidad colectiva y de cuerpos al paso y puestos en causa, pero no en cauce, con una multitud multicolor y aguerrida, arengado por una historia de 32 años e impulsado por una juventud maravillosa y compartido por una horizontalidad que debate, baila y se organiza, la falta de cámaras se sintió más que nunca.

El movimiento feminista argentino se hizo fuerte porque no creció ni gracias a la mirada mediática, ni mendigando migajas de publicidad para su causa, ni callando cuando muchas de sus protagonistas fueron echadas o minimizadas en sus espacios radiales y televisivos. No se encajó en los moldes ni se midió para medir rating ni se volvió modosito para no espantar. No pidió permiso, perdón o por favor. No se necesitó que nos miren para alzar la voz.

En el horario de la siesta Ana María Muchnik condujo *Buenas tardes, mucho gusto* y construyó un feminismo que terminó en *Ciudadanas*, desde recetas de cocina a feminismo didáctico con Liliana Hendel; allí es donde –también– el feminismo sabe tejer redes. Porque el feminismo es federal, popular y para todas. No necesitamos ser miradas, pero sí intentamos que el eco de la liberación imparable llegue a cada una de las mujeres y jóvenes que paran la olla y paran los abusos.

En *Intrusos*, de *América TV*, conducido por Jorge Rial (reconociendo que fue criticado por sus propias invitadas y definiéndose como un machista en recuperación y una persona en evolución), se abrió un espacio para escuchar a Florencia Freijo, Malena Pichot, Julia Mengolini, Virginia Godoy (Señorita Bimbo), Valeria Licciardi e Ingrid Beck, entre otras.

“Que haya una gorda en televisión es una victoria”, irrumpió con su sola presencia Bimbo. “Es histórico este momento. Algo tan simple como hablar nos costó mucho tiempo”, remarcó. “No vengo acá en representación del feminismo, sino para las que faltan: las trabajadoras sexuales, las travas, las lesbianas, las obreras, pero hay que aceptar el espacio que se nos abre y tomarlo por las pibas”, atajó. Y, con el pañuelo verde de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, defendió la posibilidad de interrumpir voluntariamente un embarazo. Y romper el frontón de cristal tuvo su recompensa: Misoprostol estuvo entre las palabras más buscadas de Google y su intervención fue lo más visto por América el 5 de febrero del 2018. Los videos, además, fueron subidos a YouTube y compartidos por todas las redes sociales y juntaron más de 500.000 visitas.

El feminismo imparable volteo las vallas de los pruritos, despertó a las abuelas de Punta Alta, prendió la discusión entre las madres de Fuerte Apache, abrazó a las chicas de Salta y mostró que las que faltan son muchas, que la voz

no puede quedar relegada y que la televisión está mirando otro canal cuando pregunta si se está de acuerdo con la pena de muerte o lagrimea si ahora el machismo no puede expresarse a boca de jarro.

Y sí: Buenas tardes, mucho gusto, este feminismo no nació de un repollo y no lo para nadie.

Capítulo 15
FEMINISMO POP

*“A veces sueño con la amiga feminista definitiva / La conoceré en una rave.
Se acercará con oscilantes pasos de Doctor Martens
Y un trozo de pastilla en la mano/ Y me dirá /Toma tía
/ Un cuartito pa ti sola / Como la Virginia Woolf”.*
(María Bastaros, Amigas I).

La escritora española Luna de Miguel explica que el cuarto propio puede convertirse –por la magia del pop– en un cuartito. Puede desaparecer con la maternidad invasiva de todos los espacios, hasta –y más que nada del sueño– sin embargo, también, puede encender la pasión como una vigilia. “Cuando veo que Ulises y Antonio están dormidos, a la una de la mañana, en ese momento en el que la casa está tranquila, es muy tarde, sé que al otro día tengo que madrugar, pero sé que en el cerebro van a pasar cosas”, defiende el tiempo propio aunque sea arrancado a la noche y al tiempo sin tiempo. Luna empezó a considerarse feminista a los 22 años. Antes creía que pertenecía a una generación que no lo necesitaba. “El feminismo pop es tomar el lenguaje millennial y que la gente joven asimile el feminismo desde el principio y no sienta que tiene que leer toda Simone de Beauvoir para ser feminista. El feminismo pop logra que cale el mensaje”. “Una de mis amigas es Amarna Miller, que es actriz porno y feminista. El feminismo también es el placer y debería luchar para que las mujeres puedan hacer lo que quieran. Si quieren ver porno que vean porno y si quieren ser actrices que sean. Nadie te puede decir cómo disfrutar”, reivindica.

No te cases nunca

“Es mediados de agosto de 2008, tengo treinta años y estoy en un coche en mitad de la campiña. Mi mejor amiga acaba de parar el coche en el arcén y después de bajar la cabeza y colocarla entre las rodillas me acaba de decir: no te cases nunca (...) Espero que esté diciendo «no te cases nunca» antes de que se lo diga yo, porque eso es lo que pienso. Estoy con una mujer inteligente, todavía en la veintena, que está sana y está cursando un doctorado en blanco hueso y el blanco hielo, sin atisbo de ironía”.
(Lucía Lijtmaer, *Yo también soy una chica lista*, Editorial Destino).

“El feminismo pop tiene la idea de incorporar la cultura de masas a la práctica

feminista. Tanto el análisis de los productos culturales que consumismo diariamente como con la posibilidad de aplicar la lucha por los derechos a la igualdad con técnicas de guerrilla pop. Por ejemplo, cómo hacés llegar tu mensaje a través de herramientas digitales, memes, youtube, gifts, trollear a tipos machistas para dejarlos en ridículo. Lo académico es muy elitista y no interpela a muchas chicas, hombres o señoras mayores que a través del humor sí les hacés llegar. Una se siente muy reconocida con lo que se hace en México o Argentina y eso es por un vaso comunicante”, destaca la escritora y periodista, nacida en Argentina y criada y vivida en España, Lucía Lijtmaer. Y advierte: “Nos quieren convertir en nicho de mercado y ahora no paran de surgir productos para estas nuevas chicas feministas y hay una parte que tiene ganas de unirse a la lucha y otra parte que quiere hacer negocio con productos televisivos o cine de mujeres que se van de juerga. Judd Apatow, de la serie *Girls*, se puso a hacer películas más feministas. Me encanta que haya un *mainstream*, pero también puede ser un negocio”.

Las chicas también quieren divertirse

“Es una lástima que a muchas mujeres todavía no les guste adoptar la etiqueta feminista, a pesar de que disfrutan de todas las libertades logradas por el movimiento. Si no fuera por el feminismo, no podrías votar, no podrías entrar en un bar, no podrías tener una empresa; o tal vez sí, una panadería donde solo servirías comida que hubieras cocinado tú”, le dijo al diario español *El Mundo*, el 2 de mayo de 2016 Cindy Lauper.

Los gorritos rosa chicle de *pussyhats* (un chiste entre la palabra vagina y gatito) hicieron del rosa punk un alarido sobre las mujeres visibles, el 21 de enero del 2017, en la marcha para repudiar la misoginia del presidente norteamericano Donald Trump (un día después de su asunción) en la Casa Blanca. En la marcha habló Santa Maddona que, en la gala anual Billboard Mujeres en la Música, de Nueva York, en diciembre del 2016, arremetió: “Cuando sos mujer tenés que jugar el juego. Se te permite ser linda y sexy. Pero no parezcas inteligente. No tengas una opinión que no esté alineada con el *status quo*. Se te permite ser cosificada por los hombres y vestirse como una puta, pero no podés apropiarte de tu putez. Y ni se te ocurra compartir tus propias fantasías sexuales con el mundo. Sé lo que los hombres quieren que seas, pero más importante, sé lo que las otras mujeres se sienten cómodas que vos seas alrededor de otros hombres. Y finalmente, no envejezcas. Porque envejecer es un pecado”.

En ese camino, desde Beyoncé a Harry Potter, desde la princesa Leia hasta *Girls* pueden ser elegidas (o no) como contenidos y referentes que apelen al humor, el entretenimiento y una estética que se monten en la gran bestia pop para derribar a la (mucho peor) bestia machista.

El feminismo pop es diverso, irreverente y (también) latinoamericano. “Yo soy cuarta generación de feministas. Mi bisabuela, mi abuela, mi mamá trabajaron para que yo hoy pueda ser esto”, reconoce la filósofa colombiana Catalina Ruiz Navarro. “Soy fan de la moda. Crecí entre telas y máquinas de coser que era la forma de autosuficiencia femenina”, recuerda Catalina, con los labios pintados de rojo y el sello *femme* en su parada. “No puedo entender un mundo donde las mujeres no podemos disfrutar del sexo, no podemos ver porno”, remarca.

“Hay que desestigmatizar el feminismo”, propone Catalina y define el feminismo pop: “Usamos un lenguaje del que somos nativas y con un componente emotivo muy poderoso. Por eso el pop es popular. Y lo latinoamericano tiene que ver con que hay feminismo pop norteamericano y en inglés. Pero tienen la limitación que son gringas blancas y no se conectan con nuestra realidad”.

Capítulo 16
LA REBELIÓN DE LAS TONTAS

La alfombra boba

Hola, vení, da una vueltita, decinos qué tenés puesto. Si querés podés nombrar a tu estilista y al diseñador del vestido. ¡Qué lookete! ¿Tenés novio? ¿Tenés hijos? ¿Te vas a casar? ¿Vas a tener otro hijo? ¿Cómo hiciste para bajar de peso después del embarazo? ¿Cómo te arreglás para atender el trabajo, la casa y los chicos? ¿Sos apasionada en el amor? Si querés también podés llorar si tenés un drama, podés hablar mal de alguna mujer que tengas de enemiga porque te robó el marido o porque te robó cartel y, de paso, si vas a estrenar una obra o una película, bueno, podés decir el nombre si viniste a eso. Pero no te olvides de la fórmula para gustar a los 20 o a los 50 y de dar otra vueltita.

La alfombra roja de los medios de comunicación –la televisión, las radios top, las revistas de personajes y los portales sedientos de links– tratan más o menos así (a veces un poco más zarpado, a veces un poco más sesudo, a veces un poco más embarrado, pero sin muchos matices) a cantantes, modelos, actrices y vedettes invitadas a posar más que a hablar desde sus pantallas. Sin embargo, muchas de las que estaban invitadas a dar su espalda se rebelan a quedarse en el molde y se salen de libreto o de filtro. Ya no aceptan un solo parámetro de belleza, un solo parámetro de amor, un solo parámetro de maternidad o un solo parámetro de ideología política. El silencio de las señoritas ya fue.

Eso sí. Las dejan entrar por lindas y si se escapan de la idea de musas sumisas y calladas las castigan. Si Nancy Dupláa, Sofía Gala, Gloria Carrá, Jorgelina Aruzzi, Dolores Fonzi, Florencia Peña, Griselda Siciliani, Inés Estévez, Julia Mengolini o Carla Conte dicen, opinan, critican o piensan algo distinto a lo que se espera de ellas se las critica con una saña doble: por ser mujeres y por correrse del jarrón de porcelana que no puede romperse ni llamar la atención en una época de blindaje mediático sin disonancias que no sean gritos y peleas en el barro para foguear la idea de chicas envidiosas y competitivas que se chirusean entre ellas. Sin embargo, Nancy Dupláa homenajea a las mujeres que paran la olla y se pronuncia contra los despidos similares a los de su novela, *La Leona*, que ponía como heroína a una líder sindical de una fábrica recuperada; Sofía Gala resalta que es difícil llegar a fin de mes y se pronuncia a favor de la legalización del aborto; Jorgelina Aruzzi pide por la producción de ficción nacional; Dolores Fonzi fue una de las voces públicas que reclamó por la libertad de Belén, presa por un aborto; Florencia Peña pelea contra la pornovenganza y por una ley de trombofilia pero los médicos le dicen que si no tiene guardapolvo blanco no puede opinar; Griselda Siciliani opinó contra una

marcha de militares y fue mandada a solo cantar y bailar o a subir su escote si su sensualidad no pasó por un quirófano push up cuando se calzó un vestido que delataba tetas al natural; Inés Estévez también defendió un cuerpo libre a todas las edades y la tolerancia frente a opiniones diversas y Mirtha Legrand la fustigó porque puso sus dedos en V frente a cámara (en homenaje al símbolo de paz y amor del rock); Julieta Ortega increpó a las que buscan despegarse de la identificación con el feminismo: “Es sólo igualdad de derechos, mis queridas. Si no sos feminista, ¿qué sos?”; Gloria Carrá le contestó a quienes la critican por vieja o flaca como si todo el tiempo se tuviera que poner un termómetro para quienes pueden mostrarse y quienes pasan de ser consideradas bellas a descartables; Julia Mengolini hizo masiva la crítica a la cosificación en la televisión y logró ser invitada a los paneles con más rating para hablar de política, pero fue devorada si pisaba la pantalla de Canal 13 o imputada hasta que le corrieran lágrimas si tenía un discurso sencillamente disidente con el discurso oficial o del *establishment* del panelismo; Carla Conte se negó a que le cortaran la pollera en Showmatch sin su consentimiento y fue una de las que hizo que Marcelo Tinelli –post Ni Una Menos– se retractara de no respetar el “no es no” de las mujeres, pero cuando volvió a bailar también la tildaron de incoherente como si las conquistas y los cambios no dieran lugar a llevar el pañuelo verde de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito del Encuentro de Mujeres a las pantallas que multiplican las luchas y las oportunidades.

Las leonas

El 18 de junio del 2017, en la entrega de los Martín Fierro, Nancy Dupláa dedicó su premio como protagonista de la novela *La Leona*, escrita por Susana Cardozo y Pablo Lago (en el rol de una obrera textil que se convierte en líder sindical de una fábrica recuperada) a “todas esas leonas que salen a parar la olla todas las mañanas”. Su discurso de alfombra roja tiene cuna de laburantas: “Mis abuelas salieron a trabajar desde muy pendejas y `parar la olla` fue una frase muy dicha en casa”, cuenta Nancy. La actriz Jorgelina Aruzzi tuiteó “Basta de latas en la tv, ficción por favor” y solo por eso la (mal) trataron de hueca o la juzgaron como si se hubiera comparado con los padecimientos de los jubilados. “No somos dueñas de nuestras palabras”, señaló. Y remarcó: “Hoy el show es la polémica. Por eso sacan de contexto todo y opinan”. Tal vez la diferencia es que en épocas de bozales se ladra contra las mujeres que (por popularidad en cámara o en redes sociales) tienen más llegada para ridiculizar sus palabras, bombardearlas con

agresiones o asustarlas con dedos levantados para intentar intimidarlas.

“El yeite con el medio es que la mujer mediática termina siendo mediática. No importa lo que estás diciendo o el problema al que te estas refiriendo sino que una dice algo que se sale de la norma”, subraya Sofía Gala. Ella pertenece a una generación que conoce las trampas de los micrófonos. Pero que no va a quedarse muda para esquivar los riesgos. “Es fundamental expresar nuevas ideas para este país que es tan pacato y conservador y estructurado. No hay tiempo para esperar a que a la gente se le abra la cabeza”, resaltó.

Duelo de estilos

Las invitan a programas para ocupar el personaje de chica hot y no decir lo que piensan o tararearlo como Andrea Rincón que, frente a la gobernadora de la Provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal (famosa por decir que quería escuchar más que hablar) cantó “Vamos a volver” cuando le preguntaron por Cristina Kirchner en el programa de Andy Kusnetzoff. El ciclo se llama Podemos hablar. Pero Andrea dijo que no podía decir lo que pensaba de Mauricio Macri en la primera pregunta de un ping pong que daba amplia mayoría a favor del machismo y, ya atragantada, cantó su opinión sobre Cristina Fernández de Kirchner para que no quedaran dudas. Andrea, alguna vez, fue carnada de revistas designadas para hombres, donde le preguntaron: “Para tocar el saxo como Clinton hay que usar bien la lengua, ¿vos que tal?” a lo que ella contestó “Qué hijo de puta” (y al periodista le pareció una gracia). Sin reparos la acorralaba, sin tacto ni metáforas: “¿Autopista o colectora?” a lo que ella también contestaba “He tenido malas experiencias” y se publicaba como si no importara su respuesta sino solo la pregunta. Andrea no tiene (ni debe) ponerse una sotana o dejar su sensualidad de lado para postear, en 2017, en su Twitter, una foto escrachando a los policías que reprimieron en Pepsi Co llevándose snacks y gaseosas o un homenaje a Evita. Andrea puede mostrar piel, carne, deseo, sexo y pasión. Pero se rebela, también a su manera, a ocupar el lugar de la calladita.

Los tiempos políticos corrieron a las mujeres de la centralidad del poder en Latinoamérica (sin más presidentas en la región) y la oda mediática es al “duelo de estilos” entre primeras damas, reinas o princesas a ver quién gana con sus vestidetes la copa de la mejor perchita. Se cambió el poder por el porte, las damas al poder por las damas de compañía y el calor de las ideas por el calor del hogar como paradigma de mujeres que son empujadas a retroceder en los pasos de la historia y volver a ser las que están un paso atrás de los protagonistas

varones.

A contramano, sin embargo, las mujeres toman la calle colectiva y masivamente, y el movimiento de mujeres impone otras varas mediáticas con el grito de Ni Una Menos. Ni todas las mediáticas se volvieron rebeldes con causas, ni todas las que tienen destellos rebeldes son activistas, feministas o alumnas impolutas de la incorrección machista. Sin embargo, forman parte de una marea de mujeres que no quiere entrar en un solo uniforme, ni salir a escena solo durante el climax estético que se espera de ellas.

Por ejemplo, Natalia Oreiro protagonizó la tapa de *Caras*, del 18 de julio del 2017, sin photoshop y sin maquillaje, como una opción de belleza natural a los 40 años. Eso no quita que cuente con bronca que cargó con el peso de que no la consideraran buena actriz por ser linda y que también le gusta jugar el juego de la alfombra roja y calzarse zapatos, vestidos, peinados y maquillajes que elige y que también forman parte de sus gustos y tramas. Mientras que Gloria Carrá criticó a las mujeres que critican sus fotos en Instagram hablando de anorexia, fealdad y vejez. “Tengo 46 años y me siento muy bien conmigo y con mi edad. Si creen que una persona de 40 no puede bailar, cantar, usar bikini en la playa, están fritas amigas. No quiero que me comenten lo linda o lo fea que estoy”, publicó en sus redes sociales. Gloria encarna a mujeres que no quieren entrar a la pantalla cuando ser rubias de ojos claros es un pasaporte a la popularidad, y cuando el rostro tiene más vericuetos que la primera lozanía son expulsadas del paraíso de la masividad.

Sin dudas, la televisión y las nuevas pantallas necesitan reimpulsar una estética de la diversidad, menos cruenta y donde no haya fronteras que dejen afuera del reino de lxs muchxs a las más carnosas, anchas, grandes, flacas, lisas, voluptuosas, morochas, morenas, bajas o caderonas. No hay pluralidad si la cámara no mira a todas las que miran o solo hablan las jóvenes con medidas estándar como si se tratara de muñecas. En las exigencias televisivas actuales para ser actriz, conductora, periodista, dar el tiempo, decir los goles, bailar, posar, opinar de judiciales o de política hay que ser linda, más que linda, atractiva.

El filtro deja afuera a muchas mujeres que pesan más o menos, tienen las tetas más pesadas o caídas, son más grandes o más chicas, más planas o más enruladas, más morochas o anchas, menos *femme fatal* o demasiado fatales. La televisión no busca resaltar ni mostrar un arco iris de belleza posible. Busca moldes que uniformen el deseo en una talla, en una edad, en un estilo, en un gusto, en un mix que espeje que ser mujer no es una pluralidad de opciones sino un formato en el que se encaja o se desencaja.

Los medios no ven ni muestran una revolución de mujeres que clama por más

derechos. Pero hay gritos, susurros, canciones, posteos, respuestas, tapas como destellos, a veces mínimos y otras de peso, pero significativos de mujeres rebeladas a sonreír para la foto y salirse cuando ya no las invitan a posar con la boca acurrucada para gustar a cámara. Las que llegan son menos, las que no llegan son muchas, las que son expulsadas son demasiadas. Y aun las que se vuelven aguja en el pajar son desterradas si crecen, si no se operan, si no se ponen botox, no van al gimnasio o si cantan, hablan o –incluso– hacen gestos que no solo decoran las mesas que ya están servidas.

La rebelión de las tontas

“Vuelvo a ser la tonta que se amolda a tu rutina, la que te espera mientras espera te cocina, que se pone contenta si te ve, y sino también. Y sin querer todo lo que juré no volver a ser, lo vuelvo y lo repito una y otra vez, pedazos de ilusión que rescaté vuelvo a romper”.
(Jimena Barón, La Tonta).

“A todas las chicas, nenas, mujeres, madres, que nadie nunca jamás les diga que son grandes, que están viejas, que son feas, gordas, que no tienen talento, y sobre todo, que son tontas”, dijo Jimena Barón, redefinida como una *girl power*, cuando terminó de cantar su tema “La tonta”, con la estrategia de dar vuelta la sumisión y contar su intento de ama de casa aplacada, esposa que espera con la comida servida mirando el reloj del hombre que no llega y botinera que cuelga recetas por Instagram mientras se levanta a preparar un café que no asegura ni amor ni gracias. Jimena denunció violencia de género (que no es solo física, sino también psicológica aunque la mayoría de los medios lo olviden) de parte de su ex pareja y padre de su hijo, el futbolista Daniel Osvaldo. Los medios la criticaron por denunciarlo y también por volver con él cuando en realidad es parte del engranaje exacto de los ciclos de la violencia el perdón y el reintento. Ahora se separó y convirtió en música su irónica tonta que termina con una aspiradora que barre con la corbata masculina y con una casa que vuela en llamas mientras ella se aleja de ese modelo de sumisión y sufrimiento con la cena lista. “Es el padre”, le gritan en *Showmatch*, como una forma de reto por no cerrar la boca al *pater familia* con un pop irónico y pegadizo. Jimena también hace arenga de poder mostrar y mover el culo contra miradas inquisidoras y no gambetea, con botas rojas, malla y guantes, la palabra feminista desde la tapa de revista *Gente*: “Hoy en día es imposible no ser feminista. Y pujar por igualdad

de derechos y obligaciones: una mujer que decide y un hombre que lo valora.
'La tonta' es un guiño a la mina de los 40, 50 o 60, que aparecía en publicidades diciendo: 'Ahora que engordé puedo conseguir marido'. La del chip muy asumido de buena madre, buena esposa y buena limpiadora".

Nada tontas del mundo, uníos.

Capítulo 17
EL ABORTO ES LEGAL EN SILENCIO

—Me quiero matar, dijo A. G., cuando tenía 15 años y se enteró de que estaba embarazada después de haber sido violada por su padrastro. La Justicia la tuvo cuatro meses dando vueltas con expedientes y una gestación que la hacía portadora de la violación, en Comodoro Rivadavia, Chubut.

El 13 de marzo del 2010, en el Centro Materno Infantil de Trelew, la médica Stella Manzano realizó la interrupción voluntaria del embarazo, con el respaldo de una sentencia de los jueces de la Sala Civil del Superior Tribunal de Justicia de Chubut.

“Siempre se dice que el post aborto es traumático, pero la niña, gracias a eso, pudo volver a su vida feliz. Ella no carga con ningún trauma por el aborto, sino por la violación”, contó la abogada Sandra Elizabeth Grilli, quien defendió a A. G. y remarcó que consiguió apoyos gracias a la cobertura pionera de Mariana Carbajal, en *Página/12*. El caso estaba resuelto, pero el defensor del niño hizo una apelación para amenazar a las profesionales de la salud con una causa en su contra. Por eso, el expediente llegó a la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

La Corte se podría haber desentendido con un aborto ya practicado. Hubo decisión de dejar un mandato y hacer respetar un derecho. “El aborto no punible está legislado hace más de noventa años”, subrayó Carmen Argibay, en una entrevista publicada el 3 de diciembre de 2010, en *Las/12*, donde adelantó que la Corte se iba a pronunciar –aunque no hiciera falta– y que no iba a mirar para otro lado.

El fallo F.A.L (por las siglas de la madre de A.G.) se conoció, el 13 de marzo del 2012, y fue producto de una decisión histórica que, probablemente, no se volvería a repetir con la conformación posterior de la Corte, de tono mucho más conservador. La sentencia fue mucho más allá de un permiso puntual o para casos extremos y legitimó que toda mujer que necesite interrumpir un embarazo puede hacerlo.

El aborto en la Argentina es legal por causales, igual que en muchos países (como España antes de la reforma del 2010) y como Brasil y Chile (después de una gran pelea de Michelle Bachelet) pero con causales más amplias que en los países limítrofes. En la Argentina el aborto es legal si hay violación, si el embarazo es inviable, si corre riesgo la vida de la madre y, también, si afecta a la salud en un sentido físico o psíquico. Por lo tanto, si una mujer siente que continuar con el embarazo le produce depresión ya alcanza. La diferencia con el imaginario es que no se realizan operaciones en camillas, sino que se receta o se da la medicación en abortos a través de Misoprostol.

La decisión del gobierno de Mauricio Macri de dejar a voluntad de los y las legisladores la discusión sobre el aborto legal, seguro y gratuito no es más ni menos de lo que ya viene sucediendo. No hubo antes, ni ahora, un freno del

Poder Ejecutivo para la discusión parlamentaria, aunque, en ningún caso (como sí hizo Bachelet) el proyecto se promovió desde la Presidencia de la Nación. La iniciativa de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito está reconvertida en un símbolo colectivo y juvenil con los pañuelos verdes que poblaron el Congreso de la Nación el lunes.

La Campaña ya logró (en otras conformaciones parlamentarias) que la iniciativa fuera firmada por 70 diputadas y diputados de todos los bloques (Frente para la Victoria, PRO, radicalismo, socialismo, izquierda y Frente Renovador) en un consenso multipartidario inédito en la política argentina. En 2015 el proyecto fue frenado en la Comisión de Legislación Penal, a cargo de Patricia Bullrich, actual Ministra de Seguridad, que no dejó avanzar la iniciativa, a pesar que en los noventa había presentado un proyecto de despenalización del aborto que hoy deja en el olvido de su camuflaje político.

La noticia del vía libre muestra un triunfo del movimiento de mujeres, de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito y la imposición de una agenda feminista en las redes sociales, los medios de comunicación y la calle protagonizada por una camada de jóvenes que llevan adelante, con una decisión imparable, la defensa del lema “Educación Sexual para decidir, Anticonceptivos para no abortar, Aborto Legal para no morir”.

Todo lo que hay que saber sobre el aborto (Y sí nos animamos a preguntar)

¿La clandestinidad del aborto mata?: SI

En Argentina, durante 2016, murieron 46 mujeres por embarazos terminados en abortos sin ninguna razón para su muerte. Si el aborto fuera legal, seguro y gratuito estarían vivas, igual que en Uruguay, donde ninguna mujer muere por una intervención sin riesgos. El gatillo conservador de la clandestinidad quita la vida. No estaban enfermas, ni se infectaron, ni tuvieron un accidente. Murieron por ser mujeres en una sociedad que incita al sexo pero arrincona a quienes abortan a una ruleta rusa.

¿La mortalidad materna es una deuda con las mujeres?: SI

La tasa de mortalidad materna (embarazo, parto o puerperio) en Argentina es de 3,4 muertes cada 10.000 nacimientos, según cifras de 2016, del Ministerio de Salud de la Nación. Argentina se había comprometido, en el 2000, en la firma de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), de Naciones Unidas, a bajar la

tasa a 1,3 cada 10.000 nacimientos en el 2015. Sin embargo, quedo en default y los actuales indicadores son tres veces más altos que la meta firmada. La principal causa individual de muerte de mujeres gestantes son las consecuencias del aborto.

¿Se mueren igual las mujeres en el sector público que en el privado?: NO

Las diferencias de clase son notorias en las muertes por aborto. El 76,7 por ciento pierde la vida en hospitales públicos; 13,95 por ciento en establecimientos privados; 7 por ciento en el domicilio particular y 2,33 por ciento en otros lugares.

¿El riesgo es el mismo para las mujeres de todo el país? NO

En Formosa la mortalidad materna es de 12,3 muertes cada 10.000 nacimientos. En la Ciudad de Buenos Aires, en cambio, es de 1,5 cada 10.000 nacimientos. Una mujer formoseña tiene ocho veces más riesgo de morir por su embarazo que una porteña.

¿El problema de la clandestinidad es igual para las mujeres de todas las edades? NO

La mayor cantidad de muertes se da entre los 25 y 35 años porque es el pico de la edad fértil. La esperanza de vida, en la Argentina, es de 79 años. Por lo que, a diferencia, de otras enfermedades ligadas al avance de la edad, la clandestinidad del aborto mata a mujeres que todavía tienen 45 años, promedio, de vida por delante.

¿La mortalidad por aborto es un problema de salud pública?: SI

“Son todas muertes evitables y prevenibles. Con medidas costo efectivas podés no tener ninguna muerte”, define la médica Mariana Romero, investigadora del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) y CONICET e integrante de la Red de Acceso al Aborto Seguro (REDAAS).

¿Las muertes por aborto son muy pocas en las causas de defunciones femeninas y no constituyen un problema? NO

“Las decisiones de salud pública no se toman por el número final de muertes. Si trabajas en la prevención de embarazo no planificado y en las muertes maternas por aborto, con una medida que cuesta poco, tenes un impacto muy grande”, explica Romero.

¿El uso de Misoprostol bajo la mortalidad materna? SI

“En Argentina el Misoprostol generó una disminución de la mortalidad y de las internaciones hospitalarias por complicaciones asociadas a los abortos inseguros”, asegura el ginecólogo Julián Rodríguez Prassolo, de la Red de Profesionales de la Salud por el Derecho a Decidir.

¿Las mujeres que mueren por abortos no tienen hijos? NO

“Cuando una mujer fallece quienes más sufren son los niños/as. Sus hijos/as sobrevivientes tienen de tres a diez veces más probabilidades de morir en los dos años siguientes que los niños que cuentan con ambos padres. Asimismo esos chicos tienen menos chances de acceder a la salud y educación durante su desarrollo, según un estudio de la Organización Mundial de la Salud (OMS) sobre el impacto de las muertes maternas”, subraya Romero.

¿Se puede implementar un modelo de mortalidad cero como en Uruguay? SI

“En Rosario, desde 2012, no hubo muertes por aborto”, grafica el ginecólogo Daniel Teppaz, Coordinador Salud Sexual y Reproductiva de Secretaría de Salud de la Municipalidad de Rosario. ¿El secreto? Se realizaron 600 Interrupciones Legales del Embarazo (ILE) de todas las edades gestacionales. “Desde 2012 se comienza a comprar Misoprostol y a ser provisto de manera gratuita a las mujeres y a ofrecer la técnica de Aspiración Manual Endouterino (AMEU) y, de un promedio de 600 internaciones por complicaciones de aborto, se paso a 169 internaciones, en 2016”, detalla Teppaz.

¿En la Argentina el aborto está prohibido? NO

En Argentina el aborto es legal por causales. Y las causas son amplias: salud (comprendida integralmente tanto en el sentido físico como emocional), por inviabilidad del embarazo, por el riesgo para la vida y por violación.

¿El aborto legal por causales se hace pero en silencio? SI

“En muchos países hay aborto legal por causales. Pero acá no está acompañado ni por políticas públicas, ni por la difusión adecuada. Entonces quienes deben hacer llegar este derecho a la gente se hacen los distraídos”, señala Gabriela Luchetti, ex jefa de de Ginecología del Hospital Castro Rendón, de Neuquén.

¿Se puede pedir un aborto legal sin miedo de ir presas? SI

“Pedir un aborto legal es una práctica completamente legal. No hay ningún

tipo de ilícito”, afirma Sabrina Cartabia Groba, abogada feminista de Red de Mujeres.

¿La objeción de conciencia puede obstaculizar la interrupción voluntaria del embarazo? NO

“En el Protocolo Para la Atención Integral de las Personas con Derecho a la Interrupción Voluntaria del Embarazo dicen que la objeción de conciencia tiene que ser siempre personal, pero no institucional y si un médico objetor recibe a una paciente tiene la obligación de darle información y encontrar quién le haga el aborto y sino hacerlo. La verdad es que no se los obliga y son muchos los que se declaran objetores”, informa la ginecóloga Stella Manzano, especialista en medicina legal e integrante de la Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito.

¿El Misoprostol es riesgoso? NO

“La utilización de Misoprostol ambulatorio no pone en riesgo ni la vida, ni la salud, ni la fertilidad. Las complicaciones que se pueden presentar no son muy frecuentes y tienen una rápida resolución en un centro de salud. La complicación más frecuente son el sangrado abundante (cuando en un periodo de dos horas se llenan cuatro toallas menstruales). De ocurrir esto se recomienda acudir a una guardia”, aconseja Rodríguez Prassolo. Y detalla: “Es indispensable utilizar analgésicos como el ibuprofeno desde una hora antes de empezar a tomar el Misoprostol ya que las contracciones uterinas que produce son dolorosas. La aplicación de calor en el abdomen con una bolsa de agua caliente ayuda mucho en la disminución del dolor”.

¿Las adolescentes pueden acceder a una Interrupción Voluntaria del Embarazo? SI

“No es una exigencia venir acompañada por un adulto para solicitar la interrupción legal del embarazo ni para solicitar métodos anticonceptivos. Si las adolescentes (de 13 a 18 años) llegan acompañadas por un adulto, se les pide que también firmen como una forma de respaldar la intervención, pero el consentimiento lo presta la adolescente y el derecho está garantizado”, afirma la médica Sandra Vázquez, Directora de la Asociación Civil FUSA.

¿Hay que pelear por una ley de aborto legal, seguro y gratuito? SI

“El aborto debería sacarse del Código Penal y deberíamos tener un modelo mixto y no solo por causales. En el modelo actual la autonomía de las mujeres

esta cercenada y depende de la opinión de profesionales para la resolución en una situación de aborto lo que se transforma en una forma de tutela del cuerpo de las mujeres”, asegura Teppaz.

Capítulo 18
PONER EL CUERPO

El guardapolvo

Las chicas teníamos que usar guardapolvo blanco y los chicos nada. Habían dejado la corbata del uniforme después de la dictadura y la libertad estaba a la vista. El Colegio (Nacional) Manuel Belgrano (Nº 6), de Ecuador y Mansilla, era de varones y, recién en 1986, se había visto obligado (ningún cambio es *motu proprio*) a abrirle su puerta a las alumnas.

Las aulas enormes, los patios, el buffet, el recreo, el centro de estudiantes, todo era un mundo de hombres, con una isla de mujeres pequeñas, las menos y las más chicas, apenas en primero y segundo año. Es cierto que ser una isla de chicas, en un mar de hombres, daba vértigo a los 13, cuando los vértigos gustan.

Hasta que apenas unos meses después del primer día de clases, el vértigo se estrelló contra los banderines de la marina en el despacho de la rectora, la señora Lo Médico (todo tan lo masculino). El ruedo del delantal le mostraba la hilacha que dejábamos ver las que habíamos irrumpido en el colegio con la intención de provocar.

Recuerdo como una pesadilla que sigue persiguiéndome la clase sobre posibles infecciones que vendrían a atacarnos como un golpe bajo, por el simple pecado de sentarnos en el pupitre, si no acatábamos el uso del guardapolvo y lo acatábamos largo.

El patio del colegio era cuadrado y la prueba de educación física también: 10 vueltas en 4 minutos. Yo corría hasta que las piernas se retobaban, respiraba hasta que el aire atormentaba el aire, y deambulaba por ese patio cuadrado hasta ver desaparecer al resto y saber que mis piernas no llegaban. En el mástil, lloraba por el fracaso de mi cuerpo con talasemia minor o anemia siciliana (sin diagnóstico hasta una operación ginecológica que llegó a los 22). Pero el fracaso se convirtió en sanción por deambular con la ropa de gimnasia, alias, un shorcito negro.

Exhausta –y con un no supero los objetivos que me condenaban a otras diez vueltas en diciembre–, estaba en falta por el doble pecado de mis piernas: ser muy lentas y ser muy rápidas. Me abracé a mi amiga Eugenia y lloré por ese temblor del cuerpo (heredero de la hambruna siciliana y de una fatiga de apellido Viscaglia) como enemigo: demasiado poco para correr, demasiado expuesto para que me corran.

En tercer año hicimos nuestra primera huelga. Éramos setenta y nos juntamos en la sala del coro: “Mañana ninguna entra con guardapolvo”. No entramos ese día y al siguiente tampoco. La primera vez, por decisión nuestra, la segunda, por

decisión de la rectora. El cuaderno decía que nos habían suspendido a todas por indisciplina. Pusimos el cuerpo, sin que el guardapolvo nos libre ni nos guarde.

El guardapolvo hizo escuela.

La ropa era una forma de cubrirnos de los polvos.

Es la hora de escuchar, muchachos

*El enamorado es como el paranoico, cree que todo le habla a él.
(Pedro Mairal, La uruguayana).*

*Había amanecido resuelta,
tan segura de sí misma que me desconcertó.
En cierto modo, la envidié.
Sentí que ya no me necesitaba.
(Sebastián Basualdo, La intimidad del fracaso).*

—Escuchame —es un reclamo clásico femenino.

En un dibujo de Alejandra Lunik él está subido a un árbol y ella le explica a un bombero que le había dicho “hablemos” como una maldición.

No hay muchos árboles. Pero si clavadas de visto grises o azules (no es una cuestión de matices) y silencios, indiferencias, ninguneadas, ghosting, fantasmeos. No verse, no dejarse, no encontrarse, ni siquiera despedirse.

Hay pocos termómetros modernos sobre fenómenos intempestivos que no sean arbitrarios. Valga la arbitrariedad para aseverar que nunca vi tantas mujeres atragantadas de la náusea de lo no dicho, el silencio o de muchachos que pueden volcar sus penas, dolores, enfermedades, madres, hijos, ex en ellas como si fueran un tupper de penas y, después, dejarlas incluso sin los patines, el fútbol, las pruebas o los dolores de panza de los hijos, sin siquiera hablar de porque se corta.

Con el No sos vos, soy yo estábamos mejor. Digo. Y decir eso es que está dicho todo el dolor de lo no dicho.

Creo que uno de los desafíos de las mujeres a las que todavía (mal que nos pesa) les/nos gustan los varones es escuchar más. Porque a ellos les pasan cosas que no nombran. Sin embargo, es cierto, que la escucha se vuelve una fragilidad expuesta que después deja un vacío sin barrilete que remonte.

Un liberalismo amoroso que espadea con el silencio y en el que gana el o la más fuerte siempre es un darwinismo feroz en el que la cooperación se barrió la

palabra compañera/o, como un 55 bombardeando o azuzando el zumbido, como una forma de sobrevolar el temor al silencio y al olvido sin falta y sin prelude ni adios.

Nos conocemos las cartas sin jugarlas.

Y no jugamos por vernos las cartas.

Sin vernos.

Casi sin guiños.

Cuerpos inmóviles para preservarse el culo sucio o la casita robada.

Sin quiero que valga 4.

Capítulo 19
GORDOFOBIA VADE RETRO

Sacar los rollos

“Las gordas no son felices / no eligen la ropa que quieren ni los novios que quieren / la gorda que vive a dieta/ que come a escondidas / borracha de vergüenza / de desprecio no es gauchita / se entrega porque no vale nada”
(Alejandra Benz, Cebo, cebi, Sebastián).

Alicia mira la vidriera de las confiterías deseando el merengue italiano y las frutillas con pastelera. Pero seguía de largo o –peor aún– salía a correr para olvidar la sequía de delicias en medio de los titubeos de la adolescencia. Carla ya no es adolescente pero, por sus hijas de seis años, intenta relajarse si quiere una tarde con medialunas, aunque ellas ya saben qué engorda y qué no engorda. Laura es flaca, muy flaca, pero siente que es gorda porque fue gorda y que toda su vida va a ser gorda. No puede olvidar los atracones y las revueltas, aun entre los parciales de la Facultad de Filosofía y Letras. Patricia pide una ensalada en su primera cita con su futuro porque le parece que –aun en una mujer liberada como ella– comer (y comer pasta y no pasto) es mala señal para una primera cita.

Hasta el siglo xx la palabra placer estaba desterrada del diccionario femenino. La revolución de la píldora les dio a las mujeres libertad sobre su cuerpo. Ya no era la única posibilidad embarazarse después de tener sexo. ¿Se necesitará ahora una pastilla que permita comer sin engordar para que las mujeres vuelvan a poder concretar sus deseos? ¿O los cuerpos tendrán que ser los que quieren ser y no los que deben ser, según la angostita mirada moderna? ¿Se puede liberar el cuerpo y controlar el cuerpo? ¿Se puede dejar correr las fantasías de masajes en los pies o disfraces de enfermera y reprimirse la tentación de unas frutillas con crema? ¿La liberación sexual del siglo XX se paga con el corset de los deseos gastronómicos del siglo XXI?

La mesa es ese lugar donde las mujeres hablan (demasiado) de comida y (a veces) comen menos de lo que hablan (o desean) o comen (con menos placer y más culpa) de lo que debieran. Ese lugar –la mesa– que se volvió, casi, más tabú para las mujeres que la cama, ahora que en casa la tele te enseña –antes de las 12 y sin rayas– cómo descontrolar tus deseos y llegar al orgasmo y cómo controlar tus deseos y creer que un yogur de lemon pie es igual a un lemon pie.

Junto con el mandato de la delgadez, el cuerpo perdió un permiso y un placer: el de comer. Hoy comer está mal visto. Por eso, muchas mujeres comen a

escondidas, no comen, comen poco o comen –siempre– light. “¿No te estabas (o no deberías) cuidarte vos?” es una frase que, dicha, silenciada, gritada, burlada u obviada es palpitada por muchas mujeres cada vez que miran una carta, compran en el supermercado, cocinan, piden o –simplemente– llevan un bocado a la boca. Por eso –incluso más allá de la delgadez o el sobrepeso– la presión sobre la alimentación femenina es el gran tabú de la época sobre el cuerpo (y los deseos) de las mujeres.

Tanto que Naomi Wolf dice que la comida es hoy lo que el sexo era para mediados del siglo pasado. Pedir y tener sexo ya no es un pecado, sino un mandato (al menos para las clases medias y altas que pueden hacer del sexo un entertainment sin riesgos). Sin embargo, aun entre las adolescentes humildes – por lo menos de Capital y el conurbano– el modelo es cada vez más parecido al mismo modelo de modelos que tienen que comer poco (pero poco y caro).

Y en esta represión –los 15 segundos que muchas se toman antes de decidir si comer o no comer– hay un ahogo a las ganas, un apaciguamiento de los impulsos, una represión al llamado del hambre y una negación del derecho a degustar (y no sólo al deber de gustar).

Las mujeres ganaron el derecho a hablar, votar, decidir, pensar, trabajar y gozar. Sin embargo, la mayoría, sigue pendientes de la mirada ajena. Y aun las que pueden pensar y cuestionar los mandatos que les caen por la cabeza no pueden evadirse de sentirse acorraladas por el espejo social que pide mujeres con la boca cerrada.

“Comer siempre fue un problema para mí. Cuando no lo fue –hasta los 12 o 13–, me lo hicieron sentir los demás. En la secundaria, íbamos a las farmacias a pesarnos cuando salíamos del colegio, tomaba laxantes y tés diuréticos, pasaba días sin comer, después me comía todo y así. Desde chiquita tuve empachos e indigestiones varias. Recién a los 20 y tantos aprendí a comer sano y a no hacer dietas, es decir, comer bien todos los días. A veces me salgo porque me tiento o tengo ganas o creo que me lo merezco. Pero tengo una raíz bulímica que no se va. Es mucho más fácil para mí decir no que probar un poquito porque esa ingesta me desata y no puedo parar, a mí no me sirve eso de la copita, el bocadito, el cachito, me bajo la caja de bombones sin parar y después paso seis meses sin probar nada, funciono por saturación-asco-asepsia”, relata Laura, Licenciada en Historia, de 36 años.

Su historia –desde el Lanús en que nació hasta Filosofía y Letras donde se graduó– habla de la historia de muchas mujeres, donde la represión a no comer desemboca en un atracón y en más represión. Y en un cuento donde la comida se vuelve enemiga.

Los prejuicios puestos en lo que las mujeres se llevan a la boca hacen que

también se sienta, directamente, pudor de comer (frente a los otros). Hay que pedir, asumir el gusto, pinchar con ganas, abrir la boca y masticar. Hay que abrir el cuerpo, moverlo, invitar al goce y dejar que el goce llegue. Hay que dejarse inundar y animarse. Por eso, mostrar que una come (más allá de ser o querer ser flaca o gorda), a veces da vergüenza. Eso le pasó a Patricia, una diseñadora gráfica de 32 años, cuando su actual marido la invitó a cenar –a sus 22– por primera vez. “Fuimos a un restaurante divino, de pastas, con unos platos riquísimos. Y a mí en esa época me daba vergüenza comer en una cita, ahora no puedo creerlo, pero era así –asume–. Me pedí una ensalada... Hoy salir a comer es la mejor salida. Soy la que más come de los dos, y también a veces la que más come del grupo de amigos. Recuerdo eso y no puedo creerlo... Hay algo de represión en el tema.”

El amor y la comida –no es novedad– están relacionados: los dos se arremolinan, justito ahí, en el estómago. “Estar prohibiendo permanentemente enciende el deseo. El control social y la prohibición cargan la comida de un plus. Ya no es el vehículo por el cual logro los nutrientes que necesito para vivir. Ahora las mujeres hablamos de ‘no sabes lo que me comí...’. Hace veinte años se hablaba así de tener un amante”, describe la periodista y psicóloga feminista Liliana Hendel.

Nunca estarás buena

“Es el final del día y el final de la semana. Estoy con amigos, caminando, charlando, yendo a buscar una cerveza. Uno de ellos pregunta al grupo: “¿X no está buena?” (...)

Yo nunca estoy en esa lista. Ni yo ni nadie gordo como yo está en esa lista. La listas a las que pertenecemos son otras y las cualidades con las que nos describen también, nosotros podremos ser interesantes, gauchitas, curvy, rellenitas o dables.

Pero nosotros nunca estaremos buenos. Yo nunca seré buena”.
(Ana Larriel, Nunca estarás buena).

“Quizás ese mapa húmedo en el que nos encontramos todos los cuerpos agitados por el improperio de nuestra desmesura encuentre pasadizos que intensifiquen esta ambición radical de diferenciación”.
(Nico Cuello, La Gota Gorda).

“Podría ponerme a dieta. O te podrías ir a la mierda”, inspiró el sitio “Gorda! Un zine que no busca aceptación ni agrado”, La vergüenza se vuelve orgullo. Las ganas de no respirar con tal de meter panza se desinflan en un irreverente bullido. El soplo trae nuevos vientos. “En un sistema como el actual, capitalista y heteropatriarcal, el odio al cuerpo funciona no sólo porque como dijo Naomi Woolf la dieta es el sedante político más potente en la historia de las mujeres, sino porque debemos tener claro que una persona feliz no consume”, arenga la web de STOP gordofobia.

“La gordofobia existe en distintos espacios de nuestra cultura, inclusive disfrazada de valores naturales como salud y belleza. La mirada gordofóbica la he sentido sobre mi cuerpo, pero también sobre todos los cuerpos de la sociedad. La delgadez es un imperativo”, anuncia Lucía Egañas Rojas, artista e investigadora chilena que vive en Barcelona.

De hecho, uno de los límites más osados de este planteo es encarar el pesado mandato de una vida saludable para ostentar kilos de más. Magdalena Piñeyro desafía: “Siempre que sale a la luz el debate sobre la gordofobia, aparece algún alma caritativa que se encarga de recordarnos que estar en forma es una cuestión de salud, como si esos consejos para los gordos se dieran desde una buena voluntad de la ciudadanía para protegernos. Es curioso, porque muy pocas personas podrían dar fe de llevar una vida completamente sana; sin embargo, sólo a las gordas se nos tacha de insanas. ¿Y emborracharse todos los fines de semana? ¿Y el tabaco? ¿Y las horas sentadas delante de computadoras o la televisión? ¿Y el consumo de azúcar, café, refrescos? ¿Esto es monopolio de los gordos también? La crítica a la gordura no es por salud sino por norma, y no es una crítica constructiva sino discriminatoria y segregadora. Lo que nos está enfermando, precisamente, es la obsesión por nuestra figura, por cumplir con el prototipo, con esa norma estética ampliamente aceptada, pero nadie parece preocuparse por nuestra salud mental”.

Amor descartable

*Porque, además, cuanto más me alejo de la idea del amor, mejor me siento.
(Mercedes Halfon, Fernanda Nicolini, Te pido un taxi).*

No sé cómo criar hijos a los que no les interese comer. No sé cómo prescindir de las caricias. No sé cómo la gente es mala. No sé mucho.

Sueño con caricias como Silvio soñaba con serpientes.

Odio el veneno de esperar la piel suave y sentir la humillación como una niña a la que su mamá no llega jamás a buscarla.

No llega tarde, no llega.

Se deshizo el departamento al que le tira besos y la sopa no humea con queso derretido.

¿En qué momento nos volvimos descartables?

Una sociología aplicada al amor no me alcanza.

Aúllo como una lengua muda que no puedo olvidar la piel que me olvida

Como si no hubiera estado.

Me duele a veces, ir al patio en donde fui salvajemente feliz

Y acostarme en la cama.

No se llegar a la amnesia de mi dolor y de mi deseo

Mascullar el olvido de mis propios látigos

Encontrar la indiferencia a devorar mi propia sed

En abstinencia

Blindarme de duelo, dolor y deseo

No sé cómo se hace

para no comer cuando hay hambre o gula.

ya no sé donde descontrarme.

Coraje hermosa

“Coraje hermosa”, dice el tatuaje sobre el brazo de Ana Larriel, de 33 años, que se define como paraguaya, gorda y psicóloga. Ella fue la Coordinadora del taller de activismo gordx que, por primera vez, se desarrolló en un Encuentro de Mujeres, en Resistencia, Chaco, en octubre del 2017 y que abrigó desventuras, angustias exorcizadas en una piel nueva y colectiva, debates y propuestas que Ana escribió mientras otras ya se dedicaban al chape o a preparar la marcha con cuerpos a los que la palabra no solo nombra sino que habita en gustos e identidades de ropas que cada quien elige pero que son, claramente, más libres y potentes.

—Hace diez años nunca hubiera pensado que iba a tener un lugar para transitar mi experiencia de vida con tanto amor y contra la cultura de la vergüenza —dice Ana, con una musculosa azul que resalta sus ojos.

Gisela Espinoza, de Rosario, valoriza: “Es super potente pensar el cuerpo como un arma disidente. Me traería a mi mamá y a mis hermanas conmigo porque en mi familia somos muchas gordas y siempre se busca una delgadez con recetas mágicas para llegar a cuerpos de fantasía. Y esto ayuda a reconocernos y

sentirnos poderosas”.

Laura Contrera es activista gorda de la diversidad corporal, co-compiladora del libro *Cuerpos sin patrón*, de Editorial MadreSelva y co-fundadora del taller “Hacer la vista gorda”. Ella pide que lxs gordxs no sean puestos como sinónimo de gula, acaparamiento de comida y mala alimentación. “La mayoría de las personas no elegimos lo que comemos, comemos lo que podemos. La distribución de los alimentos es como la distribución de la riqueza. Los ricos son cada vez más flacos y los pobres cada vez más gordos. Pero tampoco eso es tan lineal porque hay muchas personas que no son gordas por lo que comen”, apunta Laura.

Otra de las demandas del taller es que la Educación Sexual Integral (ESI) incorpore esta perspectiva y no trabaje sólo sobre bulimia y anorexia o estereotipos de cuerpos y vaya a fondo con la diversidad corporal. “Las adolescentes y las niñas no pueden pasar por lo mismo que pasamos nosotras”, reclama una de las participantes.

Capítulo 20
EL CUERPO DEL GOCE

A mover el culo

“A mí me gustan grandes, hospitalarios, macizos. Me gusta el culo balcón, que sobresale y se autosustenta como un milagro de ingeniería. El culo bien latino, rapero, regatonero, de doble pompa viva y prodigiosa”.

“Se suele pensar que, en el sexo, la posición de perrito somete a la mujer. Pero hay que decir que abordar por detrás a una mujer de ancas poderosas puede ser todo lo contrario: es como acoplarse a una locomotora, como engancharse en la fuerza de la vida, hay que seguirla, no es fácil, uno queda subordinado a su energía, hay que trabajar, darle mucha bomba, carbón para la máquina. Es uno el que queda sometido a su gran expectativa, aborto, subyugado, vaciándose para siempre en la doble esfera viva de ese mantis religiosa”.
(Pedro Mairal, El culo de una arquitecta).

*“¿Quién te hizo pensar que me importa lo que puedan hablar?
Que tu comentario puede tapar lo que soy / No te acostumbras
¿Quien te dijo que podés opinar? Si es mío / El culo”*
(Jimena Barón, QLO).

“¿Esa cola tiene novio? ¿Quién va a hablar, el culito o ella?”
(AM, Telefe).

“¿Qué te llevó a querer ser el culo del verano?”
(Viviana Canosa, Canal 9).

Una mujer que quiere acostarse después de acostarse –sin pensar en irse, en huirse, en blindarse– sabe que si los dos cuerpos se rinden y se dan vuelta, se reinventan. Entonces el cuerpo gira, se acomoda y así se hace noche y se re-hace el día. Una mujer que duerme con un cuerpo desnudo, abrazado, despatarrado, sabe que es su atrás, su columna vertebral, su trasero, su cuerpo sin voz, sin palabra, sin siquiera mirada, el que arrima. Una mujer que sabe desandar sus maratones y volverse caminante con sus manos apoyadas, sabe que ahí –ahí donde un soplido puede dividir el cuerpo–, ahí donde el cuerpo hace una vertical entre las piernas y la espalda, ahí el cuerpo se pone redondo.

“¡Estalló el verano!” es el grito con el que las placas rojas comenzaban a buscar el mar y con el mar las notas de verano y las notas de verano son colas y

colas y colas. Al menos antes de que Julia Mengolini lograra masificar la palabra cosificación que, en la Argentina, era una culificación sin cabeza, un culo solo, enfocado en primer plano y desenfocado, incluso de de las portadoras de culos. Estar en contra de la cosificación no es estar en contra de quien quiera jugar, mostrar o disfrutar de su culo, como explica Marta Dillon, cosificar es quitar subjetividad y convertir en cosa, objeto sin identidad ni voluntad propia a una persona. Una cosa es apuntar la cámara para afilar el hilo dental de una bombacha sin permiso, buscar la imagen de dos cachetes como si fueran globos voladores de casualidad juntados arriba de las piernas y debajo de la cintura, hablar de la cola como una cosa inanimada del cuerpo femenino e incluso, preguntar, en vivo, “¿Esa cola tiene novio?” y otra, otra muy distinta, es que las que quieran se paren sobre sus caderas latinas y hagan con ellas todo el zucundum que se les plazca.

Zarandearse es una decisión con cuerpo propio. “Digámoslo, mover el culo no es sólo responder a los deseos de los otros ni convertirse en una cosa. Mover el culo, treparse en un caño, exponer el cuerpo también pueden ser actos de libertad en los que no están implicados otros consumidores. Actos políticos a veces, deseos personales otras, expresiones de libertad frente a los deber ser que se imponen cotidianamente sobre todo a las mujeres, pero también a las travestis, a los gays, a los trans, a cualquiera que no quepa en la manera correcta de encarnar los cuerpos para ser perfectamente legibles según las normas heterosexuales y patriarcales de comportarse”, escribió Dillon en “A mover el culo”.

Bombón succulento

Colas de culos, de traseros, pompis, cachas, tujes, nalgas, pan dulce, pavito, el cu-cu que hay que mover, el bombón asesino (¿por qué la mirada sobre el deseo se transforma cada vez más en una idea de matar o morir?) que se pone succulento, la cola-less, ese invento, si no argentino, sí masificado en la raya de la Costa Atlántica, en donde las colas son altar, altar de verano.

Las colas son santificadas, petrificadas, glorificadas. Las colas son trabajadas o sufridas: nuestras colas clandestinas, fatigadas de desparramarse en pantalones, nuestras colas fiacas de subir la rodillita, nuestras colas camufladas en pareos y gozosas cuando el mar rompe en olas y apabulla las miradas y el desnudo vuelve a ser libertad y no cachetes apretados como mofletes de niño o niña de tres años.

Mostrar la cola ya no es destaparse, sino contraerse. ¿Quién puede relajarse sin tener cubierta la espalda? ¿Y quién puede disfrutar con el culo fruncido?

Toda una expresión, justamente, la de tener cara de culo. O la de que te vaya para el culo, para el traste, para el orto o para el ojete. El culo, ese objeto del deseo, goteado de verano, puede ser sinónimo de mala o buena suerte.

“El traste de las mujeres, lo mismo que las tetas, es un descubrimiento del siglo XX. En el XIX los vestidos ocultaban todo y había que imaginar las formas femeninas. El descubrimiento de la cola se produjo después de la II Guerra Mundial. De hecho, las nuevas imágenes del cine y los medios de comunicación contribuyeron mucho a hacer exponenciales esas zonas erógenas”, recalca la historiadora Dora Barrancos.

El periodista y crítico de cine Jorge Belaunzarán repasa: “Hasta hace pocos años la sensualidad y la sexualidad de las minas no pasaba por la idea que hoy tenemos de culo. En los cincuenta, con Marilyn, la sensualidad era verla menear la cadera, que no es lo mismo que mover el culo; en los sesenta el sex appeal de las minas eran las tetas. El culo se impone en los noventa”.

Pero en el protagonismo del culo también tiene mucho que ver el crecimiento de la cultura gay. La pedagoga y ensayista Daniela Gutiérrez repasa: “Cierta día del siglo XX, Tom Selleck exigió que un número determinado de tomas lo agarrara desde atrás. La exigencia fue de inmediato celebrada por la comunidad homosexual norteamericana porque, a diferencia de tantos otros carilindos de la pantalla, el galán Selleck, de bigotes y metro noventa, hacía confesión y firmaba sus predilecciones dándonos la mejor de sus sonrisas: dos lindos glúteos apretaditos y simpaticones”. Y enlaza la historia de la cola con un presente en donde la diversidad sexual se hace deseo. “El caso ‘Tom Selleck’ pone el culo dentro de una economía del deseo y de una política del cuerpo. Jim Morrison comenzó su carrera de vocalista actuando de espaldas, como sugiriendo que las puertas de la percepción (The Doors of perception) se abrían en otra óptica. Ya antes el trasero embutido en pantalones bien ceñidos de Mick Jagger era una réplica exacta a la lacerante pelvis del bueno de Elvis. El culo –unisex, androginizante– había comenzado a sincerarse como ese radiante objeto del deseo.”

Argentina tiene una larga alegoría a las categorizadas de buenas colas: Adriana Brodsky era la bebota y usaba minifaldas que zigzagueaba el manosanta personificado por Alberto Olmedo. Los pantalones By Deep fueron el icono de un calce profundo. Y Patricia Sarán bajaba por un ascensor antiguo y a la vista subiéndose un jean ajustado, en una toma de 1989. Después llegó la televisión y los primerísimos primeros planos a las Tinellis o a las chicas que menean la pollerita en los programas de bailanta.

¿Por qué venden las colas? Hay algunos disparadores posibles: cuando en el sexo una mujer da la espalda, los varones pueden tener mayor sensación de

dominación. Incluso, la mujer que muestra la cola en una revista no está de frente, no mira ni desafía, está dada vuelta, casi fuera de foco y sí o sí tiene que agacharse o inclinarse. Esto, tal vez y solo tal vez, pueda explicar el rebrote de la demanda de ver mujeres agachadas o encorvadas ante la succulenta realidad de mujeres –por el contrario– cada vez mejor paradas.

Otro mito –con grandes dosis de prejuicio– es que el sexo anal les gusta a los varones y las mujeres lo conceden. No por nada, el latiguillo “¿vas por colectora?” lo impuso, en la FM *Metro*, Gabriel Schulz y la pregunta era tan explícita como la requisitoria: “¿Entregás?” como si el sexo fuera un correo. Ellas entregan aunque duela, ellos ganan como una pulseada trasera de poder.

También puede ser que el fervor de mercado por ver exhibidas colas tenga que ver con la masificación de las siliconas femeninas que provocaron que sean pocas –poquísimas– las tetas naturales. Ya no es novedad ver pechos porque todas las chicas de revista son pechugonas. En cambio, la cola, apenas un poco más resguardada del quirófano (aunque hay glúteos pardos con electrodos, rellenos y otras inyecciones para elevar la imagen trasera), conserva algo de singularidad y atractivo ante las tetas clonadas. Sin embargo, desde las famosas pompas revisitadas del ex Ministro del Interior menemista José Luis Manzano es sabido que en las camillas de los cirujanos, cada vez más, se dice: “Date vuelta”.

Ser un culiado, dejarse coger, romper el orto... la idea del poder no necesita traducción: el penetrador es vencedor y la o el penetradx es vencido. El historiador Omar Acha, en “*Las colas, el año y el capital*” analizó el poder del culo: “En la antigua Roma un ciudadano tenía permitido tener sexo anal, pero ejercido sobre inferiores sociales como los esclavos de ambos sexos. No se trata sólo de un órgano con una función fisiológica. Es también un arma de representación del otro. Esto es claro en el uso del “les rompimos el culito” de las canchas de fútbol, pero también es un instrumento de insulto a un enemigo. Sucedió en las persecuciones medievales a las sectas heréticas, a las que se les atribuía, entre otras cosas, la sodomía. También comunistas y nazis se acusaban mutuamente de ser homosexuales. El culo no podía estar exento de la fuerza del capital. Sin duda que los tiempos contemporáneos han modificado la tradicional relación de penetrador y penetrada. En parte por la difusión de las prácticas homosexuales, pero también por la generación de instrumentos o prótesis que permiten que una mujer pueda sodomizar a un varón, incluso partes del cuerpo que no eran usualmente pensadas para la penetración anal, como el puño o el antebrazo (en el fist-fucking) son indiferentes a la diferencia anatómica. Técnicamente podría haber una superación de la presunta barrera con la sexualidad lésbica. El debate es si eso reproduce el falocentrismo o lo desbanca, al mostrar que ese pequeño trozo de tejido, que es el pene, es sólo eso. Lo cierto

es que la progresiva flexibilidad de las prácticas sexuales, entre ellas las gays, favorecen un relajamiento, justamente, de la defensa del ano, pequeña fortaleza que pretende conservar la homofobia”.

“Las mujeres movimos el culo siempre. Mucho antes de que el arte de hacerlo tuviera un nombre y campeonatos nacionales, las negras africanas batían sus caderas en una danza muy parecida al *twerking* llamada Mapouka en Costa de Marfil. En los ‘90 el movimiento Bounce de Nueva Orleans bautizó ese estilo: la palabra *twerking* es una mezcla de *twist*, que significa retorcer, y *werk*, una expresión afroamericana derivada de work, usada para celebrar los movimientos de baile que despliegan actitud y vitalidad. En 2013 las nalgas arias de Miley Cyrus se sacudieron en los premios MTV y esta forma de perreo gringo se volvió mainstream. En Argentina, el *twerk* tiene formato educativo en cada vez más espacios. Se baila en un estilo más turro, con herencia de la cumbia y el perreo reggaetonero”, reseña la periodista Florencia Alcaraz.

Hay un feminismo aséptico de camisa y pantalón negro, que no marca ni esconde, que destaca las neuronas y no el cuerpo; un feminismo chongo que se apropia de la gorra y el short; un feminismo *femme* que delinea sus labios en rojo y se sube a tacones; hay un feminismo de jean y remera unisex que va por los cuerpos y la ropa no binarias y por el final o la insignificancia de los géneros y hay, bah... hay muchos feminismos.

El Caribe muestra mujeres que se calzan en pantalones blancos caderas portadoras del África y pelos que ya no domestican alisados para que los rizos no muestren en sus vueltas las vueltas que trajeron de las olas la esclavitud como forma de conquista. Hay un feminismo latino, con o sin marco teórico, que ajusta sus vestidos al cuerpo inmenso de orgullo, portador de culotes y de escotes. O, incluso, pantalones y rastas, sin ese don de hacer de las curvas una fiesta en cada contoneo. No hay moldes, pero hay fiesta.

La afrodominicana Yaneris González Gómez se define caribeña, lesbiana, artista y activista por los derechos de las mujeres. Y amante del reguetón. Su arte puso el rostro de una mujer afro con el lema “Aborto por la vida” y su cuerpo baja y sube, sin frenos, de ningún tipo y factor: “El feminismo negro me hablaba, con mi propia voz, para que sospeche de las cuestiones que se suponen libertadoras de las mujeres pero que vienen con su propia cárcel portátil. Y es entonces cuando pasaban los años y yo no sabía que debía existir una tensión que evitara que yo bailara “Guasa Guasa” de Tego Calderón, o “Muévelo Muévelo” del General. Nunca en mi vida he tenido que elegir entre reggaetón y feminismo, porque para mí son dimensiones inseparables de las posibilidades de múltiples disfrutes que un cuerpo de mujer negra incorpora y apropia en su goce”.

En algunos sectores se escandalizan de las letras o de los cuerpos cercanos, palpitantes, vibrantes y entre algunas bandas se acoge la música pero se cambia la letra. Ella tiene sus reparo: “Al escuchar reguetón con letra política o un reguetón que no quiere sonar “denigrante” (palabra de raíz racista) para las mujeres e, inclusive, un reguetón feminista, lo único que puedo pensar es que la fórmula está mal aplicada, es artificial y pretenciosa, es que lo que no tiene mambo no tiene mambo. ¿Cómo puedo disfrutar un reguetón hecho sin mambo? ¿Sin la libertad de expresar con mi cuerpo más que un atributo biológico? ¿Sin Caribe? ¿Un reguetón desde latitudes que no tienen que ver con su surgimiento, que se esfuerzan en extirpar lo negro y ahora se lo apropian? El reguetón Feminista, será caribeño o no será”.

La filósofa mexicana Catalina Ruiz Navarro nunca, y nunca, pero nunca, dejar de irse de fiesta cuando vuelve a Barranquilla. “Toda la música es machista. Las canciones son síntoma y no causa del machismo. Pero se la agarran con el reguetón porque es negro y popular y las mujeres mueven el culo. Es muy liberador porque toda la vida nos dijeron que no podemos manifestar el deseo sexual pero todas, hasta la más culiapretado, manifiestan su deseo bailando. Esa liberación, incluso si la letra de la canción es machista, es muy importante para las mujeres”, valoriza Catalina.

Después de todo, Galileo tenía razón, la Tierra es redonda y nosotros/as vivimos en el culo del mundo. ¿O esa es una mirada desde arriba? Mejor, echarse. Hacerse milanesa entre la arena, re-hacer el amor en cucharita, convertir a la redondez en viaje o montaña rusa y aprovechar la espalda para abrir los poros y cerrar los ojos y que las caricias circulares fluyan ahí, ahí donde el cuerpo tiene dónde dar cobijo, donde las colas grandes son el don de donde agarrarse, sin shop ni photoshop.

Sin más contorsiones que las que se eligen.

Con las tetas al aire

“El anoréxico gusto de la época propone un ideal de mujer flaca pero con tetas, algo raro que sea da sólo en casos prodigiosos. Por eso, la superabundancia de tetas falsas en los medios, tetas que quedan estrábicas, desorientadas y a veces un poco ortopédicas. Se exigen mujeres escuálidas que terminan poniéndose siliconas porque sin prótesis presentarían unas tetas apenas protuberantes, tetas de bailarina de ballet; una belleza sutil y sugerida que la tele parece no poder aceptar”.

(Pedro Mairal, Ensayo sobre las tetas).

Que salgan, que salgan, que el pezón despunte del pecho, que la niñez se lleve la línea recta del cuerpo 2) que estén pero no se noten, no tanto, no para sonrojarse cuando la mirada ajena baja de los ojos y se clava en el centro del universo 3) que estén y se noten, allí donde una musculosa puede mover el mundo, que se fijen, que miren, que descubran el secreto no guardado 4) que la mano no llegue hasta la frontera de la piel lisa (¿qué se hace con ese calor embolsado? ¿qué se hace, cuando llega, con la mano que llega?) 5) que llegue, que llegue, que los dedos se animen a correrse del camino de la planicie, que suban al laberinto de los poros que respiran sin aire, que las caricias se mareen entre la piel que cambia de talla, que las manos revueltas le hagan eco al grito de la piel 6) que baje o que suba, pero que tenga sed de cuerpo tibio, que la lengua palpe el aura del deseo y que la sed se empape 7) que fluyan, que fluyan, que sean ellas las que calmen la sed y calmen todo 8) que baje, que la leche baje, y no se entumescan, no se endurezcan, no duelan, no se agrieten, no se acaben, no se sequen, no se dejen morder 9) que sanen, acaricien, alimentan, amen, que den, que las tetas den 10) que paren, que no lluevan como un cuerpo abierto, que comprendan que no siempre hay quien tome 11) que vuelvan, que recuperen la memoria, ni tan tan ni tan poco, que la ley de gravedad no se ensañe con horizontalizar las curvas 12) que no se olviden, que muchas o pocas, arriba o abajo, tónicas o laxas, están ahí, más adelante, más arriba, por principio, al principio.

“La manera en que una mujer contempla sus pechos es un buen indicador de cuál es el aprecio que siente hacia sí misma, así como del rango colectivo de las mujeres en general”, señala Marilyn Yalom, profesora e investigadora en el Institute for Woman and Gender de la Universidad de Standorf, en el libro *Historia del pecho*, de Editorial Tusquets. “El pecho representa otra realidad, la cual varía a los ojos de cada espectador. Los niños pequeños ven comida. Los médicos ven enfermedades. Los comerciantes ven el símbolo del dinero. Las autoridades religiosas transforman los pechos en símbolos espirituales, mientras que los políticos se apropian de ellos con fines patrióticos –continúa Yalom–. Los psicoanalistas los sitúan en el centro del inconsciente, como si fueran monolitos inalterables. Esta multiplicidad de significados indica el lugar privilegiado que ocupa el pecho femenino en la imaginación de los humanos.”

Luciana Salazar es un cuerpo prefabricado (ahora con una maternidad cash y convertida en reality) que, a su vez, prefabricó el modelo de mujer 2005 donde se inmortalizó la frase “Dame tetotas” (pronunciada por un fotógrafo de la revista *Paparazzi*).

En el camino sinuoso, y con retrocesos, a la igualdad, la carta documento para demostrar la pertenencia a un cuerpo femenino fueron las tetas: muchas

tetas. La modelo Rocío Guirao Díaz relató: “Antes era una tablita y no me gustaba. Desde que me operé me siento más segura con mi cuerpo, me dan más ganas de mostrarlo”. Pareciera que hoy el pecho ideal (extra large) se contrapone con el cuerpo ideal (extra small) y, por eso, hay que ir a comprarlo afuera.

“Las mujeres sienten las tetas como lugar de poder, dentro de su cuerpo, tanto del poder que les otorga sentir que atraen y capturan el deseo de los hombres como del poder al sentir que con sus pechos tienen la capacidad de ser la fuente de satisfacción de un infante”, subraya Mabel Burin, Doctora en Psicología y directora del Programa de Género y Subjetividad de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).

En la prehistoria había diosas lactantes con las manos sobre sus pechos y en Egipto estaba la diosa Isis amamantando a su hijo Horus con la leche de la inmortalidad, entre muchos ejemplos. Hasta que en el siglo XVI la aristocracia europea puso como ideal el pecho sin usar. En 1780, de los veinte mil bebés nacidos en París, el 90 por ciento se criaba en casa de nodrizas. Sin embargo, esta tendencia se revirtió por una filosofía que caratuló el pecho de las amas de cría de contaminante y el pecho materno de regenerador familiar y social. Y si no a mirar a la imagen de la República Francesa, con su pecho al aire. “Antes de que concluyera el siglo XVIII, los pechos se vincularían, como nunca había ocurrido con anterioridad, a la idea misma de la Nación. No es nada exagerado argumentar que las modernas democracias occidentales inventaron el pecho politizado, y desde entonces no ha habido quién lo moviera de ahí”, resalta Yalom.

El 2 de noviembre del 2003, en el estadio Super Bowl, a Janet Jackson se le escapó un pezón y en Estados Unidos fue un escándalo. En Argentina, en cambio, la moral conservadora convivía con un muestrario de tetas hot en programas y revistas de todo tipo y pezón. Sin embargo, cuando las mujeres se empezaron a desatar los corpiños no para vender, no para gustar, no para seducir, sino para protestar o para liberarse los dedos se levantaron en señal de reto.

Tetazo (Y si no te gusta no mires)

Desatarse, mostrarse, animarse. Desabrocharse. Cortar el nudo. Quitar el gancho. Correr la traba. Bajar los breteles. Destaparse. Sacarse el corpiño. No para irse a dormir. Ni dormir despiertas. Ni mirarse al espejo. Ni siquiera para elegir a quién mostrarse sino para elegir mostrarse. Para revolucionar la idea de que ser mujer es ser delgada o curvilínea o turgente. O para protestar contra la jerarquía católica, la clandestinidad del aborto, la lesbofobia, la represión policial, la

persecución a las lactantes y las políticas conservadoras. Visibilizarse tan literalmente como la piel erizada de los pezones lo permite, con todo lo que las tetas tienen (su sensibilidad, su atractivo, su erotismo, sus secretos y su potencia) a la vista.

En 2008, en Ucrania, nació la organización Femen, con la teoría y la práctica que el cuerpo de las mujeres es un arma política. Ellas se manifestaron en tetas y con un feminismo virulento, espectacular y mediático que no se conocía hasta ese momento, contra el ex mandatario italiano Silvio Berlusconi (misógino y con una causa cerrada por fiestas sexuales con menores); contra Benedicto XVI (aun después de su renuncia como Papa) en la Nôtre Dame; contra el turismo sexual en Europa y en Brasil (en la Eurocopa y el Mundial de Fútbol) y en la casa del ex director del FMI Dominique Strauss-Khan (denunciado por una mucama de un hotel de Nueva York por abuso sexual en Estados Unidos y también salvado por la justicia); contra el presidente ucraniano Petró Poroshenko y el norteamericano Donald Trump; contra la Embajada de Alemania en Ucrania (por restricciones a lxs migrantes) y en apoyo al grupo musical Pussy Riot, cuyas integrantes habían sido condenadas en Rusia. Para algunos medios son sextremistas y culpables de exhibicionismo y desórdenes públicos, para otras, las iniciadoras de un nuevo feminismo más rebelde, erótico y combativo. Indudablemente, con las tetas al aire la visibilización fue posible. Y si algo tiene el feminismo hoy (que no tenía hace diez años atrás) es que es mundial y mediáticamente visible.

“Las tetas no se pueden desligar de lo que hay escrito en ellas. Forzosamente, si quieres verme las tetas vas a tener que leer. Y aunque no llevara nada escrito, estamos bastante hasta las narices de ciertos debates. Si yo me pongo a correr en tetas hago lo mismo que el señor que va a mi lado y se quita la camiseta. Los dos tenemos pezones y hay hombres con más tetas que mujeres. ¿En qué coño se diferencia? Cuando hablamos de feminismo, imponerme que tengo que protestar vestida porque a alguien dice que eso es lo correcto me parece bastante patético. La eficacia está comprobada: cada vez que se hace una acción tiene una repercusión. Y la repercusión no solo es mediática, es social”, afirma la fundadora de la rama española de Femen, en 2013, Laura Alcázar, en una entrevista con el diario *El Mundo*, retratada con una foto en topless y la consigna escrita (desde su cuello hasta su panza): “My body, my choice”.

La resistencia no es pose, pero las performances, la piel como territorio de consignas y el impacto del cuerpo propio como rebeldía colectiva se masificaron en el mundo y, en Argentina, frente a las masivas marchas de Ni Una Menos, a partir del 3 de junio del 2015, en donde, cada vez y cada 8 de marzo también, desvestirse, pintarse y plantarse en cuerpo propio son parte de la revolución

andante.

En los Encuentros de Mujeres, que se realizan hace 32 años, en distintas ciudades de toda la Argentina, de forma federal, popular, autónoma y horizontal, el tetazo fue un incendio contra la moral conservadora, frente a las Catedrales de Salta, San Juan, Tucumán, Mar del Plata, Rosario, Resistencia, como un ritual de piel encendida y rebeldía desatada. Primero de manera tímida o entre muy pocas contra los rugbiers que custodiaban las iglesias en el final de las marchas y, ahora, cada vez, con más mujeres, más chicas, desde antes y hasta después de la marcha, con tetas más en marcha. La piel que debía ser escondida, parada, uniforme, firme, se rebelaba desnuda contra las elites provinciales que se escandalizaban contra el cuerpo libro. Igual que en la literalidad ochentosa del dibujito de Afrodita (la novia de Mazingher Z) las tetas disparadas como armas de escandalización masiva se convirtieron en una forma de piquete contra el claustro de los cuerpos feminizados, tortas, trans, tavas, censurados.

—Me quedo en tetas —se convirtió en frase de liberación colectiva y en una forma de goce político fuera de la mirada gozosa de quien mira, sino de acción política de quien muestra para revertir la mirada.

Las feministas originales quemaban corpiños como una fogata a favor de la libertad sexual. Los corsets que aniquilaban la libertad de sentir y moverse, igual que las polleras largas que no permitían mover las piernas (ni dar grandes pasos muchachas), las fajas que no dejaban respirar (más allá de lo imprescindible), las cintas en los pies (Made In China) que impedían pisar fuerte, los cinturones de castidad que frenaban la sonrisa vertical eran instrumentos de la moda que restringían el placer y el movimiento. Quemar corpiños, entonces, significaba romper ataduras y liberar las tetas al viento. Lo libre no quita lo push up (las tetas arriba) y el cuerpo montado que travas y travestis enseñaron a portar o a achicarse según a cada cual le plazca.

La represión vino abrochada al gancho estético: la dea de tetas perfectas, ni grandes, ni chicas, ni planchadas, ni caídas, ni en movimiento, sino operadas o prohibidas y escondidas. El deseo (que también puede ser con tetas construidas en un quirófano, en sacarse un poco o en quedarse sin nada con el pecho plano en la construcción de varones trans o de identidad diversas) a ser dueña de mostrarlas, dar la teta, en público o en la calle, en las casas, de no dar la teta y ser madres de mamadera, de no tener hijos o de mostrarlas más allá de los cánones estéticos es una revolución como reapropiación de las tetas diversas.

El 28 de enero de 2017 tres patrulleros y veinte policías se hicieron presentes en las playas de Nechochea para detener una catástrofe: tres mujeres haciendo topless. El video del operativo policial se viralizó y se convocó a una protesta. El 7 de febrero de 2017 se realizó un tetazo en Buenos Aires, Córdoba, Rosario y

Mar del Plata, a favor de la soberanía de los cuerpos. “Nuestras tetas trans a al cárcel no vuelven nunca más”, “La única teta que molesta es la que no se puede comprar” y “Sacate la camiseta del patriarcado”, fueron algunas de las consignas.

La objeción se tradujo en la frase de muchas mujeres que se desligaron con la frase “No me representan”. Ni ellas, ni ninguna manifestante tiene que representar a todas las mujeres o identidades diversas. La pelea no es por ser iguales sino por ser libres.

Hasta las manos

Las manos se estiran y, aunque los años surquen líneas; no hay arrugas, kilos, celulitis, rollos, pozos, estrías, ojeras que impidan que el rojo pasión cambie las manos y cambie también cuando se baila, se acaricia, se cocina, se habla, se escribe, se rasca y no se hace nada más que mirarse las manos. Hacerse las manos es una práctica ancestral, un ritual sin más sentido que el de intercambiarse colores entre la realidad y la ficción en las extensiones del cuerpo en movimiento. Los pies pueden combinarse con las manos, o caminar solos, rumbo al coral, el verde, el transparente que –especialmente en verano– disfrutan de la desnudez contra la arena, zambullida en el agua o inalterable en una reposera titilando el rubor cromático del juego pintado.

El cepillo puede pasarse como una caricia propia en domingos arrinconados de siesta en la cocina o entre la tele y las series mientras se mide que la verticalidad no deje salpicones de pulso. También puede compartirse en una ronda de amigas o de hermanas o de madres e hijas que se miran, se eligen, se liman, se charlan entre fucsias lisos, rosas nacarados, dibujos perfeccionados con papeles metálicos o negros que elevan a *power* la categoría de arte para subir el puño y no para bajar la guardia.

La peluquería es otro lugar subestimado de charlas banales, como si la banalidad no fuera también el arte de la tregua y en la tregua no se pudiera dejar de amasar, tipear, desenredar o acunar la vida para solo estirar los codos y sentirse el soplido.

Tal vez porque hacerse las manos sea más democrático que los otros ritos de belleza que exigen cuerpos moldeados, sacrificios de lengua afuera, aguantar el tironeo caliente de la cera en la piel o las restricciones de placeres de la boca tentada y abierta, cada vez hay más lugares para solo ir a apoyar las manos. El surgimiento de los spa de manos y pies, los puestitos de manicura express (que se ven en series de sexo serial en la ciudad y ya pueden divisarse en los shopping

porteños) y los *nails bar* ya se instalan en las urbes donde el respiro también toma la forma de turno para pensar –apenas– en qué hacer con la cutícula.

Aunque no todo es la revolución de la alegría. En Nueva York la moda se volvió masiva (ya que existen dos mil salones para arreglo de manos) y los centros de manicuría se convirtieron, en algunos casos, en trampas de explotación laboral de migrantes latinas y asiáticas por poca paga y mucha exposición horaria a productos químicos nocivos. Por eso, el gobierno local creó una unidad especial para combatir las “prácticas ilegales y las condiciones de trabajo peligrosas” para las manicuras.

La medida fue tomada después de la denuncia realizada por el diario “The New York Times” que alertó que diversos productos (especialmente el dibutilo para manipular los esmaltes) podían lesionar la piel, dar tos o, incluso, producir cáncer si no se usan guantes y máscaras, se ventila el local y se cumple con un rango horario adecuado. Con el hashtag #handlewithcare se inició una campaña para que las manos lindas no se pulieran con trabajo esclavo.

Cenicienta no more

No le había preguntado el nombre –ni el signo, ni si trabajaba o estudiaba, más que nada porque las mujeres no estudiaban ni trabajaban, ni tenían permitido demostrar personalidades tan disímiles como Géminis y Capricornio–, no había anotado su celular en su celular y, ni siquiera, sabía su nombre. Su zapato era su rastro, su seña, su identidad, su huella. Con su zapato –za-pa-ti-to, en una no inocente minimización del pie de la damita de deseo– el príncipe buscó a la princesa. Las hermanastras malas –sinónimo de feas– tenían el pie grande –sinónimo de malas y feas– y la princesita desdichada –sinónimo de buena– tenía el pie chiquito –sinónimo de linda– que la hizo dejar de ser Cenicienta y pasar a ser la protagonista de un cuento de princesas.

Lo raro no es el cuento –que ya sabemos todas– que hacía de una mujer frágil, bella, triste y delicada una princesa. Que hacía de una princesa una mujer que podía ser rescatada. Que hacía del rescate del príncipe la salvación para una mujer triste. Que hacía de un cuerpo chico –un pie pequeño– una puerta para esa salvación. Y que hacía de un bello zapatito de cristal una llave para esa titilante fantasía de dejar de fregar como Cenicienta para entrar a dar vueltas en un baile de palacio, sin más baile de tareas domésticas.

Lo raro es que esos zapatitos de cristal –de cuero, de goma, de charol, de gamuza, de cuerina, de strass, de...– siguen asomando a las mujeres a un mundo en puntas de pie. Igual que cuando las mujeres eran princesas o no eran nada y

tenían que caminar sin hacer ruido (o hacerse notar), igual que cuando en China las madres envolvían a las hijas entre telas que expulsaban el alma y apretujaban los dedos porque la belleza era tortura y la belleza eran pies chicos, igual que cuando las mujeres eran reinas de un mundo encerado y en patines (no rollers, sino dos franelitas para no marcar), igual que cuando las mujeres no caminaban, no hacían camino, no corrían, no trabajaban, no se desplazaban, no estudiaban, no se paraban a esperar o andar en colectivo. Lo raro es que el mito del pie chiquito y en punta siga siendo sinónimo de femenino. Y que aun las mujeres que se atreven a sacarse todo sin preguntarle al que se saca (o se deja sacar) el nombre, como el estereotipo de Carrie de *Sex and the City* necesiten hiperpoblar el ropero de zapatos.

Por supuesto, no son todas las mujeres las que se calzan tacos símil agujas, también están las plataformas –que al menos hacen de la altura una vereda personal con más altura–, las que acomodan las zapatillas para adueñarse del estilo que se quiere dar, las que eligen unas botas con apenas unos centímetros de elevación personal.

“Los zapatos de mucho taco generan un desplazamiento del pie hacia adelante que provoca alteraciones que empiezan a ser molestas”, apunta el traumatólogo y consultor del Hospital Garrahan Jorge Groiso, quien remarca: “Tendría que haber educación para la salud y no para la moda”.

Tal vez lo interesante de ese debate que está tan abajo como los pies es si la permanencia de la moda de usar tacos aguja, chinos, cuadraditos, en punta es un signo de la permanencia de los condicionamientos para empaquetar e impedir la movilidad (hasta social) de las mujeres. O si esa pasión por los zapatos que se renueva es un signo distintivo de los gustos, disgustos y cambios posibles en la vida de una mujer que –ahora también– quieren ser anulados o uniformados por el estándar del concepto de vida saludable.

Irene Meler, coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género, de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, analiza el camino de un posible equilibrio entre pies en alto y pies deslucidos: “Los zapatos de tacos altos refuerzan la imagen femenina como objeto de contemplación y del deseo masculino. Los tacos cómodos implican una representación de las mujeres como sujetos activos, más preocupadas por las tareas a cumplir o por las exploraciones a realizar, que por el logro de una exhibición exitosa. Es de esperar que las mujeres jóvenes logren una mayor autonomía subjetiva, que, sin renunciar a la seducción erótica, no sacrifique la comodidad y la libertad de movimientos. Mujeres que no sólo sean miradas, sino que también miren, toquen, huelan y saboreen el ancho mundo”.

Parte de ese sabor cotidiano por la vida también es la moda, no sólo como

capa estética, mandato social o marketing, sino, también, como decisión personal y visual frente al mundo.

No sólo los zapatos definen marcas generacionales, también pisadas históricas. Este es el recorrido que traza Daniela Gutiérrez, investigadora de Flacso y ensayista sobre los zapatos como bienes culturales: “En la antigüedad, zapatos y sandalias definían a la Grecia clásica. Los zapatos suntuosos son del Medioevo y las botitas cortesananas del Renacimiento. Las geishas casi no pueden caminar pero tienen los pies limpios y puros. El pie más bello tiene capas, como la mariposa, en la costumbre de vendar los pies de las jóvenes en China. En la Primera Guerra Mundial aparecen las botas militares y con la Revolución Industrial se crean los primeros zapatos cómodos para que trabajen las mujeres. Pero un cambio radical es que cuando las mujeres empiezan a ser poderosas se suben a los tacos. Hay algo de elevación. Ellas son las que mandan. No necesitan zapatos cómodos para trabajar. Las enfermeras o las mucamas necesitan comodidad. Las que más decisiones toman son las que mejores zapatos tienen. Y la última etapa es la de limusinas para los pies: las súper zapatillas con la retórica de volar y el gusto por la liviandad”.

En Reino Unido la necesidad de caminar en puntas de pie quedó recortada a la elección de las trabajadoras, pero se prohibió el tacón como uniforme. En febrero del 2017 el Comité Parlamentario de Igualdad para las Mujeres en Londres decidió que las empresas británicas que obliguen a sus empleadas a llevar tacos altos y maquillarse violan la ley.

El caso testigo fue el de Nicola Thorp que trabajaba en Portico donde tenían que vestirse con 5 o 10 centímetros de alto, revisarse el maquillaje a lo largo del día, tienen prohibido que se les noten las raíces si tardan en teñirse y debían pintarse las uñas. Nicola se quejó de que ningún varón tiene que caminar con el pie doblado y tantas exigencias y juntó 150.000 firmas.

En Argentina todas somos Nicola pero todavía no es un reclamo puesto en agenda. Pero sí verificado: Siete de cada diez mujeres consideran que se les exige tener una mejor apariencia física que a los varones en el ámbito laboral, según una encuesta del Programa de Estudios de Opinión Pública de la Universidad Abierta Interamericana, realizado en marzo del 2015, sobre 600 casos, analizados por la Dirección de la Mujer del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en *Mujer y trabajo en la Ciudad de Buenos Aires, percepciones y experiencias acerca de la discriminación y la violencia laboral*, editado por la Legislatura Porteña, la Universidad Abierta Interamericana y el Ministerio de Desarrollo Social, en abril del 2015.

Champagne y body pump

—Champagne y body Pump —me recetó mi amigo.

Tenía 31 años. Una bebé de seis meses, un hijo de cuatro, un laburo difícil pero que me apasionaba. Y ya no necesitaba nada, casi nada.

—No vas a querer casarte, ni tener más hijos. Tenés todo a tu favor —me pronóstico en una de esas noches en las que hubiera estado acunando y estaba tomando algo, sobre todo, animo.

Nunca tomé champagne. Me alegré con el que logró hacerme probar el Campari y llevarle la botella en la canasta de picnic.

No hice body pump. Pero voy al gimnasio como un oficio y hago fight do, escaladora, zumba, boxeo, localizada y tenis. En tenis lo mejor es pegar fuerte, que te guste voltear la pelota más que estar agitada y es lo que más se parece al sexo. Ganas 1, cansancio 0. Como sea, cualquier cosa, pero mi lema se cumple, al menos, al tacto.

No suelo ser optimista. Pero creí que mi amigo tenía razón. Algunas noches sola, dejar el cuerpo dejado y burbujear un poco de felicidad no podía ser tan mala fórmula.

Ya no tenía que ganar esa batalla ganada ni bajar la cabeza en pos de una postal familiar que aunque me doliera rota ya estaba salvada.

No fuimos felices los 4 en el pre Maluma de la familia clásica. Somos felices los 3 y es un éxito.

Pido poco, pero lo poco se vuelve imposible, mezquino, esquivo, imposible, riesgoso.

Todo fue mucho más difícil que todos los pronósticos.

Del Body Pump estoy cada vez más cerca. Primero despacio, después salvaje. Pero el deseo se volvió peligro.

No quiero casarme, ni tener hijos, ni pasar juntos fines de semana, ni una lista interminable de demandas de Bridget Jones que ya no necesito. Ni podría complacerlas.

Sin embargo, apenas el ajedrez del roce se volvió imposible.

No puedo mover solas las piezas porque no tengo —nunca— el casillero vacío.

Un encuentro entre dos personas que se tienen ganas y están dispuestas a moverse se volvió exotismo.

Champagne y body pump es un optimismo perimido.

Capítulo 21
POR UN FEMINISMO DEL GOCE

Mojaditas es mejor

El agua en el sur por un dueño de la tierra que la quiere toda para él solito. El agua de los *country*s bonaerenses que hacen lagunas para Instagram y cortan la absorción de los humedales que desbordan inundaciones para todxs. El agua como una postal sin reposeras donde cerrar los ojos, hojear revistas, mirar a la nada, hablar sin tema. El agua como una pileta que hizo Milagro en el norte y hoy está encerrada por la culpa del pueblo con las patas empapadas. La voz de una cirujana que se viralizó quejándose de la falta de códigos estéticos y morales en el oleaje de recién llegados a Nordelta –a lxs que calificó como bestias– y que se dedica a la estética que electrifica por cupones la idea de cuerpos tensos y mínimos es, más allá del elitismo mal avenido, un manifiesto de la exclusión by la patria es el odio, con la bandera de que el agua country debe ser diferente al agua Bristol: muchas contra pocos.

Los cuerpos también aparecen delineados en esa marea como cuerpos con poco y sin variedad frente a cada cual como quiere, puede o le gusta. En el agua y en las mallas hay grietas. No solo la que baja de la espalda, sino la de una felicidad que no empieza y termina en los dedos de los pies. Las mallas para el río, el mar, la pileta, los lagos, las lagunas, las pelopinchos o la ducha son, para muchas, la hora del cuerpo expuesto no solo al espejo y a la mirada ajena sino a las propias inclemencias de la piel con ese modelo que no admite carne extra. Las mallas, sin embargo, pueden ser un disfrute para quienes buscan sumergirse en la búsqueda de los aros violetas sin que la voz de los mandatos pueda escucharse en el bajo fondo; para las que saltan la ola brava aunque se revuelquen los corpiños o la arena cunda entre las cachas; para las que hacen del tetazo una forma de libertad sin erecciones de pechos altos ni grandiosos; para las que se tiran de bomba y nadan contra la corriente; para las que juegan con sus niñes a ser barcos, piratas, a llevarlos en caballito o a ser motos como solo la falta de gravedad lo hace posible.

“Me parece una nota innegablemente partidaria. Creí que iba a leer algo realmente interesante sobre nuestros cuerpos pero me encontré con cuerpos innecesariamente politizados... qué lástima”, leo el comentario de una lectora enojada porque en la nota sobre mallas de todos los talles, se dice que el agua es ese chapoteo de cuerpos felices, con las patas en el agua y las caderas que saltan olas y que esa es una democracia corporal que por algo jode a la que cree que somos bestias por acodar las nalgas en una reposera desde donde el elitismo tilingo solo quiere ver cuerpos flacos, cuerpos tensos, cuerpos con electrodos a la

vista y sentarse en una reposera sobre los countries que han basado la claridad de la vista en humedales avanzados para pocos e inundaciones para muchos.

El comentario es una queja en el portal de una organización –que valoro mucho– y que pelea contra los talles únicos. La nota es “Bestias al agua” y, por supuesto, la crítica no hace mella, sino orgullo. Pero, igual, me quedo repiqueteando. Mi cuerpo, mi deseo y mi escritura están decidida y deseantemente politizados.

Y sí, creo que las piletas en Jujuy jodieron, creo que el mar para los laburantes con el mito del palier levantado en fuego de asado, jodieron como esa vista perturbada por la estética moral, que no me parece poca cosa. Creo que la pelea en el sur y en el litoral es por dueños de la tierra *for export* que cortaron el agua como propiedad privada y astillada. Creo que el agua revuelta devuelve a Santiago como muestra de la impunidad de la represión a la que esta semana, “La Nación” llamo “desalojo amateur” cuando si algo no tiene la represión de las fuerzas de seguridad en la Argentina es amateur.

Hay quienes creen que hablar de cuerpos o de la tilinga de Nordelta es despolitizar la resistencia y, muy por el contrario, creo que la pelea es por el territorio, por el agua, por el tiempo, por el dinero y por los cuerpos. Entonces subestiman el trabajo desde el cuerpo como un trabajo que no llega al altar de la política en tiempos donde la política deja a la representación política, a la irrepresentación gremial y a quienes tienen que mostrar al menos las tensiones de intereses contrapuestos como eje y, sin embargo, parecen silenciados como un país sin remolinos, sin pujas, sin aullidos, sin tiras ni aflojes, sino tirados a la entrega (no de los votos) sino del cheque en blanco al silencio y el disciplinamiento.

¿Son inocentes los cuerpos únicos? ¿Son posibles los talles para todas en medio de una política de exclusión de la tierra y el agua? Por supuesto que creo en la política y en la pluralidad, porque sino no vale, y en que muchos de los logros del movimiento de mujeres y de la diversidad sexual –plural y multipartidario desde su raíz y origen– es imponer acuerdos básicos sobre los que se puede avanzar y sobre los que pueden existir acuerdos y resistencias a retrocesos y, además, en una política que no sea unipartidaria.

No creo –definitivamente– en el *pink washing* que implica lavar la cara (y las nalgas, en mi caso, dadivosamente grandes) con un anzuelo de género para imponer políticas neo-neo liberales. El mejor ejemplo es la propuesta de reforma laboral que quita todos los derechos y solo suma quince días de licencia de paternidad. No, gracias. No en nuestro nombre. No es una política de cuidados sino de descuido a las trabajadoras.

¿Los talles para todas son, entonces, una preocupación de señoras nordelinas

que quieren también un jean un talle más por si en vez de cumplir con el yogurcito de la tarde se llevaron bizcochitos a la laguna? Es posible que las víctimas de la discriminación estén en todas las clases sociales como todas las mujeres, de todas las clases, sufren la violencia de genero. Aunque, en la Argentina, la tensión entre el peso y el cuerpo es más fuerte en los sectores populares porque desde el “A vos no te va tan mal gordito”, de Raúl Alfonsín a esta parte, se sabe que el problema patrio no es tanto (ni tan poco) Mc Donald’s sino el pan y los ñoquis y los alfajores simil Grandé’s que son más baratos y rinden más en la mesa extendida y con sus patas quebradas.

Pero, por sobre todo, el disciplinamiento del cuerpo único no es inocente, casual, despolitizado. Y ahí, sí, señora ofendida por la politización de su búsqueda de una malla que le calce, le cuento que la falta de oferta no es un agujero liberal (es cierto que mejorado en otros liberalismos con más pruritos) sino una forma de decirnos que no encajarnos. Y que, por lo tanto, estamos excluidas del paraíso del deseo.

Las maniqués nacieron por una razón operativa y funcional como una necesidad de flacas: que toda la ropa les calce bien en desfiles de moda donde la pasarela era para mostrar las colecciones y las modelos no eran íconos sociales, ejemplos de sensualidad, éxito y maternidad, sino portadoras de moda. Su delgadez era operativa y, también, por supuesto era y, puede ser, bellísima. El problema no era esa pasarela, ni jamás lo serán las mujeres delgadas. El problema fue hacer de esa necesidad –una vez más– una virtud. Y mucho más que virtud –cada época exalta sus virtudes en base a sus necesidades económicas– una exclusión, una exclusión disciplinante.

La liberación sexual liberó al sexo de la reproducción y quito a las mujeres del lugar de receptoras evasivas del deseo del marido que se les tiraba encima o del novio que les pedía una prueba de amor, o sea, del sexo como sacrificio u obligación para pasar a vivir el sexo como un placer, un recreo o una aventura.

La boca entonces se volvió la nueva prohibición, el pecado indecible, la vulva carnosa que chorrea dulce de leche o devora cordero o fideos con pesto como un desafío a los modales que le imponen, cerrar sus gustos para ser gustosas, moderar su deseo para ser deseable. Con muchos otros factores, como toda exclusión, quedar afuera del placar de la moda, quedar encerradas en el closet de las indeseables, lo que genero es mayor pulsión por la comida como una rebelión, a veces, de veras disfrutable y, muchas otras, encarnizadamente en contra de una o de ese jean exhibido solo para decirnos que nunca pasara por encima de nuestras rodillas.

Si, señora, mi cuerpo es político, mi escritura y el agua en la que me sumerjo y salto por sobre mi altura y me potencio, me elevo con las olas, me dejo

revolcar por la sal y paleteo con mis hijos en la arena en la que corro con mis cachas al viento, también es una decisión política.

Eso sí: tenemos un problema. La política no es una isla. La felicidad tampoco. No hay felicidad política sin otros. No hay felicidad si las otras y otras no son felices. Necesitamos muchas Bristol de cuerpos rebelados. Y, para las que todavía gustamos de la mirada masculina, también que los ojos se abran de cuerpos que se puedan sentir por más texturas que la obediencia y la sumisión o la expulsión sistemática como forma de conquista. Las bocas cerradas no son solo de la anorexia como paradigma de mujeres ahorcadas en el cuello de no probar bocado. Es también una orden de mujeres que no pueden pedir, que no son escuchadas y que, siempre con múltiples gestos, en todos lados –desde la Academia, la cama, las charlas y los sindicatos– son rezongadas o ignoradas por hablar mucho, por hablar, por no cerrar la boca.

La rebelión de los cuerpos es política y es colectiva. La autonomía tiene freno cuando es individual y el deseo latente no puede autosatisfacerse como condición permanente. La boca, entonces, tiene que poder abrirse y, además, ser escuchada, convidada, besada, mojada en los labios de un beso que frene el bozal de época y festeje las boquitas chocolatadas.

Te la hago corta

Tengo dos problemas: Me gustan los postres (ah, y no los deajo) y me gusta el amor (ah, y no me dejan).

La vida, al final, era mucho más parecida a un culebrón que a la realidad.

A veces te pasa que no conocías a los tipos con los que estuviste. Y a veces te pasa que no conocías al tipo que te tuvo.

Me gusta que me digan la Peker y, mucho más, Pekercita y Pekerina.

Defiendo mi apellido como un ancla que, sin embargo, vuelve a ser naúfraga.

Lo que más me asusta de este momento es la idea que ya no hay otra y que el otro es enemigo o no importa. El liberalismo de gente y de aula.

La falta de tibieza quita la propia tregua.

El desapego al amor es inversamente proporcional al apego al dulce de batata. Con algo hay que endulzar lo que sobra o falta.

Capítulo 22
MANIFIESTO DEL DESEO

No vamos a zumar como mosquitas muertas

Joden las mujeres que desean.

Joden las que escriben, las que dicen, replican, invitan, no se conforman, no esperan, no callan.

Joden las mujeres que ganan y las que pierden y se levantan.

Joden las que gustan y las que no quieren gustar.

Joden las que bailan sin ser cabeceadas y las que invitan a bailar.

Joden las que no son jodidas y con las que no se jode.

Joden las que muestran y las que no muestran nada.

Joden las que quieren todo y las que con querer basta.

Joden las que plantan sus pies y su culo como un norte en donde el cuerpo es tsunami sobre las propias rodillas que no se quebrantan con las caderas como el medio de elevación al paraíso propio.

Joden las que se ponen enaguas, las que se desvisten.

Joden las que no piden nada y las que desbordan de peso sobre sus hombros en una ficción de maravilla mujer sin lazo enlazada a las tetas de estrellas petrificadas.

Joden las que embocan el aro, las que esquivan la patada, las que suben la pelota, la paran, las que dicen lo que les dicen que se las baja, las que gritan y las que jadean con el polvo naranja sin dejar la cancha.

Joden las que hablan con rodeos y hablan aunque los megáfonos se apaguen para dispersar la marcha.

Joden las que lloran sin que las lágrimas derramen ni una gota de justicia social sobre el rostro sin paraguas, ni gatos y menos con botas. Joden las que duermen con compañías móviles sin que cuelguen de hilos y las que anhelan dormir abrazadas sin sombras enlazadas, la confianza robada en los eufemismos del porno extinguidor del deseo y la promesa extinguida de los cuerpos palpables.

Joden las que son desagendadas del timbre de recreo y mutiladas por las fechas de vencimiento del yogur y las expensas.

Joden las que comen y dejan para el final la lengua filosa sobre el copito.

Joden las que nadan aunque el mar revuelque los corpiños. Joden las que son sirenas sin las piernas atadas.

Lo que jode es el deseo.

Jode y aunque joda no vamos a zumar como mosquitas muertas.

NOTAS DE LA AUTORA

- *) “Ser mujer no es ser madre”, 2 de enero del 2004, Las/12, Página/12.
- *) “Marketing anticirugía”, 10 de diciembre del 2004, Las/12, Página/12.
- *) “La entrañable fortaleza”, 25 de febrero del 2005, Las/12, Página/12.
- *) “Cuando calienta el sol”, 4 de marzo del 2005, Las/12, Página/ 12.
- *) “La huelga de los guardapolvos caídos”, 18 de marzo del 2005, Las/12, Página/12.
- *) “Por esas glándulas”, 31 de marzo del 2005, Las/12, Página/12.
- *) “Tu me quieres más Barbie”, 27 de enero del 2006, Las/12, Página/12.
- *) “Cerraré la boca”, 16 de junio del 2006, Las/12, Página/12.
- *) “Lo que es moda e incomoda”, 6 de julio del 2007, Las/12, Página/12.
- *) “Una diferencia de mercado”, 13 julio 2007, Las/12, Página/12.
- *) “Manual de unos ganadores”, 9 de noviembre del 2007, Las/12, Página/12.
- *) “Formación, dedicación y entusiasmo”, 28 de noviembre del 2007, Las/12, Página/12.
- *) “¿Y a vos qué te gusta?”, 21 de diciembre del 2007, Las/12, Página/12.
- *) “Uno que...”, 4 de enero del 2008, Las/12, Página/12.
- *) “El sexo es agua”, 11 de junio del 2008, Crítica de la Argentina.
- *) “Cuidate, querete, disfrutate”, 29 de octubre del 2010, Las/12, Página/12.
- *) “Discriminar da rating”, 5 de agosto del 2011, Las/12, Página/12.
- *) “El goce femenino en el paredón”, 12 de septiembre del 2012, Las/12, Página/12.
- *) “Soy lo que soy”, 13 de diciembre del 2013, Las/12, Página/12.
- *) “Qué ves cuando las ves”, 15 de marzo del 2013, Las/12, Página/12.
- *) “La estrategia cubana”, 13 de noviembre del 2014, Soy, Página/12.
- *) “Arriba las chicas”, 31 de julio del 2015, Las/12, Página/12.
- *) “Putita Golosa”, 28 de agosto del 2015, Las/12, Página/12.
- *) “Tragate ésta”, 28 de agosto del 2015, Las/12, Página/12.
- *) “Ocho de cada diez trabajadoras fueron acosadas o humilladas”, 22 de mayo del 2015, Las/12, Página/12.

- *) “Apologista del sí fácil”, 28 de noviembre del 2015, Las/12, Página/12.
- *) “¿Qué hace una feminista en Tinder? ¡Coger!, 28 de noviembre del 2015, Las/12, Página/12.
- *) “Hasta las manos”, 5 de febrero del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “Viajo sola: Asustar para que se acobarden”, 15 de marzo del 2016, Anfibia.
- *) “Por estos humedales”, 24 de junio del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “Lluvia de prejuicios”, 1 de julio del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “El sexo sin postre no es libre”, 2 de septiembre del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “Chiruzas”, 15 de septiembre del 2016, Anfibia.
- *) “Reunión cumbre”, 28 de octubre del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “La crueldad como revancha”, 23 de diciembre del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “El machismo es puro mito”, 9 de diciembre del 2016, Las/12, Página/12.
- *) “Las esclavas se escaparon”, 20 de enero del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Un cuartito pa’ ti sola”, 7 de abril del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “El puñal de tu visto”, 28 de abril del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Libres, no valientes”, 5 de mayo del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Ningún golpe la calla”, 19 de mayo del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Por qué marchamos”, 2 de junio del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Vocera de la paz”, 16 de junio del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “No seré feliz pero tengo marido”, 12 de julio del 2017, Anfibia.
- *) “No sólo caras bonitas”, 28 de julio del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “¿Por qué los perros buscan cadáveres?”, 11 de agosto del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Tiempo de cobardes”, 25 de agosto del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Mercado de carne”, 1 de septiembre del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Acuerpar la lucha”, 29 de septiembre del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Bestias al agua”, 10 de noviembre del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “El abuso no es ficción”, 15 de diciembre del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Menos visto, más chape”, 29 de diciembre del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “Machowood”, 5 de enero del 2018, Anfibia.
- *) “Están mirando otro canal”, 12 de enero del 2018, Las/12, Página/12.
- *) “Ni puritanas, ni puras víctimas”, 19 de enero del 2018, Las/12, Página/12.
- *) “Por la liberación de los pibes”, 3 de febrero del 2018, Las/12,

Página/12.

*) “El feminismo llegó para quedarse”, 9 de febrero del 2018, Las/12, Página/12.

*) “No largamos los postres, 16 de febrero del 2018, Las/12, Página 12.

*) “Legal, libre, seguro, gratuito”, 23 de febrero del 2018, Las/12, Página/12.

*) “En la Argentina el aborto es legal sotto voce”, 23 febrero 2018, Página/ 12.

NOTAS PERIODÍSTICAS:

- *) “Las colas, el ano y el capital”, 4 de enero del 2008, Las/12, Página/12, Omar Acha.
- *) “Fantasías animadas”, 23 de enero del 2015, Las/12, Página/12, Marina Mariasch.
- *) “La pildorita rosa destiñe...”, el 6 de febrero del 2015, Las/12, Página/12, Guadalupe Treibel.
- *) “Así no me vas a coger, pelotudo”, 12 de marzo del 2015, Psicología, Página/12, Santiago Thompson.
- *) “10 proyectos para repensar el porno que consumimos”, 3 de abril del 2015, Playground, Amarna Miller.
- *) “La líder de Femen España: “Si quieres verme las tetas vas a tener que leer mi eslogan”, 7 de mayo del 2016, El mundo.
- *) “Marcela Temer, de modelo a primera dama de Brasil”, 12 de mayo del 2016, La Nación.
- *) “Aleksandra Kollontái: el amor y la revolución sexual”, 17 de agosto del 2016, La Izquierda Diario, Clara Mallo.
- *) “Liquid Love, Las nuevas tentaciones”, Irina Sternik, diciembre del 2016, Revista Elle.
- *) “Tetazo en el Obelisco contra el machismo y en reclamo de “la soberanía de los cuerpos”, 7 de febrero del 2017, La Nación.
- *) “A mover el culo”, Marta Dillon, 3 de noviembre del 2017, Las/12, Página/12.
- *) “A sacarse la camiseta del patriarcado”, 6 de febrero del 2017, Rosario/12, Sonia Tessa, Rosario/12.
- *) “Qué viva el amor compañero y el compañerismo amoroso”, 14 de febrero del 2017, Coral Herrera Gómez, Pikara Magazine.
- *) “De Macron a Clooney: parejas que vencieron a la diferencia de edad”, 26 de abril del 2017, Eric Feferberg, AFP.
- *) “No la buscaron (el femicidio de Araceli Fulles)”, 28 de abril del 2017, Anfibia, Florencia Alcaraz.
- *) “Sexo, robotas y machismo. Algoritmos y porno”, 8 de mayo del 2017,

Anfibia, Irina Sternik.

*) “El nuevo porno reniega del macho ibérico”, 5 de mayo del 2017, El País, Isabel Valdés.

*) “Historias de amor”, 30 de junio del 2017, Las/12, Página/12, Mariana Palumbo.

*) “Las cosas se van con vos. Cuatro poemas contundentes y delicados de amor, origen y aprendizaje”, 26 de agosto de 2017, La Agenda Buenos Aires, Silvina Giaganti.

*) “Amor en tiempos de Instagra”, 31 de agosto del 2017, Revista Palta, Paloma de la Jara.

*) “Las mujeres exitosas no son atractivas eróticamente para los hombres”, 22 de septiembre del 2017, Infobae, Camila Hadad.

*) “La protección y los derechos”, 30 septiembre del 2017, Página/12, Sabrina Cartabia.

*) “Todas somos fanáticas de los boliches (sin violencia)”, 15 de septiembre del 2017, Latfem, Florencia Alcaraz.

*) “A mover el culo”, 3 de noviembre del 2017, Las/12, Página/12, Marta Dillon.

*) “Sobrevivir y no renunciar al placer es un acto de resistencia”, 24 de noviembre del 2017, Las/12, Página/12, María del Mar Ramón.

*) “El derecho a la gira”, 26 de diciembre del 2017, Latfem, Florencia Minici.

*) “Memoria feminista para las fanáticas de los boliches”, diciembre del 2017, Latfem, Agustina Frontera y Romina Zanellato.

*) “Fanáticas de mover el culo: twerking y feminismo”, 27 diciembre del 2017, Latfem, Florencia Alcaraz.

*) “2017: año del giro denunciante”, 31 de diciembre del 2017, Latfem, Marina Mariasch.

*) “Sobre Araceli y el feminismo”, 24 de enero del 2018, Página/12, Mariana Carbajal.

*) “Petinatto y el acoso sexual”, 30 de enero del 2018, Página/12, Mariana Carbajal.

*) “Yeguas”, 3 de enero del 2018, Perfil, Marina Mariasch.

*) “Cuando no te aman como tu quisieras”, 2 de enero, Coral Herera Gómez, Haikita.

*) “No tenemos que limpiar a Woody Allen para que su cine sea bueno”, 15 de febrero del 2018, Patricia Gosálvez, El País.

POEMAS y TEXTOS:

- *) “Siestera”, Carolina Balderrama.
- *) “Descartable”, Luciana Barbini.
- *) “Amigas I”, María Bastaros.
- *) “La rutina”, Sebastián Basualdo, de “La intimidad del fracaso”.
- *) “Cebo, cebí, Sebastián”, Alejandra Benz.
- *) “Glamour tropical”, Alejandra Benz.
- *) “La gota gorda”, Nico Cuello.
- *) “No es hora todavía de epitafios”, Gabriela Borrelli Azara.
- *) “Ser chongo me la baja”, Gaby Chavez.
- *) “Para un mejor amor”, Roque Dalton.
- *) “Las mujeres que me volvieron loca de verdad”, Silvina Giaganti.
- *) “Los enfermos de la familia piden por mí”, Silvina Giaganti.
- *) “Nunca estarás buena”, Ana Larriel.
- *) “Ipanema”, Tomás Litta.
- *) “Carta de despedida al compañero desaparecido”, Silvia Maezo.
- *) “Ensayo sobre las tetas”, Pedro Mairal.
- *) “El culo de una arquitecta”, Pedro Mairal.
- *) “No quiero tener nada que ver con el amor”, Marina Mariasch.
- *) “Las artes marciales”, Marina Mariasch.
- *) “Tinder es una trampa”, Charo Márquez.
- *) “Acapulco”, Flor Monfort.
- *) “Crónicas de la era de la chota”, Lux Moreno.
- *) “El azar una y otra vez”, Carolina Moules.
- *) “Vivir dos veces”, Cristina Peri Rossi.
- *) “Mariposas para la liberación”, Tania Rodríguez.
- *) “Canto nupcial”, Susana Thénon.
- *) “Anotaciones sobre el amor”, Alejandra Rovira Ruiz.
- *) “Sublingual”, Romina Ruffato.
- *) “¿A quién votaste en el 2015?”, Sofi Zibecchi.
- *) “Me siento como si hubiera perdido las internas del PJ”, Sofi Zibecchi.

CANCIONES

- *) “La tonta”, Jimena Barón.
- *) “QLO”, Jimena Barón.
- *) “La noche no es para dormir”, Mano Arriba.
- *) “Cagón”, Miss Bolivia.

LIBROS:

- *) “Las mil y una telenovelas, cómo se cuentan las buenas historias en la ficción y en la vida”, Cecilia Absatz, Editorial Planeta.
- *) “El sexo de la historia: intervenciones de género para una crítica antiesencialista de la historiografía”, Omar Acha, El cielo por Asalto.
- *) “La intimidad del fracaso”, Sebastián Basualdo, próxima edición
- *) “Machismo: 8 pasos para quitártelo de encima”, Barbijaputa, de Roca Editorial.
- *) “Torta alemana”, Alejandra Benz, Iván Rosado.
- *) “La edad de Eva”, Alejandra Benz, Iván Rosado.
- *) “Océano”, Gabriela Borrelli Azara, Ediciones Lamás Médula.
- *) “La producción de la sexualidad. Políticas y regulaciones sexuales en Argentina”, Sara Barron López, Daniel Jones, Carlos Figari, Editorial Biblos.
- *) “Cuarenta grados a la sombra. Diez relatos calientes escritos por chicas”, Antología de Julieta Bliffeld, Emecé.
- *) “La agonía del Eros”, Byung-Chul Han, Herder.
- *) “La salvación de lo bello”, Byung-Chul Han, Herder.
- *) “Las aventuras de la China Iron”, Gabriela Cabezón Cámara, Literatura Random House.
- *) “Maltratadas. Violencia de género en las relaciones de pareja”, Mariana Carbajal, Editorial Aguilar.
- *) “Material descartable. Relatos trans en los márgenes del sistema”, Ana Carrozzo, próxima edición.
- *) “Celia, la madre del Che”, Julia Constenla, Editorial Sudamericana.
- *) “Gordx el que lee, lecturas urgentes sobre disidencia corporal y sexual”, compilado por Laura Contrera, Flor Monfort, Lisa Kerner, Jorgelina De Simone, Diego Trerotola y Nicolás Cuello, de Editorial

Brandon.

- *) “Porno nuestro, crónicas de sexo y cine”, Alejandra Cukar y Daniela Pasik, Editorial Marea.
- *) “Últimos poemas”, Roque Dalton.
- *) “El dedo, breves apuntes sobre la masturbación femenina”, Luna de Miguel, Editorial Capitán Swing.
- *) “El arrecife de las sirenas”, Luna de Miguel, Editorial La Bella Varsovia.
- *) “El funeral de la Lolita”, Luna de Miguel, Editorial Alfaguara.
- *) “El malestar de la felicidad”, Luna de Miguel, Melón Editora.
- *) “Aparecida”, Marta Dillon, Sudamericana.
- *) “Vivir con virus, relatos de la vida cotidiana”, Marta Dillon, La Granada, Universidad de la Plata.
- *) “Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder”, Silvia Elizalde, Grupo Editor Universitario.
- *) “Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento”, compilado por Eleonor Faur y editado por Fundación Osde y Siglo Veintiuno editores.
- *) “La mujer de la isla negra”, María Fasce, Edhasa novela.
- *) “Mitomanías de los sexos, las ideas del Siglo XX sobre el amor, el deseo y el poder que necesitamos desechar para vivir en el Siglo XXI”, Eleonor Faur y Alejandro Grimson, Siglo Veintiuno Editores.
- *) “La revolución de la píldora”, Karina Felitti, Edhasa.
- *) “La mujer de la ilusión. Pacto y contratos entre hombres y mujeres”, Ana María Fernández, Editorial Paidós.
- *) “Ya nadie escribe cartas de amor”, Clara Fontana, Editorial Antigua.
- *) “Amor invertido”, Guillermo Saccomano y Fernanda García Lao, Seix Barral.
- *) “Historia de las mujeres en la Argentina, Siglo XX”, Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini, Editorial Taurus.
- *) “Te pido un taxi”, Mercedes Halfon y Fernanda Nicolini, Plaza Janés.
- *) “Violencias de género. Las mentiras del patriarcado”, de Liliana Hendel, Editorial Paidós.
- *) “La construcción sociocultural del amor romántico”, Coral Herrera Gómez, Editorial Fundamentos.
- *) “Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico”, Eva Illouz, Capital Intelectual.
- *) “Por qué duele el amor, una explicación sociológica”, Eva Illouz, Capital Intelectual.

- *) “Sexualidades adolescentes (amor, placer y control en la Argentina contemporánea)”, Daniel Jones, de ediciones Ciccus y Clacso.
- *) “Los mundos posibles. Un estudio sobre la literatura LGBTTTI para niñxs”, Gabriela Larralde, Editorial Título.
- *) “Mamá mala”, Carolina Justo von Lurzer, Hehkt.
- *) “Háblame de amores”, Pedro Lemebel, Seix Barral.
- *) “Yo también soy una chica lista”, Lucía Lijtmaer, Editorial Destino.
- *) “Casi nada que ponerte”, Lucía Lijtmaer, Editorial Malpaso.
- *) “Porno argentino. Historia del cine nacional triple X”, Hernán Panessi, Editorial Cuarto Menguante.
- *) “Miss Once”, María Pía López, Editorial Paradiso.
- *) “Versopueblo, poemas”, de Silvia Maezo, Editorial Baobab.
- *) “La Uruguaya”, Pedro Mairal, Emecé.
- *) “Maniobras de evasión”, Pedro Mairal, Emecé.
- *) “Paz o amor”, de Marina Mariasch, Blatt & Ríos.
- *) “Estamos unidas”, Marina Mariasch, Mansalva.
- *) “La pija de Hegel”, Máquina de lavar, Pánico el pánico.
- *) “Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia”, Irene Meler (compiladora), Editorial Planeta.
- *) “Black out”, María Moreno, Literatura Random House.
- *) “Toda educación es sexual”, Coordinado por Graciela Morgade, La Crujía.
- *) “Políticas de maternidad y maternalismo político, Buenos Aires (1890-1940)”, Marcela Nari, Editorial Biblos.
- *) “Mika”, Elsa Osorio, Seix Barral.
- *) “Porno Argentó. Historia del cine nacional Triple X”, Hernán Panessi, Editorial Cuarto Menguante.
- *) “Entrada en calor”, Luciana Reif, El ojo de mármol.
- *) “Yo, la perra”, Romina Ruffato, Griselda García Editora.
- *) “Historia del pecho”, Marilyn Yalom, Editorial Tusquets.

NOTAS ACADÉMICAS:

- *) Omar Acha: “Cartas de amor en la Argentina peronista: construcciones epistolares del sí mismo, del sentimiento y del lazo político populista”, Universidad de Buenos Aires (UBA).
- *) María Josefina Bianchini: “Tinder a los 30: pudores y poderes. Mujeres, democratización sexo-afectiva y anhelos románticos en la era de las tecnologías de la información y comunicación (TIC)”, Trabajo Integrador Final del PROGRAMA DE ACTUALIZACIÓN EN COMUNICACIÓN, GÉNERO Y SEXUALIDADES (PACGES), en el 2015.
- *) Martín Boy, Mariana Palumbo y Maxiliano Marentes: “Me clavó el visto: cómo las nuevas tecnologías pueden generar control y violencia o potenciar el amor”, del Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- *) Silvia Elizalde y Karina Felitti: “Vení a sacar a la perra que hay en vos: pedagogías de la seducción, mercado y nuevos retos para los feminismos”, en Estudios de Género (EG), Revista interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México.
- *) Silvia Elizalde: “Jóvenes: nuevas coordenadas para el amor y el erotismo”, Pensamiento y Cultura en América Latina.
- *) Karina Felitti: “Tinder en la hoguera feminista”, Las Simones. Revista de Política, Cultura y Mujeres.
- *) Karina Felitti y Carolina Spataro: “Circulaciones, debates y apropiaciones de las Cincuenta Sombras de Grey en la Argentina”, en Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México.
- *) Renata Hiller: “Regulaciones estatales de la conyugalidad. Apuntes sobre Estado, matrimonio y heteronormatividad”, GES.
- *) Renata Hiller: “Conyugalidad y ciudadanía. Disputas en torno a la regulación estatal de las parejas gay lésbicas en la Argentina contemporánea”, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- *) Micaela Libson: “Familias y diversidad sexual. Las parentalidades gays y lesbianas en Buenos Aires”, Facultad de Ciencias Sociales, UBA:
- *) Maximiliano Marentes, Mariana Palumbo y Martín Boy, “Me clavó el

visto: los jóvenes y las esperas en el amor a partir de las nuevas tecnologías”, Instituto Gino Germani y CONICET.

*) Paula Rey, “Adolescentes mediatizadas”, Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA).

*) Juan Carlos Volnovich: “Viejas y nuevas masculinidades”, en el libro “Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento”, compilado por Eleonor Faur, Editado por

AGRADECIMIENTOS

A Uma y Benito, escribo por, para y gracias a ustedes. Son el amor y la felicidad. Gracias por el aguante de las noches escribiendo, pero, fundamentalmente, por alentarme a trabajar, a escribir, a animarme a todo, a que la palabra y el cuerpo sean orgullo y a buscar la felicidad contra viento y marea. Ustedes hicieron que yo salga entera de la adversidad y que la inequidad se transforme en fuerza para salir adelante juntos. Son el viento que sopla el futuro.

A Uma, el sol de mi vida, me diste fuerza entre caminos al hombro de flores amarillas y mis deseos de libertad para las chicas son con vos como inspiradora, compinche y viajera. Que tus piernas largas viajen con toda la libertad hasta que recorran todos los mundos que quieras y siempre sepas que te quiero con todo el amor del mundo.

Benito, sos el orgullo y la inspiración para escribir. Gracias por tu aliento, por tus comidas deliciosas, por las charlas, la risa y la confianza, por abrirme mundos y hacer de mi mundo una felicidad y porque tu aliento se convirtió en el gran motor para torear los obstáculos y animarme a ir por más. Que atajes y saltes, con garra y flexibilidad y vayas por todo.

A Huayra, mi sobrina maravillosa, a la que admiro, quiero y abrazo para que siempre haga repreguntarnos todo, réirme y dominguear bailando.

A León, para que el mundo siempre sea mejor mirado con vos y no haya miedo del que no pueda alzarte.

A Daniela, porque sos el ancla, el amor y la escucha que me sostiene siempre, me alegra cada domingo y estas a cada pulso. A Silvana, porque juntas somos invencibles y por la incondicionalidad y el humor y por su amor con Romina. La hermandad es mi alegría y refugio.

A mi prima Fernanda Villanueva y mi sobrino Turma, por solcito.

Al recuerdo de mis abuelos, Benito, Tita y Carmen.

A Marta Dillon, por la posibilidad y el orgullo de trabajar, explorar y escribir en Las/12, donde surgió Putita Golosa y sin la libertad con la que escribo hace veinte años no hubiera podido probar, escribir e investigar.

A Flor Monfort y Roxana Sanda, por bancar los cierres. A Sonia Tessa por las charlas que me animaron en Rosario y a todas las compañeras.

A Constanza Niscovolos, Jose Nicolini, Cecilia Vázquez y Salvador Batalla, compañerxs fotógrafa Mariana Carbajal, Liliana Hendel, Florencia Alcaraz y otras periodistas que admiro y abrieron camino en el periodismo feminista.

A Diana Maffía y Liliana Daunes por las cartas de amor en donde encontramos un hilo de un feminismo amoroso.

A Mariana Carbajal, google de género y pionera y Liliana Hendel, Florencia Alcaraz y otras periodistas que admiro y abrieron camino en el periodismo feminista.

A Irina Sternik, Flora Alkorta, Vero Lorca, Ale Bavera, Irina Hauser por bancar los chats de trasporno cuando el visto duele y por bailar, cantar y marchar juntas.

A Gabriela Borrelli Azara y Julia Mengolini, por leerme, impulsarme a escribir y conspirar juntas.

A Bimbo, por su ejemplo de amor.

A Eugenia Guerty, su familia y Yamila Bavio, porque juntas nos rebelamos y abrazamos siempre.

A Evangelina Díaz, Jorge Belaunzarán, Cecilia Alemano, PauPelos, por leer, escuchar, contar e intercambiar.

A Leandro Lacamera y Andrés Fidanza, mis amigos del alma que me atajan cuando los necesito.

A Demián @endemianado, por su tuit de donde saque el nombre de Putita Golosa.

A Marina Mariasch, Sebastián Hacher, Pía López, Gabriela Cabezón Cámara, Cristian Alarcón, por el aliento. A Sabrina Cartabia y Juliana Di Tulio, por ayudar a defenderme.

A Sonia Budassi, Cristián Alarcon, Martín Ale, Julieta Greco, por la puerta abierta en Anfibia a escribir y compartir que abrió muchos mundos de viajes chiruzos.

A Gabriela Gaudin y Cinthia, por el amor dulce de Hasta la Masa, que es mi lugar en el mundo. A Lucía Molina y Vedia, por la amistad hermanada y los flyer.

A Eleonor Faur, Silvia Elizalde, Carolina Justo Von Lurzer, Karina Felitti, Carolina Spataro y Daniel Jones, por la sabiduría acompañada.

A Silvia y Ariana, porque se sale con la palabra.

A Calu Rivero, porque se sale juntas y la risa es nuestra. Nunca más pisoteadas.

A Pamela Palomino, por ser parte y ayudar a crecer a mi familia.

A Paulina Maldonado y Choly Berreteaga, por enseñarme a cocinar y a saborear con mis hijxs en un tren de golosinas que no se termina.

A Pablo Vilar, por el acompañamiento y el empuje.

Y, muy especialmente, a Gonzalo Garcés, por la generosidad de escuchar, sin pensar igual, en muchas charlas y debates y de posibilitar este libro, porque escuchar y debatir, también son un gran principio.

A todas las mujeres y jóvenes, gracias por este movimiento en el que estamos para nosotras y hacemos del dolor una fuerza de lucha y del goce una bandera.

A Lohana Berkins, por ser maestra en la memoria y la risa.

A la memoria de Karen Jorolinsky.